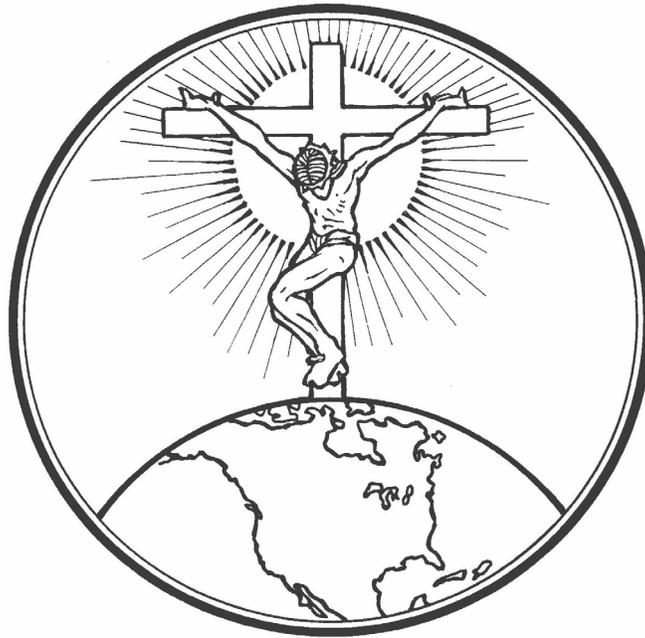


ESTO CREEMOS Y CONFESAMOS

Doctrina de la Iglesia Luterana



Curso preparado por
David Brondos

INSTITUTO LUTERANO DE TEOLOGÍA
Sínodo Luterano de México
Playa Manzanillo #534
Colonia Militar Marte
08830 México, D.F.

Enero de 1994

Esta publicación digitalizada es considerada “una obra huérfana” y será preservada en la Biblioteca “Kristine Kay Hasse Memorial” Library del Seminario Concordia, St. Louis, Missouri, EE.UU. de A. según las normas que rigen la naturaleza y los deberes de tal prestigiosa y reconocida biblioteca. Documentación de este proceso queda depositada en los archivos de esta biblioteca.

Se autorizar el uso, la impresión y la distribución, sin fines lucrativos, de este curso, a instituciones de educación teológica.

Cualquier información adicional, favor comunicarse con el Director de la Biblioteca del Seminario Concordia.

This digitized publication is considered “an orphan work” and will be preserved in the “Kristine Kay Hasse Memorial” Library at Concordia Seminary, St. Louis, Missouri, USA, in accordance with the standards governing the nature and duties of this prestigious and recognized library. Documentation of this process is filed in the archives of this library.

The use (including printing and distribution) by any theological education institution is permitted. This resource may never be used for financial profit.

For any additional information, please communicate with the Director of the Concordia Seminary Library.



Concordia
Seminary
ST. LOUIS

*801 Seminary Place
Saint Louis, Missouri 63105-3196*

*1-314-505-7000
www.csl.edu
<https://scholar.csl.edu>
<https://concordiatheology.org>*

CONTENIDO

	<i>página</i>
Introducción	iv
Lección 1 ¿Cómo conocemos a Dios?	1
Lección 2 El Dios de la Biblia	7
Lección 3 La creación	13
Lección 4 El pecado	18
Lección 5 Jesucristo, el Hijo de Dios	24
Lección 6 La salvación en Jesucristo	29
Lección 7 La obra del Espíritu Santo	35
Lección 8 Los Sacramentos	41
Lección 9 La Iglesia	47
Lección 10 Vida, muerte y el futuro	53
Lección 11 El cristiano en el mundo	59
Lección 12 Cuestiones contemporáneas	65
Lección 13 Doctrina y vida	71
Instrucciones para la última reunión	76
Lecturas para la Lección 1	77
Lecturas para la Lección 2	82
Lecturas para la Lección 3	86
Lecturas para la Lección 4	90
Lecturas para la Lección 5	95
Lecturas para la Lección 6	101
Lecturas para la Lección 7	106
Lecturas para la Lección 8	111
Lecturas para la Lección 9	116
Lecturas para la Lección 10	121
Lecturas para la Lección 11	126
Lecturas para la Lección 12	131
Lecturas para la Lección 13	135
Examen 1 (Lecciones 1 al 4)	141
Examen 2 (Lecciones 5 al 8)	144
Examen 3 (Lecciones 9 al 13)	147

INTRODUCCIÓN

Este curso ha sido diseñado con el fin de presentar de una manera sencilla y concisa la doctrina de la Iglesia Luterana. Aparte de presentar los temas tradicionales de un curso de doctrina, hemos incluido temas contemporáneos, como la ciencia y la creación, el matrimonio y el divorcio, el aborto y otros. También hemos hecho un esfuerzo por comparar las enseñanzas de nuestra iglesia con lo que enseñan otras iglesias, tanto la Iglesia Católica Romana como las Iglesias Evangélicas que han surgido en tiempos más recientes.

Este curso consta de 13 lecciones. Al llevar a cabo la clase, simplemente hay que seguir las instrucciones que aparecen al principio de cada lección. Hay también tareas de lectura que el alumno debe hacer en casa durante la semana. Todas las lecturas que presentamos son de libros y autores luteranos.

Cabe mencionar que muchos de los puntos que se presentan en este curso también están presentados en otros libros. Dos obras luteranas muy importantes en este respecto son: *Doctrina Cristiana*, por Juan T. Mueller, y *Compendio de doctrina cristiana*, por Edward W. A. Koehler (ambos libros publicados por Editorial Concordia en San Luis, Missouri, EEUU).

Asimismo, este curso presenta mucho del mismo material que aparece en el Catecismo Menor del Dr. Martín Lutero (publicado por la misma Casa Editorial). Sugerimos que los estudiantes que deseen profundizar aún más sus conocimientos doctrinales, o buscar más apoyos bíblicos para las doctrinas presentadas en este curso, consulten estos libros.

Después de las lecciones 4, 8 y 13 habrá un pequeño examen. Las calificaciones de los exámenes contarán para determinar el 50% de la calificación final del alumno. El alumno también será evaluado por su pastor o profesor en cuanto a su asistencia, su participación en clase y su preparación (tareas). Esta evaluación contará para determinar el otro 50% de la calificación final.

Que este curso sea de mucha bendición para todos los que lo estudien.

En el nombre de Cristo, nuestro Salvador.

David Brondos
Cd. de México

LECCIÓN 1

¿Cómo conocemos a Dios?

TRABAJO EN CLASE

Para comenzar, lean entre todos la introducción que aparece al principio de este manual de estudio. Luego, lean el siguiente TEXTO DE CLASE y contesten las preguntas que aparecen al final.

TEXTO DE CLASE

¿Cómo podemos conocer a Dios? ¿Cómo es? ¿Por qué creó nuestro mundo? ¿Qué quiere de nosotros? Preguntas como éstas han ocupado el pensamiento del ser humano desde tiempos muy antiguos. Los seres humanos de todos los tiempos y lugares del mundo se han dado cuenta de que hay algo más allá de la realidad inmediata que vemos y sentimos, y esto ha dado lugar a infinidad de religiones y creencias. El ser humano ha intentado de muchas maneras alcanzar a esos poderes, edificando torres para alcanzar al cielo, ofreciendo sacrificios para ganar el favor de esos poderes, fabricando ídolos, y construyendo templos para que los dioses hicieran ahí su morada.

El ser humano quiere conocer a Dios y tener una relación con Él

Como cristianos, creemos que por sí solo, el hombre¹ no puede conocer a Dios. Cuando tratamos de contestar preguntas como: ¿Quién es Dios?, ¿Cómo es? Y, ¿por qué nos creó?, terminamos inventando nuestras propias respuestas, haciendo nuestros propios dioses. La única manera de realmente conocer a Dios, es que Él² mismo se nos dé a conocer. Y creemos que eso es precisamente lo que ha hecho.

La Epístola a los Hebreos nos dice en sus primeros versículos: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo” (Hebreos 1:1-2)³. Según este pasaje, Dios sí ha hablado a la humanidad. Se reveló a los hombres antiguos, personas como Adán y Eva, Noé, Abraham y Moisés. Les dijo quién era, que haría y qué quería. Luego siguió hablando a través de los profetas, como Samuel, Elías, Elíseo, Isaías, Jeremías y otros. Y finalmente, se dio a conocer de la manera más perfecta a través de Su Hijo, Jesucristo. San Juan dice: “A Dios nadie lo vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer” (Juan 1:18).

¹ En este curso, se usará con frecuencia el término “el hombre”, descripción aceptable para “seres humanos”, “la humanidad” y “personas”. De ninguna manera este término excluye a la mujer, por el contrario, usar “el hombre” en el contexto de las Sagradas Escrituras, es una manera común de describir al ser humano, hombre y mujer.

² A lo largo del curso, se utiliza “Él” y “Su” como pronombres en mayúscula para referirse a nuestro Dios Trino, Padre, Hijo Jesucristo y el Espíritu Santo.

³ Este curso utiliza la versión Reina-Valera 1960 y 1995 de la Biblia, o las Sagradas Escrituras. En ocasiones, se utiliza la versión popular, “Dios Habla Hoy”. Se recomienda incluir en el estudio de este curso, la versión Reina-Valera Contemporánea (RVC2009). El uso de otras versiones de la Biblia siempre enriquecen el estudio de la misma. La página web de uso gratuito, <https://www.biblegateway.com> ofrece múltiples versiones de la Biblia en español (así como de muchos otros idiomas). Este recurso es útil para la lectura y el estudio de diversos textos Bíblicos, así como el “copy-paste” de versículos Bíblicos en las tareas.

El término que usamos para hablar de esto es la palabra “revelación”. Dios nos ha “revelado” cómo es, qué hace y qué quiere. En Su gran amor, no nos ha dejado solos, sino que ha buscado la manera de entrar en contacto con nosotros. Quiere que lo conozcamos y vivamos en una relación muy especial con Él.

La Palabra de Dios

Generalmente, cuando escuchamos la frase “Palabra de Dios”, pensemos en la Biblia. Sin embargo, esa frase ha tenido diferentes significados a través de la historia. En el Antiguo Testamento, podemos ver que la “Palabra de Dios” era toda comunicación de parte de Dios, particularmente a través de sus profetas. Dios comunicaba Su Palabra tanto de manera verbal como por escrito.

Por eso, el libro de Génesis dice que Dios creó el mundo a través de Su Palabra. Salmo 33:6 dice: “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el atiento de Su boca”. En estos y otros pasajes, la Palabra de Dios es simplemente la expresión de Su ser, una fuerza propia o potencia divina que sale de Él para llevar a cabo Su voluntad en nuestro mundo.

En el tiempo del Nuevo Testamento, los primeros cristianos creían que esta Palabra en realidad era una persona: el Hijo de Dios, Jesucristo. En su Evangelio, Juan dice: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él, nada de lo que ha sido hecho, fue hecho... Y aquel Verbo fue hecho carne” (Juan 1:1, 3, 14).

Apocalipsis 19:13, llama a Jesucristo, “el Verbo de Dios”. Es interesante notar aquí el uso del término “Verbo” en lugar de “Palabra”. En griego, “palabra” se dice “*Logos*” y en este idioma pertenece al género masculino; por eso, se podía hablar de Jesucristo, que también era de género masculino, como el “*Logos*”. Los que tradujeron la Biblia al español, hallaron el problema que en español, “palabra” es de género femenino. Ya que los traductores preferían usar una palabra de género masculino para hablar de Jesucristo como el “*Logos*” decidieron usar el término “Verbo” en lugar de “Palabra” en estos pasajes de Juan. Algunas traducciones modernas sí han optado por traducir “*Logos*” como “Palabra”, y hablan de Jesucristo como, “Aquel que es la Palabra”. Sin embargo, significa lo mismo: Jesucristo es la Palabra de Dios que ha salido de Dios Padre para llevar a cabo Su voluntad en nuestro mundo.

También se habla de Jesucristo como la Palabra de Dios porque por medio de Él, podamos conocer perfectamente a Dios. Aunque Dios había hablado anteriormente a través de sus profetas, lo que reveló a través de ellos era muy poco en comparación con lo que nos ha comunicado a través de Su Hijo. Por ejemplo, no fue sino hasta la venida de Jesucristo que se reveló que hay tres Personas Divinas en Dios. Asimismo, hubo muchas otras cosas que no pudimos saber acerca de Dios y Su relación con nosotros, hasta que vino Jesucristo. Él mismo afirmó que “al Padre (no) le conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mateo 11:27). Quien no conoce al Hijo, el Verbo de Dios, no conoce realmente al Padre tampoco.

En otros pasajes del Nuevo Testamento, la frase “Palabra de Dios” se refiere al Evangelio predicado por los apóstoles. El Evangelio contiene toda esa revelación de Dios y Su Hijo. Aunque en un principio, esta “Palabra de Dios” se comunicó principalmente de manera verbal, después llegó a comunicarse también a través de los escritos de los apóstoles y sus colaboradores. De esta manera, se comenzó a hablar de las Sagradas Escrituras como la “Palabra de Dios”.

Aunque es del todo correcto hablar de las Escrituras como Palabra de Dios, no debemos limitar esa frase a las Escrituras únicamente. Dios nos habla y nos revela Su Palabra no sólo a través de un libro, sino también a través de otras personas. Cuando el pastor predica los domingos en base a lo que Dios nos ha revelado, está comunicando la Palabra de Dios. Cuando cualquiera de nosotros comparte el Evangelio con otros, o tenemos una palabra de consuelo o edificación para otra persona, Dios está comunicando Su Palabra por medio de nosotros. Dios sigue hablando a nuestro mundo, no sólo a través de un libro, sino también a través de personas como nosotros, que somos sus instrumentos para darse a conocer en nuestro mundo.

La Santa Biblia y su inspiración

Aunque generalmente hablamos de la Biblia como un solo libro, en realidad es una colección de muchos libros. La palabra “biblia” en griego significa “libros”, en plural. Como cristianos, creemos que Dios motivó o “inspiró” a diversos hombres a través de la historia a poner por escrito lo que les había revelado. Posteriormente, los creyentes preservaron estos libros y los juntaron en uno solo, lo que es ahora nuestra Biblia.

En 2 Timoteo 3:16, San Pablo dice que “toda la Escritura es inspirada por Dios”. ¿Cómo debemos entender esta palabra “inspiración”? En la antigüedad, algunos afirmaban que el Espíritu Santo de alguna manera había “poseído” a los autores bíblicos, tomando control absoluto de sus facultades para usarlos igual como cualquiera de nosotros toma una pluma en la mano para escribir. Creían que el Espíritu Santo simplemente había dictado las palabras divinas como un hombre de negocios dicta una carta a su secretaria hoy en día. Sin embargo, hay diferencias importantes entre los diversos escritos de la Biblia; cada autor tiene su propio estilo y lenguaje, y su propio punto de vista. Esa teoría de la inspiración no toma en cuenta estas diferencias, y por eso, no la aceptamos dentro de nuestra Iglesia Luterana.

Más bien, creemos que el Espíritu Santo movió a los autores sagrados a poner por escrito lo que Dios les había revelado. En algunos momentos, esta revelación vino sobre ellos de manera misteriosa y supernatural, como cuando Dios habló con los profetas, o cuando San Juan vio las visiones escritas en el libro de Apocalipsis. En otros momentos, los autores simplemente pusieron por escrito lo que habían visto y oído, o inclusive lo que habían sabido de otros, sin haber recibido una visión o revelación especial de Dios en el momento de escribir. Tal es el caso de los libros históricos del Antiguo Testamento, y de libros como los Evangelios y los Hechos. En fin, al decir que la Biblia es “inspirada por Dios”, queremos decir que Dios movió a los autores bíblicos a poner por escrito lo que Él quería que escribieran.

Uno de los temas más discutidos entre cristianos en los últimos años es en cuanto a la veracidad de la Biblia. Sobre este tema hay principalmente dos puntos de vista. Algunos han afirmado que

ciertas historias como la historia de la creación, la historia de Jonás y otras no son relatos históricos, sino simbólicos. Dicen que no hay que entender estas historias literalmente, sino más bien tratar de entender las verdades más profundas que Dios nos quiere comunicar a través de estas historias. Asimismo, dicen que hay algunas contradicciones en la Biblia. Para ellos, el hecho de que muchos de los relatos son solamente simbólicos y que algunos autores bíblicos se contradicen en algunos detalles no significa que no podemos confiar en la Biblia. Afirman que los autores bíblicos estaban comunicando la Palabra de Dios dentro de sus propias limitaciones humanas, y por eso a veces se equivocaban en ciertos detalles, o comunicaban esa Palabra a través de símbolos y relatos que no son necesariamente históricos; pero de todas maneras, esa Palabra que comunicaban es de Dios, pues fueron movidos por Él a expresar Su revelación dentro de sus propias limitaciones. No hay que entender la Biblia como un libro de ciencia, sino más bien captar el mensaje más profundo que los autores querían comunicarnos, movidos por Dios. Lo único que realmente importa es que Dios nos sigue hablando a través de estos escritos, y en ellos escuchamos Su voz.

Cristianos más conservadores no aceptan estas explicaciones. Niegan que la Biblia tenga errores, y dicen que hay que entender literalmente historias como la creación, Jonás y el pez y otras. De otra manera, habría que afirmar que la Palabra de Dios contiene errores y que mucho de lo que tenemos no es del todo verdad. En ese caso, ¿cómo podríamos confiar en ella? ¿Cómo sabemos qué es verdad y qué no es verdad? Sería un libro desconfiable, y así no podríamos estar seguros de nuestra salvación. Por eso, muchos de estos cristianos más conservadores han hecho grandes esfuerzos por tratar de armonizar las aparentes contradicciones en la Biblia, y también han formado asociaciones y han escrito libros para demostrar que la ciencia se equivoca en las cosas que afirma que van en contra del mensaje bíblico.

En fin, algunos luteranos se inclinan por el primer punto de vista, y otros se inclinan por el segundo punto de vista. El Sínodo Luterano de México siempre ha enseñado el segundo punto de vista, afirmando que la Biblia no tiene errores, y hay que entenderla literalmente.

La Biblia: ¿objeto o medio de nuestra fe?

¿Creemos en Dios y Su Hijo Jesucristo porque creemos en la Biblia, o creemos en la Biblia porque creemos en Dios y Su Hijo? Algunos cristianos afirman lo primero, intentan comprobar que la Biblia es verdad, y por eso tenemos que creer todo lo que nos dice. Sin embargo, la posición tradicional de la Iglesia Luterana ha sido la segunda. El Dr. Federico E. Mayer (del Sínodo de Missouri) explica bien lo que creemos como luteranos: “En la teología luterana, el creyente no acepta la autoridad absoluta de las Escrituras como una verdad a priori (esto es, como una presuposición], sino porque ha aprendido a conocer a Cristo como su Salvador divino; ha experimentado el poder de Su Palabra sobre su corazón en las Escrituras; y confía implícitamente en la propia afirmación de Cristo con respecto al carácter divino de las Escrituras”. (Frederick E. Mayer, *The Religious Bodies of America*. St. Louis: Concordia Publishing House, 1954, p. 146.)

Lo que significa esto es que no llegamos a creer en la Biblia primero, y luego en Dios y en Cristo; más bien, primero llegamos a creer en Dios y Cristo porque experimentamos Su presencia en nuestras vidas, y por eso creemos lo que dice Jesucristo, que en la Biblia tenemos la

Palabra de Dios. Creemos en la Biblia porque creemos en Cristo, y no vice versa.

Sin duda, es posible llegar a creer en Jesucristo con sólo haber leído de Él en la Biblia; pero no siempre sucede así. La mayoría de nosotros llegamos a conocer a Jesucristo y creer en Él a través de otros: el pastor, nuestros padres y parientes, y dentro de la comunidad cristiana. Llegamos a la convicción de que Él vive y nos salva porque vemos a Jesucristo en otros y experimentamos Su presencia dentro de nosotros, y no sólo porque en algún momento leímos de Él en la Biblia. En realidad, el objeto de nuestra fe es el Dios Trino, y no la Biblia. Ponemos nuestra confianza en Dios, pues Él es quien nos salva, y no la Biblia en sí. La Biblia es el medio que Él emplea para salvarnos.

La autoridad de la Biblia

Desde tiempos de la Reforma, la Iglesia Luterana ha aceptado la Biblia como la única norma de fe y vida para los cristianos. Todo lo que predicamos, enseñamos y practicamos en la iglesia debe tener su base en la Biblia. Como hemos visto, Dios nos puede comunicar Su Palabra de muchas formas, y a través de muchas otras personas. Pero no podemos siempre estar seguros que lo que nos dicen otras personas sea la Palabra de Dios, pues pueden equivocarse y comunicar un mensaje que no es de Dios. Sin embargo, sabemos con seguridad que Dios nos habla a través de la Biblia, pues Él se nos ha revelado en ella. Por eso, al escuchar o leer cualquier otro mensaje que pretende ser Palabra de Dios, tenemos que comparar ese mensaje con lo que dicen las Escrituras, para ver si concuerda o no. Sólo lo que concuerda con la Palabra de Dios que encontramos en las Escrituras puede ser considerado Palabra de Dios, pues es imposible que Dios primero nos diga una cosa, y luego se contradiga, diciéndonos otra.

No obstante que para la Iglesia Luterana, la Biblia es la fuente y norma de fe y vida para los cristianos, hay otros escritos que consideramos como una segunda norma para nuestra fe y vida: las Confesiones Luteranas, contenidas en el Libro de Concordia. Sin embargo, no creemos que estas Confesiones fueron inspiradas por Dios como la Biblia; sólo creemos que son una exposición fiel de las Escrituras y están basadas en ellas. Hay muchas interpretaciones diferentes de la Biblia entre los cristianos; muchas Iglesias enseñan doctrinas que, según ellas, están basadas en la Biblia. Como luteranos, no estamos de acuerdo con todas las interpretaciones y doctrinas de otras Iglesias, que muchas veces se contradicen entre sí. Por eso, tenemos las Confesiones Luteranas, que explican cómo entiende nuestra Iglesia las Escrituras y cómo las aplicamos a la fe y vida de los creyentes.

Aunque creemos que las Confesiones Luteranas son una fiel exposición de las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, no tratamos de imponerlas por la fuerza a otros cristianos, ni afirmamos que sólo los que están de acuerdo con nuestras Confesiones son verdaderos creyentes que serán salvos. Tampoco afirmamos que la Biblia está incompleta o que le falten algo, y por eso necesitamos tener las Confesiones. Simplemente creemos que es necesario presentar una exposición clara y concisa de lo que creemos y enseñamos, para mostrar que estamos basando nuestra doctrina en la Biblia y no en ideas humanas. Es importante dar una presentación unánime y uniforme de lo que creemos, para evitar la discordia y la confusión en la enseñanza. Por eso, se pide que el que quiera predicar o enseñar en la Iglesia Luterana lo haga de acuerdo a las Confesiones Luteranas; así nuestra enseñanza bíblica será uniforme.

PREGUNTAS DE COMPRENSIÓN

1. *¿Por qué hay tantas diferentes religiones en nuestro mundo?*
2. *¿Qué es la “revelación”?*
3. *Mencione algunos de los significados de la frase “Palabra de Dios”.*
4. *¿Por qué decimos que Jesucristo es la Palabra (o “Verbo”) de Dios?*
5. *¿En qué sentido entendemos que te. Biblia es “inspirada por Dios”?*
6. *¿Qué dos opiniones existen entre los luteranos en cuanto a historias bíblicas como la creación y Jonás y el pez?*
7. *¿Creemos en Cristo porque creemos en la Biblia” o creemos en la Biblia porque creemos en Cristo? Explique su respuesta.*
8. *Al escuchar un sermón o una clase, o leer un libro cristiano, ¿cómo podemos saber si lo que escuchamos o leemos viene de Dios” o solamente consiste en ideas humanas erróneas?*
9. *¿Por qué tenemos las Confesiones Luteranas en nuestra Iglesia?*

PASAJES BÍBLICOS PARA LEER

1. *Lea 2 Timoteo 3:16-17. ¿Qué nos dice este pasaje acerca de la inspiración? ¿Para qué nos dio Dios las Escrituras, según este pasaje?*
2. *Lea Deuteronomio 18:15-18. ¿De quién estaba hablando Moisés en este pasaje?*
3. *Lea Hebreos 11:3. ¿Cómo fue constituido el universo? ¿En qué dos sentidos podemos entender la frase “Palabra de Dios” (o “Verbo de Dios”) en este versículo?*

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. *Exigen muchas religiones diferentes en nuestro mundo” y cada una dice tener la verdad. ¿Podemos saber con seguridad que la religión cristiana es la única religión verdadera” o es posible solamente creer que es la única religión verdadera?*
2. *Creemos que Dios nos habla a través de las Escrituras. ¿De qué otras maneras creemos que Él nos habla para comunicarnos Su Palabra?*
3. *¿Cree usted que las historias de la creación y de Jonás y el pez son verdaderas? ¿Cómo defendería su punto de vista ante los que no están de acuerdo con usted?*
4. *¿Cuál es la relación entre la Biblia y las Confesiones Luteranas? ¿Cree usted que es bueno, útil y necesario que en la Iglesia Luterana tengamos las Confesiones Luteranas, o cree que debemos desecharlas por no ser inspiradas como la Biblia?*
5. *El título de esta lección hace la pregunta: ¿Cómo conocemos a Dios? Después de haber estudiado esta lección, ¿cuál sería su respuesta a esa pregunta?*

TRABAJO EN CASA

Lea las lecturas para esta lección que aparecen en las páginas 86-90. Luego escriba sus respuestas a las preguntas que están al final de las lecturas.

LECCIÓN 2

El Dios de la Biblia

TRABAJO EN CLASE

Después de repasar las tareas que hizo en la semana, lean entre todos el siguiente texto y contesten las preguntas que aparecen al final

TEXTO DE CLASE

En la lección pasada, vimos que los cristianos creemos que Dios se nos ha revelado en las Escrituras. Nos ha dicho quién es y cómo es. En esta lección, queremos considerar qué es lo que Dios nos ha revelado de sí mismo.

Los atributos de Dios

Aunque, como dice San Juan, “a Dios nadie lo ha visto jamás” (Juan 1:18), sabemos mucho acerca de Él, por lo que Él mismo nos dice en Su Palabra que nos ha dado. Usamos muchas palabras diferentes para describir a Dios; a estas palabras que describen algo de la naturaleza de Dios, se les ha dado el nombre de “atributos”.

En las lecturas para esta lección, hay un extracto del libro escrito por Koehler que menciona 14 de estos atributos. Sin duda, hay otros atributos que se podrían mencionar al hablan de Dios, pero los que se describen allí son algunos de los más importantes. Aunque no tenemos el espacio aquí para hablar de todos estos atributos, vamos a mencionar algunos de ellos a continuación. En primer lugar, como decimos en el Credo Niceno, “creemos en un solo Dios”. Muchas religiones han enseñado que hay muchos dioses; pero la Biblia dice que sólo hay uno, y que no hay otro fuera de Él (Isaías 45:5). Aunque hay otros seres espirituales, como los ángeles y los demonios, éstos no son dioses, sino seres que Él mismo creó. En el caso de los demonios, cabe mencionar que éstos originalmente eran ángeles, pero después se rebelaron contra Dios.

Por ser Dios un espíritu, no lo podemos percibir con nuestros cinco sentidos. Tampoco tiene un cuerpo material, como el nuestro. El cuerpo que todos tenemos nos limita a estar en un solo lugar en un momento determinado. Pero, por ser Dios espíritu, puede estar en todos lugares al mismo tiempo. No está limitado al espacio, como nosotros. Es por eso que puede ver, oír y saber todo, inclusive, puede penetrar en nuestro pensamiento. Por eso, decimos que Dios es omnisciente, esto es, que todo lo sabe. Usamos también otras dos palabras que empiezan con “omni-” (que significa “completamente” en latín) para hablar de Dios: omnipresente, que significa que está presente en todas partes, y omnipotente, que significa que es todopoderoso, que todo lo puede hacer.

Cuando nos ponemos a pensar en Dios como un ser omnisciente y omnipresente, nos damos cuenta de Su inmensidad. Cómo puede haber un ser que conoce los pensamientos más últimos de miles de millones de seres humanos, y que puede estar presente con cada uno de ellos y escuchar todo lo que ellos le quieren decir en un momento determinado está más allá de nuestra razón. Dios es tan grande que nuestra mente finita y limitada jamás podrá comprender Su naturaleza perfectamente.

Dios también es eterno e infinito; no tiene principio ni fin. Como seres humanos, estamos limitados por el tiempo, y ni siquiera nos cabe en nuestra mente finita cómo puede existir un ser que nunca tuvo principio ni tiene fin. En la eternidad, no hay tiempo, ni “antes” ni “después”, lo cual está más allá de nuestra razón humana.

Algunos de los atributos de Dios lo describen en Su relación con nosotros. Por ejemplo, decimos que es bueno y amoroso, pues quiere a toda la humanidad y busca su bienestar y su felicidad. Siempre nos cuida y nos da lo que necesitamos. Dios también es justo, pues no tolera la maldad, que se opone a Su voluntad amorosa. Es celoso, pues no admite que tengamos otros dioses, porque sabe que si nos apartamos de Él sólo nos lastimamos a nosotros mismos. Es también paciente y misericordioso, pues nos da tiempo y oportunidades para cambiar y volver a Él.

En fin, aunque no podemos comprender todo acerca de Dios por nuestras limitaciones humanas, sabemos que tenemos un Dios inmenso y maravilloso. Y al fin de cuentas, Dios no nos pide que lo comprendamos; sólo nos pide que confiemos en Él y nos pongamos en sus manos.

La Santísima Trinidad

En el Antiguo Testamento, Dios reveló a la humanidad que es uno solo, y que no hay ningún Dios fuera de Él. Sin embargo, a través de Jesucristo, hemos llegado a saber que ese Dios único consiste en tres Personas, a quienes llamamos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Aunque la palabra “Trinidad” no aparece en la Biblia, los cristianos desde los primeros siglos de nuestra época han usado esa palabra para comunicar una verdad que sí está claramente afirmada en la Biblia: que Dios es Tres y Uno al mismo tiempo. Por supuesto, ésta también es una enseñanza que está más allá de nuestra razón. Tenemos que usar palabras humanas que son insuficientes para expresar las verdades divinas, palabras como Trinidad o como Persona para hablar de Dios.

¿Cómo puede ser Dios tres y uno al mismo tiempo? San Pablo escribe en 1 Corintios 8:6, “Para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas”. Según este pasaje, sólo el Padre es Dios. Todo lo que existe tiene su origen en Él, o “procede” de Él.

De hecho, aun el Hijo y el Espíritu Santo proceden del Padre. El Nuevo Testamento dice que el Hijo es “engendrado” por el Padre (1 Juan 5:18), y también dice que “procede” de Él (Juan 7:29). Asimismo, Jesús dice que el Espíritu Santo también procede del Padre (Juan 15:26). Esto significa que tanto el Hijo como el Espíritu Santo tienen su origen en el Padre. Sin embargo, no decimos que fueron “creados” por el Padre, pues ambos han existido con el Padre desde toda la eternidad, y son eternos, como Él (Juan 1:1; Hebreos 9:14). Desde la eternidad, han estado procediendo del Padre, porque Él es Su fuente y origen.

Por eso, Jesús dice: “El Padre mayor es que yo” (Juan 14:28), y San Pablo escribe que “Dios es la cabeza de Cristo” (1 Corintios 11:3). El Hijo obedece al Padre (Filipenses 2:8) y hace Su voluntad (Juan 5:30); no es correcto decir que el Padre obedece al Hijo, ni que el Padre hace la voluntad del Hijo; el Hijo está siempre sujeto al Padre, y no vice versa.

Al mismo tiempo, el Padre le entrega todo lo que tiene al Hijo. Jesús dice: “El Padre ama al Hijo,

y todas las cosas ha entregado en Su mano” (Juan 3:35). Todo lo que tiene el Padre, se lo comunica al Hijo. Le entrega todo Su poder (Mateo 28:18) y toda Su gloria (Juan 17:22), de manera que el Hijo pueda decirte al Padre: “Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío” (Juan 17:10). San Pablo afirma que en Cristo “habita... toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9). No hay nada que tenga el Padre que no tenga el Hijo. El Padre no tiene mayor gloria ni mayor poder que el Hijo, porque el Hijo tiene toda la misma gloria y poder del Padre.

Por eso, la Biblia dice que el Hijo es “la imagen del Dios invisible” (Colosenses 1:15; 2 Corintios 4:4). El Hijo es como el Padre en todos los aspectos. Tiene la misma voluntad (Juan 5:30), la misma doctrina (Juan 7:16), la misma palabra (Juan 14:24). “Todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente” (Juan 5:19). De esta manera, el que ve al Hijo también ve al Padre (Juan 12:45, 14:9) En este sentido, el Padre no es mayor que el Hijo, pues el Hijo tiene todo lo que tiene el Padre en Su plenitud. Jesús dice: “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30). No tienen dos vidas distintas, sino que comparten la misma vida (Juan 5:26).

En fin, podemos decir que en un sentido, el Padre es mayor que el Hijo, porque el Hijo tiene Su origen en el Padre y se somete a Él, siendo Su imagen. Sin embargo, como el Padre comparte todo con el Hijo, Su poder, Su gloria, Su sabiduría y Su misma vida, el Hijo es al mismo tiempo igual al Padre. Aunque son dos, al mismo tiempo son uno, pues no tienen dos poderes, glorias, sabidurías y vidas, sino un solo poder, una sola gloria, una sola sabiduría y una sola vida.

Por eso, en algunas ocasiones, el Nuevo Testamento llama a Cristo “Dios” (ver Romanos 9:5; Juan 1:1 y 20:28; Tito 2:13; 2 Pedro 1:1). Es Dios porque tiene la misma divinidad que el Padre, y es igual a Él en todo. Sin embargo, por lo general, los autores bíblicos sólo usan la palabra “Dios” para hablar del Padre, porque sólo Él es la fuente y origen de todo.

El Espíritu Santo también comparte esta divinidad con el Padre y el Hijo. Igual como todo lo que es del Padre es también del Hijo, todo lo que es del Hijo también es del Espíritu Santo (Juan 16:14-15). El Espíritu tiene la santidad del Padre (Romanos 1:4), el poder del Padre (Lucas 4:14; Romanos 15:19), la gloria del Padre (1 Pedro 4:14), y conoce plenamente al Padre (1 Corintios 2:10-11). Por eso, es llamado tanto el “Espíritu de Dios” (Romanos 8:9, 15:19; 1 Corintios 12:3) como el “Espíritu de Cristo” (Filipenses 1:19; 1 Pedro 1:11) o “Espíritu del Hijo” (Gálatas 4:6). Comparte todo con el Padre y el Hijo. Esta relación es tan íntima que San Pablo afirma: “El Señor es el Espíritu” (2 Corintios 3:17). Están perfectamente unidos, y el Espíritu Santo comparte todo lo que tienen el Padre y el Hijo.

Al hablar de la actividad del Espíritu Santo, el Nuevo Testamento menciona dos tipos de movimiento. Primero, el Espíritu Santo sale del Padre hacia el Hijo, para permanecer con el Hijo, como cuando Jesús fue bautizado (Lucas 3:22; Juan 1:32). Pero luego, el Espíritu Santo mueve al Hijo nuevamente hacia el Padre. El Nuevo Testamento también nos dice cómo ese Espíritu movió a Jesús a orar al Padre (Lucas 4:1), adorar al Padre (Lucas 10:21), y a ofrecerte al Padre Su vida (Hebreos 9:14). Al salir del Padre hacia el Hijo, el Espíritu Santo se une al Hijo para conducirlo nuevamente al Padre. Podríamos decir que es el que une al Padre al Hijo; siempre está llevando al Padre al Hijo, y al Hijo al Padre.

Por eso, el Nuevo Testamento asocia al Espíritu Santo con la comunión (2 Corintios 13:14;

Filipenses 2:1). Es el Espíritu de unidad y el vínculo de paz (Efesios 4:3). Es el Espíritu de amor porque comunica el amor del Padre al Hijo, y el amor del Hijo al Padre. Por eso, también se relaciona el Espíritu con gozo (Romanos 14:17; 1 Tesalonicenses 1:6), porque el amor con el que llena la divinidad es motivo de inefable gozo. Sobre todo, es el “Espíritu de vida” (Romanos 8:2), porque comunica la vida del Padre al Hijo, y la vida del Hijo al Padre, al mismo tiempo que Él participa de la vida del Padre y del Hijo.

Esta relación entre las tres personas es realmente maravillosa. Cada persona se entrega por completo a las otras dos, compartiendo todo lo que tiene con ellas. Están en movimiento constante, formando una comunión perfecta. Todo lo comparten, de manera que ninguno de los tres tiene algo que los otros dos no tengan. Tienen una misma gloria, un mismo honor, un mismo sentir, una misma voluntad, y una misma vida. Por eso, aunque son tres, al mismo tiempo son uno.

Sobre todo, esta relación entre las tres Personas de Dios – la Santísima Trinidad - es una relación de amor. El Padre entrega todo al Hijo porque lo ama, según Juan 3:35. Asimismo, el Hijo le entrega Su vida al Padre en amor, y el Espíritu Santo se entrega a los dos para unirlos en un mismo amor. Cuando San Juan escribe que “Dios es amor” (1 Juan 4:8), no sólo se está refiriendo a la relación de Dios con nosotros, sino también de la relación que existe entre las tres Personas Divinas. Dios es amor porque en sí mismo es una comunión, un círculo de amor en movimiento constante, un ser compuesto por tres Personas que están perfectamente unidas. No podemos dejar de sentirnos profundamente conmovidos y asombrados al contemplar esta relación; ni podemos dejar de sentirnos atraídos a adorar y amar a un Dios tan maravilloso.

Por eso, como luteranos, insistimos que la doctrina de la Santísima Trinidad es indispensable para la fe cristiana. Consideramos que cualquier grupo que rechace esta doctrina no es cristiana. Algunos de estos grupos dicen que es una doctrina ilógica, y que realmente estamos enseñando que hay tres dioses. Los testigos de Jehová, por ejemplo, dicen que uno más uno más uno no puede ser uno, pero se equivocan. Igual como tres personas pueden formar una sola familia ($1 + 1 + 1 = 1$, en este sentido), el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo forman un solo Dios. No son tres dioses, porque no tienen tres vidas, tres voluntades, o tres glorias, sino una sola vida, voluntad y gloria. Aunque sin duda la doctrina de la Santísima Trinidad es un misterio que nuestras mentes limitadas no pueden comprender perfectamente, no es de ninguna manera una doctrina ilógica, ni va contra la razón humana.

El nombre de Dios

¿Tiene Dios un nombre? En Éxodo 3:13-14, cuando Dios se revela a Moisés en la zarza ardiente, Moisés le dice a Dios: “Si ellos (los israelitas) me preguntaren: ¿Cuál es su nombre? ¿Qué les responderé?” Y Dios le contesta: “YO SOY, EL QUE SOY”. A partir de entonces, los israelitas llamaban a Dios “Yavé” (“Yahvé”), lo cual significa “Él que es”, o “Él que hace ser”.

Sin embargo, varios siglos antes de Jesucristo, los israelitas dejaron de pronunciar el nombre de Yavé, por temor a violar el Segundo Mandamiento, que prohíbe usar el nombre de Dios (“Yavé” o “Yahvé”) en vano. Seguían escribiendo el nombre de Yavé en sus Escrituras, pero al leerlas en voz alta, decían “Señor” (en hebreo “Adonay” o “Edonay”). Puesto que al principio en hebreo

sólo se escribían consonantes, y no vocales, más tarde cuando se empezó a escribir vocales en hebreo, se escribían las vocales de “Edonay” y no de “Yavé”. Los antiguos cristianos por lo general no entendían hebreo, y usaban versiones en griego y en latín, las cuales siempre decían “Señor” (griego: Kyrios, y latín: Dominus), y nunca “Yavé”. De hecho, cayó en tanto desuso el nombre de Yavé que nadie sabía pronunciarlo con las vocales indicadas.

No fue sino hasta tiempos de la Reforma Protestante que algunos de los traductores de la Biblia, al traducir del texto hebreo (y no del latín, como se había hecho durante muchos siglos), empezaron a poner el nombre de “Jehová” en sus traducciones. Esto sucedió con la versión de Reina-Valera que usamos en español. A principios del siglo 20, se descubrió que el nombre de “Jehová” realmente no es correcto, pues nunca llamaron así los judíos a Dios; en realidad, lo llamaban “Yavé”. De todas maneras, muchos protestantes siguen usando este nombre, pues se han acostumbrado a Él, y no hay nada malo en ello. Las versiones modernas en español generalmente dicen “Señor” en lugar de Jehová o Yavé, la cual era la costumbre de todos los cristianos hasta el siglo 16.

PREGUNTAS DE COMPRENSIÓN

1. *¿Qué es un atributo?*
2. *¿Cuáles son algunos de los atributos de Dios?*
3. *¿Qué palabras usa el Nuevo Testamento (y también el Credo Niceno) para hablar de la relación del Hijo de Dios y del Espíritu Santo con Dios Padre?*
4. *¿En qué sentido es el Padre “mayor que el Hijo”? ¿En qué sentido NO es mayor el Padre que el Hijo?*
5. *¿Qué hace el Espíritu Santo dentro de la relación trinitaria?*
6. *¿Cuál es el nombre de Dios, según la Biblia?*

PASAJES BÍBLICOS PARA LEER

1. *¿Qué atributos de Dios describen los siguientes pasajes?:*
2. *Lucas 1:37; Salmo 90:2; Romanos 11:33; 1 Juan 3:20; Malaquías 3:6; Salmo 115:3; Isaías 6:3; 2 Pedro 3:8.*
3. *Lean Éxodo 3:13-15. ¿Qué significa el nombre “Yavé” o “Jehová”? Busque a ver si su Biblia tiene una nota al pie de la página que ayude a explicar esto.*
4. *Compare Salmo 110:1 con Hechos 2:34, y Salmo 110:4 con Hebreos 7:21. Al citar pasajes del Antiguo Testamento, ¿usaban el nombre “Jehová”?*

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. *¿Qué límites tenemos nosotros los seres humanos que Dios no tiene? ¿Por qué es tan difícil para nosotros tratar de concebir y comprender a Dios?*
2. *En su opinión, ¿debemos usar la palabra “Trinidad” para hablar de Dios, ya que esa palabra no se encuentra en las Escrituras?*
3. *¿Es la Santísima Trinidad un modelo para nuestra vida humana, como la vida en familia o en la iglesia? Explique su respuesta.*
4. *En su opinión, ¿debemos usar la palabra “Jehová” en la Iglesia para hablar de Dios, ya que realmente su nombre nunca fue Jehová sino Yavé? ¿Sería mejor simplemente decir siempre “Señor” en lugar de “Jehová” o “Yavé”, como hacían todos los cristianos hasta el siglo 16?*

TRABAJO EN CASA

Lea las lecturas para esta lección que aparecen en las páginas 91-95. Luego escriba sus respuestas a las preguntas que están al final de las lecturas.

LECCIÓN 3

La creación

TRABAJO EN CLASE

Después de repasar las tareas que hizo en la semana, lean entre todos el siguiente texto y contesten las preguntas que aparecen al final.

TEXTO DE CLASE

Hay pocos temas tan controvertidos hoy en día como el tema de la creación del mundo. Se ha discutido mucho acerca de la edad de la tierra, el origen del hombre y de la vida, y la evolución. Hay infinidad de teorías y explicaciones, muchas de las cuales aparentemente tienen fundamentos científicos muy sólidos. Esto ha inquietado a muchos cristianos, pues lo que dice la ciencia es contrario a lo que dice la Biblia. ¿Qué debemos creer: lo que dice la Biblia o lo que dicen los científicos? Y si optamos por creer literalmente lo que dice la Biblia, ¿cómo podemos refutar las evidencias y pruebas tan convincentes de la ciencia?

La creación en la Biblia

Tenemos la historia de la creación en los primeros dos capítulos del libro de Génesis. Ahí se narra cómo Dios creó el mundo de la nada en 6 días (para descansar el séptimo). El primer día creó la tierra y la luz, el segundo el cielo, el tercero la tierra seca y las plantas, el cuarto el sol, la luna y los astros, el quinto los animales marinos, y el sexto los animales y el hombre.

¿Cómo debemos entender este relato? Hay por lo menos tres diferentes puntos de vista. Según el primero, es necesario entender la historia de la creación literalmente. Esto es lo que muchos cristianos, incluyendo a los luteranos, enseñan. Fueron 6 días de 24 horas. Asimismo, según las genealogías que encontramos en la Biblia, el mundo apenas tiene unos 6.000 años. Los que sostienen este punto de vista dicen que casi todo lo que dice la ciencia en cuanto a la edad del universo y de la tierra, la evolución, etc., es falso. Las pruebas científicas están basadas en cálculos erróneos y los científicos se equivocan al decir cosas, como por ejemplo, que los dinosaurios vivieron hace millones de años, que los restos de hombres pre-históricos datan de hace muchos miles de años, y otras cosas semejantes. Inclusive, muchos cristianos han formado sociedades para tratar de comprobar que las afirmaciones de la ciencia son erróneas, y que de hecho la tierra apenas tiene 6.000 años. Una solución a la que algunos han llegado es que, igual como Dios no creó a Adán y Eva como recién nacidos, sino como adultos, también el universo, la tierra y todo lo que contiene ya representaba cierta edad cuando fue creado. Por supuesto, sigue habiendo dificultades con este punto de vista; por ejemplo, hay que explicar cómo puede haber fósiles y restos de seres vivos, como los dinosaurios, enterrados en rocas y piedras que, según los científicos, tienen millones de años de edad.

Algunos científicos cristianos han ofrecido soluciones a estas dificultades, también.

Un segundo punto de vista, sostenido generalmente por personas no creyentes, afirma que nunca hubo ninguna creación. Enseñan que hubo una gran explosión hace miles de millones de años, que así se formó el universo, que de repente apareció la vida en la tierra, y que los seres vivos

fueron evolucionando de organismos primitivos. Por supuesto, esta teoría también presenta muchos problemas. No explica el origen de la materia del universo; ¿de dónde salió? Luego, es difícil creer que la vida haya podido llegar a existir por sí sola. Asimismo, ¿cómo pudo un ser tan complejo como el hombre y los animales evolucionar de pequeños organismos microscópicos? Para muchos, es más difícil creer esto que lo primero. El hecho de que hay tantas teorías y explicaciones contradictorias entre los científicos también presenta problemas para este punto de vista.

Muchos cristianos (entre ellos algunos luteranos) sostienen un tercer punto de vista, tratando de reconciliar los dos puntos de vista anteriores. Dicen que los 6 días mencionados en Génesis eran simplemente 6 períodos de tiempo, y que estos períodos duraron millones de años. Algunos creen que Dios creó el mundo, pero no precisamente de la manera que explica Génesis; usó de la evolución para crear al hombre lentamente, o permitió que el mundo se fuera desarrollando lentamente antes de crear al hombre. Este punto de vista evita las dificultades de creer que el hombre fue evolucionando de organismos primitivos, al mismo tiempo que admite que lo que dice la ciencia acerca de la edad del universo es aceptable. Sin embargo, el problema es que contradice lo que dice Génesis 1. Los teólogos que aceptan este punto de vista tienen que afirmar que Génesis 1 es solamente la invención de algún escritor antiguo, que describió la creación en 6 días para demostrar, por ejemplo, que así como Dios trabajó 6 días y descansó el séptimo, así también los seres humanos creados por Él debían descansar cada séptimo día, o sábado (día de reposo). Los cristianos más conservadores dicen que los que sostienen este último punto de vista hacen de la Biblia un libro no confiable, porque mucho de lo que dice no es verdad. A esto, responden los segundos que muchos de los relatos, como el de la creación, son simbólicos y sólo tienen el propósito de comunicar verdades más profundas, y que esto no significa que la Biblia sea un libro menos confiable.

En fin, todos los cristianos afirman que nuestro mundo fue creado por Dios, aunque no están de acuerdo en si fue creado exactamente como explica Génesis, o de otra manera. Sin embargo, tal vez más importante que el cómo, es el porqué de la creación. Vamos a considerar esto ahora.

El propósito de Dios para el mundo

¿Por qué creó Dios el mundo, y en particular, a nosotros, los seres humanos? Lo que vimos acerca de la Santísima Trinidad en la lección pasada nos ayuda a contestar esta pregunta. Si Dios en sí es una comunión de amor, sólo pudo haber tenido un propósito al crear el mundo: expandir Su círculo de amor a otros seres. Quería tener a otros seres con quienes pudiera compartir Su vida.

Al narrar la historia de la creación de los primeros seres humanos, el libro de Génesis dice: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (1:26). Desde tiempos muy antiguos, muchos han creído que cuando se dice en Génesis, “Hagamos”, se está refiriendo a las 3 personas de la Santa Trinidad que estaban participando en la creación. Dios quería que el hombre fuera hecho a imagen y semejanza suya para que pudiera tener una relación con Él.

Según San Pablo, lo que Dios quería desde el principio con los seres humanos era “que fuesen

hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Romanos 8:29). Dios nuestro Padre quería que viviéramos en la misma relación con Él que Su Hijo, una relación de comunión con Él. Seríamos el objeto de todo Su amor, igual que Su Hijo, y lo amaríamos de todo corazón, como el Hijo. En esto consistió el estado de perfección o santidad del ser humano que Dios creó: el hombre era como Dios, en el sentido que participaba de la comunión divina.

Vemos el amor de Dios por el hombre en el hecho de que Dios le entregó al hombre toda la creación para que estuviera bajo Él, diciéndole; “Llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra... He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla” (Génesis 1:28-29). El Salmista habla acerca del hombre, dirigiéndose a Dios: “Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies” (Salmo 8:5-6).

Al mismo tiempo, toda la tierra sigue siendo propiedad de Dios. “De Jehová es la tierra y Su plenitud, el mundo, y los que en Él habitan” (Salmo 24:1). Dios dice en Éxodo 19:5: “Mía es toda la tierra”. ¿Cómo puede pertenecer toda la creación a Dios, y al mismo tiempo al hombre? El propósito de Dios era que, así como todo lo que tiene el Padre lo comparte en su totalidad con el Hijo y el Espíritu Santo, para que el Hijo le diga al Padre: “Todo lo tuyo es mío, y el mío tuyo” (Juan 17:10), Dios quería compartir toda la creación con el hombre; todo lo que tiene Dios sería también del hombre, y todo lo que tiene el hombre sería también de Dios. De esta manera, al compartirlo todo, habría una comunión muy estrecha entre Dios y el hombre.

El plan eterno de Dios

Al crear al hombre, entonces, Dios tuvo un plan muy claro: quería formar una comunión con el hombre, para compartir Su amor y Su vida con Él. En la epístola a los Efesios, San Pablo habla de este plan. Dice que Dios “nos escogió en Él (Cristo) antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo” (Efesios 1:3-4). Según estas palabras, quería que viviéramos “delante de Él”, o en Su presencia, como hijos “adoptados”. Solamente el Hijo de Dios unigénito es Hijo de Dios desde toda la eternidad; pero también llegarían otros seres humanos a ser hijos de Dios por adopción.

Este pasaje también habla de la “predestinación”. Tradicionalmente, los luteranos hemos entendido la predestinación de esta manera: Dios, en Su infinita sabiduría, previó que el pecado entraría en el mundo, para destruir la comunión con el hombre que Él había querido desde el principio. Por eso, decidió salvar al ser humano, y en Su gran amor los “predestinó” para ser sus hijos. No los eligió en base a lo que harían o no harían, sino que hizo Su elección simplemente por gracia. Ningún ser humano merecía por las obras que haría ser elegido por Dios, sino todo dependió de la gracia inmerecida de Dios. En realidad, lo único que merecían todos los hombres era la condenación; pero, en Su gracia, Dios eligió salvar a un buen número de ellos, creando en ellos la fe y preservándolos en esa fe hasta la muerte.

En realidad, aunque esta doctrina es bíblica, sigue estando más allá de nuestra razón humana. Por

una parte, sabemos que Dios quiere que todos los hombres se salven (1 Timoteo 2:4), y que Cristo murió por todos (2 Corintios 5:15). Al mismo tiempo, nos damos cuenta de que no todos llegan a la fe, ya que muchos rechazan el llamado que les hace Dios, y se niegan a creer; por lo tanto, si se condenan, no es por culpa de Dios, sino por su propia culpa. La pregunta sobre porqué se salvan algunos y otros no, es algo para lo cual no tenemos respuesta; lo único que podemos decir es lo que dice San Pablo: “¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque, ¿quién entendió la mente del Señor?” (Romanos 11:33-34).

Al considerar la doctrina de la predestinación y la elección, los creyentes más bien debemos pensar en la gracia de Dios, que en Su amor nos eligió y ha hecho todo lo necesario para llevamos a la salvación. Esta doctrina debe consolarnos y fortalecernos en nuestra fe, porque sabemos que estamos en las manos de Dios, y “si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:29). A pesar del obstáculo del pecado, Dios sigue adelante con Su plan de formar una comunión de seres humanos que vivan en comunión con Él. Y esto lo hace “en Cristo”, como dice Efesios. A través de Su Hijo, creó el mundo (Juan 1:3 y otros); y a través de Su Hijo, pretende reunir a sus elegidos en torno a Él, para que vivamos en comunión con Él. El Hijo nos quiere hacer a Su imagen, para que podamos vivir unidos al Padre con Él.

La libre voluntad del ser humano

Al crear al ser humano, creemos que Dios lo hizo libre. El hombre podía elegir corresponder el amor de Dios y vivir en comunión con Él o negarse a amar a Dios. ¿Por qué era necesario este? Al considerar la naturaleza del amor, nos damos cuenta que el verdadero amor requiere de libre voluntad. Por ejemplo, uno puede programar a una computadora o a un robot a decir: “Te amo”. Pero eso no tendría sentido, pues al escuchar las palabras, “Te amo” o verías en la pantalla de la computadora, uno no se sentirá amado. Sólo podemos sentirnos amados si la otra persona puede elegir no amarnos, si tiene esa opción. Amar a otro significa voluntariamente entregarse a él; pero eso no es posible si no tenemos libre voluntad.

Por eso, si Dios quería que los seres humanos lo amaran, tenía que darles la opción de amarlo o no amarlo. Si al crearlos, los hubiera forzado a “amarlo”, y no hubieran podido hacer otra cosa, eso no hubiera sido en realidad amor.

Los ángeles

La Biblia también habla de otros seres racionales que Dios creó: los ángeles. No nos dice cuándo los creó Dios. Sabemos que, como Dios, son seres espirituales, y por eso son invisibles, excepto cuando se aparecen de manera visible a los hombres. De la Biblia, sabemos que son servidores de Dios, y que hacen Su voluntad (Salmo 103:20-21). Cada uno tiene un nombre, como Gabriel y Miguel. La Biblia usa diferentes términos para hablar de los ángeles, como “serafines” y “querubines”, y también habla de diferentes rangos de ángeles, como arcángeles. Están siempre delante de Dios, adorándolo y sirviéndole. Asimismo, son inmortales, y viven con Dios para siempre (Lucas 20:36).

Los ángeles ejecutan la voluntad de Dios en el mundo. Nos protegen de las fuerzas del mal y nos cuidan. Están siempre con nosotros, aunque no los veamos.

La Biblia también habla de algunos ángeles que cayeron (2 Pedro 2:4; Judas 6). Entre ellos está Satanás, el diablo, el principal entre ellos. Estos ángeles malos son muchos, y generalmente la Biblia los llama “demonios”. No sabemos por qué cayeron y se opusieron a Dios. Las Escrituras dicen que algún día Dios los destruirá, junto con todos los que se oponen a Él. Aunque, como los ángeles, no los podemos ver, sí podemos ver los efectos de Su actividad tanto dentro de nosotros como alrededor de nosotros.

PREGUNTAS DE COMPRENSIÓN

1. *Según Génesis 1, ¿cómo fue la creación del mundo?*
2. *¿Qué enseña la teoría de la evolución?*
3. *¿Qué teorías han sugerido algunos cristianos para combinar las teorías científicas acerca del origen del universo con el relato bíblico?*
4. *¿Qué motivo o razón tuvo Dios para crear el mundo?*
5. *¿En qué se parece la relación de Dios con el hombre con la relación de Dios Padre con Dios Hijo?*
6. *¿Qué enseña la doctrina de la predestinación?*
7. *¿Por qué le dio Dios al hombre una libre voluntad?*
8. *¿Qué sabemos de la Biblia acerca de los ángeles?*

PASAJES BÍBLICOS PARA LEER

1. *Lea Efesios 1:4-5. ¿Qué enseñan estos versículos?*
2. *Lea Apocalipsis 4:11. Al considerar la creación, ¿cuál debe ser nuestra actitud ante Dios?*
3. *Lea Salmo 104:11-15, 27-29. ¿Cómo sigue activo Dios todavía en Su creación?*

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. *Discutan los diversos puntos de vista en cuanto a la creación del mundo. ¿Qué problemas presenta cada explicación de la creación? ¿Qué cree usted en cuanto al origen del universo? Si cree que fue como dice Génesis, ¿cómo responde a las pruebas científicas que afirman que el universo tiene miles de millones de años, y no solamente 6,000 años? Si no cree que fue como dice Génesis, ¿cómo puede confiar en lo que dice la Biblia?*
2. *¿Qué se enseña en las escuelas acerca del origen del universo? ¿Deben hacer algo los padres de familia para contrarrestar la enseñanza de la evolución en las escuelas o los hogares?*
3. *¿Qué opina usted acerca de la doctrina de la predestinación? ¿Qué obstáculos encuentra para entenderla y creerla?*
4. *Muchas personas preguntan por qué Dios creó un mundo tan lleno de maldad y sufrimiento, y por qué no creó a un hombre perfecto que no pudiera pecar. ¿Cómo respondería usted a esas preguntas?*

TRABAJO EN CASA

Lea las lecturas para esta lección que aparecen en las páginas 96-99. Luego escriba sus respuestas a las preguntas que están al final de las lecturas.

LECCION 4

El pecado

TRABAJO EN CLASE

Después de repasar las tareas que hizo en la semana, lean entre todos, el siguiente texto y contesten las preguntas que aparecen al final.

TEXTO DE CLASE

Aunque desde el principio Dios quería tener comunión con todos los seres humanos que poblarían el mundo que había creado, sabernos que no ha sido así. El libro de Génesis, en su tercer capítulo, nos dice que el hombre optó por no vivir en esa comunión. Los primeros seres humanos, Adán y Eva, desobedecieron a Dios al comer del fruto del árbol que Dios les había prohibido. Y así, el pecado se arraigó en el corazón, no sólo de Adán y Eva, sino también de todos sus hijos. En el capítulo 4 de Génesis, leemos del primer asesinato, cuando Caín mató a su hermano Abel. El pecado del hombre llegó a ser tan grande que Dios mandó un diluvio para destruir a todos los hombres menos Noé y su familia, pues “vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (6:5). Hoy en día, vemos que el hombre en general sigue siendo igual, practicando la maldad y oponiéndose a Dios.

La ley de Dios (los Diez Mandamientos)

Para que exista la comunión que Dios desea con nosotros, es necesario que lo amemos a Él como Él nos ama a nosotros. Esto es precisamente lo que nos manda en Su ley. Nos manda que lo amemos a Él y a nuestro prójimo. Sólo cuando existe ese amor entre nosotros puede haber comunión entre Él y todos nosotros.

¿Para qué dio Dios Su ley? Lo que lo motivó a hacerlo fue precisamente Su gran amor por nosotros. Dios sabía que el hombre sólo podía vivir feliz si vivía unido a Él, en comunión. Fuera de esa comunión, no hay felicidad ni bienestar; Ya que Él quiere nuestra felicidad, insiste en que vivamos en esa relación, amándolo a Él y a los demás seres humanos que ha creado.

Eso es precisamente lo que manda en Su ley: el amor. Al elegir a Su pueblo Israel, les dijo desde el principio: “Amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 6:5). Y aunque les dio muchas otras leyes, todas se resumen en esta palabra: amor.

Cuando le preguntaron a Jesús cuál era el mandamiento más grande, Él respondió citando estas palabras de Deuteronomio, y agregando también un segundo mandamiento: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:37-40, ver también, Levítico 19:18). El amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables, pues no podemos amar a Dios y no amar a otros. No es posible decirle a Dios: “Te amo a ti, pero no amo a los demás, a quienes tú amas igual que a mí”. Si Dios ama a todos, y nosotros le amamos a Él, también debemos amar a todos, porque eso es lo que quiere Dios.

Otros pasajes también señalan la relación entre la ley y el amor Jesús mismo dice: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (Juan 13:34-35). San Juan nos explica que en realidad, este no es un nuevo mandamiento, sino “el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio” (1 Juan 2:7). La ley que Dios dio desde el principio nos manda a amar. San Pablo dice: “El que ama al prójimo ha cumplido la ley” (Romanos 13:8), y: “La ley en esta sola palabra se cumple. Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Gálatas 5:14). La ley, entonces, simplemente nos manda amar a Dios y a nuestro prójimo. Si hay amor, habrá comunión, y eso es precisamente lo que quiere Dios.

Al considerar la ley en estos términos, también vemos la relación entre el amor y la obediencia Sin duda, Dios quiere que le obedezcamos; pero no se contenta con la mera obediencia. Cuando el pueblo de Israel cumplía los mandamientos externos de la ley, no lo hacía con amor. Dios se enojaba con ellos (ver Oseas 6:6; Isaías 1:11-17). Como padres humanos, queremos que nuestros hijos nos obedezcan, pero sobre todo, queremos que nos amen. Al mismo tiempo, el amor no puede existir sin la obediencia. No podemos decirle a Dios: “Te amo, pero no quiero obedecerte ni hacer lo que tú quieres”. Eso sería una contradicción. La obediencia tiene que ser fruto del amor, y una expresión de nuestro amor.

¿Qué es el pecado?

Generalmente, se ha definido el pecado como una violación de la ley de Dios. Cualquier cosa que hagamos en contra de Su voluntad es pecado. Sin embargo, como lo que Dios manda en Su ley no es otra cosa que el amor, podemos definir el pecado como una falta de amor Pecamos cuando nos negamos a amar a Dios y a nuestro prójimo.

Por lo tanto, el pecado tiene que ver no sólo con lo que hacemos, sino también con lo que no hacemos. Obviamente, cualquier acción que hiera o lastime a otro ser humano es un pecado. Pero también pecamos cuando nos negamos a ayudar y servir al prójimo. Muchas personas dicen: “Yo no soy malo porque nunca he matado ni robado a nadie”. Pero al mismo tiempo, viven sólo para sí mismas Viven pensando únicamente en el dinero, la diversión, la ropa, la televisión, la familia, y otras cosas de este mundo. Aunque esas cosas de ninguna manera son malas en sí, Dios nos ordena que no dediquemos nuestras vidas a ellas, sino a Él. Al venir Jesús a juzgar al mundo, separará a las cabras de las ovejas; y al acusar a las cabras, no las condena tanto por lo que hicieron, sino lo que no hicieron: “Tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed, y no me disteis de beber...” (Mateo 25:31-46).

Cuando nos negamos a amar a Dios y a nuestro prójimo, destruimos la relación de comunión que Dios desea. No podemos vivir en la relación debida con Dios ni con sus hijos, y eso es malo para nosotros, pues destruye la felicidad que sólo puede existir dentro de una relación de comunión. Muchas personas creen que el pecado es de alguna manera bueno, atractivo o divertido Pero en realidad, el pecado es muy malo para nosotros, porque destruye nuestra felicidad. Por ejemplo, el hombre que toma mucho o que comete adulterio piensa que hay algo bueno en el alcohol o el adulterio; pero en realidad, al hacer tales cosas, destruye las relaciones con Su familia y sus seres queridos, y trae sobre sí mismo problemas aún mayores. Por eso, Dios prohíbe que pequemos, porque quiere que tengamos buenas relaciones con Él y con nuestros prójimos, para que

podamos ser verdaderamente felices.

El “pecado original”

Generalmente, entendemos el pecado en términos de lo que hacemos: matar, robar, mentir, ofender, etc. La frase que empleamos en círculos luteranos para referirse a esto es “pecado actual”. El pecado actual tiene que ver con las cosas que hacemos que no debemos hacer, y las cosas que no hacemos que sí debemos hacer.

Sin embargo, la Biblia enseña que el pecado no sólo consiste en eso, sino que es una realidad más profunda dentro del ser humano. San Pablo dice que somos “esclavos del pecado” (Romanos 6:17). Desde Adán y Eva, todo ser humano tiene en sí mismo una potencia, tenencia, dominio o fuerza, que lo impulsa a pecar. A esto le damos el nombre de “pecado original”. En todos nosotros, existe esta inclinación al mal, de manera que todos desobedecemos. San Pablo dice que aún cuando quería hacer el bien, encontraba dentro de Él una fuerza que se lo impedía, que es el pecado (Romanos 7:7-25). Esto lo vemos también en todos nosotros, aún en los niños, que desde pequeños son desobedientes y hacen el mal. Como dice David: “En maldad y sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5). El pecado es una parte de nuestra naturaleza caída.

¿Somos pecadores porque hemos pecado, o hemos pecado porque somos pecadores? Muchas personas piensan que la primera afirmación es la correcta. Ninguno es pecador hasta que empiece a cometer pecados, y el cometer pecados convierte a uno en pecador. Sin embargo, en la Iglesia Luterana, insistimos que la segunda afirmación es la correcta. Somos pecadores aún antes de cometer un pecado, porque la fuerza del pecado que mora en todos nosotros inevitablemente nos mueve a pecar. Pecamos porque dentro de nuestra naturaleza humana caída existe el pecado, el cual nos domina y esclaviza. Aun cuando quisiéramos dejar de pecar, no podemos, porque el poder del pecado es más fuerte que nosotros.

Las consecuencias del pecado

Como hemos notado, el pecado, por ser una falta de amor, destruye la comunión con Dios y los demás. En la Biblia, la palabra “vida” se refiere precisamente a esa comunión. “El que tiene al Hijo, tiene la vida” (1 Juan 5:12). Si estamos en comunión con Dios a través de Su Hijo, tenemos vida; si estamos fuera de esa comunión, estamos “muertos”. Por eso, San Pablo dice que el que está dominado por el pecado está “muerto” (Efesios 2:1, 5; Colosenses 2:13). “La que se entrega a los placeres, viviendo está muerta” (1 Timoteo 5:6).

Por destruir la verdadera vida, entonces, el pecado trae la muerte. San Pablo dice que “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). El pecado es muerte porque nos separa de la única fuente de vida que hay, que es Dios. Podemos, entonces, definir la muerte como la separación de Dios. Quien se niega a amar a Dios y su prójimo se aparta de Dios, y al apartarse de Dios, pierde la vida. Mientras vivamos en este mundo, no estamos totalmente separados de Dios, porque Él sigue estando presente en este mundo. Pero si morimos en ese estado de separación, esa separación se hace eterna, y estamos “excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” para siempre (2 Tesalonicenses 1:9).

Otra consecuencia del pecado es simplemente el mal. En Dios, sólo existe lo bueno, porque Él es la bondad misma. Pero, al separarnos de Él, nos hemos separado del bien, y el resultado es el mal. Ya que toda la humanidad se ha apartado de Dios, el hombre ha caído bajo el dominio del mal, junto con toda la creación a la cual pertenece. Por eso, hay tantas cosas malas en nuestro mundo. El mal existe dentro de nuestros corazones, y se manifiesta en las formas que lastimamos y herimos a los demás, y a veces a nosotros mismos, también. El mal también existe en la sociedad en general, y se manifiesta en la injusticia, las guerras, la opresión y el odio. Asimismo, las fuerzas de la naturaleza han caído bajo el dominio del mal por culpa del pecado del hombre, y de esta manera hay cosas como enfermedades y desastres naturales. San Pablo dice que la creación es esclava de la corrupción, y que gime, anhelando ser liberada del mal (Romanos 8:21-22).

Por todo esto, es claro que el pecado trae dolor y sufrimiento. Sufrimos por todo el mal que nos oprime y no nos deja vivir felices. Nuestros cuerpos sienten dolor y envejecen, por el mal que habita en ellos. Sufrimos debido a toda la injusticia, la opresión y el odio que hay en el mundo. Y sobre todo, sufrimos por la muerte, tanto nuestra propia muerte, que nos llena de angustia, como la muerte de los que nos rodean, como nuestros seres queridos. En Su gran amor, Dios desea salvarnos del mal, y de todo el sufrimiento que trae como consecuencia.

La reacción de Dios al pecado

¿Cómo reacciona Dios al pecado? Ya que Él nos ama infinitamente, Su reacción al pecado es una de gran ira. Odia el pecado con todo Su ser, porque ha echado a perder Su creación tan hermosa y ha llenado la vida de sus amados hijos con dolor y sufrimiento. Debido a Su odio por el mal, Dios no puede aceptar el pecado, y lucha con todas sus fuerzas en contra de él.

Al afirmar que Dios es un Dios “celoso”, la Biblia nos quiere decir que Dios de ninguna manera acepta el mal. No admite que vivamos separados de Él y practiquemos el pecado, porque nos ama. Por eso, jamás puede admitir que tengamos algún dios fuera de Él, ni que lo hagamos a un lado en nuestras vidas. Manda, insiste y ordena que vivamos con Él como nuestro Dios, por nuestro bien. Jamás podría cruzarse los brazos y simplemente decir: “Está bien. Acepto que ustedes vivan separados de mí. No haré nada para combatir el pecado y la maldad”. Al contrario, Su gran anhelo es destruir el pecado y la maldad para siempre, para que podamos vivir libres del dolor y el sufrimiento.

El problema que Dios enfrenta es que el mal está muy arraigado dentro de nosotros. Al contar Jesús la parábola del trigo y la cizaña en Mateo 13:24-30, nos ayuda a entender el dilema de Dios. Así como para quemar y destruir la cizaña que está mezclada con el trigo, los obreros hubieran quemado y destruido el trigo también, si Dios quisiera destruir ahora todo el mal que hay en nuestro mundo y en todos nosotros, tendría que destruirnos a todos por completo. Por eso, ha decidido esperar y soportar la existencia del mal, para salvar al menos algo de Su creación y no destruirla toda.

Aunque Dios soporta la existencia del mal, sigue luchando en contra de ella. En la Biblia, vemos que Dios en determinados momentos destruyó a todos los hombres menos Noé y su familia en el

diluvio, destruyó a pueblos como Sodoma y Gomorra, e inclusive destruyó en gran parte a Israel, Su pueblo elegido, cuando se habían entregado a la maldad. Por supuesto, Dios no quisiera hacer esto, pero a veces no le queda otra opción. En el caso de Sodoma y Gomorra, aunque sin duda seguía amando a todos sus habitantes y hubiera querido salvarlos, estaban tan entregados al mal que ya no tenían remedio. Por eso, decidió mejor destruir a esas ciudades, para que la maldad que había en ellas no contagiara a los pueblos vecinos y siguiera extendiéndose. Era mejor destruir a unos cuantos, que más tarde tener que destruir a muchos, así como a veces tenemos que amputar un miembro de un cuerpo que está infestado con cáncer o gangrena, antes de que ese mal se extienda al resto del cuerpo.

Vemos lo mismo en la historia de Israel. Cuando el pueblo se apartaba de Él, Dios les imploraba que volvieran a Él y a la comunión que quería tener con ellos. Cuando se negaban a hacerlo, les mandaba diversos males y sufrimientos, esperando que con eso volvieran a Él. A veces esto funcionaba, pero después de un tiempo, el pueblo se volvió tan malo que todo el pueblo estaba perdido. Dios les dijo. “Os envié todos los profetas mis siervos, enviándolos desde temprano y sin cesar; pero no me oyeron ni inclinaron su oído, sino que endurecieron su cerviz, e hicieron peor que sus padres” (Jeremías 7:25-26). Ya que todo el pueblo se había apartado de Dios, y ninguno era justo ya, Dios decidió destruir a la mayor parte de Su pueblo bajo los asirios y babilonios, para que los que quedaran sí se arrepintieran y volvieran a Él. Era mejor destruir a muchos para salvar a pocos, que tener que destruirlos a todos más tarde.

El hecho de que Dios reacciona al pecado con ira, entonces, no nos debe hacer pensar que no ama al pecador. Ama a todos los seres humanos con todo su corazón; Su amor por ellos es completamente incondicional. Sin embargo, no tolera el pecado, porque el pecado destruye la comunión que quiere tener con ellos. Por eso, lucha contra el pecado, y contra los que se han aliado con el pecado. Aunque odia el pecado, sigue amando con todo Su ser al pecador. Le duele a veces tener que condenarlo y destruirlo. Pero tampoco lo puede forzar a volver a la comunión con Él, porque la comunión es sólo posible cuando hay amor, y es imposible forzar a otro a amar. Dios no puede forzar a nadie a volver a la comunión con Él; sólo nos puede tratar de convencer que así lo debemos de hacer.

Inclusive, el hecho de que Dios haya creado el infierno no significa que no es amor. El propósito del infierno es simplemente de separar de Dios a todas las fuerzas de maldad, tanto los seres humanos como los demonios. En el cielo, Dios no puede admitir nada de pecado ni maldad, porque eso destruiría la comunión que desea tener con los suyos. Sólo puede haber perfecta comunión en el cielo porque no hay ninguna fuerza mala que la destruya.

La ira de Dios en contra del pecado y la maldad, entonces, es prueba de Su gran amor por nosotros. Si no nos amara, dejaría que nos separemos de Él, sin hacer nada para tratar de hacernos volver. Nos abandonaría a vivir siempre oprimidos por el mal. Pero, como nos ama, hace todo lo posible por librarnos del mal, para que podamos vivir felices. Nos manda que lo amemos y le obedezcamos, porque nos ama, y luego también Su amor lo mueve a disciplinarnos a veces para que volvamos a Él. Y finalmente, promete destruir todas las fuerzas del mal, alejándolas de Él para siempre, para que pueda vivir en perfecta comunión con nosotros sus hijos.

PREGUNTAS DE COMPRENSIÓN

1. *¿Con qué propósito dio Dios Su ley?*
2. *¿Qué es lo que manda la ley de Dios?*
3. *¿Qué relación hay entre la ley, el amor y la obediencia?*
4. *¿Qué es el pecado?*
5. *¿Por qué es el pecado malo para nosotros?*
6. *¿Qué es el pecado original?*
7. *¿Cuáles son los efectos del pecado en nuestro mundo y nuestra vida?*
8. *¿Cómo reacciona Dios ante el pecado?*
9. *¿Por qué permite Dios la existencia del mal en nuestro mundo?*
10. *¿Cómo se puede afirmar que la ira de Dios es una manifestación de Su amor por nosotros?*

PASAJES BÍBLICOS PARA LEER

1. *Lea Marcos 25:41-46. ¿Condenó el Señor a estos por lo que hicieron, o lo que no hicieron?*
2. *Lea Jueces 2:12-19. ¿En qué vemos el amor de Dios en este pasaje? ¿Tuvo Dios alguna razón amorosa al castigar repetidamente a Su pueblo?*

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. *¿Cómo debemos responder a las personas que dicen que no son tan malas como para que Dios las envíe al infierno?*
2. *¿Por qué piensan muchas personas que el pecado es bueno, atractivo o divertido? ¿Tienen razón al pensar así? Explique su respuesta. Muchos cristianos se abstienen de cometer ciertos pecados sólo por temor a Dios. ¿Es ésa la única razón por la cual debemos evitar el pecado?*
3. *¿Qué entiende mucha gente por la frase “pecado original”? ¿Cómo entendemos nosotros esa frase?*
4. *En la clase vimos que pecamos porque somos pecadores, y no que somos pecadores porque pecamos. ¿Así entiende la mayoría de la gente, o cree más bien en la segunda afirmación?*

TRABAJO EN CASA

Lea las lecturas para esta lección que aparecen en las páginas 100-104. Luego escriba sus respuestas a las preguntas que están al final de las lecturas.

PREPÁRESE PARA TOMAR UN EXAMEN SOBRE LAS LECCIONES 1-4, DESPUÉS DE LA SIGUIENTE CLASE.

LECCIÓN 5

Jesucristo, el Hijo de Dios

TRABAJO EN CLASE

Después de repasar las tareas que hizo en la semana, lean entre todos el siguiente texto y contesten las preguntas que aparecen al final.

TEXTO DE CLASE

“Y creo en un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, engendrado del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y no hecho, consustancial al Padre, y por quien todas las cosas fueron hechas; el cual, por amor de nosotros y por nuestra salvación, descendió del cielo, y encamado en la Virgen María por el Espíritu Santo, fue hecho hombre; y fue crucificado también por nosotros bajo el poder de Pondo Pilatos. Padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día según las Escrituras; y ascendió a los cielos, y está sentado a la diestra del Padre; y vendrá otra vez en gloria a juzgar a los vivos y a los muertos, y Su reino no tendrá fin”. Estas palabras del Credo Niceno resumen muy bien lo que los cristianos creemos en cuanto al Señor Jesucristo. Vamos a considerar ahora en más detalle lo que esto significa.

En primer lugar, el Credo afirma que Jesucristo es el “Hijo unigénito de Dios, engendrado del Padre antes de todos los siglos”. Como vimos en la Lección 2, Dios tiene un Hijo, el cual ha existido con Él desde toda la eternidad. Nunca hubo un tiempo en el que el Padre existiera sin el Hijo. Decimos que el Hijo fue “engendrado” porque tiene Su origen en el Padre. Sin embargo, esto no significa que el Hijo fue creado por el Padre. Si el Hijo hubiera sido creado, no hubiera podido ser igual al Padre en todos los aspectos, ni podría estar perfectamente unido a Él. Por eso, el Credo insiste que el Hijo es “Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios”. Es tan “Dios” como Dios Padre. La palabra que los antiguos usaron para afirmar esto es “consustancial”. Esto significa que es de la misma naturaleza o sustancia que el Padre. El Padre no tiene una existencia independiente del Hijo, ni tiene el Hijo una existencia independiente del Padre. Son uno, y comparten la misma naturaleza divina en su totalidad.

Al afirmar que el Hijo de Dios descendió del cielo y fue hecho hombre, siendo encamado en la Virgen María por el Espíritu Santo, lo que queremos decir es que este Hijo de Dios eterno se hizo igual que nosotros en todos los sentidos (sólo que sin pecado). El Espíritu Santo concibió milagrosa y misteriosamente a Jesucristo en el vientre de la Virgen María. De esta manera, desde Su concepción, Jesús era divino, porque era el mismo Hijo de Dios que había existido desde toda la eternidad. Al mismo tiempo, a partir de Su concepción, también fue humano. Asumió la misma naturaleza humana que todos tenemos. En este sentido, era igual que todos nosotros. Tenía todos los componentes de nuestra naturaleza: un cuerpo humano mortal, y también una alma humana. Podía crecer, sufrir y morir, como todos nosotros. Decimos que fue 100% Dios y al mismo tiempo 100% hombre, no fue 50% Dios y 50% hombre, ni sólo 90% Dios y 90% hombre, sino que tenía toda la naturaleza divina, siendo igual a Dios, y toda la naturaleza humana, siendo igual a todos nosotros.

El Credo Niceno también afirma que por Él todas las cosas fueron creadas. El griego original

realmente significa “por medio de Él”. En otras palabras, aunque Dios Padre hizo la creación, Su Hijo fue el instrumento por medio del cual hizo todo. Sirvió como las manos del Padre para crear todo como quería el Padre. Desde el principio, el Hijo tuvo una relación muy íntima con la creación. Dios Padre sujetó todo debajo de Su Hijo (1 Corintios 15:27; Juan 3:35), y el Hijo tenía desde el principio la tarea de sujetar toda la creación, para ponerla a los pies del Padre. Esto significa que la tarea del Hijo es unir todo con el Padre.

En este sentido, Cristo es llamado en Colosenses 1:15, el “primogénito de toda la creación”. Esta frase no significa que Cristo fue creado, como afirman erróneamente algunos grupos. Más bien, es el primogénito porque está a la cabeza de toda la creación, y toda la creación está sujeta a Él. Toda la creación debe “conformarse a Su imagen”, como dice Romanos 8:29; esto es, debe ser santificada y puesta en una relación de comunión con el Padre. Como el Hijo fue el primero en estar en esa relación, Él es el “primogénito”. Asimismo, por el hecho de haber resucitado y subido al cielo, es el “primogénito”, porque fue el primer hombre que resucitó para subir al cielo, y otros le seguirán, junto con toda la creación, que será liberada y santificada.

La vida, muerte y resurrección de Jesucristo

El Credo Niceno casi no dice nada acerca de la vida de Jesucristo, pero esto no significa que carece de importancia. Los Evangelios de San Mateo y San Lucas nos dicen algo acerca de Su nacimiento, y San Lucas nos presenta la historia de Jesús en el templo cuando tenía 12 años, pero fuera de eso, no sabemos casi nada acerca de Jesús hasta el comienzo de Su ministerio, cuando tenía unos 30 años, según San Lucas (3:23). Durante unos 3 años, Jesús recorrió la tierra de Palestina predicando el evangelio, sanando a los enfermos, haciendo milagros y enseñándole a la gente cómo se puede participar en el Reino de Dios. Tanto Su enseñanza como los milagros que hizo nos demuestran que verdaderamente es Dios, pues ningún hombre podía hacer tales señales.

Aunque Jesús nunca afirmó en tantas palabras, “Yo soy Dios”, sus acciones y palabras sí lo demuestran. Por ejemplo, los judíos sabían que nadie menos Dios podía resucitar a un muerto, o calmar una tormenta: sin embargo, esto lo hizo Jesús. Cuando los fariseos vieron que Jesús perdonaba pecados, dijeron: ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios? (Marcos 2:7). Y en verdad, tenían razón, pues sólo Dios podía perdonar pecados; sin embargo, se equivocaban, porque no reconocían que Jesús era Dios. En Juan 8:58, Jesús les dijo a los judíos: “Antes que Abraham fuese, YO SOY”. Debemos recordar que el nombre de Dios entre los judíos era precisamente “YO SOY EL QUE SOY”. El hecho de que los judíos inmediatamente quisieron apedrear a Jesús después de que dijo estas palabras demuestra que entendieron muy bien lo que Jesús había dicho: que era el mismo Dios todopoderoso del Antiguo Testamento.

Algunos grupos que niegan la divinidad de Cristo dicen que el título “Hijo de Dios” que se usaba para hablar de Jesús significa que Jesús es menor que Dios, porque es Su Hijo. Sin embargo, entre los judíos, esa frase significaba lo contrario: decir que alguien era hijo de otro significaba que era igual al otro. Esto nos lo dice San Juan: “Por esto los judíos aún más procuraban matarte, porque... decía que Dios era Su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (Juan 5:18). Todos estos pasajes, entonces, demuestran que Jesús claramente afirmaba ser Dios, y los discípulos llegaron a reconocerlo como tal, como cuando Tomás le dijo: “Señor mío y Dios mío” (Juan 20:28).

Sin embargo, el evento de mayor importancia en la vida de Jesús fue Su crucifixión y muerte. Los pasajes que acabamos de citar de San Juan nos indican porqué los judíos querían matarlo: porque decía ser “igual a Dios”, lo cual era blasfemia para los judíos. La gente lo aclamaba como el “Hijo de David”, el “Cristo”, o el “Mesías”. Según Su ley, cualquiera que blasfemaba a Dios, afirmando ser igual a Él, debía morir (Levítico 24:16), y por eso, condenaron a Jesús.

Aunque en un sentido se puede afirmar que los principales judíos condenaron y mataron a Jesús, en otro sentido, Jesús murió voluntariamente. Dijo: “Nadie me la quita [su vida], sino que yo de mí mismo la pongo” (Juan 10:18). Jesús murió porque quiso morir. Por eso, hablamos de Su muerte como un sacrificio. Como los animales que eran ofrecidos a Dios en el templo, Jesús ofreció Su vida al Padre por nuestro bien. Más tarde en nuestro curso, tendremos la oportunidad de considerar más a fondo el significado de Su muerte.

Después de Su muerte, Jesús estuvo en la tumba tres días. Hay que recordar que los judíos contaban el tiempo un poco diferente que nosotros. Para ellos, el nuevo día comenzaba al caer la noche. Jesús murió en viernes, y como el sábado, o día de reposo, empezaba al caer la noche el viernes, y enterrar a un cadáver era considerado como una forma de “trabajo” entre los judíos y por lo tanto era prohibido en sábado, los amigos de Jesús tuvieron que apresurarse para sepultarlo el viernes antes del anochecer. Las mujeres no alcanzaron a preparar Su cuerpo con los perfumes y ungüentos tradicionales. Tampoco lo pudieron hacer durante el sábado, por ser día de reposo, y aunque al caer la noche el sábado ya no era prohibido, no podían ir al sepulcro a ungir el cadáver de Jesús por falta de luz. Por eso, fueron al amanecer el domingo, y fue cuando descubrieron que Jesús había resucitado. De esta manera, se puede afirmar que Jesús estuvo en la tumba tres días (viernes, sábado y domingo), y que resucitó al tercer día. Cualquier otra explicación (por ejemplo, que murió en miércoles o jueves) no tendría sentido, y va contra lo que la Biblia claramente afirma en Lucas 23:54-56.

Al decir que Jesús resucitó, enfatizamos que Su resurrección fue corporal. No resucitó solamente de manera espiritual. San Lucas dice que después de resucitar, Jesús les dijo a los discípulos: “Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo”, y que después “comió delante de ellos” (Lucas 24:39, 43).

Esto demuestra que todavía era un hombre, con un cuerpo humano. Al mismo tiempo, ese cuerpo había sido glorificado. Por eso, podía aparecerse y desaparecer milagrosamente, y no siempre lo reconocían cuando lo veían. Esto nos indica que, aunque seguía siendo un hombre con un cuerpo humano, ese cuerpo había sido transformado en un cuerpo glorioso. Ya no era un cuerpo mortal ni limitado al espacio y al tiempo, como nuestros cuerpos, sino que era un cuerpo glorificado e inmortal.

La resurrección de Jesús va mano en mano con Su exaltación y ascensión al cielo. Al ser transformado y glorificado en Su resurrección, Jesús entró en una nueva condición, en la que tenía toda la gloria y el poder del Padre nuevamente. Según Filipenses 2:6-8, Jesús se había despojado de Su gloria y poder al hacerse hombre y someterse a nuestra naturaleza pecadora. Pero al resucitar, se cubrió nuevamente de gloria, y se sentó a la diestra del Padre. El decir que Jesús está sentado a la diestra del Padre es una forma simbólica de afirmar que Jesús está en la

presencia de Su Padre, y junto con Él, está reinando sobre nuestro mundo y llevando a cabo Su voluntad en el mundo.

Los tres oficios de Cristo

Al hablar de Jesucristo, la Biblia usa tres términos para describir Su actividad: profeta, sacerdote y rey. Como vimos en la primera lección, Jesús es el que habla de parte de Dios y nos revela a Dios. En la antigüedad, el que hacía esto era llamado “profeta”. Hoy en día, generalmente entendemos la palabra “profeta” como una persona que predice el futuro. Sin embargo, en realidad, un profeta es simplemente una persona que habla de parte de Dios, un intermediario que comunica mensajes de parte de Dios a los seres humanos. Aunque Jesús sin duda hablaba del futuro, decimos que es profeta más bien porque Dios nos ha hablado a través de Él. Ya que Él conoce perfectamente al Padre, y desde la eternidad ha estado en íntima comunión con Él, puede hablar de parte del Padre.

En lugar de hablar a los hombres de parte de Dios, un sacerdote hace lo contrario: habla a Dios de parte de los hombres. Como sacerdote, Jesús intercede ante el Padre por nosotros. El sacerdote es el que puede entrar en la presencia de Dios para reconciliar a los hombres que representa con Dios. Esto es precisamente lo que hace Jesucristo: nos reconcilia con Dios, uniéndonos a Él. Jesús nos santifica, como el sacerdote santificaba al pueblo, para que podamos estar en comunión con Dios. Y como el sacerdote ofrecía sacrificios a Dios, Jesús también ha presentado un sacrificio: “se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 5:2).

Finalmente, decimos que Jesús es Rey. Los judíos esperaban la venida de un rey de parte de Dios, al cual llamaban “Cristo”, “Mesías”, e “Hijo de David”. Los judíos esperaban un rey terrenal, pero Jesús es mucho más que eso. Es un Rey universal, que reina desde el cielo para todos los seres humanos. Aunque por una parte Jesús reina ahora sobre toda la tierra, por otra parte, Su reino en toda Su gloria y majestad todavía no ha sido establecida. Algún día, cuando venga en gloria, establecerá Su reino de manera perfecta y definitiva.

PREGUNTAS DE COMPRENSIÓN

1. *¿Qué significa la palabra “consustancial” en relación con Jesucristo?*
2. *¿Qué papel jugó el Hijo de Dios en la creación del mundo?*
3. *¿Qué significan las Escrituras al decir que Jesucristo es el “primogénito de toda la creación”?*
4. *¿Qué pasajes bíblicos demuestran que Jesucristo afirmaba ser Dios?*
5. *¿Qué quiere afirmar la Biblia al decir que Jesucristo es el “Hijo de Dios”?*
6. *¿En qué sentido se puede decir que Jesús resucitó “al tercer día”?*
7. *¿En qué fue diferente el cuerpo de Jesús después de Su resurrección, según el Nuevo Testamento? ¿En qué siguió siendo igual?*
8. *¿Cuáles son los tres oficios de Cristo? ¿Qué aspecto de Su actividad resalta cada uno de esos oficios?*

PASAJES BÍBLICOS PARA LEER

1. Lea Juan 20:26-28. ¿Cómo entienden algunos grupos como los Testigos de Jehová estas

palabras de Santo Tomás? ¿Cómo las entendemos nosotros?

2. ¿Cuál de los tres oficios de Jesucristo describen los siguientes pasajes?
Hechos 5:30-31; Hebreos 1:1-2; Hebreos 7:24-25; Lucas 7:15-17; Romanos 8:34;
Apocalipsis 11:15

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. *Hoy en día, algunos grupos como los Mormones y los Testigos de Jehová niegan que Jesucristo sea verdadero Dios. ¿Qué argumentos han oído de estos grupos para negar que Jesucristo sea verdadero Dios? ¿Cómo podríamos responder a sus argumentos?*
2. *¿En qué era igual Jesús que nosotros? ¿En qué era diferente?*
3. *¿Por qué creen que los principales judíos se opusieron tan fuertemente a Jesús y por fin lo sentenciaron a morir crucificado?*
4. *¿Qué significa para nuestra vida cotidiana cada uno de los tres oficios de Jesucristo?*

PRESENTE EL EXAMEN SOBRE LAS LECCIONES 1-4.

TRABAJO EN CASA

Lea las lecturas para esta lección que aparecen en las páginas 105-110. Luego escriba sus respuestas a las preguntas que están al final de las lecturas.

LECCION 6

La salvación en Jesucristo

TRABAJO EN CLASE

Después de repasar las tareas que hizo en La semana, lean entre todos el siguiente texto y contesten las preguntas que aparecen al final.

TEXTO DE CLASE

En la Iglesia Luterana, hay un punto de doctrina que se considera central: la justificación por gracia por medio de la fe sola. Lutero decía que de esta doctrina dependía todo, y sobre ella permanecía en pie o se derrumbaba la iglesia; si es predicada, la iglesia está predicando el verdadero Evangelio; pero si no es predicada, la iglesia ha dejado de estar basada en la Palabra de Dios.

Desde la época de los reformadores, los cristianos luteranos han afirmado que la fe cristiana puede resumirse en tres principios, “sola Escritura, sola gracia, y sola fe”. Ya hemos considerado el primer principio: sola Escritura, el cual nos indica que las Sagradas Escrituras son la única norma para la fe y la vida de los cristianos, por ser la Palabra revelada de Dios. La doctrina de la justificación por gracia por medio de la fe tiene que ver con los otros dos principios, sola gracia y sola fe.

La muerte de Cristo y el perdón

¿Qué significa la palabra “justificación”? Justificar a alguien significa declararlo “justo”, esto es, sin pecado ni culpa. Por ser Dios mismo justo, Él quiere que nosotros también seamos justos, para que podamos estar con Él en Su presencia. Sin embargo, nuestro problema es que ninguno de nosotros es justo. Todos somos pecadores. San Pablo dice, “No hay justo, ni aun uno” (Romanos 3:10). Por esta razón, por sí mismo, ningún ser humano puede ser justificado delante de Dios. “Por las obras de la ley, ningún ser humano será justificado delante de Él” (Romanos 3:20).

En otras palabras, no importa cuántas cosas buenas hayamos hecho, ni cuán buenos nos consideremos, todavía seguimos siendo pecadores, y no somos justos delante de Dios. Ni podemos dejar de pecar, pues el poder del pecado está muy arraigado en nosotros, de modo que no lo podemos vencer. De esta manera, no podemos agradar a Dios ni vivir de la manera que Él desea.

Por lo tanto, todo el mundo está bajo la condenación de Dios, pues nadie ha vivido como Él desea. Ninguno de nosotros ha cumplido Su ley. Sin embargo, en Su gran amor, Dios decidió remediar esta situación, enviando a Su Hijo a nuestro mundo. Jesucristo cumplió la ley de Dios perfectamente, sin jamás pecar. Y luego, cumplió en nuestro lugar la sentencia de muerte que pesaba sobre nuestras cabezas. De esta manera, el castigo por nuestros pecados ya ha sido pagado, y Dios ya no nos tiene que castigar.

El papel de Jesucristo, entonces, es el de tomar nuestro lugar en la cruz para sufrir nuestro

castigo. Esto se llama la “satisfacción vicaria”; satisfacción porque Cristo satisfizo las demandas de la justicia de Dios, que exigía un castigo, y vicaria porque fue en nuestro lugar. A veces se habla de una especie de doble intercambio. En un principio, Cristo es el justo, y nosotros somos los pecadores culpables. Pero Cristo asume nuestro pecado, de modo que Él llega a ser “hecho pecado”, como dice San Pablo en 2 Corintios 5:21. Al mismo tiempo, Él nos comunica Su santidad y perfección, de modo que en los ojos de Dios, somos “santos y sin mancha e irreprochables delante de Él” (Colosenses 1:22). Delante de Dios, ya no somos culpables, porque Cristo nos ha librado de nuestra culpa.

Este proceso se llama “justificación”, y consiste en que nosotros llegamos a ser declarados justos, sin pecado ni culpa, delante de Dios, gracias a la obra de Jesucristo. En realidad, seguimos siendo pecadores, pero Dios ya no toma en cuenta nuestros pecados, porque Jesucristo ya ha pagado por ellos.

Justificación, fe y gracia

Aunque Jesucristo asumió el pecado de todo el mundo en la cruz y pagó el precio para toda la humanidad, esto no significa que toda la humanidad sea salva. Dios no puede salvar forzosamente a aquel que no quiere ser salvo, ni quiere aceptar el sacrificio de Jesús por sus pecados. Por eso, se requiere la fe. Por medio de la fe, aceptamos lo que Dios nos ofrece, confiando en Él y en Su palabra de perdón. La fe es indispensable para la salvación, ya que sólo podemos recibir lo que Dios nos ofrece si creemos y confiamos en Él.

Al mismo tiempo, este perdón y esta salvación son dones que Dios nos da gratuitamente, sin ningún mérito de parte nuestra. Por eso, decimos que la salvación y la justificación son “por gracia sola”. “Por gracia sola” significa que nuestra salvación depende únicamente de la gracia de Dios, y no depende de ninguna manera de nosotros. La palabra “gracia” se refiere a un don gratuito, el amor de Dios inmerecido. No importa qué tan buenos nos consideremos, ni cuántas cosas buenas hayamos hecho en nuestras vidas, pues como dice el profeta Isaías, “Todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia” (Isaías 64:6). Ningún ser humano puede ser lo suficientemente bueno para merecer el favor y el perdón de Dios, pues haga lo que haga, sigue siendo un pecador que ha desobedecido a Dios y merece la condenación.

Esto generalmente no va muy de acuerdo con nuestra forma de pensar. A muchas personas les gusta pensar que pueden ganar el favor de Dios. Por ejemplo, muchísimas personas van a la iglesia los domingos, sólo porque piensan que así agradarán a Dios, y Dios los verá con buenos ojos y les bendecirá. Creen que si “cumplen” con Dios, Dios no los castigará y todo les irá bien en la vida. Otras personas dan cantidades considerables de dinero a la iglesia, creyendo que así Dios se complacerá de ellos. El día en que mueran, piensan que podrán decidir a Dios, “Mira cuánto te di”, y que Dios se verá obligado a admitirlos al cielo por eso. En general, la gran mayoría de gente piensa que la religión se trata únicamente de “quedar bien con Dios” a través de nuestras obras, para que Dios nos acepte y nos bendiga, tanto en esta vida como en la vida por venir.

Sin embargo, la Biblia dice claramente: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de

vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:6-9). “El hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo” (Gálatas 2:16). En otras palabras, no depende de lo que hagamos o no hagamos. No importa qué tan ajenos seamos, ni tampoco qué tan malos seamos. Todo depende completamente de la gracia y la bondad de Dios. Si Él nos bendice, no es porque lo merezcamos, ni porque seamos mejores que otros, ni porque hayamos cumplido con lo que nos manda, sino simplemente porque de Su bondad y gracia, Él quiere bendecirnos. Si Él nos salva, no lo hace por algún mérito nuestro, ni porque seamos relativamente buenos en comparación con otros, sino simplemente porque en Su amor ha elegido salvarnos. Como dice San Pablo: “No depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Romanos 9:16).

Podríamos considerar el ejemplo de una madre, que ama con todo su corazón a sus hijos. Ni importa qué tan buenos y obedientes sean sus hijos, éstos no pueden ganar el favor de su madre, porque ya lo tienen; ella ya los ama, simplemente por ser su madre. Y aunque llegaran a portarse mal con ella y a desobedecerla, ella los seguiría amando, porque una buena madre nunca deja de amar a sus hijos. Así es Dios con nosotros; Él nos ama, no por algo que nosotros hayamos o no hayamos hecho, sino simplemente porque es nuestro Padre celestial, y en Su bondad ha elegido amarnos. No depende de nosotros, sino únicamente depende de Él. Nuestra forma de ser no tiene nada que ver, lo único que tiene que ver es la forma de ser de Dios, que es bondadoso, misericordioso y lleno de gracia.

Al decir que ninguna obra nuestra puede ganar el favor y el perdón de Dios, incluimos también la fe. Tener fe no es una obra, como si por tener fe, ganáramos el favor de Dios y mereciéramos la salvación. En ese caso, nuestra salvación dependería de nosotros y de nuestras acciones, y no de Dios. La fe se convertiría en un mérito, por el cual podríamos agradecer a Dios y merecer Su perdón.

Debemos recordar siempre que aun la fe es un don de Dios. Nosotros no creemos en Dios porque de nuestra propia voluntad hayamos elegido creer en Dios, sino que es Dios mismo, el que por Su gracia, creó fe dentro de nosotros. Como el campesino siembra una semilla, y luego la riega y la cuida para que crezca una planta, asimismo Dios crea la fe en nosotros, y luego alimenta esa fe para que crezca. Todo esto es obra suya, y no nuestra. Por eso, no podemos afirmar que la razón por la cual algunos se salvan y otros se condenan es que algunos han elegido creer el Evangelio mientras otros han elegido rechazarlo. No depende de nuestra elección, sino más bien de la elección de Dios. Como dijo Jesucristo a sus discípulos: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Juan 15:16). Dios es el que nos elige a nosotros, y no nosotros a Dios. La fe es un don suyo, que recibimos por su pura bondad y gracia.

En fin, las palabras “sola gracia” y “sola fe” se refieren al hecho de que nuestra salvación depende únicamente de Dios, y no de nosotros mismos, y que nuestras obras no contribuyen a nuestra salvación, sino que Dios nos salva por medio de la fe, que es un don de Él. Todo esto es posible solamente porque Jesucristo murió por nosotros y pagó el precio de nuestra salvación.

Ley y Evangelio

Según la doctrina luterana, al hablar de nuestra salvación, es muy importante distinguir entre dos

conceptos, “ley” y “evangelio”. La “ley” se refiere a las justas exigencias de Dios sobre nosotros. Nos dice qué espera y exige Dios de nosotros. Consiste en mandamientos: “Haz esto”, “No hagas esto”. Nos dice que si cumplimos perfectamente con todo lo que Dios nos manda, tendremos vida; pero si fallamos, aunque sea en un solo punto, estamos bajo condenación y castigo. En pocas palabras, la ley PIDE, MANDA, EXIGE, ORDENA, y si no cumplimos, nos juzga y nos condena.

Por otra parte, tenemos el Evangelio. El Evangelio no nos pide ni exige nada, sino únicamente nos ofrece. Nos dice que Dios nos ama y ha dado a Su Hijo por nosotros para perdonarnos y limpiarnos. Nos habla de la gracia de Dios como algo totalmente inmerecido por nosotros, y de la salvación como un regalo que Dios nos da sin ninguna condición ni exigencia. El Evangelio nunca nos pide ni nos exige nada, sino únicamente nos ofrece. Tampoco nos amenaza con castigo, sino únicamente nos ofrece la salvación gratuita. Las palabras del Evangelio siempre son palabras de amor, perdón y consuelo.

Los luteranos consideramos que esta proclamación de Ley y Evangelio tiene que ser la base de todo lo que enseñamos y predicamos. Al pecador, hay que primero anunciarle la ley, diciéndole lo que Dios exige de él, y cuál es el castigo si no cumple. Pero una vez que acepte haber violado la ley de Dios y por ello estar bajo condenación, y se arrepienta de su pecado, podemos y debemos compartir con él, el Evangelio, el cual dice que Dios lo perdona libremente por causa de la muerte de Jesucristo, y que ya no está bajo condenación, sino bajo la gracia de Dios. No se debe predicar el Evangelio de la gracia y el perdón a un pecador no arrepentido, porque no tendrá sentido para él. El Evangelio sólo tiene sentido cuando nos damos cuenta de estar bajo la condenación de la ley. Asimismo, tampoco debemos predicar más ley a la persona que está agobiada por sus pecados y ya está arrepentida. Por ejemplo, cuando alguien está deprimido o triste por sentir que Dios no lo ama, no debemos decirle: “Haz esto y aquello para que Dios te perdone y acepte”. Al contrario, únicamente debemos hablar las palabras del Evangelio a aquella persona, diciéndole que a pesar de su pecado, Dios le perdona todo gratuitamente, sin exigirle nada.

Al proclamar la Palabra de Dios, entonces, es importante que nuestra proclamación contenga tanto ley como Evangelio, y que no confundamos lo uno con lo otro. Generalmente, el problema es que tendemos a hablar más de la ley. Por ejemplo, hablamos más de lo que Dios exige, y de cuál es el castigo si no cumplimos con esas exigencias, y hablamos relativamente poco (de lo que Dios nos ofrece gratuitamente a través del Evangelio. Decimos, “Dios te salvará y te bendecirá si haces esto”, pero en el momento en que agregamos las palabras “si haces esto”, estamos poniendo una condición, y cuando hay condiciones, estamos hablando de Ley y no Evangelio, porque el Evangelio siempre es incondicional. Nuestra proclamación del Evangelio siempre tiene que hablar de lo que Dios nos ofrece, y no de lo que nos pide.

Al mismo tiempo, muchas veces pensamos que lo que cambia a otras personas es la ley, y no el Evangelio. Creemos que podemos lograr que otros cambien su conducta si les decimos que Dios se lo exige, y si no cambian, Él los amenaza con el castigo. Les imponemos mandamiento y reglas para tratar de cambiarlos. Sin embargo, eso no es lo que cambia a las personas, sino más bien el Evangelio. Al escuchar el Evangelio, nos damos cuenta de lo mucho que nos ama Dios, y luego queremos cambiar nuestras vidas, no porque Él nos la exija, sino simplemente por

agradecimiento, porque queremos responder a Su gran amor. Imponer mandamientos y reglas puede cambiar la conducta de la gente, pero no cambiará Su corazón, lo cual es lo más importante. Sólo el Evangelio puede cambiar corazones.

En fin, es importante que aprendemos a distinguir claramente entre Ley y Evangelio. Cuando se habla de exigencias, condiciones, mandamientos, amenazas y castigos, se está do la ley. Pero cuando se habla de la gracia y la misericordia de Dios, las promesas gratuitas e incondicionales, todo lo que Dios ha hecho por nosotros sin ningún mérito de nuestra parte, se está hablando del Evangelio.

Otros términos que hablan de la salvación

Cuando la Biblia habla de la salvación, emplea diversas palabras. Una de éstas, es por supuesto, preeminente “salvación”, que tiene que ver con la idea de rescatar a alguien de un peligro. Otro término es “justificación”, que comunica la idea de ser declarados justos por Dios por medio de Jesucristo. Sin embargo, hay otras palabras que describen otros aspectos de nuestra salvación. Una de éstas es la palabra “redención”. “Redimir” a alguien significa liberado de una condición de esclavitud u opresión. Según la Biblia, anteriormente todos éramos esclavos del diablo y del pecado, y nos tenía bajo Su dominio. Pero Jesucristo pagó el precio para rescatarnos de esa esclavitud en la cruz, de modo que ahora somos libres para vivir como hijos de Dios. Al decir que nos “redimió”, queremos decir que Su muerte sirvió para salvarnos del pecado y de la muerte.

Otro término que se emplea con frecuencia es “reconciliación”. Había una brecha entre Dios y nosotros, no por culpa do Dios, sino por culpa de nosotros. La obra de Jesucristo fue de reconciliarnos con Dios, esto es, reparar la relación entre Dios y nosotros. Ahora dejamos de ser “enemigos” de Dios para convertimos en sus “amigos”. Jesucristo hizo la paz entre nosotros y Dios.

La palabra “expiación” se refiere a la obra de Jesucristo de purificarnos a través de un sacrificio. “Expiar los pecados” (Hebreos 2:17) significa limpiar y purificar al ser humano, removiendo sus pecados. Otra palabra es “propiciación”. Al decir que Jesucristo es nuestra propiciación (1 Juan 2:2, 4:10), queremos decir que Él aplacó la ira de Dios en contra de nosotros debido a nuestros pecados, convirtiendo esa ira en perdón y aceptación.

Hay muchas otras palabras y frases que hablan de la forma en que Jesucristo nos salva. Sin embargo, la idea principal de todas estas formas de hablar es que a través de la muerte de Jesucristo, podemos ser salvados, perdonados, y aceptados nuevamente por Dios. Por medio de Su Hijo, podemos tener paz y comunión nuevamente con Dios nuestro Padre Celestial.

PREGUNTAS SOBRE EL CONTENIDO

1. *¿Cuál es la doctrina central de la fe cristiana, según la enseñanza luterana?*
2. *¿Cuáles son los tres principios de la doctrina luterana?*
3. *¿En qué consiste la justificación?*
4. *¿Qué es la satisfacción vicaria?*
5. *¿En qué consiste la fe?*

6. *¿Qué significa decir que somos salvos por la gracia sola?*
7. *¿Qué papel juega el ser humano en llegar a tener fe?*
8. *¿Qué nos dice la Ley? ¿Qué nos dice el Evangelio?*
9. *Explique el significado de las siguientes palabras: salvación, redención, reconciliación y expiación.*

PASAJES BÍBLICOS PARA LEER

1. *Lea Deuteronomio 7:6-8 y 9:6. ¿Es la enseñanza de que somos salvos únicamente por la gracia de Dios una algo que sólo se encuentra en el Nuevo Testamento, o también en el Antiguo Testamento?*
2. *Lea Juan 6:44. ¿Qué nos dice este pasaje acerca de la manera en que llegamos a la fe?*
3. *Lea Romanos 3:19-28. ¿Qué nos dice este pasaje acerca de la salvación?*

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. *En su opinión, ¿la mayoría de la gente cree que somos salvos únicamente por la fe, o cree que las obras también son necesarias para la salvación? Mencione algunas de las cosas que la gente cree que necesita hacer para ser salvo.*
2. *Algunas Iglesias Evangélicas aceptan la doctrina de la salvación por medio de la sola fe, pero luego afirman que algunas obras también son necesarias. ¿Ha escuchado a observado algunos ejemplos de esto?*
3. *Personas de otras iglesias a veces afirman que, según la doctrina luterana, las buenas obras no tienen ningún valor. ¿Cómo respondería usted a esa crítica?*
4. *¿En qué momentos debemos hablar palabras de Ley, y en qué momentos debemos hablar palabras de Evangelio? Mencione algunos casos específicos en que se debe hablar palabras de Ley, y otros casos cuando se debe hablar palabras de Evangelio.*
5. *El texto de clase dice que muchas veces creemos que podemos cambiar la conducta de otros por medio de la Ley, pero que esto es un error. Sólo podemos cambiar por medio del Evangelio. ¿Está usted de acuerdo? ¿Puede pensar en algunos casos específicos de personas que han cambiado mucho de conducta (por ejemplo, dejando de tomar en exceso, mejorando relaciones familiares, etc.)? En los ejemplos que menciona, ¿qué cambió a la persona: Ley o Evangelio?*

TRABAJO EN CASA

Lea las lecturas para esta lección que aparecen en las páginas 111-115. Luego escriba sus respuestas a las preguntas que están al final de las lecturas.

LECCIÓN 7

La obra del Espíritu Santo

TRABAJO EN CLASE

Después de repasar las tareas que hizo en la semana, lean entre todos el siguiente texto y contesten las preguntas que aparecen al final.

TEXTO DE CLASE

“Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios...” (1 Corintios 6:19). Una de las enseñanzas más fundamentales de la Biblia es que cada creyente ha recibido el Espíritu Santo de Dios. Creemos que recibimos el Espíritu Santo en nuestro bautismo, cuando “a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Corintios 12:13), y que ese Espíritu sigue morando y obrando en nosotros a través de toda la vida. Pero, ¿qué es lo que hace el Espíritu Santo en nosotros? ¿Cuál es esa obra que lleva a cabo? Estas son las preguntas que queremos considerar en esta lección.

El Espíritu Santo es una persona

Antes de considerar en detalle la obra del Espíritu Santo en nosotros, debemos notar brevemente que las Sagradas Escrituras claramente enseñan que el Espíritu Santo es una persona divina. Algunos grupos hoy en día afirman que el Espíritu Santo es simplemente una fuerza que emana de Dios, pero que no tiene una personalidad propia. Cuando consideramos lo que dice la Biblia, vemos que eso no es verdad. Muchos pasajes hablan del Espíritu en términos de un ser que tiene su propia personalidad. El Espíritu Santo habla (Marcos 13:11; 1 Timoteo 4:1; Apocalipsis 2:7 y muchos otros), prohíbe (Hechos 16:6), piensa (Hechos 15:28), envía (Hechos 13:4), arrebató (Hechos 8:39), intercede (Romanos 8:26), testifica (1 Pedro 1:11), clama (Gálatas 4:6), y hace muchas otras cosas. Se puede entristecer al Espíritu Santo (Efesios 4:30), mentirle (Hechos 5:3), tentarlo (Hechos 5:9) y resistirle (Hechos 7:51). Todo esto indica que al Espíritu Santo no es una fuerza impersonal, sino que tiene Su propia personalidad.

El amor y la comunión del Espíritu

Podemos entender mejor lo que hace el Espíritu Santo al considerar lo que se relaciona con Su actividad en el Nuevo Testamento. Allí se le llama el “Espíritu de verdad” (Juan 15:26), el “Espíritu de santidad” (Romanos 1:4), el “Espíritu de Jesucristo” (Filipenses 1:19; 1 Pedro 1:11) y sobre todo, el “Espíritu de Dios” (en muchos pasajes). Se habla del amor del Espíritu (Romanos 15:30 y otros), la comunión del Espíritu (2 Corintios 13:14; Filipenses 2:1), la unidad del Espíritu (Efesios 4:3), y constantemente se relaciona con Él cosas como vida, gozo, sabiduría, poder, santidad, santificación, paz y bendiciones espirituales.

¿Cómo podríamos resumir toda la actividad del Espíritu Santo? En pocas palabras, podríamos decir que su trabajo consiste en unirnos con Dios Padre y Dios Hijo, y los unos con los otros. Nos llena de vida, gozo, sabiduría, poder, santidad, paz y amor porque nos une con Jesucristo y con Su Padre; todas estas cosas provienen solamente de Dios, y Dios nos las comunica a través del Espíritu Santo. Al recibir el Espíritu Santo en nuestros corazones, Dios mismo se hace

presente en nosotros, y de esta manera nos comunica todo aquello que tiene dentro de sí mismo.

Al mismo tiempo, debemos notar que Dios el Padre nos comunica Su Espíritu Santo a través de Su Hijo Jesucristo. En los capítulos 15 y 16 del Evangelio de San Juan, Jesús repite que el Padre envía al Espíritu en Su nombre” (el nombre de Jesús), o sea, a través de Jesús (Juan 14:26), y más tarde afirma que Él mismo envía al Espíritu Santo del Padre (Juan 15:26). Después de Su resurrección, leemos cómo Jesús derramó el Espíritu Santo sobre los discípulos (Juan 20:22; Hechos 2:33). Ante todo, el Espíritu Santo nos une a Jesús, y luego también al Padre. Y al unirnos a Jesús, también nos une con todos los demás creyentes que están unidos a Jesús y han recibido el mismo Espíritu Santo que nosotros.

Por todo esto, se habla del Espíritu Santo en términos de amor, comunión y unidad. Así como el Espíritu Santo es el vínculo entre el Padre y el Hijo (ver la Lección 2), también es el vínculo entre nosotros y el Hijo, y consecuentemente, entre nosotros y Dios Padre. Él nos comunica todo lo que tiene el Padre a través del Hijo, y también se une a nosotros para presentarnos a nosotros al Padre. Por eso, glorificamos, adoramos, amamos y servimos al Padre “en el Espíritu”, o sea, movidos y dominados por el Espíritu, el cual nos transforma, nos guía y nos lleva a la comunión con el Padre y el Hijo.

Uno de los nombres del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento es “Consolador”, o “Paracleto” en el griego original (a veces escrito “Paráclito”). La palabra “Paracleto” en realidad se refiere a alguien que viene a acompañar a otro, quien necesita Su ayuda. En algunos momentos, es para consolar (de ahí la traducción “Consolador”). Sin embargo, puede ser también para defenderlo de algún peligro, o para abogar por Él ante otro (en 1 Juan 2:1, se traduce “Paracleto” como “Abogado”, refiriéndose a Jesús). Entonces, al decir que el Espíritu Santo es nuestro “Paracleto”, la Biblia quiere afirmar que siempre nos acompaña para consolarnos y damos fuerzas en momentos difíciles, para defendernos de peligros, y también para representarnos ante Dios Padre e interceder por nosotros ante Él.

El Espíritu Santo, entonces, viene a nuestros corazones para unimos con Dios y llevamos a Él. San Pablo afirma que “por medio de él (Cristo), los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Efesios 2:18). El Espíritu Santo sale del Padre para “permanecer” sobre el Hijo (Juan 1:33); y luego el Hijo lo derrama sobre nosotros, así como lo derramó sobre sus discípulos en el día de Pentecostés. El Espíritu así nos une a Jesucristo, y así podemos acercarnos al Padre y convertirnos en sus amados hijos. Nos acercamos al Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo, como afirma Efesios 2:18 en el griego original.

Y así como el Espíritu Santo crea comunión entre Dios y nosotros, también crea comunión entre todos nosotros. Nos llena de amor, no sólo para con Dios, sino también para con nuestro prójimo. De esta manera, la iglesia llega a ser una comunión en la que todos comparten el amor entre sí, y cada uno se preocupa por el bien de los demás.

El Espíritu Santo, la fe y la santificación

En su explicación del Tercer Artículo del Credo, Martín Lutero escribió: “Creo que ni por mi propia razón, ni por mis propias fuerzas soy capaz de creer en Jesucristo, mi Señor, y allegarme a

él, sino que el Espíritu Santo me ha llamado mediante el Evangelio...”.

Los luteranos insistimos que el ser humano no puede ni siquiera llegar a creer en Cristo por sus propias fuerzas; la fe es algo que Dios crea en nosotros, a través de Su Espíritu Santo. ¿Cómo crea la fe en nosotros el Espíritu? Lo hace de diferentes maneras. En muchos casos, el Espíritu Santo viene a nuestros corazones por medio del bautismo y crea la fe en nosotros desde la infancia. Al morar en nosotros, siembra la fe como una semilla, y luego se encarga de ir nutriendo esa fe durante nuestra niñez y juventud, haciéndola crecer. En otros casos, uno no llega a creer en Cristo hasta más tarde en la vida. En estos casos, el Espíritu Santo va obrando en el corazón del individuo de muchas maneras, tratando de crear la fe en Cristo, y al fin logra su objetivo. También hay casos en que el Espíritu Santo crea la fe en alguien, pero esa persona pierde su fe. En esos casos, el Espíritu Santo nunca deja de tratar de restablecer la fe en aquel individuo, para que vuelva a Dios. Sin embargo, en todos estos casos el hecho de que alguno tenga fe no es por obra propia, sino que se debe totalmente a la actividad del Espíritu Santo en su corazón.

Es importante recordar que el Espíritu Santo obra la fe en nosotros, no sólo de una manera directa, sino también a través de otros. Por ejemplo, lleva a los niños a la fe por medio de sus padres, que comparten su fe con sus hijos con la ayuda del Espíritu Santo. Inspira en nosotros la fe también por medio de otros cristianos, como los pastores y maestros de la iglesia, hablándonos a través de ellos para comunicarnos Su Palabra. Casi todos los que tenemos fe en Jesucristo hemos llegado a esa fe gracias a la ayuda de otras personas, que han servido como instrumentos del Espíritu Santo.

Y así como el Espíritu Santo crea la fe en nosotros, también trabaja para preservar esa fe y fortalecerla. Siempre quiere acercarnos más a Dios y lograr una comunión más estrecha con Él. Nos mueve a buscar a Dios, a hablar con Él en oración y a estudiar Su Palabra. Crea en nosotros una sed de conocer mejor a Dios y vivir en una relación más íntima con Él. Obra a través de la Palabra y los Sacramentos para hacer todo esto.

Esta obra de fortalecer nuestra relación con Dios también se conoce con el nombre de “santificación”. Sabemos que nuestro Dios Trino es el único ser completamente santo; y sólo podemos ser “santos” cuando participamos de esa santidad de Dios. Por eso, el Espíritu Santo siempre quiere unimos más a Dios, para que seamos cada vez más santos, esto es, más llenos de la vida y la presencia de Dios. Entre más unidos a Dios estemos por la obra del Espíritu Santo, más parecidos a Él seremos. Pensaremos, actuaremos y viviremos como Él desea, porque Él mismo actuará y vivirá en nosotros y por medio de nosotros. El Espíritu Santo nos comunica la misma mente de Dios, para que tengamos “la mente de Cristo” (1 Corintios 2:16). Habrá una profunda transformación dentro de nosotros, como dice San Pablo: “Somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen [de Dios], como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18).

Los dones del Espíritu Santo

Según el Nuevo Testamento, una de las obras principales del Espíritu Santo es de comunicar dones a los miembros de la iglesia. En el capítulo 12 de la Primera Epístola de San Pablo a los

Corintios, leemos que cada uno ha recibido dones del Espíritu Santo. Ahí se mencionan muchos dones, como hablar palabras de sabiduría, tener mucha fe, enseñar, sanar, y ayudar; y también algunos dones que parecen ser más espectaculares, como obrar milagros, pronunciar profecías y hablar en lenguas.

En ese capítulo de su epístola, San Pablo afirma que todos han recibido dones. Cada (cristiano) tiene alguna capacidad o talento especial, para servir a otros. También afirma que ningún don es más importante que otro. Así como hay diversas partes del cuerpo, pero todas las partes del cuerpo son importantes y necesarias, también hay diferentes dones dentro de la iglesia, pero todos son necesarios. Aunque no podamos hablar tan bien en público como el pastor, por ejemplo, o aunque no podamos explicar pasajes difíciles de las Escrituras o evangelizar tan bien como otros, no debemos pensar que somos menos importantes. Así como Jesús siempre apreciaba a los que parecían ser más pequeños e importantes, y afirmaba que el más pequeño entre todos es el más grande (Lucas 9:48), en la iglesia también debemos recordar que los que parecen ser “más pequeños” son muy grandes en los ojos del Señor, y tienen mucho que contribuir dentro de la iglesia.

En la actualidad, muchas Iglesias Luteranas han establecido programas para ayudar a sus miembros a identificar mejor los dones que tienen, y ponerlos en práctica. Una iglesia sana es una iglesia en donde no sólo el pastor y algunos cuantos miembros importantes utilicen sus dones, sino más bien donde todos los miembros tienen la oportunidad de usar al máximo los dones que el Espíritu Santo les ha dado.

Hoy en día, la cuestión de los dones del Espíritu Santo es muy discutida, particularmente entre miembros de Iglesias Pentecostales. Muchos afirman que todos los cristianos deben hablar en lenguas, por ejemplo, y que los dones de sanar milagrosamente o de obrar milagros todavía existen. Por aparentemente tener estos dones en sus iglesias, muchos pentecostales afirman que únicamente sus iglesias tienen el Espíritu Santo, y las demás iglesias donde no se practican esos dones están “muertas” y no son realmente cristianas o espirituales.

¿Cómo respondemos a esto? Primero, es necesario ver lo que dice la Biblia. La única epístola en la que San Pablo menciona todos estos dones es 1 Corintios. Pero una de las razones por las que San Pablo escribió esa epístola fue porque había muchas divisiones entre los corintios a raíz de esos dones. Por eso, San Pablo insiste en que el Espíritu Santo no da esos dones a todos, y el hecho de que no se los da a todos no significa que aquellos que no los tengan sean menores o más importantes. En el capítulo 13, Pablo enfatiza que el don más grande es el amor; el que tiene amor tiene el Espíritu Santo, aunque no hable en lenguas ni obre milagros. Luego, en el capítulo 14, San Pablo insiste que el don de lenguas ni es tan importante, pues no edifica a los demás, sino únicamente al que tiene ese don.

El hecho de que sólo en esta epístola se habla de estos dones da a entender que no existían en todas las iglesias. De esta manera, no se debe afirmar que los que no tienen esos dones están “muertos”. Inclusive, muchos luteranos hoy afirman que muchos de los que afirman tener tales dones en realidad no los tienen. Por ejemplo, se ha descubierto mucha charlatanería y engaño entre los que afirman poder realizar milagros. En cuanto a las lenguas, en muchas religiones, como el hinduismo y el budismo, hay personas que hablan de una forma estática, como los

pentecostales. Algunos hasta han descubierto cómo inducir este “don” de lenguas en otros.

En el Nuevo Testamento, los que hablaban en lenguas, como los apóstoles el día de Pentecostés, hablaban verdaderos idiomas, y no solamente emitían sonidos extáticos, que no significaban nada en ningún idioma. Algunos estudios que se han hedió entre los pentecostales han demostrado que no hablan verdaderos idiomas humanos, sino simplemente emiten sonidos extáticos. Asimismo, se ha visto que los que afirman tener el don de profecía generalmente no profetizan siempre correctamente. Es posible que para hacer crecer a la iglesia en su infancia, Dios haya utilizado algunos de estos medios milagrosos, pero que después consideró que ya no era necesario, y por lo tanto, ya no concede tales dones.

Aunque muchos luteranos no creen que estos dones existan todavía, cabe mencionar que también hay luteranos en el mundo que afirman tener el don de lenguas (se les llama “carismáticos”). Por lo tanto, ni hay consenso entre todos los luteranos en cuanto a estos dones.

Sin embargo, en lo que sí hay consenso entre luteranos es esto: existan o no esos dones “milagrosos”, realmente son de menos importancia. Lo más importante es el amor. Como dice San Pablo, de nada sirve “hablar lenguas humanas y angélicas” o tener el don de profecía, si uno no tiene amor (1 Corintios 13:1-2). Los que no tienen esos dones “milagrosos”, pero ayudan y sirven al prójimo hacen lo más importante, y el Espíritu Santo obviamente está obrando en ellos.

Lamentablemente, donde vemos mayores divisiones y asmas es precisamente entre los que habían en lenguas, lo cual indica que a muchos les falta el amor. Por eso, no debemos preocuparnos si no tenemos ese tipo de dones, sino simplemente aceptar con gratitud los dones que el Espíritu sí nos ha dado, sin exigirle más. Si estamos viviendo en amor, practicando la justicia, la misericordia y la compasión, ya tenemos lo mejor que el Espíritu Santo tiene que ofrecer.

PREGUNTAS SOBRE EL CONTENIDO

1. *¿Cómo sabemos que el Espíritu Santo es una persona divina, y no solamente una fuerza impersonal de Dios?*
2. *¿Cuál es la actividad principal del Espíritu Santo?*
3. *¿Qué significa la palabra “Paracleto”? ¿Qué expresa esa palabra acerca del Espíritu Santo y Su actividad?*
4. *¿Cómo crea la fe en nosotros el Espíritu Santo?*
5. *¿En qué consiste la santificación?*
6. *¿Qué dones da el Espíritu Santo? ¿A quiénes da estos dones?*
7. *¿Qué enseñan algunas iglesias pe n tecos tales con respecto a los dones del Espíritu Santo?*
8. *¿Qué enseña la Iglesia Luterana con respecto a los dones del Espíritu Santo?*

PASAJES BÍBLICOS PARA LEER

1. *Lea Marcos 13:11; Hechos 16:6; Gálatas 4:6 y Efesios 4:30. ¿Hablan estos pasajes del Espíritu Santo como una “fuerza impersonal” de Dios, o como una persona de la Santísima Trinidad que tiene Su propia personalidad?*
2. *Lea Gálatas 5:22-23. ¿Qué cosas hace en nosotros el Espíritu Santo, según este pasaje?*

¿Cómo podemos emplear este pasaje para responder a los que dicen que si uno no habla en lenguas o hace milagros, no tiene el Espíritu Santo?

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

- 1. Si todos recibimos el Espíritu Santo en nuestro bautismo, y casi todo el mundo en nuestra sociedad moderna ha sido bautizado, ¿cómo explicamos el hecho de que muchos no practican la fe cristiana ni muestran evidencia de la actividad del Espíritu Santo en sus vidas? ¿Se corregiría este problema bautizando sólo a adultos que hayan confesado su fe, como hacen algunas iglesias? Explique su respuesta.*
- 2. Entre todos, mediten brevemente en la manera en que cada uno ha llegado a tener fe. ¿Qué papel jugaron otras personas? ¿De qué manera trabajó el Espíritu Santo para producir esa fe, tanto de manera directa como indirecta (a través de otros)?*
- 3. Compartan algo sobre lo que han oído de cristianos pentecostales en cuanto a los dones del Espíritu Santo. ¿Qué bases bíblicas tienen ellos para hacer tales afirmaciones? ¿Cómo respondemos a sus afirmaciones?*

TRABAJO EN CASA

Lea las lecturas para esta lección que aparecen en las páginas 116-120. Luego, escriba sus respuestas a las preguntas que están final de las lecturas.

LECCION 8

Los Sacramentos

TRABAJO EN CLASE

Después de repasar las tareas que hizo en la semana, lean entre todos el siguiente texto y contesten las preguntas que aparecen al final.

TEXTO DE CLASE

La Iglesia Luterana afirma que hay dos sacramentos: el Santo Bautismo y la Santa Comunión. ¿Qué es un sacramento? Aunque la palabra “sacramento” no aparece en la Biblia, comunica una verdad bíblica: que Dios ha establecido medios visibles para comunicarnos Su gracia. Según la doctrina luterana, Dios nos comunica Su gracia, primero a través del agua del Santo Bautismo, y segundo, a través del pan y el vino de la Santa Comunión.

La Iglesia Católica Romana habla de siete sacramentos; aparte del Bautismo y la Santa Comunión, incluyen también la ordenación al ministerio, el matrimonio, la confesión, la extrema unción y la confirmación. Aunque practicamos todas estas cosas también en la Iglesia Luterana (con la posible excepción de la santa unción), no afirmamos que son sacramentos, por tres razones. Primero, porque no tienen un mandato claro y expreso de Dios, ni son para todos (como el caso del matrimonio y la ordenación); y segundo, porque no todos son actos estrictamente cristianos, como el matrimonio, por ejemplo, que se celebra en casi todas las culturas y religiones; y tercero, porque no tienen todos un medio visible, como el agua del bautismo o el pan y el vino de la Santa Comunión.

A diferencia de otras iglesias cristianas, la Iglesia Luterana afirma que tanto el Bautismo como la Santa Comunión no son meramente símbolos. Algo realmente ocurre. En el Bautismo, somos verdaderamente unidos a Jesucristo al recibir por medio del agua el Espíritu Santo; y en la Santa Comunión, Jesucristo realmente se hace presente, comunicándonos Su verdadero cuerpo en el pan y Su verdadera sangre en el vino.

El Santo Bautismo

¿Qué ocurre en el Santo Bautismo? El Nuevo Testamento emplea dos imágenes para referirse al Bautismo: lavamiento y regeneración. En Efesios 5:26, San Pablo habla de ser “purificados en el lavamiento del agua por la palabra”. Todos nosotros, como seres humanos, somos pecadores. En la lección 4, hablamos del pecado original, afirmando que hay una tendencia dentro de todos nosotros a pecar, y que pecamos por ser pecadores, en lugar de ser pecadores por haber pecado. Por eso, todos (aun los infantes) necesitamos ser lavados de nuestros pecados, tanto los que hemos cometido como los que seguimos cometiendo durante el transcurso de la vida. El Bautismo hace esto, purificándonos y lavándonos de modo que en los ojos de Dios, somos limpios de nuestros pecados y aceptables ante Él. El Bautismo sirve para perdonarnos nuestros pecados (ver Hechos 2:38).

La palabra “regeneración” se refiere a un nuevo nacimiento y una nueva vida. Al hablar con Nicodemo, Jesús habló del bautismo en términos de “nacer de nuevo” y “nacer de agua y del

Espíritu” (Juan 3:1-8). En Romanos 6, San Pablo afirma que somos sepultados con Jesucristo en el Bautismo, muriendo a nuestra vieja naturaleza, para también resucitar con Él a una nueva vida. Repite la misma idea en Colosenses 2:11-13, donde dice que fuimos “sepultados con él en el bautismo” y “también resucitados con él”. El método de bautizar por inmersión, sumergiendo al creyente en el agua, representa esta idea, pues es como ahogar al viejo hombre para luego salir del agua como un nuevo hombre. En el Bautismo, nuestra vieja vida, en la cual estábamos separados de Dios y no teníamos el Espíritu de Su Hijo en nosotros, llega a su fin; y nacemos una nueva vida, comenzando a vivir llenos del Espíritu de Dios y unidos a Él.

San Pablo menciona ambas ideas relacionadas con el Bautismo en Tito 3:5, donde habla del “lavamiento de la regeneración y a renovación en el Espíritu Santo”. Al ser lavados y limpiados, comenzamos una nueva vida, y dejamos de ser lo que éramos, esto es, seres completamente dominados por el pecado. Sin embargo, tanto el lavamiento como la regeneración son obra de Jesucristo por medio de Su Espíritu Santo. En Gálatas 3:27, leemos: “los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”. En el Bautismo, “recibimos el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38). El Espíritu Santo entra en nuestros corazones, y como Él está unido a Jesucristo, Jesucristo también viene a morar en nuestros corazones. De este modo, por primera vez, somos unidos a Cristo por el Espíritu Santo en el Bautismo.

Esa es precisamente la manera en que somos lavados y nacidos de nuevo en el Bautismo. Como Jesucristo es santo y justo, al entrar Él en nosotros, también nos hace santos y justos, como Él. Y al tener a Jesucristo en nosotros, comenzamos una nueva vida, una vida en la que somos transformados por el Hijo de Dios y guiados por Su Espíritu. Llegamos a ser hijos de Dios, porque el mismo Hijo de Dios nos hace participar de su condición de Hijo. Nacemos a una nueva vida, porque desde ese momento podemos decir con San Pablo: “Ya no vivo yo, más vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20). Y dejamos atrás la vieja vida, la vida sin Dios, para vivir la nueva vida que Cristo nos comunica. Todo esto es lo que ocurre en el Santo Bautismo.

El Bautismo infantil

Algunas iglesias cristianas afirman que los luteranos estamos en un error porque, como la iglesia Católica y algunas otras iglesias, bautizamos a niños. Dicen que un niño no puede tener fe, y que la fe es una condición indispensable para ser bautizado. Asimismo, dicen que en el Nuevo Testamento, sólo se había de bautizar a adultos, y nunca a bebés o niños.

En realidad, el Bautismo infantil es muy antiguo, y sabemos con seguridad por escritos cristianos antiguos que se practicaba al menos desde el siglo 2. En el siglo 16, algunos cristianos protestantes reaccionaron en contra del bautismo infantil, porque veían que todos sin excepción se bautizaban en aquella sociedad europea, pero no todos vivían según la fe cristiana. Como luteranos, creemos que el Nuevo Testamento no habla específicamente del Bautismo infantil porque sólo narra la conversión de adultos, pues apenas comenzaba a propagarse la fe cristiana, y los primeros creyentes eran en su gran mayoría adultos. En casos como la conversión del carcelero de Filipos, leemos que éste “se bautizó él con todos los suyos” (Hechos 16:33).

Probablemente sí había niños en esa familia. Si la iglesia del Siglo 2 ya tenía la costumbre de bautizar a niños, lo más probable es que no fue una innovación, sino una práctica apostólica,

pues ni la Biblia ni ningún otro escrito cristiano antiguo afirma que no se bautizaba a los niños. Además, la Biblia afirma que los pequeñitos sí pueden tener fe (ver Mateo 11:25 y 18:6).

Afirmamos que se debe bautizar a niños pequeños también por otra razón. Los niños nacen separados de Dios, y por eso necesitan ser unidos a él, lo cual ocurre en el bautismo. Todos nacemos en una condición en la cual estamos sujetos al pecado, como afirma David: “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5). Asimismo, cuando nace un bebé, lo cuidamos y alimentamos dentro del seno familiar desde el principio, sin esperar a que alcance la edad cuando pueda decirnos si quiere formar parte de nuestra familia. De la misma manera, creemos que hay que introducir a los bebés desde pequeños en la familia de Dios, incorporándolos a la Iglesia para que formen parte de ella. No bautizarlos sería negarles la participación en el reino de Dios y mantenerlos fuera de la Iglesia, lo cual es “impedirles que vengan a Jesús” (Lucas 18:16).

Sin embargo, cabe mencionar que no bautizamos a cualquier niño. Sólo bautizamos a niños de padres creyentes, los cuales tienen que prometer que se encargarán de que su hijo viva, participe y se nutra dentro de la comunidad cristiana. Por eso, en la ceremonia del Bautismo, pedimos a los padres que confiesen su fe delante de la congregación. Esto no es para “meter palabras en la boca del niño”, sino para hacer patente que los padres son creyentes, y que prometen comunicar su misma fe a sus hijos.

En la Iglesia Luterana, creemos que cualquier Bautismo efectuado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo dentro de una iglesia cristiana es válido, y no volvemos a bautizar a los que han sido bautizados de esa manera. Ya fueron incorporados a la iglesia, la familia de Dios, y aunque se hayan alejado de ella por un tiempo, no es necesario hacerlos miembros de esa familia nuevamente; pues, como en cualquier familia, el que es miembro de una familia nunca puede dejar de serlo, aun cuando se aparte y se aleje de esa familia y decida no vivir como parte de ella.

El modo del Bautismo

Así como hay mucha discusión entre cristianos en cuanto al bautismo infantil, también se discute el modo de bautizar. Algunos afirman que tiene que ser por inmersión, esto es, sumergiendo totalmente al individuo en el agua. Aun entre ellos, están divididos, pues algunos dicen que tiene que ser en agua “viva” (de un río, por ejemplo), y no dentro de una iglesia. Dicen que el Nuevo Testamento sólo habla del bautismo por inmersión.

En la Iglesia Luterana, se permite bautizar por inmersión, pero la costumbre más extendida es por aspersión (rociando un poco de agua tres veces sobre la cabeza del bautizando). Creemos que lo único que importa es el uso del agua, y no la cantidad de agua que se utilice. El Nuevo Testamento nunca dice que el bautismo tiene que ser por inmersión; y tenemos el testimonio de un escrito llamado el Didajé (de fines del primer siglo o principios del segundo) que dice que, aunque se prefería el bautismo por inmersión, también se admitía el bautismo por aspersión. Por eso, admitimos cualquier bautismo que se realice con agua, en cualquier cantidad.

La Santa Comunión

El otro Sacramento es la Santa Comunión, también llamado “Santa Cena”, “Cena del Señor”, o “Eucaristía”. Como el Santo Bautismo fue instituido por Jesucristo (Mateo 28:19), también fue instituida por Él la Santa Comunión (Mateo 26:26-28).

Como hemos visto, nuestra nueva relación con Dios y los demás inicia en el Santo Bautismo; pero la Santa Comunión sirve para mantener y fortalecer esa relación. En el Bautismo, llegamos a estar unidos a Jesucristo; y en la Santa Comunión, Cristo sigue haciéndose presente para nosotros, haciéndonos participar de Su cuerpo y Su sangre.

La Iglesia Luterana difiere un poco de las demás iglesias en cuanto a lo que enseña sobre la Santa Comunión. La Iglesia Católica Romana enseña que el pan y el vino son transformados en el cuerpo y la sangre de Jesús, y dejan de ser pan y vino. La gran mayoría de Iglesias Protestantes y Evangélicas enseñan que la Santa Comunión es solamente un símbolo, y que Cristo no está realmente presente en el pan y el vino (o si está presente, su presencia es únicamente espiritual, y no corporal). Pero nosotros creemos que en el pan y el vino, sí recibimos el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo, los cuales están “en, bajo y con” el pan y el vino. Siguen siendo pan y vino, pero al recibir ese pan y ese vino, recibimos a Cristo mismo, como Él dijo: “Esto es mi cuerpo... Esto es mi sangre”. Y San Pablo escribe: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?” (1 Corintios 10:16).

Aunque sea difícil de comprender cómo podemos recibir el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo en el pan y el vino, debemos recordar que el Cristo a quien recibimos es un ser humano resucitado y glorificado. Sigue teniendo un cuerpo humano, pero ese cuerpo ha sido transformado. Así como podía aparecer de repente entre los discípulos y subir al cielo después de Su resurrección, también puede comunicarnos Su cuerpo y Su sangre en Su nueva condición de resucitado.

En Juan 6:54-56, Jesús afirma: “Él que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él”. Al comulgar, entonces, Cristo mismo se nos comunica. Como Él es la vida misma, y vive para siempre, al recibirlo a él, recibimos la misma vida, y tenemos la seguridad de vivir para siempre. Permanecemos en Él, y seguimos unidos a Él. Por esta razón la Santa Comunión también nos comunica nuevamente el perdón de los pecados; pues la presencia de Cristo en nosotros nos limpia, purifica y santifica, y Él nos comunica Su santidad.

La Iglesia Luterana no acepta algunas de las enseñanzas y prácticas católico-romanas en cuanto a la Santa Comunión. Creemos que no se debe ofrecer únicamente el pan (u “hostia”), como en la Iglesia Católica, pues Cristo dio pan y vino a sus discípulos, y no sólo el pan (aunque cabe mencionar que en muchas Iglesias Católicas, ya se está ofreciendo el vino también a los comulgantes). Tampoco creemos que se debe adorar a la hostia, pues Cristo sólo está presente en el pan y el vino en el momento de recibirlo. Al “consagrar” el pan y el vino, no los estamos transformando en el cuerpo y la sangre de Cristo; simplemente, estamos apartando el pan y el vino para un uso sagrado y especial, para que Cristo se nos comunique a través de ellos.

Asimismo, no aceptamos la idea de que ofrecemos nuevamente a Cristo en la Santa Comunión.

Enfatizamos que la Santa Comunción es algo que Dios nos da, no algo que nosotros demos a Dios. Lo que ofrecemos a Dios somos nosotros mismos, para que Cristo venga a nosotros en el pan y el vino. También podemos hablar de ofrecerte a Dios el pan y el vino, para que Cristo se haga presente en ellos; pero no ofrecemos a Cristo, sino que Él se ofrece a nosotros.

¿Con qué frecuencia debemos celebrar la Santa Comunción? Tanto el Nuevo Testamento como Lotero hablan de celebrar la Comunción todos los domingos (ver Hechos 20:7). Inclusive, Hechos 2:46 da a entender que algunos tomaban la Comunción todos los días, una costumbre que algunos escritos cristianos antiguos también mencionan. Sin embargo, ya que algunos tomaban la Comunción sin prepararse adecuadamente, muchos luteranos empezaban a celebrada con menos frecuencia, 4 veces al año, o una vez al mes. En los últimos años, muchas Iglesias Luteranas han optado por volver a la costumbre antigua de celebrar la Comunción todos los domingos, mientras otras siguen celebrándola sólo una o dos veces al mes

¿Quién debe tomar la Comunción? Creemos que todos los cristianos necesitan comulgar con frecuencia, para fortalecer su fe. Nadie debe dejar de comulgar por no considerarse digno de ello, pues en la Comunción recibimos el perdón de los pecados, y Dios nos acepta a pesar de nuestra indignidad. No nos pide que seamos dignos, sino simplemente que aceptemos lo que nos ofrece. Así como un enfermo no espera estar sano para tornar medicamentos, no debemos esperar ser “dignos” antes de comulgar, sino permitir que nuestro buen médico Jesucristo nos sane y fortalezca por medio de Su cuerpo y sangre.

Finalmente, debemos tratar la cuestión de quiénes deben comulgar. Algunas Iglesias Luteranas practican lo que se llama la “comunción cerrada”. No permiten que cristianos de otras denominaciones, o inclusive de otros cuerpos luteranos, comulguen en sus iglesias; solamente los miembros de la misma congregación y del mismo Sínodo pueden comulgar. Sostienen esta práctica porque afirman que sólo debe ofrecerse la comunión a los que tienen la misma doctrina, y que no deben comulgar juntos los que no están de acuerdo en la doctrina.

Otros luteranos practican lo que se llama la “comunción abierta”. Permiten que cualquier creyente comulgue, aun cuando sea de otra denominación, si es que acepta la creencia luterana de que Cristo está realmente presente en el pan y el vino. Estos dicen que no tenemos derecho de negarle la comunión a creyentes de otras iglesias, que también están unidos al mismo Señor Jesucristo y forman parte del mismo cuerpo de Cristo. También hay luteranos que asumen una posición media entre los primeros dos puntos de vista; por ejemplo, algunos aceptan que luteranos de otros sínodos comulguen, e inclusive a veces de otras iglesias, si es que primero hablan con el pastor y aceptan la doctrina luterana en cuanto a la presencia real de Jesucristo en el Sacramento.

PREGUNTAS DE COMPRENSIÓN

1. *¿Qué es un sacramento, según la doctrina luterana?*
2. *¿Por qué no aceptamos los mismos sacramentos que acepta la Iglesia Católica Romana?*
3. *¿Qué ocurre en el Santo Bautismo?*
4. *¿Qué enseña la Iglesia Luterana sobre el bautismo infantil y el modo del bautismo?*
5. *Contraste la enseñanza luterana con respecto a la Santa Comunción con la enseñanza de la iglesia Católica Romana y la de otras Iglesias Evangélicas.*

6. *¿Con qué prácticas católicas romanas no estamos de acuerdo, con respecto a la Santa Comunión?*
7. *¿Quiénes deben y no deben comulgar?*

PASAJES BÍBLICOS PARA LEER

1. *Lea 1 Corintios 10:17 y 12:12-13. Generalmente hablamos más del bautismo y la Santa Comunión en términos de nuestra relación con Dios. ¿Qué nos dicen estos pasajes acerca de la relación que tenemos con los demás cristianos en virtud de estos sacramentos? ¿Cree usted que damos el debido énfasis a este aspecto de los sacramentos en nuestra predicación y enseñanza?*
2. *Lea Mateo 26:26-28 y 1 Corintios 10:16. ¿Cómo entienden estos pasajes los católicos romanos? ¿Cómo los entienden otras Iglesias Evangélicas? ¿Cómo los entendemos los luteranos?*

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. *¿Por qué practicamos el bautismo infantil en la Iglesia Luterana? ¿Qué bases bíblicas tenemos? ¿Cómo respondemos a los que dicen que no se debe bautizar a niños?*
2. *¿Por qué mantenemos la costumbre de tener padrinos del bautismo? ¿Qué criterios debemos usar para elegir a los padrinos para nuestros hijos? ¿Qué problemas hay a veces con esta costumbre? ¿Cómo se pueden corregir?*
3. *¿Qué debemos hacer en los casos cuantío una madre soltera o una pareja que no está casada presenta a su hijo para el bautismo? Explique su respuesta.*
4. *¿Cuáles son las ventajas y desventajas de celebrar la Santa Comunión con mucha frecuencia (como, por ejemplo, cada domingo)? ¿Cuáles son las ventajas y desventajas de celebrarla con menos frecuencia (como, por ejemplo, una vez al mes)?*
5. *¿Cuáles son las ventajas y desventajas de practicar la “comunión cerrada”? ¿Cuáles son las ventajas y desventajas de practicar la “comunión abierta”? En su opinión, ¿cuál debe ser nuestra práctica al respecto?*

TRABAJO EN CASA

Lea las lecturas para esta lección que aparecen en las páginas 121-125. Luego escriba sus respuestas a las preguntas que están al final de las lecturas.

PREPÁRESE PARA PRESENTAR EL EXAMEN SOBRE LAS LECCIONES 5-8, DESPUÉS DE LA SIGUIENTE CLASE.

LECCION 9

La Iglesia

TRABAJO EN CLASE

Después de repasar las tareas que hizo en la semana, lean entre todos el siguiente texto y contesten las preguntas que aparecen al final.

TEXTO DE CLASE

Hemos afirmado que, al crear el mundo, Dios tuvo un propósito muy claro: compartir Su amor con otros seres, para establecer una comunión de amor íntima y perfecta con todos. Aunque el pecado y el mal que han entrado en el mundo han impedido la realización plena de este propósito en el tiempo presente, Dios no ha abandonado ese propósito. Sí ha podido formar esa comunión con muchos seres humanos, y esa comunión se llama la iglesia. En el Credo, hablamos de la iglesia como “la comunión de los santos”. Es una comunión de todos los que han sido redimidos y santificados por Jesucristo a través de Su Espíritu Santo, tanto los vivos y los muertos. Y aunque esa comunión no ha sido perfeccionada, ni lo será hasta que venga Jesús en Su gloria, ya existe entre nosotros. La iglesia no consiste de personas perfectas, pues todos seguimos siendo pecadores; más bien, la iglesia consiste de pecadores perdonados por Dios.

El Nuevo Testamento habla de la iglesia como el “cuerpo de Cristo”, y afirma que Cristo es su Cabeza; San Pablo dice que a Cristo, Dios “lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Efesios 1:22-23), y que Cristo “es la cabeza del cuerpo que es la iglesia” (Colosenses 1:18). La iglesia es el cuerpo de Cristo, no sólo de manera simbólica, sino en un sentido real, pues todos los creyentes estamos unidos a Él en cuerpo y alma, y Él mora en nosotros. Y Cristo es la cabeza, porque todos los demás miembros dependen de Él; Él los guía y dirige, y todos le obedecen y se someten a él, igual como en un cuerpo humano, la cabeza y el cerebro controlan lo que hace el resto del cuerpo. Inclusive, si quisiéramos llevar la comparación más lejos, podríamos decir que el Espíritu Santo es como el sistema nervioso, que une a los miembros a Cristo y los comunica con Cristo, su cerebro.

El decir que la iglesia es el cuerpo de Cristo significa que todos los miembros están unidos, no sólo a Cristo, sino también entre sí. El modelo por excelencia de esta comunión entre los miembros lo encontramos en el libro de los Hechos, donde leemos que “la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma” (4:32). Eso es lo que debe ser la iglesia; una comunión íntima entre Dios y todos sus hijos unidos. Lamentablemente, por el pecado que existe entre nosotros, esa unión perfecta no es una realidad aquí en este mundo; pero sabemos que algún día será una realidad, y también sabemos que Dios quiere irnos transformando para que nos vayamos acercando a esa realidad aun en este mundo.

El decir que la iglesia es el cuerpo de Cristo también significa que nosotros, como iglesia, somos Su presencia en el mundo. Somos Sus manos, Su boca, Su voz; Cristo sigue hablando Su Palabra y comunicando Su amor a través de Su “nuevo” cuerpo, la iglesia, igual como lo hacía durante Su ministerio en el cuerpo humano que asumió al hacerse hombre. A través de Su cuerpo la iglesia, Cristo quiere unir a todos a él, para que formen parte de la comunión divina.

Cristo, entonces, ha establecido la iglesia en el mundo para ser Su presencia en el mundo y comunicar Su Palabra y Su amor. Esto lo hace la iglesia cuando predica Su Palabra, administra los Sacramentos, y cuando se esfuerza por satisfacer las diversas necesidades de los seres humanos. Creemos que Cristo ha dado esta tarea a la iglesia, que la guía en esa tarea, y que también le da autoridad para hacer esa tarea. Por eso, la iglesia tiene la autoridad para hablar en Su nombre, y para remitir o retener pecados. A través de Su iglesia, Cristo sigue obrando en nuestro mundo. Cabe mencionar que muchas veces se ha enfatizado tanto el aspecto individual y personal de la salvación, que la doctrina de la iglesia como la comunión de los santos ha perdido importancia.

Debemos recordar que “ser salvo” no sólo consiste en tener una relación personal con Dios; también consiste en tener una relación con todos los demás hijos de Dios. No podemos vivir unidos a Cristo si no vivimos unidos también con su cuerpo; el que se separa del cuerpo se separa también de Cristo mismo. Por eso, no vamos a la iglesia sólo para oír la Palabra de Dios o recibir los Sacramentos; también vamos para expresar nuestra unión con los demás miembros del cuerpo de Cristo, para compartir nuestra vida con ellos, recibiendo de ellos y también dándoles de nosotros mismos.

¿Quiénes componen la iglesia?

Acabamos de afirmar que todos los que viven unidos a Cristo forman parte de Su cuerpo, la iglesia. Sin embargo, tenemos que reconocer que hay personas que dicen estar unidas a Cristo, pero en realidad, están separadas de Él, porque realmente no creen en Él como deben. Así también, hay personas que creen en Cristo, pero por algún motivo de fuerza mayor (como enfermedad), no pueden participar en la iglesia activamente (aunque mantengan algún contacto con su iglesia, recibiendo visitas del pastor y de los miembros, por ejemplo). Asimismo, es necesario afirmar que nosotros, como seres humanos, no podemos estar seguros de quienes realmente están unidos a Jesucristo, y quiénes no, porque no podemos conocer los corazones de los demás.

Por eso, en la Iglesia Luterana, hacemos una distinción entre la iglesia invisible y la iglesia visible. La iglesia invisible consiste de todos los creyentes en Cristo que viven unidos a él por la fe; no importa a qué denominación pertenecen o a qué iglesia vayan. No podemos saber con seguridad quiénes componen esta iglesia invisible; sólo Dios sabe quiénes forman parte. La iglesia visible está compuesta por la iglesia cristiana en este mundo que afirma públicamente ser el cuerpo de Cristo. Lamentablemente, por una parte esa iglesia está dividida, ya que no hay unidad de doctrina y práctica entre todos los cristianos; pero, por otra parte, esa iglesia está unida, también, porque todos los miembros de ella están unidos al mismo Jesucristo por el mismo Espíritu Santo. Estamos unidos entre cristianos, reconozcámoslo o no.

No incluimos como parte de la iglesia visible las “sectas”. Consideramos como secta cualquier grupo que afirme ser cristiano, pero en realidad niega las doctrinas más básicas de la fe cristiana. Por ejemplo, como luteranos, creemos que las doctrinas de la Santísima Trinidad y las dos naturalezas de Cristo (divina y humana) son doctrinas fundamentales e indispensables, y no aceptamos como cristianos los grupos que niegan estas doctrinas (como, por ejemplo, los

Testigos de Jehová y los Mormones). Esto no quiere decir que no haya verdaderos creyentes en estos grupos, que realmente formen parte de la iglesia invisible; simplemente significa que la doctrina pública de estos grupos no es, según nuestro parecer, cristiana.

La organización de la iglesia visible

Como luteranos, creemos que el hecho de que cada creyente ha recibido el Espíritu Santo y está unido a Cristo significa que todos los creyentes en conjunto reciben autoridad y dirección de parte de Dios. No estamos de acuerdo con la idea de que Dios sólo ha dado autoridad a ciertos individuos en la iglesia (como el papa, los obispos o los sacerdotes). Cristo nos guía y dirige a todos, para que hagamos su voluntad.

Por eso, no estamos de acuerdo con un tipo de organización jerárquico, como el C.I. que existe en algunas iglesias (particularmente la Iglesia Católica Romana). Creemos que Cristo puede mover a sus discípulos a organizarse y trabajar de diferentes maneras, según la situación concreta en que se encuentren. Los fieles, guiados por Cristo, pueden elegir a obispos para que éstos se encarguen del cuidado pastoral de la iglesia; también pueden organizarse de otras maneras, guiados por Cristo.

Por lo general, en las Américas, la Iglesia Luterana ha puesto en práctica un sistema sinodal de organización. Según este sistema, las diversas congregaciones cristianas que están de acuerdo en ciertas doctrinas y prácticas se unen entre sí mismas para formar un Sínodo. Este Sínodo sirve para que trabajen juntos en muchas áreas, como por ejemplo, la preparación de pastores y líderes y el establecimiento de nuevas congregaciones. Las congregaciones, representadas por sus pastores y delegados, toman decisiones en cuanto a la administración de la iglesia, la obra del ministerio y otras cuestiones. Eligen a ciertas personas, como un presidente u obispo, para dirigirlos y llevar a cabo su voluntad, bajo la dirección del Señor. No todas las Iglesias Luteranas del mundo siguen este modelo de organización, ni es el único modelo permisible. Sin embargo, frente a nuestra situación y realidad actual, creemos que es el mejor modelo para llevar a cabo la obra del Señor.

El ministerio pastoral

Aunque la Biblia afirma que todos los creyentes son “sacerdotes” y son guiados por Cristo y llamados a compartir su Palabra y su amor con los demás, los luteranos creemos que Dios ha instituido un ministerio especial; dentro de su iglesia, el ministerio pastoral. Para que la iglesia mantenga el orden y funcione como es debido, Dios ha puesto a ciertos individuos para encargarse del cuidado pastoral de sus miembros, a los cuales llamamos “pastores”.

Ya que la tarea de ministrar a las necesidades de los fieles y darles el debido cuidado pastoral no es fácil, la iglesia requiere que ciertos individuos reciban una capacitación especial y adecuada para esta tarea. Estos individuos también deben recibir un llamado interior y un llamado exterior, o público. El llamado interior se refiere a la convicción personal de que Dios los ha llamado para servirle en esa capacidad. El llamado exterior es el llamado que hace una congregación, pidiéndole al individuo que sirva como su pastor. Ambos llamados son necesarios para que uno sea pastor. Creemos que al conjunto de congregaciones (por ejemplo, el Sínodo), le corresponde

supervisar la capacitación adecuada de cada pastor, y luego certificarlo como un individuo capaz para el ministerio. Luego, le corresponde a la congregación extender un llamamiento al individuo que los miembros elijan. Ningún individuo debe ser impuesto a la congregación. La congregación sólo debe llamar a individuos que han recibido esa capacitación necesaria, pues se requiere que sea una persona preparada debidamente para llevar a cabo el ministerio pastoral.

El ministerio pastoral consiste, sobre todo, en alimentar a los creyentes de dos formas: con la Palabra de Dios y con los Santos Sacramentos. Por esta razón, generalmente sólo se permite que el individuo llamado por la congregación a dar ese cuidado pastoral haga estas cosas. El pastor predica la Palabra de Dios, tanto en público a la congregación, como en privado, a los miembros de esa congregación y a otras personas que necesitan ser alimentadas con esa Palabra (por ejemplo, cuando visita a los enfermos o aconseja a personas con problemas). Administra los Sacramentos también a nombre de la congregación. Ya que tiene a su cargo el cuidado pastoral, sabe cuándo y a quiénes debe administrar los Sacramentos. Pronuncia también la absolución, o perdón de los pecados, a nombre de la congregación y de Cristo mismo, que ha dado esta autoridad a su iglesia. No se permite que cualquiera haga estas cosas a nombre de la congregación, porque la congregación ha llamado a un pastor debidamente preparado para hacerlas, el cual “conoce a sus ovejas” y sabe qué alimento necesita cada una. Asimismo, el pastor se encarga de que se predique la Palabra de Dios en Su pureza, cuidando la doctrina de lo que se predica y se enseña en la iglesia. Esto también corresponde a su cuidado pastoral, porque necesita ver que las ovejas reciban la alimentación debida, y no errónea.

Por supuesto, la congregación puede nombrar a otros individuos para ejercer cargos dentro de la iglesia, eligiendo a sus líderes y encargándose de diversos aspectos del ministerio. Por ejemplo, puede llamar a maestros, diáconos, diaconisas, o inclusive a más de un pastor; también puede elegir a individuos para ayudar en la administración de la iglesia, como un Consejo Parroquial, o a personas para ayudar con el trabajo entre los jóvenes, las damas, los necesitados, y otros. Pero debe haber por lo menos uno encargado específicamente del cuidado pastoral de la congregación, el pastor, y todos los demás están bajo su cuidado pastoral.

¿Es permisible que una mujer ejerza el ministerio pastoral? Tradicionalmente, la Iglesia Luterana ha dicho que no, usando como base pasajes como 1 Corintios 14:34 (“vuestras mujeres callen en las congregaciones; porque no les es permitido hablar...”) y 1 Timoteo 2:11-12 (“No permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio”). Sin embargo, hay un buen número de Iglesias Luteranas que ahora sí permiten que las mujeres lleguen a ser pastores (y hasta obispos). Afirman que la prohibición en contra del ministerio pastoral de la mujer estaba basada en razones sociales y culturales, pero como han cambiado la sociedad y la cultura, ahora es admisible. En esta cuestión no hay consenso entre luteranos.

La Iglesia Luterana y otras

En la Iglesia Luterana, creemos que lo que enseñamos y practicamos públicamente es correcto y de acuerdo a la Biblia. En muchas cuestiones, no estamos de acuerdo con algunas de las cosas que enseñan y practican otras iglesias, porque creemos que no van de acuerdo con la voluntad de Dios expresada en la Biblia. Al decir esto, no estamos diciendo que no sean iglesias verdaderas, ni que no haya verdaderos creyentes en ellas; sólo que creemos que sostienen algunas enseñanzas

que creemos no ser correctas (por ejemplo, no distinguen bien entre ley y Evangelio).

¿Cómo debemos relacionarnos con estas iglesias? Diversas iglesias luteranas responden a esta pregunta de diversas maneras. Algunas creen que aunque se puede dialogar con ellas, no debemos unirnos a ellas en adoración, y ni siquiera en oración, porque al hacerlo, estamos afirmando públicamente que las diferencias de doctrina y práctica carecen de importancia, y se presta a la confusión entre los miembros de nuestras iglesias en cuanto a cuáles son las doctrinas y prácticas que realmente son bíblicas. Dicen que es necesario apartarse de los que están en errores, como afirma San Pablo en 2 Tesalonicenses 3:6, “Os ordenamos... que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros”. Inclusive, algunas de estas Iglesias Luteranas no aceptan tener relaciones con otros luteranos ni adorar ni orar con ellos, por considerar que están en un error. Otros luteranos, en contraste, enfatizan más otra enseñanza de San Pablo, de que hay “un cuerpo, un Espíritu... un Señor, una fe, un bautismo, y un Dios y Padre de todos” (Efesios 4:4-6). Afirman que si todos estamos verdaderamente unidos al mismo Señor y formamos parte de un mismo cuerpo, el de Cristo, nada debe impedirnos expresar esa unión que ya existe con otros cristianos; podemos orar y adorar con ellos, porque de hecho, somos parte del mismo cuerpo. Dicen que podemos y debemos decir claramente que no estamos de acuerdo con ciertos puntos de doctrina y práctica que otros sostienen, sin negar lo que creemos y confesamos, pero al mismo tiempo necesitamos expresar también la unidad que existe.

En fin, entre los luteranos, no hay completo acuerdo en cuanto a cuál debe ser la relación entre luteranos y miembros de otras denominaciones, y ni en cuanto a la debida relación con otros luteranos. Esto es algo que cada Iglesia Luterana necesita decidir y definir, para ver en su propio contexto cómo expresar el hecho de que todos los cristianos forman parte del mismo cuerpo de Cristo, pero al mismo tiempo evitando dar la impresión de que cuestiones de doctrina y práctica carecen de importancia.

PREGUNTAS DE COMPRESIÓN

1. *¿Qué significa decir que la iglesia es la “comunidad de los santos”?*
2. *¿Qué significa decir que la iglesia es el cuerpo de Cristo?*
3. *¿Por qué no es posible ser verdadero creyente y al mismo tiempo vivir separado de la iglesia (excepto en casos excepcionales)?*
4. *¿Qué es la iglesia visible? ¿Qué es la iglesia invisible?*
5. *¿Cómo entendemos la palabra “secta”?*
6. *¿Por qué no aceptamos un modelo jerárquico de organización, como el que existe en la Iglesia Católica Romana?*
7. *¿Qué dos tipos de llamado debe recibir un pastor?*
8. *¿En qué consiste el ministerio pastoral?*
9. *¿Qué formas de relacionarse con cristianos de otras iglesias existen entre los luteranos?*

PASAJES BÍBLICOS PARA LEER

1. *Lea Hechos 2:44. En su opinión, ¿era concebible para los primeros cristianos que un creyente viviera aislado de la iglesia?*
2. *Lea 1 Juan 4:17b. ¿De qué manera sigue estando Cristo presente y activo en el mundo?*

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. *El texto de clase habla de un “llamado exterior” y un “llamado interior” como requisitos para el ministerio. ¿Es posible tener un llamado interior, pero no un llamado exterior? ¿Conoce algún caso? ¿Conoce casos de personas que otros consideran como buenos candidatos para el ministerio (llamado exterior) pero que no sienten un llamado interior?*
2. *En su opinión, ¿es admisible o no que mujeres ejerzan el ministerio pastoral? ¿Qué bases bíblicas tiene para su opinión?*
3. *¿En qué circunstancias admitiríamos que un creyente no asista a la iglesia con regularidad? ¿Cómo podemos responder cuando algún creyente dice que no necesita ir a la iglesia para ser cristiano?*
4. *Discutan las diversas formas en que nos relacionamos con otras iglesias. En su opinión, ¿qué actividades son aceptables con otros cristianos? ¿Qué actividades no son aceptables?*

PRESENTE EL EXAMEN SOBRE LAS LECCIONES 5-8.

TRABAJO EN CASA

Lea las lecturas para esta lección que aparecen en las páginas 126-130. Luego escriba sus respuestas a las preguntas que están al final de las lecturas.

LECCIÓN 10

Vida, muerte y el futuro

TRABAJO EN CLASE

Después de repasar las tareas que hizo en la semana, lean entre todos el siguiente texto y contesten las preguntas que aparecen al final.

TEXTO DE CLASE

“El hombre, como la hierba son sus días; florece como la flor del campo, que pasó el viento por ella, y pereció, y su lugar no la conocerá más” (Salmo 103:15-16). Como seres humanos, todos pasamos por el proceso de nacer, crecer, envejecer y finalmente morir. Así pasa una generación tras otra. Pero, ¿tiene un fin este proceso? ¿Seguirá nuestro mundo igual por un tiempo indefinido, o llegará a su fin? Los cristianos, siguiendo las enseñanzas bíblicas, afirmamos que Dios mismo está presente en este proceso de vida y muerte, y por fin, hará que llegue a su conclusión. En esta lección, querernos considerar lo que nuestra Iglesia, en base a la Biblia, enseña sobre estas cuestiones de vida y muerte, y el futuro de la creación.

La muerte

¿Qué ocurre cuando morimos? Es obvio que la muerte física consiste en la separación del alma y el cuerpo. Pero, ¿qué sucede con el alma? La Biblia habla de los muertos como “dormidos” (ver Lucas 8:52; Juan 11:11; 1 Tesalonicenses 4:13-15). Generalmente, entendemos que el que está dormido está en un estado de inconciencia. Sin embargo, hay pasajes que también hablan de “estar con el Señor” cuando uno muere (como Filipenses 1:23, por ejemplo). Al contar Jesús la parábola del rico y Lázaro, dice que Lázaro estaba consolado con Dios, y que el rico estaba en tormentos (Lucas 16:22-25). Esto comunica la idea de que los muertos sí están conscientes, y pueden estar en la gloria o en el tormento. ¿Cómo podemos reconciliar estas dos enseñanzas?

Para aclarar esto, debemos volver a la idea de comunión con Dios. En esta vida, algunos estamos en comunión con Dios por medio de Jesucristo, y otros no. Al morir, esa situación de estar en comunión (o no estar en ella) continúa. Si hemos estado en comunión en este mundo, y hemos vivido unidos a Dios, al morir, nuestra alma sigue estando unida a Dios, y seguimos gozando de Su presencia. Si no hemos estado en comunión con Dios en este mundo, al morir, seguimos fuera de esa comunión y lejos de Su presencia, y en eso consiste el “tormento”: estar privado de la presencia de Dios. En nuestro mundo, Dios está presente hasta cierta medida, aun entre los que no creen en Él, como su Señor; pero al morir, se separan de nuestro mundo, y de esa presencia de Dios, de modo que están separados de Él.

Sin embargo, aun cuando están con el Señor y gozan de Su presencia, los creyentes que han muerto todavía no participan plenamente del Reino celestial, simplemente porque Cristo aún no ha venido a establecer plenamente ese Reino. Están “consolados” por Dios, y ya no sufren; pero también ellos están esperando la venida del Reino de Dios en todo Su esplendor. Por eso, se puede decir que están “dormidos en el Señor”; gozan de Su presencia, pero todavía les falta “despertar” a vivir en el nuevo mundo que Dios va a establecer.

Debemos recordar también que mientras estamos en este mundo, estamos limitados por el tiempo y el espacio. No podemos concebir la existencia fuera de esos límites. Por lo tanto, somos forzados a hablar del cielo como un “lugar” a donde uno puede “ir”, aun cuando no sea un lugar que exista en alguna parte de nuestro universo. Y así como los que están con Dios realmente no están limitados por el espacio, tampoco están limitados por el tiempo. Ya que están con el Señor, para ellos mil años son como un día, y un día como mil años, igual que para el Señor (ver 2 Pedro 3:8). Para nosotros los vivos, es imposible concebir esto con nuestra mente limitada; pero lo que sí podemos entender muy bien es que los redimidos están eternamente con el Señor, y gozan siempre de Su paz, Su amor y Su consuelo.

La resurrección y el juicio

El Nuevo Testamento habla claramente en muchos pasajes de la resurrección de los muertos. Enseña que todos los cuerpos de los muertos se alzarán del polvo, para luego ser juzgados por Dios. Aun cuando el cuerpo de los fallecidos se haya convertido en cenizas o polvo, o sus restos sean esparcidos por diversas partes de la tierra, Dios tiene el poder de formar nuevamente esos cuerpos y darles vida. Como el primer hombre fue creado del polvo de la tierra, Dios volverá a crear nuestros cuerpos humanos del polvo de la tierra.

Tanto los creyentes como los incrédulos serán resucitados al venir Jesucristo en Su gloria, los primeros para “resurrección de vida” y los segundos para “resurrección de condenación” (Juan 5:29). Los que no han muerto al venir Jesús, aunque sus cuerpos no tendrán que resucitar, serán “transformados” (1 Corintios 15:52). Entonces, tendrá lugar el juicio de todos los seres humanos. Jesús dice que separará a las naciones como el pastor separa a las ovejas de los cabritos, y luego los juzgará, llamando a algunos a Su presencia, y condenando a los otros a estar separados de Él eternamente (Mateo 25:31-46).

Para muchos cristianos, el hecho de que algunos de los muertos ya están con el Señor y otros en el tormento hace pensar que en realidad, éstos son juzgados en el momento de morir. Sin embargo, si entendemos todo esto según lo que acabamos de notar arriba, que los que mueren estando en comunión con Dios simplemente siguen gozando de esa comunión al morir, y los que mueren estando fuera de esa comunión siguen estando fuera de ella al morir, no tenemos que pensar que ya han sido juzgados. El juicio, según el Nuevo Testamento, no ocurrirá hasta la segunda venida de Jesucristo. Los muertos ya saben cómo serán juzgados, aunque eso todavía no ha ocurrido. Y el juicio final es particularmente importante para los que no habrán muerto todavía cuando venga el Señor.

Es importante notar de las Escrituras que el juicio de las naciones no será en base solamente a la fe, sino a las obras. Casi todos los pasajes que hablan del juicio mencionan esto (ver Mateo 25:31-46; Juan 5:29; Romanos 2:5-6 y otros). Esto nos debe recordar que “late sin obras está muerta” (Santiago 2:26). Si tenemos fe, esa fe producirá buenas obras, y por las obras se verá quién tiene fe. Por supuesto, esto no excluye a los que en el último momento de su vida se arrepienten, como el ladrón en la cruz, pues éstos también podrán gozar de la vida eterna. Dios conoce los corazones de todos los seres humanos, y puede ver si en ellos hay fe, amor y arrepentimiento o no.

¿Por qué es importante la resurrección? No será hasta la segunda venida de Cristo cuando los creyentes podrán gozar completamente del “nuevo cielo y la nueva tierra” que Dios va a establecer. La resurrección consiste en una transformación del ser humano. San Pablo dice que Jesús “transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Filipenses 3:21). El cuerpo de Cristo ya ha pasado por esta transformación; era un cuerpo mortal, limitado y sin gloria, pero ahora es un cuerpo inmortal, espiritual, sin límites y lleno de gloria. Nuestros cuerpos pasarán por ese mismo proceso, para que seamos parecidos a Cristo mismo. Igual como en el caso del cuerpo de Cristo, seguiremos teniendo nuestro mismo cuerpo, pero este cuerpo será celestial, incorruptible, espiritual, lleno de gloria y poder (ver 1 Corintios 15:35-49).

De hecho, podemos afirmar lo mismo de la tierra y el universo. San Pablo enseña que también pasarán por un proceso de transformación (Romanos 8:21-23). Viviremos sobre la misma tierra, pero será una tierra totalmente transformada y cambiada; como nuestros cuerpos, la tierra dejará de ser lo que era, para convertirse en otra cosa mucho mejor.

Generalmente, pensamos en la muerte como un castigo de Dios; pero, por lo que acabamos de ver, en realidad es también una bendición de Dios. Mientras estemos en este cuerpo y en este mundo, no podemos ser totalmente transformados, ni liberados de los poderes del mal y del pecado. Así nunca podremos ser felices, ni evitar el sufrimiento. Pero la muerte de nuestro cuerpo hace posible que ese cuerpo deje de ser lo que ahora es, para convertirse en algo nuevo, un cuerpo glorioso e inmortal, en el cual podamos vivir perfectamente unidos a Dios y unos a otros, y de hecho, ver a Dios cara a cara. La muerte nos permite poner fin a esta existencia limitada y dominada por el mal, para iniciar una nueva existencia infinitamente mejor.

La segunda venida de Jesucristo

A través del Nuevo Testamento, leemos de la promesa de Jesucristo de volver en gloria para establecer Su hermoso reino entre nosotros. Él nos advierte que podrá venir en cualquier momento, “como un ladrón en la noche” (Mateo 24:43; 1 Tesalonicenses 5:2), y que por eso, debemos estar preparados siempre. Por otra parte, habla de ciertas señales que habrá en el cielo y la tierra, que advertirán a los fieles que pronto viene, igual como cuando uno ve oscuras nubes en el horizonte” sabe que viene una tormenta (Mateo 24:4-51). Sin embargo, aunque estas señales nos ayudarán a saber que el tiempo está cerca, todavía no sabremos el momento preciso de Su venida. De hecho, vemos que muchas de las señales mencionadas por Jesús se han cumplido; por eso, desde ahora, debemos estar preparados.

¿Qué está haciendo Jesucristo ahora? Según San Pablo, está sometiendo todas las cosas bajo sus pies, para luego presentar todo al Padre en Su segunda venida (1 Corintios 15:24-28). No está descansando. Sigue llamando a los pecadores y trabajando entre nosotros para que todavía más personas lleguen a formar parte de Su Reino.

Según San Pedro, ésa es la razón por la cual Cristo todavía no ha venido: “El Señor no retarda Su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). Hay algunos pasajes que hacen pensar que el plan original era que Jesucristo volviera muy pronto

después de Su resurrección (ver, por ejemplo, Marcos 9:1). Sin embargo, podemos pensar que en Su misericordia, ha decidido esperar más tiempo, para que personas como nosotros y posiblemente nuestros descendientes también puedan llegar a formar parte del reino que viene a traer.

San Pablo dice que, al establecer el Reino, Dios “será todo en todos” (1 Corintios 15:28). Esto significa que habrá perfecta unión y comunión entre Dios y nosotros. Inclusive, por esta razón ya no habrá matrimonio en el cielo (Mateo 22:30). En este mundo, la relación más íntima que puede haber entre dos personas es el matrimonio; pero en el cielo, la relación que tendremos con Dios y los demás será tan íntima que estaremos perfectamente unidos a todos los demás, y no solamente a una persona en particular.

En cuanto a los que no quisieron vivir en comunión con Dios ni someterse a él, San Pablo dice que serán “excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de Su poder” (2 Tesalonicenses 1:9). Ya que no quisieron estar unidos a Dios y los demás, y optaron por aliarse con las fuerzas del mal, no podrán participar del cielo, porque el cielo es sobre todo una comunión con Dios. Para vivir en esa comunión, es necesario amar a Dios y a los demás. Por lo tanto, los que se han negado a hacer esto no podrán participar de esa comunión, y estarán eternamente separados de Dios y les redimidos.

Pasajes difíciles

Hay algunos pasajes en la Biblia que hablan de los últimos tiempos que son difíciles de entender e interpretar. Particularmente los pasajes del Apocalipsis y algunas de las palabras de Jesús no son fáciles de entender. Muchos grupos dan mucho énfasis a estos pasajes, enseñando que habrá un rapto en el que los creyentes serán llevados al cielo antes del fin (Mateo 24:40-41), que Cristo reinará sobre la tierra durante mil años (llamado el “milenio”, y basado en Apocalipsis 20:4), y que habrá una gran guerra llamado “Armagedón” (Apocalipsis 16:16).

Estos grupos (generalmente de tendencia pentecostal) hablan mucho de las diversas profecías apocalípticas, no sólo del Nuevo Testamento, sino también de libros como Ezequiel y Daniel. Sin embargo, como son pasajes difíciles de entender, ni siquiera están de acuerdo entre ellos. Algunos, por ejemplo, dicen que el reino de los mil años será antes de la venida de Cristo, y otros dicen que será después. Asimismo, hay mucho desacuerdo en cuanto a otras profecías. Hasta hace poco, algunos estaban afirmando que la Unión Soviética era el cumplimiento de muchas profecías, pero han tenido que cambiar sus interpretaciones desde que dejó de existir la Unión Soviética. Algunos grupos inclusive han asignado fechas para la segunda venida de Cristo (como los testigos de Jehová y algunos pentecostales), pero obviamente, no se han cumplido estas fechas.

Los luteranos generalmente no aceptamos estas interpretaciones, por diversas razones. Primero, porque se ha visto que son mera especulación, y no tienen fundamento firme. Cada uno interpreta estos pasajes de manera distinta, lo cual comprueba que no son pasajes claros. En segundo lugar, creemos que la misma Biblia nos dice que no podemos saber el día ni la hora en que el Señor vendrá. Y en tercer lugar, creemos que la mayoría de estos pasajes son simbólicos, y no deben tomarse literalmente. Por ejemplo, en el Apocalipsis, los números como 144.000

redimidos o 1.000 años son simbólicos; 144.000 representa la totalidad, y los 1.000 años simbolizan la eternidad. Las guerras y batallas mencionadas en el Apocalipsis y otros libros representan la guerra que Satanás hace en contra de los hijos de Dios, que aún ahora se está librando.

Hay muchos cristianos que pasan mucho tiempo estudiando estas profecías y tratando de fijar fechas y de interpretar cada símbolo de estos libros. Sin embargo, nosotros creemos que es más agradable a Dios pasar tiempo sirviendo a nuestro prójimo y fortaleciendo nuestra relación con Cristo, que dedicar tanto tiempo a tratar de interpretar esos pasajes difíciles. Al fin y al cabo, lo importante es estar siempre preparados, ya sea para la muerte, que puede venir en cualquier momento, o para la segunda venida del Señor. No necesitamos entender en detalle todos estos pasajes para estar preparados.

PREGUNTAS DE COMPRENSIÓN

1. *¿Qué ocurre cuando morimos?*
2. *¿Qué problemas presenta el hecho de que estamos limitados por el tiempo y el espacio, al hablar del cielo, el infierno y la vida natura?*
3. *¿Qué enseña la Biblia con respecto a la resurrección y el juicio final?*
4. *¿En qué sentido es la muerte un castigo? ¿En qué sentido es una bendición?*
5. *¿Por qué no ha venido Jesucristo todavía?*
6. *¿Qué enseñamos en la Iglesia Luterana sobre la interpretación de profecías para fijar la fecha del fin del mundo?*
7. *¿En qué consistirá el cielo?*
8. *¿En qué consistirá el infierno?*

PASAJES BÍBLICOS PARA LEER

1. *Lea Marcos 9:1. ¿Cómo explicamos este pasaje? ¿Nos ayuda a entender ese pasaje lo que escribe Pedro en 2 Pedro 3:8-9?*
2. *Lea 2 Tesalonicenses 1:9. ¿En qué consisten las penas de las almas perdidas, según este pasaje?*

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. *Vimos en el texto de clase que la Biblia habla de los muertos, tanto en términos de estar como “dormidos” como en términos de “estar con Dios”. En su opinión, ¿cómo se puede reconciliar estas dos ideas?*
2. *¿Cómo podemos reconciliar la enseñanza bíblica según la cual, al morir, vamos al cielo o al infierno, con la enseñanza bíblica de que el juicio final no ocurrirá hasta la segunda venida de Jesucristo?*
3. *Hoy en día, muchos cristianos discuten mucho sobre la cuestión del fin del mundo, la segunda venida de Jesucristo, el milenio, etc. ¿Cree usted que tales discusiones tienen alguna utilidad o provecho? ¿Cómo respondemos a los que desean discutir tales cuestiones?*
4. *Mientras algunos cristianos afirman que este mundo será destruido al venir Jesucristo, otros afirman que no será destruido, sino transformado, y que viviremos sobre esta misma tierra. ¿Qué opina usted al respecto? ¿Qué pasajes bíblicos puede citar para defender su punto de vista? ¿Se puede comparar lo que ocurrirá con la tierra con lo que*

ocurrirá con nuestros cuerpos resucitados?

TRABAJO EN CASA

Lea las lecturas para esta lección que aparecen en las páginas 131-135. Luego escriba sus respuestas a las preguntas que están al final de las lecturas.

LECCION 11

El cristiano en el mundo

TRABAJO EN CLASE

Después de repasar las tarjetas que hizo en la semana, lean entre todos el siguiente texto y contesten las preguntas que aparecen al final.

TEXTO DE CLASE

En la oración que Jesús pronunció antes de Su muerte, pidió por todos los cristianos, dictándole al Padre: “Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Juan 17:14-16).

Según estas palabras de Jesús, los cristianos estamos en el mundo, pero no somos del mundo. Desde aquel tiempo, se ha discutido mucho entre cristianos la relación entre el mundo y el creyente. ¿En qué actividades puede y debe participar? ¿Qué cosas del mundo son aceptables, y cuáles debemos rechazar? Por una parte, ha habido cristianos muy eremitianos, que afirman que el creyente debe apartarse por completo del mundo; al otro extremo hay quienes aceptan y permiten muchas cosas que la mayoría de cristianos no admiten, a la vez que también afirman ser cristianos.

Hay muchas cuestiones que son difíciles de contestar y definir en cuanto a la relación del creyente con el mundo. Sin embargo, aunque sean cuestiones difíciles, no debemos evitarlas, sino que tenemos que pensar en ellas y tratar de hallar respuestas, guiados por el Espíritu de Dios. En esta lección y las otras que faltan de nuestro libro, queremos considerar algunas de estas preguntas.

Jesús y el mundo

Nuestro modelo para saber cómo relacionarnos con el mundo que nos rodea debe de ser Jesús mismo. Durante Su ministerio, Jesús no se apartaba de nadie. Los fariseos y maestros de la ley se escandalizaban, porque Jesús se relacionaba con pecadores y comía con ellos (comer con alguien era la (nuestra más grande de amistad). Pero, aunque Jesús aceptaba a todos los que querían acercarse a él, esto no significa que aceptaba su pecado. Le dijo a la mujer adúltera que ya no pecara (Juan 8:1-11), y en diversos momentos mostró su desagrado con los vendedores del templo, los fariseos, y aun sus mismos discípulos. Cuando algo estaba mal, no se callaba, sino que lo decía abiertamente.

Podríamos resumir la actitud de Jesús, así: Jesús amaba al pecador, pero odiaba el pecado. Ese mismo principio debe regir nuestras relaciones con los demás. Como Jesús, no debemos odiar a nadie. Debemos estar dispuestos a hablar y dialogar con todos, y sobre todo, a mostrarles amor, compasión y comprensión. Sin embargo, cuando algo está mal, debemos reconocerlo y señalarlo. No debemos amar el pecado, pero sí debemos amar al pecador, igual como Jesús nos ama a todos nosotros, que somos pecadores.

Asimismo, como Jesús, debemos estar dispuestos a dialogar con otros. A lo mejor no estamos de acuerdo con las ideas de otras personas, pero sólo podemos llegar a comprenderlos mejor, y permitir que nos comprendan a nosotros, si hay diálogo.

La libertad cristiana

“Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica” (1 Corintios 10:23). “Todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado” (1 Timoteo 4:4-5). Estas palabras de San Pablo nos ayudan a entender un principio muy importante en la Iglesia Luterana, el principio de la libertad cristiana.

Hoy en día, muchas iglesias tienen una larga lista de prohibiciones; cosas como no tomar bebidas alcohólicas, no fumar, no bailar, no ir al cine, y muchas otras cosas. Algunas iglesias inclusive les indican a sus fieles cómo deben vestirse, o les exigen que den el diezmo, 10% de todo lo que ganan. En la Iglesia Luterana, llamamos a esto “legalismo”. El legalismo consiste en una serie de leyes y reglas en cuanto a la conducta del creyente.

Como luteranos, insistimos en las palabras que acabamos de citar de San Pablo. Todo lo que creó Dios es bueno. Inclusive, el mismo mundo es bueno; el mundo no es malo, como algunos otros grupos cristianos enseñan, ni tenemos que apartarnos del mundo. Aunque el mundo y todo lo que hay en él es bueno, ha quedado sujeto a las fuerzas del mal. Por eso, podemos usar de la creación de la manera en que Dios originalmente quiso; pero debemos usarlo todo para bien, y no para mal.

En la Iglesia Luterana, por ejemplo, no se prohíbe el consumo de las bebidas alcohólicas o el tabaco, ni se prohíbe bailar o ir al cine. Sin embargo, creemos que es necesario evitar el abuso en todo esto. Se puede abusar del alcohol y del tabaco; inclusive se puede abusar de la diversión, la televisión y otras cosas que aparentemente no tienen nada de “malo”. El abuso siempre es malo. Si, por ejemplo, abusamos del alcohol o el tabaco, nos hacemos daño a nosotros mismos, de modo que no podemos servir debidamente a Dios y a nuestro prójimo, y hasta podemos dañar nuestras relaciones con los demás. Si dedicamos demasiado tiempo a cosas como la diversión, la televisión, los juegos de video, etc., llegamos a estar tan ocupados con esas cosas que no tenemos tiempo para Dios ni los demás, ni para las cosas más importantes de la vida. Por eso, es necesario usar todo con medida, pensando no sólo en nosotros mismos, sino también en el bien de los demás.

En muchos casos, es mejor abstenernos de ciertas cosas. Por ejemplo, debemos evitar todo aquello que perjudique nuestras relaciones con los demás. También es necesario evitar lo que da mal testimonio a los demás. Siempre debemos pensar en lo que edifica. Como dice San Pablo: “mirad que esta libertad vuestra no venga a ser tropezadero para los débiles” (1 Corintios 8:9).

En fin, como cristianos, tenemos libertad; pero tenemos que saber usar esa libertad para nuestro propio bien, y el bien de otros. En la Iglesia Luterana, tratamos de evitar el legalismo, con todas sus reglas y prohibiciones; sin embargo, lamentablemente, a veces hay miembros de nuestras iglesias que abusan de esa libertad. El hecho de que algunos abusan de su libertad no significa

que debemos ser más legalistas, pero sí debemos ayudarnos y corregirnos unos a otros para editar esos abusos, y para hacer todo para la gloria y honra de Dios.

El cristiano y la política

¿Cuál debe ser nuestra relación con el gobierno? San Pablo dice: “Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste” (Romanos 13:1-2). Esto significa que el cristiano debe esforzarse por ser un buen ciudadano, obedeciendo las leyes. Debe pagar sus impuestos y cumplir con otras obligaciones. Esto contribuye al bienestar general de la sociedad, y también da buen testimonio al mundo.

Entre las obligaciones que existen en muchos países es la obligación de hacer el servicio militar o servir dentro del ejército. Algunos cristianos afirman que esto no debe hacerse, porque está en contra de la voluntad de Dios. Sin embargo, la Iglesia Luterana no concuerda con esas ideas, y afirma que el cristiano también debe cumplir con esta obligación cuando se presente. El cristiano está haciendo algo bueno cuando defiende la vida, el bienestar y los derechos de sus compatriotas. En el ejército no sólo se aprende a matar, sino a defender, proteger y ayudar en momentos de necesidad. Lo anterior no significa que no puede haber guerras injustas, y en estos casos, la conciencia de un cristiano puede moverlo a negarse a servir en el ejército. Sin embargo, estas son excepciones a la regla.

Hay que recordar también lo que dice San Pedro en Hechos 5:29, “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres”. En tiempos de la persecución de los cristianos por el Emperador Romano, el Emperador les exigía ofrecer sacrificios a ídolos paganos, y obviamente, se negaban a hacerlo. Cuando el gobierno ordena hacer algo expresamente en contra de la voluntad de Dios, el cristiano debe negarse a hacerlo. Generalmente, tendrá que sufrir las consecuencias de esa decisión, pero es mejor hacer esto que desobedecer a Dios.

La Iglesia Luterana por lo general ha apoyado la separación entre la iglesia y el estado. El estado no debe dirigir a la iglesia, ni inmiscuirse en sus asuntos, ni debe la iglesia como una organización estar sobre el estado ni inmiscuirse en sus asuntos. El gobierno no debe apoyar ni favorecer a ninguna iglesia en particular, sino permitir la libertad religiosa. El gobierno tiene la tarea de preservar la paz social y buscar el bienestar temporal de los ciudadanos, mientras la iglesia debe buscar el bienestar espiritual del hombre.

Esto no significa que el cristiano no puede ni debe involucrarse en la política. A través de la política, un cristiano puede trabajar por la justicia, y tratar de mejorar la vida de los demás, y por lo tanto, la participación en la política es admisible y hasta puede ser buena. Sin embargo, al participar en la política, el cristiano no está actuando en nombre de su iglesia, sino como un individuo. No todos los cristianos están de acuerdo en cómo mejorar la vida de los demás a través de la política, y por lo tanto, el cristiano está libre para afiliarse al partido que desee, si es que quiere hacerlo, o de trabajar como su conciencia le dicte para mejorar la sociedad.

Asimismo, el cristiano es libre para votar o no votar, o para votar por el candidato o partido que le parezca mejor. Como en todo lo demás, el cristiano debe buscar el bien de los demás, y si

considera que la política es un buen medio para ayudar a su prójimo y promover la justicia y la paz social, es bueno participar en la política, y nadie debe impedirselo. Es importante también respetar la opinión de los hermanos cristianos en cuanto a estas cuestiones, y no tratar de imponer un punto de vista particular a los demás.

Aunque la iglesia no debe inmiscuirse en cuestiones de gobierno, sí puede y debe expresar su voz y opinión cuando ve que el gobierno no está cumpliendo con su tarea, y en lugar de servir para el bien de otros, está perjudicándolos o promoviendo la injusticia. Cuando los profetas del Antiguo Testamento y personajes como Juan el Bautista y el mismo Jesús veían cosas injustas, no se quedaban callados, sino que denunciaban lo que estaba mal. Esto lo pueden hacer cristianos individuales, y también iglesias enteras. Sin embargo, en estos casos también debemos depender de lo que nuestra conciencia (ya sea individual o colectiva) nos dicte.

El cristiano y la medicina

Uno de los dones que Dios ha dado a la humanidad es el don de la medicina. En el último siglo, ha habido muchísimos avances en esta área. Creemos que Dios está iluminando a los seres humanos para ayudarles a superar mucho del sufrimiento y la enfermedad que existe entre los seres humanos. Afirmamos que toda sanidad viene de parte de Dios, quien puede sanar con o sin medicamentos. Creemos que Dios puede hacer milagros para sanar al que tiene fe en él, pero también puede hacerlo por medios más comunes.

Los luteranos no nos oponemos al buen uso de la medicina, cuando sirve para sanar al individuo. Creemos que el donar sangre o inclusive un órgano es una forma de servir al prójimo, y no hay nada malo en ello. Únicamente nos oponemos cuando la medicina desea usurpar derechos que sólo le pertenecen a Dios, como el derecho de dar o quitar la vida del ser humano. Como otros dones, la medicina puede ser usada para bien o para mal, debemos esforzarnos para que sea para bien.

La iglesia y la acción social

El decir que la iglesia no debe inmiscuirse en la política, y que al estado le corresponde el bienestar temporal de sus ciudadanos, no releva a los cristianos de también buscar el bienestar de los demás. Nuevamente, podemos considerar el modelo de Jesucristo, que anduvo por toda Galilea, sanando a los enfermos, fortaleciendo a los débiles, y ayudando a los que estaban en necesidad. Si amamos a nuestro prójimo, ¿cómo podemos verlo sufrir sin hacer nada? San Juan dice: “Quien tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él” (1 Juan 3:17). Esto es verdad, no sólo para individuos, sino también para la iglesia como cuerpo.

Si amamos a nuestro prójimo, queramos no sólo su bienestar espiritual, sino también su bienestar emocional y material. Queremos que tenga lo necesario, para que no tenga que sufrir. Por eso, al ser la iglesia la presencia de Cristo en el mundo, la iglesia tiene que servir a las necesidades del hombre entero: alma, espíritu y cuerpo. Como individuos, hay muchas cosas que podemos hacer para ayudar a otros, y debemos hacerlas. Pero también hay cosas que podemos hacer mejor en grupo, como iglesia, juntando nuestros recursos para dar más ayuda.

Si no estamos sirviendo de esta manera, no estamos siendo fieles al Evangelio, ni estamos siguiendo a Cristo como debemos. Como dice San Juan: “No amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Juan 3:18). Si sólo hablamos del amor, pero no lo vivimos, nuestras palabras valdrán muy poco. Por eso, es indispensable que los cristianos busquen formas de servir al prójimo, aliviar su dolor y sufrimiento, y compartir el Evangelio en palabra y en hecho con otros.

Conclusiones

Al considerar todo lo que hemos visto en esta lección, como la libertad cristiana, las relaciones con los demás, la participación en la política, las obligaciones civiles, el uso de la medicina y el servicio a los demás, es importante nuevamente recalcar que no siempre hay reglas fijas. Pero precisamente por eso, tenemos el Espíritu Santo en nuestros corazones, para guiarnos y dirigirnos. Este nos ilumina para hacer lo que debemos en situaciones concretas. Si hay alguna regla fija para todos los casos y situaciones, es ésta: en cualquier situación en que nos encontremos, debemos ponernos completamente en las manos de Dios y pedir su dirección y consejo. Confiamos en que Él nos iluminará para hacer lo que debemos. A veces nos ilumina directamente, en nuestra mente; en otros momentos, nos ilumina a través de otros cristianos, nuestros hermanos, que comparten la sabiduría de” Espíritu con nosotros. Si nos dejamos guiar por el Espíritu Santo, que nos habla directamente y también indirectamente, a través de otros, podemos proceder en cualquier situación con confianza y seguridad, en el nombre del Señor y para Su honra y gloria.

PREGUNTAS DE COMPRENSIÓN

1. *¿Qué relación tuvo Jesucristo con los pecadores?*
2. *¿Qué enseña la Iglesia Luterana con respecto a la libertad cristiana?*
3. *¿Es el mundo malo o bueno? Explique su respuesta.*
4. *¿Cuál debe ser la relación entre el cristiano y el gobierno?*
5. *¿Cuándo puede el cristiano desobedecer al gobierno?*
6. *¿Cuál debe ser la relación entre la iglesia y el estado?*
7. *¿Qué enseña la Iglesia Luterana con respecto al uso de las medicinas?*
8. *¿Cuál podría ser la “regia fija” para todas las situaciones en que nos encontramos?*

PASAJES BÍBLICOS PARA LEER

1. *Lea Juan 17:4-6. ¿Qué significa decir que estamos “en el mundo” pero no somos “del mundo”?*
2. *Lea 1 Timoteo 4:4-5. ¿Cómo entendemos estas palabras? En su opinión, ¿hay cristianos que creen que el mundo es malo, contrario a lo que afirma aquí San Pablo?*

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. *¿Cómo podemos “amar a los pecadores” y a la vez mostrar que no aceptamos la conducta pecaminosa?*
2. *¿Cuáles son los peligros que tenemos en la Iglesia Luterana al no condenar el uso de bebidas alcohólicas o tabaco, a la vez que condenamos el abuso de tales cosas? En su opinión, ¿es correcto lo que enseñamos en nuestra Iglesia al respecto, o debemos*

cambiarlo?

3. *¿Cree usted que es aceptable que un cristiano participe en el ejército? Explique su respuesta. Si cree que es aceptable, ¿cómo reconcilia su opinión con el quinto mandamiento, que nos prohíbe matar?*
4. *¿Cree usted que un cristiano puede participar en la política o tener puestos en el gobierno? Explique su respuesta.*
5. *Algunos cristianos afirman que usar medicinas es desconfiar del poder de Dios para sanar nuestras enfermedades. ¿Está usted de acuerdo? Explique su respuesta.*
6. *Algunos cristianos creen que la iglesia sólo debe preocuparse por “salvar almas”, y no preocuparse por el bienestar físico de los demás. ¿Qué opina usted al respecto?*

TRABAJO EN CASA

Lea las lecturas para esta lección que aparecen en las páginas 136-141. Luego escriba sus respuestas a las preguntas que están al final de las lecturas.

LECCIÓN 12

Cuestiones contemporáneas

TRABAJO EN CLASE

Después de repasar las tareas que hizo en la semana, lean entre todos el siguiente texto y contesten las preguntas que aparecen al final.

TEXTO DE CLASE

Una de las cosas que ha marcado la era moderna es el cambio. Todos los días, hay nuevos avances en la tecnología, la medicina y la ciencia. También ha habido muchos cambios en el área de la moralidad, pues muchas de las cosas que antes se prohibían ahora son aceptadas más fácilmente. Antes, por ejemplo, era relativamente raro el divorcio; ahora es muy común. El aborto no era tema de discusión hace un siglo, como ahora lo es. ¿Cómo debe reaccionar la iglesia ante todos los cambios que han suscitado en nuestro mundo, y sin duda seguirán presentándose? Vamos a considerar esta pregunta en la presente lección.

Matrimonio y divorcio

“Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne; así que no son ya más dos, sino uno. Por tanto, lo que Dios Juntó, no lo separe el hombre” (Marcos 10:7-9). En base a estas palabras de Jesús, la Iglesia Luterana siempre ha enseñado que el matrimonio es una relación entre un hombre y una mujer que debe durar “hasta que la muerte los separe”, como decimos en la liturgia para la celebración de un matrimonio. Creemos firmemente que el rompimiento de esa relación por cualquier motivo que no sea la muerte es pecado.

Sin embargo, por ser todos nosotros pecadores, el pecado también a veces se manifiesta en la vida matrimonial de otras formas. A veces hay abuso emocional en la forma de crueldad; a veces hay abuso físico en la forma de violencia. Ocurren casos de infidelidad y adulterio. En algunos casos uno de los cónyuges abandona al otro. Lamentablemente, muchos matrimonios, aun entre creyentes, están plagados de problemas muy graves.

Durante muchos siglos, la iglesia afirmaba que no se podía justificar el divorcio bajo ninguna circunstancia. Esta todavía es la posición de la iglesia Católica Romana (aunque la Iglesia Católica sí acepta la anulación de algunos matrimonios, que realmente viene a ser casi lo mismo que el divorcio). Sin embargo, cuando los estados se volvieron seculares y ya no estaban bajo la influencia de la iglesia, el divorcio comenzó a hacerse más común. Hoy en día, el número de divorcios es cada vez mayor.

En la Iglesia Luterana, afirmamos sin reservas que el divorcio es un pecado. Pero reconocemos que también es pecado el abuso emocional o físico, la infidelidad y el abandono. ¿Cuál de los pecados es peor: el divorcio, o dejar que dos cónyuges sigan en una relación en la que uno de ellos, o los dos, sufren enorme y continuamente? Si lo que buscamos es su bienestar físico, emocional y espiritual, en algunos casos, puede ser mejor el divorcio, para poner fin a una condición de inmenso dolor, que insistir que esa relación continúe. En estos casos, casi cualquier

opción que uno elija es mala y pecaminosa; pero a veces no hay otra alternativa.

Por supuesto, la iglesia, y particularmente el pastor, tienen que hacer todo lo posible para ayudar a la pareja a resolver sus problemas. A veces es necesario dedicar muchas horas de consejería para esto. Nunca se puede aceptar un divorcio sin tratar primero de superar los problemas. Pero cuando se ha hecho todo lo posible, y no hay una solución, puede aceptarse el divorcio, aun cuando se reconoce que es un pecado, porque no aceptarlo también puede ser un pecado. El diablo siempre es malo, no sólo porque Dios lo considere así, sino también porque destruye una familia; pero a veces es la única alternativa. Muchas veces, la familia ya está destruida; el divorcio no es lo que destruye esa relación, sino simplemente es el reconocimiento de que ya ha sido destruida.

En la Iglesia Luterana, no hay reglas universales en cuanto a la participación de personas divorciadas en la Iglesia (como las que tiene la Iglesia Católica). Tampoco se trata de determinar cuál de los dos cónyuges fue culpable del divorcio, pues casi siempre los dos comparten la culpa. Más bien, se asume una relación pastoral. Si se ve que el divorciado está sinceramente arrepentido por lo que ha pasado, se le acepta nuevamente, pues creemos que Dios siempre perdona al pecador arrepentido. Si se considera que no hay un arrepentimiento sincero, posiblemente ya no se aceptará nuevamente al divorciado, hasta poder platicar más con él o ella y llevarlos al arrepentimiento. En cualquier caso, no se trata de simplemente excomulgar al divorciado, sino al contrario, tratar de restablecerlo a la salud espiritual y emocional, a través del diálogo y la consejería.

¿Puede casarse nuevamente el divorciado? Jesús dijo: “Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio con ella; y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio” (Marcos 10:11-12; cabe mencionar que en el pasaje paralelo en Mateo 19:9, Jesús dice: “Cualquier que repudie a su mujer, salvo por causa de fornicación...”, lo cual significa la fornicación de parte de uno de los cónyuges puede justificar un divorcio).

Nuevamente, consideramos que es claro que el que se case nuevamente (excepto en casos de adulterio o fornicación) está pecando. Pero en determinados casos, puede ser un pecado aun mayor prohibirte que se case y condenarte a vivir el resto de sus días en soledad, si es que necesita casarse por su bienestar emocional o inclusive para el sustento propio o de sus hijos (como es el caso de muchas mujeres divorciadas que no pueden sostener a su familia sin un marido). Por eso, en determinados casos, la Iglesia Luterana sí acepta que un divorciado se vuelva a casar, inclusive dentro de la Iglesia. Nuevamente, a veces hay que elegir entre el mal mayor y el mal menor.

¿Puede un divorciado servir como pastor en la Iglesia? Una vez más, creemos que cada caso tiene que ser considerado como un caso especial. Si la iglesia en general y una congregación particular desean aceptarlo después de considerar el caso y sabiendo lo que ha pasado, pueden hacerlo. Hay que tomar en cuenta todas las circunstancias para ver si el hombre todavía está capacitado espiritual y moralmente para servir a Dios en esa capacidad.

Un tema relacionado con todo esto es el caso de parejas que viven unidas sin haberse casado. Generalmente, la Iglesia los pide que se casen si es que desean ser miembros, para formalizar su

relación ante Dios y ante la sociedad, y para el bien, no sólo de ellos, sino también de sus hijos. Deben aceptar la responsabilidad y el compromiso de vivir unidos hasta que la muerte los separe para que su unión sea aceptable.

En todos estos casos, es importante recordar que la Iglesia Luterana insiste en tomar una actitud pastoral y no legalista. En lugar de imponer reglas inviolables, creemos que hay que buscar el bienestar físico, espiritual y emocional de todos los involucrados: cónyuges, hijos, e inclusive los miembros de la congregación. No queremos caer en el error de tomar cosas como el divorcio y el nuevo matrimonio a la ligera, aceptando que cualquiera se divorcie e inclusive se vuelva a casar.

Pero tampoco queremos caer en el error de negarte el perdón al pecador arrepentido y de negarle la posibilidad de sanar sus heridas emocionales y seguir adelante con su vida. No queremos alejar de la comunión con Dios al que sinceramente se arrepiente y desea enmendar su vida; pero tampoco queremos tomar a la ligera el pecado del divorcio. Resolver estos casos puede ser muy difícil.

La sexualidad

En la Iglesia Luterana, enseñamos que las relaciones sexuales únicamente deben tener lugar dentro del matrimonio. La Biblia llama a las relaciones sexuales fuera del matrimonio “fornicación”, y llama “adulterio” a cualquier relación sexual entre dos personas cuando por lo menos una de ellas es casada. La Biblia claramente prohíbe y condena esto. También prohíbe la poligamia, esto es tener más de un cónyuge, y la pornografía.

Sin embargo, nuevamente nos encontramos con manifestaciones del pecado en esta área. Algunos se unen sexualmente antes de casarse, y a veces hasta conciben a un hijo. Otros se unen con varias personas antes de casarse, o aun después. Como luteranos, condenamos esto y lo señalamos sin vacilación como pecado. Esto no es aceptable ante Dios.

En todos estos casos, la iglesia asume nuevamente una relación pastoral. Por una parte, insiste en que los que están teniendo relaciones fuera del matrimonio dejen de hacerlo. En los casos de adulterio, insiste en que el adúltero deje de cometer ese pecado, y trata de reconciliar y sanar su relación con su cónyuge y su familia. En el caso de parejas que sostienen relaciones sexuales sin casarse, se les pide que se casen, o de otra manera, que se abstengan de tener relaciones.

En el caso de mujeres jóvenes que quedan embarazadas, se busca lo que sea mejor para ella y su hijo. En algunos casos, esto puede ser casarse, para que ella y su marido acecen el compromiso y la responsabilidad de formar una familia como es debido. En otros casos, puede ser mejor que no se case con el padre de su hijo. Siempre se trata de hacer lo que sea mejor para todos los involucrados, al mismo tiempo que se les pide abstenerse de seguir pecando y resolver su situación debidamente. Repetimos una vez más: hay perdón para el pecador arrepentido que desee acercarse nuevamente a Dios. Al mismo tiempo, si uno insiste en seguir pecando y desobedeciendo a Dios, es evidencia de que no está realmente arrepentido.

Otro problema que se ha manifestado mucho en nuestros tiempos es la homosexualidad. La Biblia claramente condena la homosexualidad. Sabemos que hay personas que tienen tendencias

homosexuales, sea por causas biológicas o sociológicas. Sin embargo, pedimos a estas personas que se abstengan de practicar su homosexualidad. Podemos repetir los mismos principios que ya hemos mencionado: creemos que hay perdón para el pecador arrepentido; hay que asumir un papel pastoral y no legalista, hay que amar al pecador, aun cuando odiamos su pecado. Es muy fácil condenar al homosexual; pero debemos tratar de comprenderlo y ayudarlo, más que condenarlo. Jesús no vino a condenar, sino a salvar; y ésa también debe ser nuestra actitud.

Los anticonceptivos

Aunque siempre ha habido métodos naturales de evitar la concepción, en este siglo el uso de anticonceptivos artificiales se ha hecho muy común. La Iglesia Católica Romana afirma que es pecado usar estos anticonceptivos. Sin embargo, la Iglesia Luterana deja esto al juicio y la conciencia de los fieles. Por supuesto, insiste en que sólo deben usarse los anticonceptivos dentro del matrimonio, pues las relaciones sexuales fuera del matrimonio no agradan a Dios. No creemos que sea malo planificar la familia, si es que se hace, no por razones egoístas, sino para que la familia pueda vivir mejor.

El aborto

Sobre el tema del aborto, no hay un consenso claro entre los luteranos del mundo. Algunos lo aceptan, afirmando que el feto todavía no es una persona, sino una parte del cuerpo de la mujer, y que ella puede hacer lo que quiera con su cuerpo. Sin embargo, la mayoría de iglesias luteranas no aceptan el aborto, y consideran que provocar un aborto es matar a un ser humano. Hay varias organizaciones luteranas (como en el Sínodo de Missouri) que abogan por la prohibición del aborto. La posición en contra del aborto parece ser más bíblica que la otra, pues si consideramos que el feto es realmente un ser humano, no se puede justificar el matarlo. Si la madre no puede cuidar a su bebé, debe darlo en adopción en lugar de abortarlo.

Muchos luteranos que están en contra del aborto afirman que bajo algunas circunstancias es admisible, como, por ejemplo, en casos de incesto o violación, o cuando la vida de la madre peligra. Sin embargo, otros dicen que ni en estos casos es admisible quitar la vida a un ser humano inocente.

Como en otros casos, la Iglesia Luterana asume una actitud pastoral en estos casos. En el caso de una mujer o joven que queda embarazada, no basta con sólo decirte que no tenga un aborto. Hay que ayudarlo, aconsejarle, y ayudar también a su familia y otras personas involucradas.

Asimismo, si una mujer ha tenido un aborto, y después confiesa este pecado con su pastor, mostrando arrepentimiento sincero, no se le debe hacer sentir más culpable (generalmente, de por sí ya se siente muy deprimida y culpable), sino compartir con ella el perdón y el Evangelio.

Nuestra era electrónica

Innovaciones tecnológicas como el radio, la televisión, la cinematografía, los tocadiscos, las computadoras y los juegos de video han cambiado enormemente la vida moderna. Algunos cristianos más extremistas condenan el uso de algunas de estas cosas, como ver la televisión, ir al cine o usar juegos de video. Como luteranos, creemos que todo esto puede usarse para bien o

para mal. Hay cosas que edifican al ser humano, como buenos programas de televisión, buenas películas, etc. Pero también hay cosas que degradan al ser humano, como el sexo y el lenguaje ofensivo que muchas veces hay en la televisión, el cine, los video-cassettes, y los discos y grabaciones. Asimismo, hay cosas que ni edifican ni degradan, como los juegos de video y algunas películas, pero que simplemente sirven para entretenerse.

En cuanto al uso de estas cosas, debemos recordar algunos de los principios que ya hemos mencionado. Todo es lícito, si edifica; pero no todo conviene. Debemos seguir nuestro juicio para saber qué programas, películas o grabaciones son aceptables, tanto para nosotros como para nuestra familia. As mismo, es importante recordar que el abuso siempre es malo. Todos necesitamos descansar, relajarnos y hasta entretenemos para nuestra salud emocional, y el debido uso de la televisión, los juegos de video y otras cosas pueden ayudarnos a hacer esto. También pueden ser actividades que miembros de la familia hacen juntos, lo cual fortalece su relación. Pero también podemos abusar de estas cosas, pasando horas enteras viendo la televisión, jugando juegos de video o escuchando música. De esta manera, no contribuimos nada positivo a nuestra vida ni a la vida de los demás, e inclusive podemos estarle quitando tiempo a nuestra familia. Por eso, debemos tener cuidado con el uso de estas cosas, y hacer todo para la gloria de Dios.

PREGUNTAS DE COMPRENSIÓN

1. *¿Qué enseña la Iglesia Luterana con respecto al divorcio?*
2. *¿Cómo debemos tratar a las personas divorciadas dentro de la iglesia?*
3. *¿Permite la Iglesia Luterana que una persona divorciada se vuelva a casar?*
4. *¿Qué significa decir que asumimos una actitud pastoral y no legalista?*
5. *¿Es admisible tener relaciones sexuales fuera del matrimonio?*
6. *¿Qué enseña la Biblia con respecto a la homosexualidad?*
7. *¿Qué enseña la Iglesia Luterana sobre el uso de los anticonceptivos?*
8. *¿Qué enseña la Iglesia Luterana sobre el aborto?*
9. *¿Qué enseña la Iglesia Luterana sobre cosas como la televisión, el cine, los juegos electrónicos, etc.?*

PASAJES BÍBLICOS PARA LEER

1. *Lea I Corintios 6:9-10. En su opinión, ¿significa este pasaje que es imposible que un fornicario o un homosexual se salve?*
2. *Lea Marcos 10:2-12. En su opinión, ¿significa este pasaje que debemos excluir de la iglesia a cualquier persona que se divorcie? Si cree que no debemos excluir a las personas divorciadas, ¿cómo reconcilia su opinión con lo que dice este pasaje?*

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. *En su opinión, ¿es aceptable que una persona divorciada se vuelva a casar dentro de la iglesia? ¿Bajo qué circunstancias?*
2. *Muchas veces, cuando hay un divorcio, se trata de determinar cuál de las dos personas es culpable del fracaso del matrimonio. ¿Está usted de acuerdo con esta práctica?*
3. *En su opinión, ¿hay casos en que es permisible practicar un aborto? Explique su respuesta.*
4. *En su opinión, si algún miembro de la iglesia confiesa ser homosexual, ¿qué debe hacer su congregación? ¿Es posible mostrar amor y comprensión hacia el homosexual y al*

- mismo tiempo no aceptar su homosexualidad? ¿Cómo se podría hacer esto?*
5. *¿Qué opina usted con respecto a la televisión, el cine y juegos como Nintendo? ¿Qué uso puede o debe hacer el creyente de estas cosas?*

TRABAJO EN CASA

Lea las lecturas para esta lección que aparecen en las páginas 141-144. Luego escriba sus respuestas a las preguntas que están al final de las lecturas.

LECCIÓN 13

Doctrina y vida

TRABAJO EN CLASE

Después de repasar las tareas que hizo en la semana, lean entre todos el siguiente texto y contesten las preguntas que aparecen al final.

TEXTO DE CLASE

Es muy bueno y sano tener una doctrina firmemente basada en las Escrituras, como tiene la Iglesia Luterana. Sin embargo, nunca debemos olvidar que no basta con tener una doctrina bíblica; esa doctrina necesita afectar profundamente nuestra vida cotidiana. Muchas veces ha ocurrido en la Iglesia Luterana que los miembros aprenden los puntos más básicos de la doctrina en sus clases de confirmación, pero después de confirmarse, consideran que ya se han “graduado”, y que ya no es necesario estudiar más. Muchos no tienen la costumbre de leer y estudiar la Biblia (tanto en la casa como en la Iglesia), ni de orar todos los días. Debemos recordar que Dios no solamente quiere que creamos en Él y Su Palabra; también quiere ser nuestro amigo y compañero en todo momento de nuestra vida. Si nuestra fe en Él no nos transforma y nos hace vivir de una manera diferente, esa fe no sirve de mucho.

¿Cómo debe vivir el creyente cristiano? Aunque ya hemos contestado esa pregunta en parte en las lecciones anteriores, en esta lección queremos considerarla más a fondo.

El uso de las Sagradas Escrituras

En Su gran bondad, Dios nos ha dado Su Palabra escrita. ¿Cómo usamos de esa Palabra? Obviamente, es importante escucharla con frecuencia, como cuando asistimos a la iglesia y escuchamos un sermón. Sin embargo, para que tengamos una fe fuerte y sana, necesitamos alimentarnos mucho más que una vez a la semana, escuchando un sermón. Esa Palabra nos puede fortalecer, insolar, transformar y dar paz. Si tenemos un tesoro así, ¿cómo no vamos a aprovecharlo todos los días?

En la mayoría de las iglesias, se ofrecen estudios bíblicos, tanto para niños (generalmente en forma de escuela dominical) como para jóvenes y adultos. En el pasado, muchas veces no hemos dado mucha importancia a estos estudios (particularmente los que son para adultos), enfatizando mucho más la asistencia al culto. Sin embargo, estos estudios hechos en grupo, bajo la dirección de un pastor o un laico bien preparado, son de gran importancia. Estudiando y leyendo la Biblia en grupo, aprendemos a estudiarla y leerla en nuestra vida privada. Asimismo, tenemos la oportunidad de hacer preguntas y ver cómo aplicar esa Palabra a la vida cotidiana. Necesitamos alimentarnos de esta manera.

Asimismo, es importante que tengamos la costumbre de leer la Biblia en nuestro hogar. Esto se puede hacer con los diversos miembros de la familia reunidos, y también se puede hacer a nivel individual. Hay muchos libros devocionales que nos pueden ayudar a hacer esto; y si algún miembro necesita orientación y ayuda para desarrollar esta costumbre, debe pedirle esa orientación y ayuda a su pastor. Debemos alimentarnos todos los días con la “comida espiritual”

que Dios nos ofrece en Su Palabra. También existen otros libros cristianos que nos pueden ayudar a crecer en nuestra fe y nuestros conocimientos.

La oración

Otra cosa muy importante en la vida del creyente es la oración. Por medio de la oración, nos mantenemos en comunicación constante con Dios. Así como no es posible seguir teniendo un buen amigo si nunca tenemos comunicación con él, Dios no puede ser nuestro amigo y compañero en todo momento si no hablamos con Él en la oración. La oración ofrece muchísimos beneficios y bendiciones; es otro tesoro que necesitamos apreciar y aprovechar.

Hay muchas maneras de orar. Podemos hacerlo en grupo y también individualmente. Hay oraciones escritas que podemos leer y meditar, y también podemos y debemos orar usando nuestras propias palabras y pensamientos. Es bueno dedicar un breve rato a la oración todos los días, al levantarnos o antes de acostarnos; pero también podemos orar en cualquier momento, manteniendo abierto nuestro diálogo con Dios. Todo creyente necesita de la oración; por eso, no debemos descuidar esa parte de nuestra vida cotidiana.

La Iglesia y los Sacramentos

La asistencia a la Iglesia y la participación en los Sacramentos también es de suma importancia para el creyente. Necesitamos adorar a Dios y expresarle nuestro amor y gratitud. Necesitamos oír Su Palabra. Necesitamos recibir a nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento del Alta/ Necesitamos convivir con nuestros hermanos cristianos, tanto para recibir apoyo, fuerzas y consuelo de ellos, como para darles a ellos esas cosas. Si descuidamos estas cosas, nuestra fe se debilita, como también nuestra relación con Dios.

La Iglesia Luterana siempre ha enfatizado mucho la importancia de los Sacramentos. Nuestro bautismo, por ejemplo, no es un evento que quedó en el pasado, sino que tiene vital importancia en nuestra vida cotidiana. Debemos reflexionar frecuentemente (si es posible, todos los días) sobre lo que ocurrió en nuestro bautismo. Ahí fuimos hechos hijos de Dios e incorporados a Cristo y Su cuerpo, nuestra vieja naturaleza fue “ahogada”, y nacimos de nuevo, para vivir unidos a Jesucristo por el Espíritu Santo. ¿Estemos permitiendo que ese Espíritu “ahogue el viejo Adán” y haga “surgir y resucitar el nuevo hombre” todos los días, como enseña nuestro Catecismo? ¿Estamos viviendo como miembros de la familia de Dios a la cual fuimos incorporados? ¿Estamos dejando que Cristo viva plenamente en nosotros y que se manifieste en nuestras palabras y acciones? El recordar continuamente nuestro bautismo nos ayuda mucho a hacer todo esto.

Asimismo, es de suma importancia la participación regular y frecuente en la Santa Cena. No basta con simplemente creer que Jesucristo está realmente presente en el pan y el vino. Esa creencia debe transformarnos profundamente. Si recibimos a Jesucristo en el Sacramento del Altar, debemos permitir que ese mismo Jesucristo viva y obre en nosotros, de manera que podamos decir como San Pablo: “Ya no vivo yo, más vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20). Recibir a Jesucristo de esta manera no es cualquier cosa. Muchos cristianos comulgan sin pensar mucho en lo que están haciendo. Antes de comulgar, debemos prepararnos a través de la oración y la

meditación, y después de comulgar, debemos nuevamente orar y meditar en lo que acabamos de hacer. De esta manera, nuestra participación en la Santa Comunión será de mucho provecho y mucha bendición.

La gracia de Dios

Como hemos mencionado previamente en este curso, la Iglesia Luterana enfatiza sobre todo la gracia de Dios. Creemos firmemente que Dios nos ha aceptado y perdonado en Jesucristo de manera gratuita, sin ningún mérito de nuestra parte. Esto significa que nunca tenemos que vivir agobiados por sentimientos de culpa. No hay ningún pecado tan grande que Dios no lo pueda perdonar, si es que se lo pedimos de corazón. Así como Dios nos perdona, también tenemos que aprender a perdonarnos a nosotros mismos nuestros errores e imperfecciones. Dios no nos pide que seamos perfectos; únicamente nos pide que confiemos en Él y en Su perdón y Su gracia. Aunque siempre podemos confiar en la gracia y la misericordia de Dios, lamentablemente muchos creyentes abusan de esa gracia. Es muy fácil decir, por ejemplo: “Puedo cometer este o aquel pecado, a fin que Dios luego me lo perdona”. El pensar de esa manera es un error muy grave. Es verdad que Dios nos perdona todo; pero, ¿así vamos a responder a Su gran amor y misericordia? Cuando Él ha sido tan bueno con nosotros, ¿vamos a tratarlo de esa manera?

Debemos recordar que nuestros pecados no sólo ofenden a Dios, sino también debilitan nuestra fe y nuestra relación con Él. Al pecar, nos hacemos mucho daño a nosotros mismos. Es necesario tener siempre en mente las palabras de San Pablo: “No contristéis al Espíritu Santo de Dios” (Efesios 4:30). Cualquier pecado que cometemos entristece al Espíritu de Dios que mora en nosotros, y entre más pequemos, más vamos “apagando” el Espíritu en nosotros y relegándolo a un lugar de menor importancia en nuestras vidas. Los placeres pasajeros que el pecado nos ofrece en realidad no se comparan con las bendiciones que nos ofrece el vivir una vida en constante comunión con Dios. El pecado no otorga felicidad, sino que la destruye como un veneno. Es importante que recordemos eso siempre.

Así como Dios ha tenido misericordia con nosotros y nos perdona todo, también debemos recordar que Él espera lo mismo de nosotros. No debemos ser como aquel siervo, a quien el rey le perdonó una enorme deuda, que luego no quiso perdonar a otro que le debía una miseria (Mateo 18:23-35). Debemos perdonar a otros y mostrarles compasión y amor, no sólo porque Dios nos lo pide, sino porque así vivimos más felices. El que no perdona a otro siempre vive lleno de sentimientos de enojo, resentimiento y hasta rencor, y así, ¿cómo puede ser feliz? Pero quien perdona y no guarda rencor, vive libre de esos sentimientos, y por lo tanto, se siente bien consigo mismo y con Dios.

El cristiano, los bienes y la mayordomía

¿Qué enseña la Iglesia Luterana con respecto al dinero y los bienes materiales? Algunas iglesias y grupos religiosos asumen una actitud bastante negativa frente a lo material, como si tener dinero y bienes materiales fuera malo. Sin duda, es mala la ambición y la codicia. Lo material no debe ser lo más importante en la vida. San Pablo escribió que “raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Timoteo 6:10). Debemos notar que no dice que el dinero en sí es raíz de todos los males, sino el amor al dinero. Jesús no condenó a los ricos por ser ricos, sino más bien por Su

cocida y por considerar el dinero como lo más importante en la vida. Cuando dijo: “Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Mateo 19:24), no estaba diciendo que por ser rico, alguien se va a condenar, sino más bien haciendo la observación de que los ricos generalmente se preocupan tanto por lo material que se olvidan del reino de Dios, y por eso difícilmente entrarán en él.

Lo importante para cada creyente es saber usar del dinero sin abusar de él. Podemos y debemos usar del dinero para cubrir nuestras diversas necesidades. Para estar sanos emocional y físicamente, necesitamos a veces descansar, entretenernos, y divertirnos; estas cosas también las hacemos con otras personas, como los miembros de nuestra familia o iglesia, lo cual fortalece nuestras relaciones con esas personas. No debemos sentirnos culpables por tener dinero o por disfrutar de la creación de Dios, pues todo lo que Dios ha creado es bueno. Sin embargo, es necesario recordar que no debemos vivir para estas cosas, sino vivir siempre para Dios y hacer todo para su gloria.

Usar bien del dinero también significa dar nuestra ofrenda en la iglesia y compartir lo que tenemos con los necesitados. No debemos ser egoístas. Aunque nuestra Iglesia no insiste en el diezmo como obligación del cristiano, sabemos que es una costumbre muy buena y recomendable, pues nos ayuda a expresar nuestra gratitud a Dios y hace aumentar en nosotros el amor por Dios y por nuestro prójimo. El dinero nos provee de un medio para compartir nuestra vida con Dios y con los demás.

La mayordomía de nuestro tiempo también es muy importante. Nuestro tiempo no sólo es para nosotros, sino también para Dios y nuestro prójimo. Como ya hemos dicho, necesitamos apartar tiempo todos los días para orar y meditar en la Palabra de Dios. Pero también debemos apartar tiempo para servir a Dios de distintas maneras. Le servimos cuando ayudamos al prójimo. También le servimos cuando compartimos nuestro tiempo con los miembros de nuestra familia, que necesitan de nosotros. Todos tenemos que aprender a manejar bien nuestro tiempo y aprovecharlo lo mejor posible. Queremos presentarle a Dios todo lo que tenemos y todo lo que somos, lo cual hacemos sirviéndole a Él y sirviendo a los que están alrededor nuestro.

Las dudas

Antes de terminar nuestro curso, debemos mencionar brevemente la cuestión de las dudas. Casi todos los cristianos, sin excepción, pasan por momentos de dudas. A veces, sólo dudamos de alguna doctrina particular, como por ejemplo, la predestinación, la validez de cierta manera de bautismo, la segunda venida de Cristo, etc. Otras veces, dudamos de cosas más profundas, como la existencia de Dios, o el hecho de que Jesús fue verdadero Dios. En algunos momentos, podemos dudar de nuestra salvación, pensando que no hemos sido lo suficientemente buenos, o que Dios no nos puede perdonar algún pecado que hemos cometido. Puede haber momentos en los que sentimos que hemos perdido nuestra fe por completo.

Es normal en la vida de casi todos nosotros tener dudas con respecto a nuestra fe o inclusive nuestra salvación. Muchas veces creemos que es malo tener tales dudas, y por eso no las compartimos con nadie. Pensamos que si expresamos nuestras dudas en la iglesia o con otros hermanos cristianos, nos criticarán o nos tendrán por cristianos débiles. Sin embargo, no

debemos pensar así. Al pasar por momentos de dudas, debemos compartirlas con alguien, como el pastor, un familiar o algún hermano cristiano. Generalmente, alguien como el pastor o algún otro hermano con mayores conocimientos y experiencia puede responder a nuestras dudas y orientarnos. Ante todo, debemos tener cuidado en esos momentos de no alejarnos de la comunidad cristiana, sino seguir participando. Es en esos momentos cuando más necesitamos de los consejos, la orientación y el fortalecimiento de los demás.

PREGUNTAS DE COMPRENSIÓN

1. *¿Por qué no es suficiente tener una doctrina basada en la Biblia para ser un buen cristiano?*
2. *¿Qué uso debe hacer el creyente de las Escrituras?*
3. *¿Por qué es importante la oración en la vida del creyente?*
4. *¿Cuál es el significado de nuestro bautismo para nuestra vida cotidiana?*
5. *¿Por qué es bueno perdonar y no guardar rencor?*
6. *¿Es malo el dinero? Explique su respuesta.*
7. *¿Qué significa usar del dinero sin abusar de él?*
8. *¿Qué es la mayordomía del tiempo?*
9. *¿Qué debe hacer el cristiano que experimenta dudas con respecto a su fe?*

PASAJES BÍBLICOS PARA LEER

1. *Lea Marcos 10:21. ¿Debemos aplicar estas palabras de Jesús al joven rico a todos los cristianos? Explique su respuesta.*
2. *Compare Mateo 18:21-22 con Mateo 18:15-17. ¿Cómo reconcilia estos dos pasajes? ¿Hay*
3. *circunstancias en las que no debemos perdonar, y debemos “retener” los pecados, como dice Jesús en Juan 20:23?*

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. *En su opinión, ¿practican adecuada oración y estudio bíblicos los miembros de su congregación? Si no, ¿qué podría hacerse para cambiar esta situación?*
2. *¿Qué significado tiene el bautismo para una vida cotidiana?*
3. *En su opinión, ¿qué tan común entre la gente es este pensar: “Puedo cometer este o aquel pecado, a fin que Dios luego me perdona”? ¿Qué se puede hacer para evitar ese tipo de pensamiento?*
4. *En su opinión, ¿es malo ser rico? ¿Hay un límite a las posesiones y el dinero que el cristiano debe tener? ¿Cuál es? ¿Debe la iglesia en algún momento excluir a personas ricas o exigirles que vendan sus posesiones?*
5. *¿De qué cosas cree usted que los cristianos dudan más? (Puede hablar de las dudas que usted mismo ha tenido, si así lo desea.) ¿Qué debe hacer el creyente que está pasando por momentos en que tiene muchas dudas?*

TRABAJO EN CASA

Lea las lecturas para esta lección que aparecen en las páginas 145-149. Luego escriba sus respuestas a las preguntas que están al final de las lecturas.

PREPÁRESE PARA PRESENTAR EL EXAMEN SOBRE LAS LECCIONES 9-13.

INSTRUCCIONES PARA LA ÚLTIMA REUNIÓN

1. Al reunirse por última vez, los alumnos deben hacer lo siguiente:
2. Repasar brevemente la tarea de lectura que hicieron en su casa.
3. Entregar sus tareas escritas de las lecturas a su maestro. El maestro las revisará y en una fecha posterior se las devolverá a los alumnos.
4. Presentar el último examen. Después de presentar el examen, pueden calificarlos inmediatamente, o el maestro se los puede entregar calificados en una fecha posterior.
5. Llenar la forma de Evaluación del curso que viene al final del examen. Pueden hacer esto después de entregar su examen.
6. En una fecha posterior, el maestro le entregará a cada alumno su calificación final. El maestro tomará en cuenta todo lo que se menciona en el tercer párrafo de la Introducción al principio de este manual.

LECTURAS PARA LA LECCIÓN 1

LECTURA NO. 1

Para los cristianos, la Biblia es la autoridad máxima en materia de doctrina y vida. Y lo es, sobre todo, porque en ella podemos encontrar a Cristo, la última y definitiva palabra de Dios. Lutero se refirió a las Escrituras como “los pañales con que está envuelto el Cristo niño y el pesebre donde yace”. Los cristianos acudimos a la Biblia porque allí nos habla el Dios del amor.

El propósito primordial para el cual Dios nos dio la Biblia puede enunciarse con sencillez. Por medio de ella, Dios habla al ser humano, expresándose en cuanto a sí mismo y en cuanto a lo que ha hecho por él en Jesucristo, de modo que el Espíritu Santo pueda crear en el lector, oyente o educando, la fe salvadora. “Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:15). Las palabras de la Biblia tienen este grandioso y maravilloso poder porque el Espíritu de Dios obra por medio de ellas.

Cuando Dios actuaba o, según se expresa la Biblia, cuando hablaba o emitía Su palabra para producir acción, inducía también con frecuencia a ciertos hombres o mujeres a explicar al pueblo el significado de Su acción. Dios también inspiró a profetas y apóstoles para que escribieran el relato de sus grandes obras y explicara su significado. Gran parte de la Biblia es, pues, un informe inspirado y un testimonio de la revelación que Dios hizo de sí mismo mediante sus obras maravillosas.

El Espíritu de Dios preservó también los informes y explicaciones de estos actos maravillosos, de tal manera que Su pueblo, en épocas posteriores, pudo disponer de una exposición clara y dramática de la naturaleza y voluntad de Dios, de Su manera de tratar con la gente. Esto permitió, a su vez, a las generaciones siguientes oír y conocer las obras que Dios había realizado en favor de Su pueblo de tiempos anteriores, de tal modo que, mediante la palabra escrita, el Espíritu de Dios pudiese provocar respuestas de fe y obediencia por parte de Su pueblo en todas las épocas. Las revelaciones pasadas de Dios, efectuadas mediante sus proclamaciones y trato con el pueblo, se convierten, por el Espíritu, en revelaciones presentes.

Con el correr de los siglos, los teólogos cristianos han propuesto diversas teorías referentes a cómo se pudo haber producido la inspiración. Muchos creen que el escritor inspirado no era otra cosa que una pluma en manos del Espíritu Santo. Algunos pensadores de la iglesia primitiva comparaban a los escritores bíblicos con una flauta en la cual soplaba el Espíritu Santo para producir la música que quisiera. Esta opinión, conocida con el nombre de “teoría del dictado”, reflejaba un concepto piadoso y reverente en cuanto a la autoridad y confiabilidad de la Biblia, pero traspasaba los límites de la información bíblica y no podía explicar las singulares variaciones en ideas, estilos, esquemas de pensamiento y énfasis que se encuentran en la Biblia.

Aun una rápida lectura del Nuevo Testamento demostrará notables diferencias en los cuatro evangelios o en las epístolas. Mateo difiere notablemente de Lucas o Marcos en el estilo literario, en el alcance del pensamiento, selección de relatos, y demás. La epístola de Santiago es diferente de los escritos de Pedro. Estas diferencias exigen una definición de la inspiración bíblica que

conceda una participación influyente también a los autores humanos.

Ciertos teólogos han resuelto este difícil problema de la relación entre el Espíritu Santo que inspira con los escritores humanos, considerando al Espíritu Santo el autor primario o principal y a los escritores inspirados los autores secundarios. Estos términos afirman el papel absolutamente esencial que ha desempeñado el Espíritu al mismo tiempo que reconoce los evidentes efectos de la personalidad y pensamiento del autor en su producto. Los escritores humanos reflexionaron y “buscaron e inquirieron acerca” del mensaje del Espíritu cuando escribieron bajo Su dirección (1 Pedro 1:10-12).

Muchos cristianos consideran que esta teoría de la inspiración es difícil de entender y aceptar. Les parece que uno debe aceptar alguna forma de la teoría del dictado mecánico, o de otro modo, para ser lógico, decir que seres humanos escribieron la Biblia por propia cuenta. Otros sostienen que si la segunda teoría es cierta, entonces la Biblia pierde todo su carácter divino y su autoridad y confiabilidad divinas.

La cuestión de cómo lo humano y lo divino se unen en la Biblia realmente no es más fácil de explicar que el problema conexo de cómo se unen lo divino y lo humano en la persona del Dios-hombre, Jesucristo. Pero el hecho es que esa unión se produjo en ambos casos. La Biblia deja claramente establecido su origen y naturaleza divina a todo estudiante creyente. Y una comprensión de este aspecto humano de las Escrituras también es absolutamente necesario.

Por cuanto la Biblia no dice prácticamente nada del “cómo” de la inspiración, quizá sea lo mejor pensar en la inspiración como lo hizo San Pablo. El relacionó la inspiración con una afirmación en cuanto al propósito de la Biblia, a saber, que los escritos sagrados son útiles para enseñar la salvación que es en Cristo Jesús (2 Timoteo 3:14-17). La inspiración de la Escritura es el modo en que Dios nos dio Su Palabra en forma escrita para cumplir con el gran propósito que menciona San Pablo. La palabra inspirada le sirve al Espíritu de Dios como medio para crear fe en Jesucristo y le sirve al cristiano creyente como luz para su fe y vida. Y la palabra de Dios en forma escrita, como en cualquier otra forma, es verdadera, infalible y digna de toda confianza.

(Mayer, Herbert T., *Cómo interpretar las Escrituras*. Publicado por la junta de Misiones de la Iglesia Luterana-Sínodo de Missouri, St. Louis. Traducido del inglés: *Interpreting the Holy Scriptures*. St. Louis: Concordia Publishing House, 1967. Citas tomadas de las páginas 5, 11-12, 15-17.)

LECTURA NO. 2

Los cristianos creemos que la Biblia habla de cosas que de otra manera serían desconocidas por el hombre. No se refiere tanto a hechos históricos como al conocimiento de Dios y Su voluntad. ¿Cómo es Dios? ¿De qué manera está involucrado con los asuntos de la humanidad? Los autores bíblicos tratan tales preguntas.

Al observar el mundo alrededor de nosotros, podríamos concluir que debe haber un Dios. Pero la naturaleza no nos dice cómo es este Dios. ¿Nos ha dejado solos? ¿Debemos sentir miedo ante Su ira?

La Biblia nos dice que el Dios que creó el universo todavía se preocupa por lo que sucede en la

tierra, que establece relaciones personales con nosotros, y sobre todo que ama a los seres humanos. También indica la intención y el deseo de Dios para el mundo que creó. No podemos hallar esta información en ninguna otra parte.

Sobre todo, la Biblia es significativa porque nos habla acerca de Jesús. Hay pocas referencias a Él en otros escritos literarios, y apenas nos dicen que existió. Para nuestros propósitos, la Biblia es la única fuente de información sobre Jesús de Nazaret. El propósito más importante de la Biblia es hablar de Su venida al mundo.

Es posible darle demasiado énfasis a la Biblia en sí misma—esto es, convertirla en un ídolo. La Biblia puede llegar a ser un fin en sí mismo, en lugar de ser un medio por el cual nos acercamos a Dios. No vale mucho leer las palabras del libro si no nos conduce a una actitud de fe en Dios y a acciones que estén de acuerdo con Su voluntad.

La Biblia no es el objeto de nuestra fe. Ella es fuente de la fe y el medio por el cual Dios puede crear y fortalecer esa fe en nosotros. Forma la base para nuestras creencias y nos ayuda a mantener la relación debida con Dios.

La Biblia es el medio por el cual Dios obra entre los seres humanos para producir fe en ellos. Muchos han intentado definir lo que esto significa. Básicamente, significa que Dios quiso que este libro fuera escrito. A ciertos individuos les hizo pasar por ciertas experiencias y luego los motivó a escribir acerca de esas experiencias. Les dio la capacidad de pensar y expresarse de una manera clara. El resultado es un libro que en su totalidad dice lo que Dios quiere que diga. Por eso lo llamamos la Palabra de Dios. No es que Él haya escrito cada frase que contiene, sino que el mensaje que transmite a través de autores humanos es el mensaje que Dios quiere que recibamos.

Dios también inspiró a la comunidad de creyentes en los tiempos del Antiguo y el Nuevo Testamento a preservar estos escritos y transmitirlos a la siguiente generación. La inspiración ha continuado de manera que las traducciones a diversos idiomas sigan fieles a su propósito original. La inspiración de Dios continúa también hoy en las vidas de personas que leen o escuchan esa palabra para que el mensaje tenga un efecto en sus vidas. La Biblia sólo cumple con su propósito cuando cambia vidas.

Ya que los cristianos creemos que el libro fielmente nos comunica la Palabra de Dios, la Iglesia la considera su autoridad suprema. La fe cristiana se deriva de la Biblia. La enseñanza cristiana se basa en ella. Cuando hay asuntos de controversia, se trata de resolverlos en base a lo que la Biblia enseña.

(Aaseng, Rolf. *Basic Christian Teachings*. Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1982, pp. 71-74)

LECTURA NO. 3

Los luteranos creen que no se puede conocer la historia de la salvación de alguna otra fuente que de la Biblia... No confían en las personas que dicen: “El otro día estaba yo hablando con Dios, y Él me dijo...”, sí lo que oyen no concuerda con lo que dice la Biblia. No buscan revelaciones privadas. Aunque los cristianos, incluyendo a los pastores, tienen que aplicar la Palabra al mundo de hoy, la historia que sirve como base es la que está escrita en la Biblia.

(Marty, Martin. **Invitation to Discipleship**. Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1986, p. 34.)

LECTURA NO. 4

La naturaleza, la Lisonja y la conciencia no solamente enseñan la existencia de Dios, sino también que Él es un Dios vivo (Hechos 17:27); que es todopoderoso (Romanos 1:20); que es sabio (Proverbios 3:19); que es bueno con sus criaturas (Hechos 14:17); que es santo y justo, ordenando y recompensando lo que es bueno, y prohibiendo y castigando lo que es malo (Romanos 1:32, 2:15). El verdadero Dios se nos revela en la naturaleza, pero la naturaleza no nos revela quién es ese verdadero Dios. Ningún pueblo pagano aprendió jamás del libro de la naturaleza que Dios es una Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Cuando, sobre la base de lo que han aprendido de la naturaleza acerca de Dios, los hombres tratan de determinar quién es Él, invariablemente hacen de Él un ídolo. “Porque todos los dioses de los pueblos son ídolos” (Salmo 96:5; vea también Romanos 1:20-23). “Así se explica que los paganos no hicieron más que convertir su propia ficción y sus fantasías sobre Dios, en ídolos y su confianza en una pura nada” (Catecismo Mayor).

(Koehler, Edward W. A. *Compendio de la doctrina cristiana*. St. Louis: Concordia Publishing House, 1993, pp. 46-47)

LECTURA NO. 5

Así como una vez se comunicó con nosotros a través de la persona de Cristo, Dios ahora se comunica con nosotros a través de la palabra de Cristo. De esta manera, igual como Cristo es la Palabra de Dios, la Escritura es también llamada la Palabra de Dios. Es la Palabra porque da testimonio de Cristo, nos narra Su historia, y nos trae las buenas nuevas que nos fueron dadas en Él. Si alguien quiere saber algo acerca de la clase de Dios que tenemos, esa persona necesita consultar la Biblia. “Cristo es el corazón de la Escritura”, decía Lutero; “Si remueves a Cristo de la Escritura, ¿qué te queda?”

Dios quiere que Su Palabra venga a nosotros de una manera viva. Quiere asegurar de que haya otros testigos, gente que sepa cómo Él se ha comunicado en Cristo, y que hable de ello. La palabra de los testigos de Dios, sean predicadores profesionales o personas que comparten esa historia en sus hogares o trabajos, es también la Palabra de Dios. Dios se nos comunica a través de ellos.

Dios siempre se comunica a través de algún medio o instrumento. No se nos manifiesta directamente. Por ejemplo, cuando habló con Moisés, no se paró en frente de él, sino que le habló a través de una zarza ardiente.

El instrumento que Dios emplea para hablarnos es la palabra que pone en los labios de sus testigos personas ordinarias. En la iglesia escuchamos esta Palabra de un predicador, un individuo que ha sido llamado para estudiar la Escritura para que pueda comunicarnos esa Palabra. La Palabra que despierta en nosotros la fe muchas veces viene de los labios de una persona que nos es mejor conocida que el predicador-miembros de nuestra propia familia, o un amigo.

No importa qué tan ordinaria nos parezca la gente que nos comunica la Palabra de Dios; esa Palabra siempre está llena de poder. El escuchar la Palabra de Dios produce un efecto en nosotros. Nos hace reaccionar. Es parecido a lo que ocurre cuando alguien nos dice: “Te amo”. Esto hace que algo suceda dentro de nosotros; jigo nos mueve a querer creer esas palabras y responder a ellas.

Ese es nuestro llamado como pueblo de Dios—hablar la Palabra, “predicar el mensaje e insistir cuando sea oportuno y aun cuando no lo sea”, como Pablo le dijo a Timoteo (2 Timoteo 4:2). Este llamado empieza en nuestro hogar, con nuestra familia. De ahí se extiende a nuestros vecinos y nuestros lugares de trabajo. Y de ahí se extiende al mundo entero. Así como el Espíritu Santo crea la fe en nosotros a través de la Palabra que oímos, también creará la fe en otros a través de la Palabra que hablamos, “cuándo y dónde le plazca”.

(Nestingen, James A. *Roots of Our Faith*. Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1979, pp. 51-53)

PREGUNTAS

1. *¿Con qué fin nos dio Dios la Biblia? (Lectura 1)*
2. *¿Qué afirma la teoría del dictado de la inspiración? ¿Qué problemas presenta esa teoría? (L 1)*
3. *¿Por qué decimos que la Biblia es un “medio” de fe y no el “objeto” de nuestra fe? (L 2)*
4. *¿Hasta qué grado podemos conocer a Dios sin la Biblia? (L 4)*
5. *¿Cuáles son los instrumentos que Dios emplea para comunicarnos Su Palabra? (L 5)*

LECTURAS PARA LA LECCIÓN 2

LECTURA NO. 1

“El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, y sin embargo no son tres dioses sino un Dios? Esta declaración fue hecha hace casi dieciséis siglos. Se encuentra en el Credo Atanasiano que, con el Credo Apostólico y el Niceno, es de general aceptación entre todas las Iglesias Cristianas. Encierra una verdad eterna: conocemos a Dios de tres formas distintas y sin embargo existe un solo Dios. No lo podemos explicar. Sólo podemos aceptarlo como nuestro Dios.

Jesús dijo en una ocasión: “El Padre y yo uno somos” (Juan 10:30). Pudo haber incluido el Espíritu Santo y hubiese sido igualmente cierto. Ambos, Jesucristo, el Hijo de Dios, y el Espíritu Santo, tienen el mismo ser que Dios Padre; cada uno es Dios. No importa cuánto nos esforcemos, nunca podremos explicar la maravilla de Dios con calculadoras, probetas o teorías políticas. En primer lugar, no es por medio de la sabiduría de nuestra mente ni por la investigación de los laboratorios que encontramos a Dios; Él nos encuentra a nosotros y se allega a nosotros para que lo comprendamos. Como Su grandeza sobrepasa nuestro entendimiento, se nos da a conocer por la manera como se relaciona con nosotros. Es así como le conocemos y aceptamos como Padre Celestial, como el Señor Jesucristo y como el Espíritu Santo, siempre presente. Como Padre, como Hijo y como Espíritu Santo, el Dios trino y uno trae Su amor a nuestra vida.

Fue muy acertada la decisión de los hombres que, hace mucho tiempo, seleccionaron la lección de la Epístola para el domingo de la Santísima Trinidad, que lee así: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos” (Romanos 11:33).

(Creo en el Espíritu Santo y la Iglesia. Río Piedras, Puerto Rico: Editorial “La Reforma”, 1966, pp. 28-29)

LECTURA NO. 2

- Todo el que quiere ser salvo, antes que todo es necesario que tenga la verdadera fe católica. Y si alguno no la guardare íntegra e inviolada, es indudable que perecerá eternamente.
- Y la verdadera fe católica es ésta, que veneremos a un solo Dios en la Trinidad, y a la Trinidad en la unidad; no confundiendo las personas, ni dividiendo la substancia.
- Una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo. Pero una sola es la divinidad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; igual es la gloria, y coeterna es la majestad. Cual el Padre, tal el Hijo, tal el Espíritu Santo.
- Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo.
- El Padre es inmenso, el Hijo es inmenso, el Espíritu Santo es inmenso.
- El Padre es eterno, el Hijo es eterno, el Espíritu Santo es eterno.
- Sin embargo, no son tres eternos, sino un eterno; como tampoco son tres increados, ni tres
- inmensos, sino un increado y un inmenso.
- Igualmente, el Padre es todopoderoso, el Hijo es todopoderoso, el Espíritu Santo es

todopoderoso. Sin embargo, no son tres todopoderosos, sino un todopoderoso.

- Así que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios. Sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios.
- Asimismo, el Padre es Señor, el Hijo es Señor, el Espíritu Santo es Señor. Sin embargo, no son tres señores, sino un solo Señor. Porque, así como somos competidos por la verdad cristiana a confesar a cada una de las tres personas, por sí mismo, Dios y Señor: Así nos prohíbe la religión cristiana decir que son tres dioses y tres señores.
- El Padre no fue hecho por nadie, ni creado, ni engendrado.
- El Hijo es del Padre solamente; ni hecho, ni creado, sino engendrado.
- El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo; ni hecho, ni creado, ni engendrado, sino procedente. Así que es un Padre, no tres padres; un Hijo, no tres hijos; un Espíritu Santo, no tres espíritus santos.
- Y en esta Trinidad ninguno es primero o postrero; ninguno mayor o menor; sino que todas las tres personas son coeterna juntamente y coiguales.
- Así que en todas las cosas, como queda dicho, debe ser venerada la Trinidad en la unidad, y la unidad en la Trinidad.

(Porciones del *Credo Atanasiano*)

LECTURA NO. 3

Dios no es de naturaleza material, visible y tangible a nuestros sentidos corporales, sino “Dios es un Espíritu” (Juan 4:24). Nadie sabe de qué consiste esta esencia espiritual de Dios.

Dios no surgió de algo que fue antes que Él, ni Su existencia depende de algo fuera de Él, sino que Él existe y subsiste por sí mismo. “Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios” (Isaías 44:6). Todos los demás seres tienen su existencia en Dios y de Dios (Hechos 17:28); más la existencia de Dios se centra en Él mismo; Él tiene vida en sí mismo (Juan 5:26).

Algunas veces la Biblia habla de Dios como si Él fuera un ser humano, con brazos, manos, dedos y cara (Éxodo 6:6; Efesios 1:20; Lucas 11:20; Números 6:24-26). Este lenguaje figurado respecto a Dios es llamado “antropomorfismo”; es una adaptación a nuestra mente limitada que no puede concebir y captar la esencia espiritual de un Dios infinito. En los cielos veremos a Dios tal como Él es, en toda la inefable belleza de Su santidad y amor (1 Juan 3:2).

Dios es uno. “Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí” (Isaías 45:5). “No hay más que un Dios” (1 Corintios 8:4).

Dios es una esencia simple e indivisible. Cuando Dios dice: “Yo soy el que soy”, Él también quiere que entendamos que Él no es un conjunto de partes y elementos, sino absolutamente único en Su esencia. Siendo una unidad, Él no puede consistir de dos o más partes.

Dios es inmutable en Su esencia, en sus atributos y en Su voluntad. “Porque yo Jehová no cambio” (Malaquías 3:6). “En el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17).

En Dios no puede haber desarrollo o evolución, ni mejoramiento ni deterioración, ni crecimiento

o disminución ni cambio de ninguna clase. Él es lo que es, lo que siempre fue, y lo que siempre será.

Dios es infinito. No está limitado por, ni confinado al espacio; por consiguiente, Él es omnipresente. Las dimensiones de espacio pertenecen a este mundo creado; el espacio infinito no existe; sólo Dios es infinito... Dios no está, en consecuencia, confinado a cierta localidad, sino que está presente en todos sitios al mismo tiempo, no en parte, sino totalmente. No podemos escapamos o escondemos de Su presencia; Él está cerca de nosotros dondequiera que estemos.

Dios es eterno; no está limitado por el tiempo. “Desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios” (Salmo 90:2). Dios no tiene limitación del tiempo. Con Él no hay pasado ni futuro, sino una presencia perpetua... La eternidad de Dios es incomprendible para nosotros; aun el tiempo transcurrido desde el principio del mundo hasta su fin ni siquiera es una fracción de la eternidad, cuando este término se aplica a Dios.

Dios es un ser vivo, racional, activo, y no alguna cosa muerta, sin vida. Dios es un Ser racional. Él tiene sabiduría y conocimiento (Romanos 11:33). Él piensa, planifica sus obras y está atento a su ejecución (Isaías 46:10-11). Dios está constantemente activo, preservando y gobernando al mundo... Dios es, en consecuencia, la fuente de toda vida y actividad en el mundo.

Dios es omnisciente. Tiene un conocimiento perfecto de todas las cosas... Esta es una advertencia para que nos demos cuenta que no podemos esconder nada de Él (Proverbios 28:13); es un consuelo saber que Él conoce nuestras tristezas y problemas, y está listo para ayudarnos (Isaías 66:2).

Dios es sabio. En todas las circunstancias Dios sabe lo que hay que hacer y cómo hacerlo, cómo disponer y ordenar todas las causas y efectos para lograr sus propósitos. La sabiduría de Dios se manifiesta en las obras de la naturaleza (Salmo 104:24) y en la obra de nuestra redención y salvación (1 Corintios 2:6-7). La sabiduría de Dios sobrepasa en gran manera el entendimiento del hombre (Romanos 11:33), quien, en consecuencia, debe guardarse de criticar los caminos y la palabra de su Dios.

Dios tiene una voluntad, ya que conscientemente impulsa sus propios actos y está atento a su ejecución... Nosotros hacemos una distinción entre la voluntad revelada de Dios, como la tenemos en la Biblia, y la voluntad oculta o secreta de Dios (Deuteronomio 29:29). Hay muchas cosas en la mente de Dios, las cuales no nos ha dado a conocer (Romanos 11:33-34).

La santidad de Dios indica Su majestad y gloria exaltada sobre todas las cosas creadas.

Dios es justo y recto. “Jehová... es recto, y que en él no hay injusticia” (Salmo 92:15). No debemos juzgar a Dios con patrones humanos. Todo lo que Él hace es correcto y es una atroz blasfemia acusarlo de injusto.

Dios es la verdad, puesto que sus palabras y promesas verdaderamente expresan su intención y voluntad. Las promesas de Dios nunca fallan (2 Corintios 1:20).

Dios es omnipotente, ya que Él puede y hace todo lo que se propone. La fuerza y el poder de Dios son tan infinitos como Él mismo; nunca se agotan.

La bondad de Dios. Dios es absolutamente bueno. No hay falta o defecto en Él; Él es perfecto en todo sentido... Dios es bueno y amable para con sus criaturas, caritativo y deseoso de bendecirlas... Dios es amor, deseoso de traer nuevamente a los hijos perdidos de los hombres a la unión y comunión con Él... Dios es misericordioso. Él tiene compasión de los afligidos y derrama Su bendición sobre ellos... Dios es benévolo o, puesto que ofrece y confiere sus bendiciones sin tomar en cuenta los méritos o deméritos de los objetos de Su benevolencia... Dios es paciente, tardo para la ira.

Es inútil y necio de parte del hombre tratar de penetrar en el misterio de Dios más allá de lo que nos ha sido revelado en la Biblia. La mente finita del hombre simplemente no puede comprender a un Dios infinito. Él trasciende el pensamiento conceptual y elude la comprensión intelectual. Por ahora contentémonos con lo que leemos en la Biblia: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es” (1 Juan 3:2).

(Koehler. *Compendio de la doctrina cristiana*, pp. 49-54, 59)

LECTURA NO. 4

Basándose en las Sagradas Escrituras, la Iglesia Luterana enseña que hay un Dios verdadero, la Santísima Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas distintas pero del mismo ser divino, iguales en naturaleza, poder y majestad (Deuteronomio 6:4; 1 Corintios 8:4; Colosenses 2:9; Mateo 28:19). Todos los maestros y las comuniones que niegan la doctrina de la Santísima Trinidad están fuera de los límites del cristianismo bíblico.

(Spitz, Lewis D. *Our Church and Others*. St. Louis: Concordia Publishing House, 1960, p. 31).

PREGUNTAS

1. ¿Cuáles son los tres credos que afirman que Dios es Trino? (Lectura 1)
2. Mencione algunas de las enseñanzas más importantes del Credo Atanasiano. (L 2)
3. ¿Qué es un antropomorfismo? Mencione síganos ejemplos. (L 3)
4. ¿Qué significa decir que Dios es “inmutable”? (L 3)
5. ¿Qué límites tenemos los seres humanos, que no tiene Dios? (L 3)
6. ¿Por qué debe el hombre guardarse de criticar los caminos y la palabra de Dios? (L 3)
7. ¿Qué opinamos acerca de los que niegan la doctrina de la Santa Trinidad? (L 4)

LECTURAS PARA LA LECCIÓN 3

LECTURA NO. 1

En el libro de Génesis, capítulos 1 y 2, tenemos la única narración auténtica y segura de la creación. Nadie estuvo presente en el momento para describir este gran evento, ni pueden la geología y la astronomía decirnos cómo se formaron las cosas en el principio. Si Moisés recibió su información por revelación directa de Dios o por tradición desde Adán no tiene importancia, ya que también esta parte de la Biblia fue escrita bajo la inspiración de Dios y es, por tanto, el propio registro de Dios de su propia obra.

Dios pudo haber creado el universo entero tal como existe ahora, en un abrir y cerrar de ojos. También pudo haber permitido que se desarrollara en períodos largos de tiempo. Sin embargo, él categóricamente nos dice que comenzó y completó Su obra en seis días consecutivos. La expresión “tarde y mañana” señala los días de la creación como días ordinarios de veinticuatro horas cada uno. Empezando con el cuarto día (Génesis 1:14-19), el sistema solar actual fue puesto en marcha, el sol para regir el día y la luna, la noche. Por consiguiente, esos días, controlados por los mismos astros que controlan nuestros días, no eran más largos que nuestros días actuales. Lo mismo se puede decir con respecto a los tres primeros días, que como los tres últimos, son descritos como “tarde y mañana”... Los días de la creación son definitivamente medidas de tiempo. Cualquiera que cree que estos días fueron largos períodos, no lo hace basado en la evidencia de la Escritura. El Dios omnipotente no necesitó ningún período de tiempo, corto o largo, para llevar a cabo Su obra creadora.

Ni el mundo en general ni las criaturas en, particular tienen el poder de subsistir por sí mismos; su existencia continúa y depende únicamente de la voluntad y el poder de Dios, sin los cuales desaparecerían inmediatamente. “Porque en él fueron creadas todas las cosas... y todas las cosas en él subsisten” (Colosenses 1:16-17). Así como por Su palabra poderosa Dios creó todas las cosas, así también, por el mismo poder, él las sustenta actualmente. “Y quien sustenta todas las cosas con la palabra de Su poder” (Hebreos 1:3). Por consiguiente, Dios no está descansando allá en el cielo sin ocuparse de Su creación, sino que está constante y activamente presente en todas las cosas que ha hecho, guardándolas y sosteniéndolas, dirigiéndolas y gobernándolas.

(Koehler. *Compendio de la doctrina cristiana*, pp. 60-61, 64)

LECTURA NO. 2

La Biblia y el cristianismo se ocupan más de Dios como Creador que del desarrollo de las cosas.

La Biblia se ocupa de los hechos de Dios; no de la ciencia. Esto no quiere decir que la Biblia no sea verdadera. Aún en la historia de la creación en el Génesis uno encuentra cierta clase de evolución. El agua viene antes que los peces y la hierba antes que los animales. Los pasos de la historia de la creación en el Génesis se parecen a los planos de una casa en los cuales cada paso prepara el camino para el piso siguiente. Pero el propósito de la narración del Génesis no es explicar el desarrollo del proceso sino declarar que Dios es el Creador de todo lo que hay.

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”, dice el Génesis. Si lo hizo de golpe, o si lo hizo a través de un largo proceso de evolución, no es cosa que preocupe mucho a la religión. De hecho, la obra de Dios como Creador no ha cesado todavía. Dios sigue creando, haciendo nuevas todas las cosas. Una creencia como ésta no puede ser probada ni desmentida por la ciencia.

Sólo Dios puede crear. Crear significa hacer algo de la nada. El hombre no crea nada realmente; el hombre necesita materiales para Su obra—un árbol para obtener madera para una mesa o una casa; minas de hierro para producir el acero; petróleo crudo para sacar la gasolina; arena, piedra y cemento para mezclar el concreto. Lo que el hombre realmente hace es reorganizar lo que ya existe.

Sólo Dios puede crear de la nada. Si decimos que las estrellas tuvieron su origen en una gigantesca bola de gases, todavía tenemos que buscarle origen a la bola de gases. Si trazamos el origen de la vida animal hasta las plantitas microscópicas en el mar, todavía nos falta explicar cómo surgieron esas plantitas. No nos queda otro recurso que volver a Dios, que siempre fue, siempre es, y siempre será.

Los cristianos creen que Dios está todavía creando y haciendo nuevas todas las cosas. Cada flor que surge en la primavera es obra creadora suya. Dios el Creador está activo en cada hoja de hierba, en cada nacimiento, en cada ocasión de nueva vida.

El agricultor pide la bendición de Dios en el momento de la siembra, reconociendo que Dios es el Creador. Indudablemente que buena parte de la cosecha puede deberse a leyes o fuerzas “naturales”. ¿Quiere esto decir que no sea la obra creadora de Dios? Usamos medicinas para curar enfermedades, ¿pero no son acaso dichas medicinas los agentes de Dios para la curación? La fruta necesita sol y lluvia, ¿pero no son el sol y la lluvia los medios naturales que usa Dios para sostener la vida vegetal?

En todo esto la naturaleza es el agente de Dios. Hay mucha gente, sin embargo, que pretende separar la obra creadora de Dios de la ley natural. Quisieran ellos desacreditar la medicina para ensalzar las curaciones de fe. Pretenderían hacer ver que la obra creadora de Dios está limitada a aquellas cosas que no vienen a través de leyes naturales conocidas.

No podemos, desde luego, limitar a Dios. Hemos de admitir, claro está, que Dios puede suspender la ley natural si así lo desea. Pero eso es muy raro. Su manera corriente de obrar es usando los canales naturales que ha creado y que sostiene de día en día. Si descubrimos sus secretos cuando usamos un hongo para obtener penicilina, no estamos negando con ello que Él sea el Creador. Si descubrimos nuevos secretos acerca de las sustancias químicas necesarias para el terreno, todavía eso es parte de Su labor creadora. El hecho de que use Dios medios creadores que el hombre puede descubrir y usar, no significa en ningún momento que Dios haya dejado de ser el Creador.

Cuando se habla de la creación, el cristiano trae el asunto hasta su propia persona, diciendo: “Dios me creó”. Bien puede conocer los procesos naturales envueltos en su nacimiento, empezando con la boda de sus padres; sin embargo, aún sus padres lo llamaron “un regalo del cielo”.

La verdadera importancia de tu fe en Dios como Creador nace de tu aceptación del hecho de que Dios te creó a ti. Ahí es donde el cristiano entiende que su vida entera—todo lo que tiene y lo que es—pertenece a Dios. Si es de Dios, debe ser empleada como Dios quiere... Dios dice que somos suyos antes que de nadie. Él nos creó. Somos sus criaturas. Si no fuera por Él, no existiríamos.

(Holt. *Creo en Dios Padre*, pp. 45-46)

LECTURA NO. 3

Dios es amor. El amor siempre busca a quién servir; siempre quiere comunicarse a los demás. Dios nos creó porque quería compartir Su mismo ser con nosotros. Quería otros seres que pudieran participar en la gloria y el gozo que él tiene. Así, la creación culminó en seres humanos que podían tener tal relación con Él.

Esto significa que Dios no puso en marcha el universo como una enorme máquina, para luego retirarse a su silla mecedora. Sigue estando involucrado en Su creación. La mayoría de gente reconoce que debe haber Algo o Alguien que dio comienzo al universo. Pero, el Dios en el cual creemos los cristianos es mucho más que una fuerza impersonal. Es una persona que se interesa en cómo nos va a nosotros, sus criaturas. Él nos da lo necesario para vivir, nos protege de muchos males, y nos premia y castiga para llevar a cabo sus intenciones.

(Aaseng. *Basic Christian Teachings*, p. 10)

LECTURA NO. 4

En todo lo que dice acerca de la creación, la Biblia hace resaltar la relación entre Dios y Su mundo, entre seres humanos y otras criaturas, entre los individuos y la humanidad en su totalidad. Por lo tanto, los seres humanos están relacionados tanto con el Creador como con todo lo demás que creó Dios. La Biblia está llena de las alabanzas de la creación ofrecidas a su maravilloso Creador.

Ya que Dios creó el mundo, todas las cosas; están relacionadas entre sí. Los seres humanos dependen del resto de la creación. En años recientes las posibilidades de dominar la tierra y alterar radicalmente la naturaleza se han multiplicado. Nos estamos acercando peligrosamente a la destrucción de los fundamentos de nuestra propia existencia. Es imprescindible que lleguemos a apreciar nuevamente cuál es nuestra dependencia en el mundo que Dios nos ha creado.

Nuestro mundo siempre está cambiando. Pero esto no continuará para siempre. El mundo permanece en las manos de su Creador. Tuvo un principio, y tendrá un final. La historia del diluvio en Génesis 6-9 es un complemento a la historia de la creación. La voluntad de Dios hizo que el mundo fuera creado; esa misma voluntad también puede hacer que el mundo llegue a su fin.

La certeza de que Dios crea, sostiene, ama y dirige el mundo hacia Su meta no está fundada en la ciencia. Más bien, viene de un encuentro con Dios y se experimenta por medio de la fe.

La fe y la ciencia existen en el mismo mundo. Un cristiano puede ser un científico y un científico puede ser un cristiano... No es necesario desechar la ciencia moderna para hacer un lugar para Dios... El origen del mundo y el desarrollo de la vida son, en su totalidad, la obra creadora de Dios.

La fe y la ciencia se complementan. Juntas nos dan no sólo un mejor entendimiento de nuestra realidad, sino también nos ayudan a enfrentar esa realidad. La ciencia desarrolla la tecnología y demuestra cómo puede cambiar nuestro mundo. La ciencia nos dice lo que podemos hacer. Pero, ¿quién nos dice quiénes somos y lo que debemos hacer? Solamente el Dios que nos creó y nos ama nos puede decir estas cosas.

(*Evangelical Catechism*, pp. 89, 91, 93)

LECTURA NO. 5

Tú no eres un accidente -alguien que llegó a la existencia por casualidad, solamente porque dos individuos se enamoraron el uno de la otra. Tienes a un Hacedor -el que creó todas las cosas- y es tu Padre. Además, los dones que tienes, sean habilidades especiales, o tu casa, o las cosas que tienes guardadas en tu cuarto—todos son dones del que te creó. Además, te está observando en este momento, asegurándose de que tengas lo que necesitas para vivir y para servirle.

(Nestingen. *Roots of our Faith*, p. 27)

PREGUNTAS

1. *¿Qué dice la primera Lectura en cuanto a la manera en que debemos entender Génesis caps. 1 y 2?*
2. *¿Qué relación tiene Dios con Su creación ahora? (Lectura 1)*
3. *¿Qué dice la Segunda Lectura en cuanto a la manera en que debemos entender Génesis caps. 1 y 2?*
4. *¿Qué relación hay entre la actividad de Dios y las leyes naturales? (L 2)*
5. *¿Por qué creó Dios el mundo? (L 3)*
6. *¿Qué relación debe haber entre la fe cristiana y la ciencia? (L 4)*

LECTURAS PARA LA LECCIÓN 4

LECTURA NO. 1

Cuando La Biblia habla de la responsabilidad humana, emplea la palabra pecado. Esta palabra significa muchas cosas distintas para diferentes personas. Para algunos, el pecado tiene que ver únicamente con el mal uso de la sexualidad. Los que están a dieta hablan de comer ciertas comidas como “pecaminoso”. Los que trabajan en la publicidad también emplean esta palabra para sugerir que sus productos traerán placer sensual. ¿Es esto lo que significa el pecado? ¿Es simplemente una cuestión de perder nuestras inhibiciones?

La Biblia emplea la palabra pecado de dos maneras distintas. Pecado se refiere tanto a actos particulares de desobediencia hacia Dios, como a la condición humana de vivir en un estado de rebelión en contra de Dios. En ambos casos, el énfasis recae sobre una relación destruida entre Dios y los seres humanos. Somos pecadores, y debido a nuestro deseo de vivir sin Dios, cometemos pecados.

Según la Biblia, nuestro problema fundamental es querer ser como Dios... Queremos librarnos de nuestra dependencia en Dios y en los demás. Hemos traspasado los límites que Dios nos puso. Hemos “declarado nuestra independencia”, y ésta es la raíz de nuestro problema.

Los capítulos 3 al 11 de Génesis presentan la progresión natural de la desobediencia a Dios a las consecuencias de esta rebelión: orgullo, envidia y asesinato. Hay que considerar la historia de Adán y Eva en el Huerto de Edén en el contexto de los capítulos que siguen. El pecado no es solamente un acto individual de desobediencia^ empieza con el deseo de ser como Dios y resulta en el caos en todos los niveles de la existencia humana.

Creados para vivir con Dios y responder a Su amor, los seres humanos se han apartado de ese amor. Nos hemos considerado como la medida de todas las cosas, negándonos a prestar atención a la voluntad de Dios. La figura de Adán representa a la raza humana entera. En Adán todos hemos pecado (Romanos 5:12-13). Al seguir desobedeciendo a la voluntad de Dios, el pecado de Adán sigue estando presente en nosotros.

El pecado no es solamente algo entre Dios e individuos. Familias, grupos y hasta pueblos enteros pueden perder Su relación con Dios. Desde el día en que nacemos vivimos en una sociedad, y es en la sociedad donde ocurren el egoísmo, la indiferencia y la opresión. El pecado se apodera de las relaciones entre individuos.

Vivimos en una red muy compleja de relaciones. Las acciones de individuos y grupos se combinan para formar estructuras pecaminosas en la sociedad. El mal luego nos aqueja tanto en formas individuales como sociales. La guerra, la persecución y la opresión son manifestaciones del pecado en su forma social. No se puede hacer una distinción muy clara entre el pecado individual y social. Cada individuo es responsable, al mismo tiempo que cada individuo comparte el pecado de la sociedad tomado en su conjunto. No es posible dar pretextos, como quisieron hacer Adán y Eva en Génesis 3.

La fe cristiana ha sido objeto de críticas por enseñar que todos son pecadores desde su nacimiento. ¿Cómo puede alguno ser pecador cuando todavía no puede ni siquiera tomar decisiones de manera consciente?

El pecado original no significa que los recién nacidos cometan pecados. Más bien, significa que las raíces de nuestro egoísmo ya están presentes al nacer. Un recién nacido no se preocupa por los demás; únicamente le interesa lograr que otros satisfagan sus necesidades. Emplea el llanto para lograr la atención de sus padres. Al crecer, aprende otras maneras de lograr la atención de los demás.

Tarde o temprano, un niño tiene que aprender a considerar las necesidades de los demás. Necesita descubrir límites para poder vivir en el mundo. Este proceso se llama “socialización”. Sin embargo, dentro de cada individuo “socializado”, la misma persona egoísta sigue existiendo, como en un principio.

La doctrina del pecado original señala que nuestra necesidad más grande es la de servir y adorar a Dios. Esto es imposible, hasta que hayamos sido liberados de nuestro deseo de servirnos y adoramos solamente a nosotros mismos. Ni un niño ni un adulto ama a Dios sobre todas las cosas por naturaleza. Sólo Dios puede obrar en nosotros para que en verdad lo amemos a Él y también a los demás.

Según la Biblia, no importa qué tan fuertes y nobles seamos, no somos personas “completas” hasta tener una relación con Dios. No basta con decir, “Vivo de una manera correcta. No lastimo a nadie”. Esta actitud refleja el orgullo que está en el centro de nuestra condición pecaminosa. Básicamente, el pecado no tiene que ver con lo que hagamos sino con en quién confiamos. Si confiamos en nosotros mismos más que en Dios, somos culpables de pecado, y nuestras acciones reflejarán nuestra mala orientación.

La independencia de Dios a primera vista parece atractiva, pero resulta en orgullo, juzgar a los demás y posiblemente desesperación, si perdemos confianza en nosotros mismos. La Biblia declara que nadie tiene excusa—todos son culpables de vivir de manera independiente de Dios (Romanos 3:23).

(Evangelical Catechism, pp. 133-134, 138-140)

LECTURA NO. 2

En realidad, todos somos idólatras incurables. Aunque no adoramos ídolos antiguos o el sol y la luna, tenemos nuestros propios dioses, y los adoramos fielmente—cosas como casas, aparatos eléctricos, la televisión y los autos; personas como nuestros padres, cónyuge, hijos y amistades; formas de vida, como el bienestar económico y la popularidad... El problema no es con las cosas, personas o formas de vida que adoramos; mucho de esto puede ser bueno. El dinero, por ejemplo, es un don que Dios nos da para que podamos obtener lo que necesitamos y también ayudar a otros. Las casas nos dan protección, los autos nos permiten transportarnos, y los amigos son un don muy especial de Dios. De hecho, Dios obra a través de todas estas cosas y personas para permitirnos tener lo que necesitamos para vivir y servirle a Él y a nuestro prójimo.

El problema más bien está en nosotros. “Damos culto a las cosas creadas antes que al Creador”, como dice San Pablo en Romanos 1. En lugar de temer, amar y confiar en el Dador de todo, tememos, amamos y confiamos en los dones que Él nos ha dado.

Lo que es peor es que no podemos solucionar el problema por nosotros mismos. No elegimos hacernos idólatras—simplemente lo somos, sirviendo a un dios tras otro. Tampoco podemos elegir no ser idólatras. Porque si tratamos de cambiar por nuestros propios esfuerzos, estamos temiendo, amando y confiando en nuestras propias capacidades—creyendo que podemos solucionar nuestro problema sin la intervención de Dios. Estamos atrapados en esta idolatría.

Todo esto es lo que la Escritura y las Confesiones Luteranas llaman “pecado”. Existen los pecados (en plural)—cosas malas que hacemos, como contar chismes y no decir nada cuando en la tienda el cajero se equivoca y nos da más cambio de lo debido. Pero detrás de los pecados (en plural) hay pecado (en singular); un poder que se apodera de nosotros, forzándonos a ser idólatras e impidiendo que cambiemos por nosotros mismos. Los pecados (plural) son las cosas que hacemos, o dejamos de hacer; el pecado (singular) es la condición en que vivimos separados de Cristo. Durante muchos siglos, los luteranos hemos confesado todos los domingos: “Somos por naturaleza pecadores e impuros”—esto es, que somos idólatras que viven en la condición de pecado.

Según las Confesiones Luteranas, al dar los mandamientos, Dios hace algo similar a lo que tú haces cuando das alguna orden. Si vieras a un niño salir corriendo a la calle para estar a punto de ser atropellado por un carro, gritarías: “¡Cuidado!” ¿Por qué? No sería porque quisieras darle al niño la oportunidad de expresarte su amor. Más bien, gritarías: “¡Cuidado!” porque quisieras proteger al niño de peligro.

Asimismo, no das órdenes en la casa o a los amigos para darles la oportunidad de demostrarte que te aman. Más bien, das órdenes porque los amas y quieres ayudarles. Este es el propósito de Dios, también (o al menos uno de sus propósitos). No nos dice: “Haz esto y no hagas aquello para demostrarme que me amas”, sino más bien: “Haz esto y no hagas aquello porque te amo”. Así, en cada uno de los mandamientos, nos está cuidando y protegiendo del mal.

En el primer mandamiento, entonces, no nos está diciendo: “Seré tu Dios si no tienes otros dioses”, sino: “Ya que soy el Señor tu Dios, no tendrás otros dioses”. Él sabe lo que nos hace la idolatría—cómo nos mueve a despreciarlo a él, y cómo nos pone en conflicto con nuestros semejantes. De manera que, con estas palabras: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”, nos trata de detener para protegernos de los peligros de nuestra idolatría.

(Nesringen. *Roots of our Faith*, pp. 16-19)

LECTURA NO. 3

Cuando comenzaste a correr bicicleta, probablemente recibiste de tu padre una lista de cosas que no podías hacer. No podías ir como un vaquero con tu bicicleta por el centro de la calle. No podías correr llevando a un amigo sobre los manubrios. Quizás estas prohibiciones te disgustaban. Quizás las desobedeciste adrede cuando él no te estaba viendo. Pero luego te diste cuenta de que tu padre te imponía esas “leyes” porque te amaba. Te amaba tanto que no quería

que pudieras sufrir daño grave, ni causárselo a nadie. Ahora ya aceptas tus ideas y sigues con gusto su dirección. El manejar tu bicicleta con cuidado se ha vuelto cosa automática para ti; es parte de tu manera de vivir. Las reglas existen todavía, pero ya no te molestan. De hecho, las reglas te ayudan; ce sirven para medirte a ver si eres un ciclista tan cuidadoso como debieras serlo.

De la misma manera descubrimos que Dios nos da Su ley porque nos ama. No es Su intención ponernos trabas por todos lados para no dejamos hacer lo que quisiéramos. Es que nos ama, y se preocupa por lo que pueda ocurrirnos. A medida que lo vamos aceptando como Dios de amor, vamos comprendiendo lo beneficiosas que son sus leyes. Y según señala Jesús, puedes resumir todos los mandamientos de Dios en términos de amor a Dios y a nuestros semejantes.

(Anderson, Marbury E. y Kloss, Frank W. *Creo en Jesucristo*. Río Piedras, Puerto Rico: Editorial “La Reforma”, 1969, p. 24)

LECTURA NO. 4

El pecado no es una condición física, sino moral y consiste en que un acto, conducta o condición del hombre no es lo que Dios quiere que sea; es inconformidad con la voluntad de Dios. Así, peca: significa hacer lo que Dios prohíbe (Génesis 2:17), o no hacer lo que Él manda (Santiago 4:17), o no ser como Él quiere que seamos (Levítico 19:2)...

Toda desviación de la ley es pecado, sea esta grande o pequeña, conocida o desconocida, intencional o accidental, o aun contra nuestra voluntad (Romanos 7:19). Si algo es o no un pecado no está determinado por nuestra opinión personal, nuestro conocimiento, nuestra intención o nuestra voluntad, sino solamente por este único hecho: si está o no está de acuerdo con la voluntad de Dios...

Las cosas que Dios ni prohíbe ni ordena son en sí mismas indiferentes, y no es pecado hacerlas o no hacerlas. Sin embargo, también en tales debemos recordar: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo codo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31; Romanos 14:6). Si son hechas por un motivo egoísta, sin tomar en cuenta la gloria de Dios y el bienestar de nuestro prójimo, aun tales cosas indiferentes desagradan a Dios.

De ninguna manera es Dios la causa y e autor del pecado. El no creó al hombre para pecar (Génesis 1:31), ni decretó que el hombre se convirtiera en un pecador; ni aprobó el pecado cuando fue introducido en el mundo, ni en ninguna forma incita al hombre a pecar...

El diablo es la causa externa del pecado. Creado bueno y santo, el diablo no fue tentado y seducido por nadie, sino más bien, el primer pensamiento de pecado y rebelión contra Dios emanó de él. El corazón del hombre es la causa interna del pecado. El pecado no como el polvo del camino, que se adhiere al cuerpo, una mera contaminación externa; antes bien, cada pecado que cometemos tiene Su principio en nuestros propios corazones. Las tentaciones que nos vienen de afuera tocan y excitan nuestros corazones y es allí donde empiezan nuestros pecados.

(Koehler. *Compendio de la doctrina cristiana*, pp. 92-95)

PREGUNTAS

1. *¿Qué es el pecado? (Lectura 1)*
2. *¿Cómo se manifiesta el pecado en las relaciones humanas? (L 1)*
3. *¿Qué significa el pecado original? (L 1)*
4. *¿Cuáles son algunos de los “ídolos” que adoramos? (L 2)*
5. *¿Qué diferencia hay entre “pecado” y “pecados”? (L 2)*
6. *¿Por qué nos da Dios sus leyes? (L 3)*
7. *¿Cuáles son las cosas “indiferentes”? (L 4)*

LECTURAS PARA LA LECCIÓN 5

LECTURA NO. 1

Se enseña que Dios el Hijo se hizo hombre, habiendo nacido de la inmaculada virgen María, y que las dos naturalezas, la divina y la humana, están tan inseparablemente unidas en una persona de modo que son un solo Cristo, el cual es verdadero Dios y verdadero hombre, que realmente nació, padeció, fue crucificado, muerto y sepultado con el fin de ser un sacrificio, no sólo por el pecado hereditario, sino también por todos los demás pecados y expiar la ira de Dios. El mismo Cristo descendió al infierno, al tercer día resucitó verdaderamente de los muertos, ascendió al cielo y está sentado a la diestra de Dios, a fin de reinar eternamente y tener dominio sobre todas las criaturas; y a fin de santificar, purificar, fortalecer y consolar mediante el Espíritu Santo a todos los que en Él creen, proporcionándoles la vida y toda suerte de dones y bienes y defendiéndolos y protegiéndolos contra el diablo y el pecado. El mismo Señor Cristo finalmente vendrá de modo visible para juzgar a los vivos y a los muertos, etc., de acuerdo con el Credo Apostólico.

(Confesión de Augsburgo, Artículo III)

LECTURA NO. 2

Dios se preocupa por los seres humanos. El los creó, los ama y quiere ayudarles. Pero los hombres se vuelven contra Dios e insisten en seguir por caminos de pecado... Para quitar esa barrera entre Dios y los hombres, de modo que los hombres pudieran conocerlo, Dios se hizo hombre en Jesucristo. Nosotros expresamos nuestra creencia en que Él se convirtió en un hombre cuando decimos en el credo que Jesucristo nació de la Virgen María, padeció, fue crucificado y murió.

La venida de Dios al mundo en la persona de Jesús se conoce como la encarnación. La palabra “encarnación” viene del latín y significa “en la carne”. No fue que Dios tomara una forma parecida a la de un hombre; fue que Dios se hizo hombre...

Así como Jesucristo es “verdadero Dios”, dice Lutero, también es “verdadero hombre”. No pienses que Jesús fuera un superhombre. No lo fue. Si lo hubiese sido, la revelación de Dios no nos hubiese parecido cosa de realidad, Jesús habría estado muy por encima de nosotros, sin percatarse de nuestros problemas, preocupaciones y tensiones.

¿Cómo puede Jesús ser Dios y hombre a la vez? Muchos han tratado de contestar esta pregunta. Los escritores del Nuevo Testamento y los autores de los credos se limitan a decirnos que Jesús es Dios y hombre verdadero, sin intentar explicar cómo puede ser ambas cosas a la vez. Quizás opinan ellos que no es importante que conozcamos ese “cómo”. Y quizás no tenemos la capacidad intelectual para entender ese misterio.

Se cuenta de un hombre muy sabio que a firmal:”“ que sólo podía creer aquellas partes de la Biblia que se pudieran explicar lógicamente. Andando un día por la orilla del mar se encontró con un ángel que trataba de vaciar dentro de un caracol toda el agua del océano. El sabio se echó

a reír. “No rías”, le dijo el ángel. “Al tratar de vaciar el océano en este caracol, no soy más tonto que tú cuando tratas de limitar al Dios ilimitado con tu mente limitada”.

Entender cómo Jesús podía ser Dios y hombre a la vez no es tan importante como entender por qué escoge Dios esa manera de revelarse. Siendo verdadero hombre Jesús podía identificarse con los hombres. Podía conocer por experiencia las alegrías y tristezas de la vida, podía ver la vida desde el punto de vista del hombre. Más aún, podía darnos el ejemplo de una vida perfecta, una vida de absoluta confianza en Dios y verdadero amor a nuestros semejantes, que es la clase de vida que el Padre celestial quiere que todos llevemos. Y siendo verdadero Dios, Jesús podía tomar sobre sí el pecado del hombre y destruirlo.

Durante mucho tiempo la iglesia se limitó a proclamar las buenas nuevas de que Cristo salva a los hombres, sin intentar explicar cómo lo hace. Pero los hombres querían que se les explicara ese “cómo”; que se les diera una explicación lógica de la salvación—algo que ellos pudieran entender. La iglesia trató de hallar la contestación, y los grandes teólogos comenzaron a hablar de la muerte y resurrección de Cristo como la “expiación” por medio de la cual Cristo une al hombre con Dios como una sola cosa... La obra de Dios va más allá de lo que el hombre puede explicar o encender. Veamos, sin embargo, algunas de las explicaciones que se han intentado, pues son de ayuda para la interpretación de las palabras “expiación” y “salvador”.

Una de las explicaciones que la iglesia ha dado es la de Cristo obteniendo la victoria sobre las fuerzas del mal: el pecado, la muerte y el diablo. Se nos habla de la salvación como la victoria de Jesús en Su lucha contra esos poderes. Jesús es atacado muchas veces durante Su ministerio por las fuerzas del mal, en forma de tentaciones de que conduzca Su ministerio por rutas mundanas... Una y otra vez Jesús vence la tentación, aun la del Huerto de Getsemaní cuando Su naturaleza humana intenta rebelarse ante la idea del sufrimiento y la muerte. “Padre mío”, dice Jesús en oración, “si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39). La tentación está vencida.

El Cristo victorioso nos guía por el camino de la santidad. Ha vencido para siempre el pecado, la muerte y el diablo. Nosotros, por lo tanto, lo escogemos como nuestro campeón... Todo lo que necesitamos para unirnos al bando victorioso es nuestra fe en Cristo, nuestra confianza en Él... En la Epístola a los Hebreos encontramos nuevamente a la iglesia tratando de explicar el papel de Cristo como Salvador. La Epístola a los Hebreos llama a Cristo sumo sacerdote. “Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:14-16).

Para poder entender esta referencia al sumo sacerdote, es necesario conocer el pensamiento de los judíos de la antigüedad. Creían ellos que todo hombre estaba en deuda con Dios por los dones de Su protección y amor, deuda que sólo podía pagarse con una vida santa. Cuando un judío pecaba, trataba de pagar por su falta ofreciendo sacrificios. Estos sacrificios consistían en aves o animales sin defectos físicos. Como las aves y los animales no pueden pecar, se les consideraba puros si eran perfectos físicamente. El judío creía que Dios, complacido por el sacrificio,

perdonaba al pecador. Los sacrificios, por lo regular, eran llevados al templo, donde el sacerdote los inmolaba (mataba) sobre el altar y oraba por perdón para el pecador.

Una vez al año el sumo sacerdote entraba a un lugar muy especial en el templo, conocido como el lugar santísimo, donde sólo él podía entrar. Allí, en el día de la expiación, como se le llamaba, el sumo sacerdote ofrecía sacrificios por todo el pueblo y rociaba con sangre el arca del pacto donde estaban guardadas las tablas de los Diez Mandamientos. Luego el sumo sacerdote salía fuera y rociaba al pueblo con sangre. El pueblo creía que el sacrificio ofrecido a Dios por el sumo sacerdote lo limpiaba de todo pecado.

Es fácil ver por qué el escritor cristiano cíclico la Epístola a los Hebreos habla de los judíos en términos conocidos por ellos cuando trata de explicarles el ministerio de Cristo. Les está diciendo, en otras palabras, que Cristo es un sacrificio más aceptable delante de Dios que los animales o las aves. Es un ser humano perfecto, sin pecado, que se ofrece a sí mismo por los pecados de los demás. Llevando la explicación un paso más allá, Cristo mismo es el sumo sacerdote que lleva ante Dios el sacrificio perfecto de Su propia persona en bien de todos los pueblos, acepten o no Su ministerio.

Ninguno de los ejemplos anteriores nos dice todo lo que quisiéramos saber acerca de Jesucristo. Cada uno, sin embargo, nos aclara un poquito más el misterio de cómo Cristo nos salva. Hay también muchas palabras y frases que se han convertido en expresiones favoritas de los cristianos porque nos ayudan a entender lo que Jesús ha hecho por nosotros. Entre ellas está la palabra “rescate”.

Nuestro Señor Jesucristo dice de sí mismo. “El Hijo del Hombre... vino... para dar Su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:28). Rescatar es la acción de poner en libertad a un prisionero pagando un precio. Usada en relación con la obra de Cristo, esta palabra te dice que Jesús se dio a sí mismo en paga para librarte de la cautividad del pecado, la muerte y el diablo. La palabra “redimir” está relacionada con esa misma idea. Redimir es rescatar o recobrar. Estamos en deuda con Dios; le debemos nuestro amor y lealtad. Pero hemos permitido que nuestro amor mengüe, y hemos dado nuestra lealtad a otras cosas. Nos hemos perdido. Cristo nos busca hasta encontramos y nos recupera. Él nos redime; Él es nuestro Redentor.

Otra palabra importante es “reconciliar”. En su sentido bíblico, la palabra significa “cambio”. La relación entre Dios y el hombre cambia por mediación de Cristo. La hostilidad del hombre hacia Dios se cambia en confianza. El hombre y Dios son reconciliados, puestos en armonía de nuevo, porque Cristo murió por nuestros pecados.

Aún otra palabra es expiación. Además del sentido de paga, la palabra expiación tiene también el sentido de limpiar. Por medio de su sacrificio nuestro Señor Jesucristo no sólo paga por nuestros pecados, sino que nos lava de ellos nos limpia.

Todos estos ejemplos y palabras nos ayudan a ver lo que Cristo ha hecho por nosotros. Jesús te dice que Dios no da por bueno el pecado ni lo excusa; Dios odia el pecado. Pero Dios perdona, porque ama al pecador. Tu felicidad, tanto en esta vida como en la venidera, depende de que permitas a Cristo que te conduzca a Dios. Nadie más puede ayudarte; dependes totalmente de

Cristo. Si quieres que te ayude como El ofrece hacerlo, será tu amigo, tu Señor y tu Salvador.

(Anderson y Kloss. *Cree en Jesucristo*, pp. 118-120, 130-133).

LECTURA NO. 3

¿Cómo es Dios? ¿Cómo debemos concebirlo? Es difícil imaginarnos a un ser a quien nadie ha visto jamás—alguien tan diferente de las demás personas a quienes hemos conocido.

La mejor respuesta que podamos dar es que Dios es como Jesús—pero no físicamente. Dios no tiene un cuerpo como el nuestro. Pero Jesús exhibió muchas de las características de Dios en sus actitudes y acciones. Al ver las cosas por las cuales Jesús se interesaba y la forma en que se relacionaba con la gente, tenemos nuestra mejor idea de cómo es Dios.

Jesús vino a comunicarnos un mensaje de Dios. Sin duda, Dios ya había enviado ese mensaje muchas veces anteriormente. Los profetas del Antiguo Testamento habían dicho lo que Dios quería que Su pueblo supiera. Anunciaban que Dios los había elegido, para ser su Dios. Enfatizaban que Él nos ama y quiere que seamos miembros de su familia.

Y así, Jesús se hizo hombre. No podemos ni empezar a imaginarnos lo que esto ha de haber significado para Él. Jesús abandonó Su posición como Dios del universo para vivir la vida de un ser humano. ¿Cómo te gustaría a ti ser transformado, digamos, en una hormiga y luego pasar muchos años asociándote con otras hormigas? ¿Y luego que alguien te pisara y acabara con tu vida! Eso apenas empieza a darnos una idea de lo que significó para Jesús nacer como un ser humano...

El hecho de ser hombre no le quitó nada a Jesús. Porque al crecer, se mostró diferente de cualquier otra persona que haya vivido. Estuvo en armonía perfecta con Dios Padre. Vivió como nosotros fuimos creados para vivir, pero ninguno de nosotros es capaz de hacerlo. No podemos ni siquiera imaginarnos una vida tan perfecta como la de Jesús...

A través de Su enseñanza, Jesús nos reveló como es Dios. Fue un maestro formidable. Inclusive sus enemigos exclamaban: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Juan 7:46). El corazón de Su mensaje fue el amor de Dios. De manera inolvidable, sus parábolas hablaban de un Padre misericordioso que busca a los perdidos y da bendiciones inconcebibles...

Desde la época de los apóstoles, los cristianos han creído que Jesús era—y es—tanto humano como divino. Nació como ser humano por la Virgen María. Como hombre, se cansaba, mostraba emociones de tristeza, ira y compasión. Pero porque era humano, también podía morir. Sin embargo, si no hubiera sido más que un ser humano, no nos hubiera podido ayudar. Hasta una persona perfectamente justa (si tal persona existiera) sólo podría salvarse a sí misma, y no a otro (Ezequiel 14:20).

Jesús también era Dios. Su vida impecable y sus obras milagrosas lo demuestran. Pero más que nada, lo demuestra Su resurrección. Ya que era (y es) Dios, lo que hizo puede sernos de provecho.

¿Por qué pasó Jesús por todo esto: un nacimiento humilde, una vida de pobreza, y una muerte vergonzosa como criminal? Porque nos ama. No hay otra respuesta. En la sabiduría de Dios, ésta era la única forma de hacer con nosotros lo que Él quería...

Debido a todo lo que Jesús hizo por llevar a cabo la voluntad de Dios por nosotros, Dios lo ha exaltado como Rey del universo. Como Señor de todos, exige nuestra sumisión. Pero cuando vemos qué tipo de Rey es, con gusto aceptamos Su reinado.

(Aaseng, *Basic Christian Teachings*, pp. 17-22)

LECTURA NO. 4

La obra de Cristo es una unidad, teniendo como único propósito la salvación de la humanidad. Sin embargo, la Escritura distingue tres fases distintas de esta obra... Nosotros diferenciamos entre el Oficio Profético, el Oficio Sacerdotal y el Oficio de Rey de Cristo.

¿Qué es un profeta? Un profeta es alguien que habla por otro, como Aarón tuvo que hablar a Faraón por Moisés (Éxodo 7:1). Un profeta de Dios es alguien que habla por Dios, dando a conocer e interpretando la palabra y voluntad de Dios al hombre. Un profeta, en consecuencia, es un representante y embajador de Dios ante el hombre (2 Corintios 5:20).

Que el Mesías sería un profeta está revelado en el Antiguo Testamento. “Profeta... te levantará Jehová tu Dios” (Deuteronomio 18:15). Que estas palabras se aplican a Jesús lo sabemos de Hechos 3:19-26. Cuando Dios, hablando de Jesús, nos ordena: “A él oíd” (Mateo 17:5), lo designa, así, como su Profeta que está para hablar por Dios. En Lucas 13:33, Cristo se refiere a sí mismo como un profeta y fue considerado por sus seguidores como “un profeta poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo” (Lucas 24:19; Lucas 4:18)...

Hay esta “diferencia entre Cristo y los profetas: ellos hablaron por inspiración del Espíritu Santo, más Cristo habló por conocimiento personal e inmediato. Jesús no recibió su conocimiento de las verdades divinas por revelación del Espíritu Santo, sino que Su naturaleza divina la poseyó originalmente desde el principio, porque Él estaba en el seno del Padre (Juan 1:18). Y cuando el Verbo se hizo carne, Él le comunicó este conocimiento a Su naturaleza humana.

¿Qué es un sacerdote? Un sacerdote es alguien que por medio de su intercesión y sacrificio pretende reconciliar al hombre con Dios”, v.g., restaurar al hombre al favor de Dios. El trata con Dios por y en lugar del hombre... El sacerdote representa al hombre ante Dios.

Para cumplir la demanda de Dios era necesario que el hombre guardara la ley perfectamente, lo cual no hizo ni podía hacer (Eclesiastés 7:20). Sin un perfecto cumplimiento de la ley la reconciliación con Dios es imposible. Para satisfacer estas demandas de la ley de Dios y hacer buenas nuestras culpas y defectos, el hijo de Dios se hizo hombre, se convirtió en nuestro sustituto, y fue nacido bajo la ley, de manera que pudiera guardarla y cumplirla en nuestro lugar... Sin una completa satisfacción por el pecado la reconciliación con Dios es imposible. Ya que el hombre no puede hacer esto, Cristo nuevamente toma el lugar del hombre. “Jehová cargó en él, el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6), y puso nuestros pecados sobre él (Isaías 53:5). Cristo mismo llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero (1 Pedro 2:24) y así fue

hecho maldición por nosotros (Gálatas 3:13). En el sufrimiento de Cristo, Dios “manifestó su justicia” (Romanos 3:25), la cual demanda que los pecados del mundo deben ser expiados para que sean perdonados. Ya que por Su santa, preciosa sangre y por Su inocente sufrimiento y muerte (1 Pedro 1:18, 19), Cristo dio satisfacción completa por los pecados de los hombres, como está probado por Su resurrección de los muertos, Dios ya no los imputa a nosotros (2 Corintios 5:19), sino que los ha perdonado. Así, por Su sufrimiento y muerte vicarios Cristo satisfizo las demandas de la justicia de Dios con respecto al castigo que el hombre debería haber sufrido por sus pecados.

Cristo es un Rey. Un rey es alguien que tiene poder y autoridad para gobernar un país. Que el Mesías sería un rey fue profetizado (2 Samuel 7:12), donde Dios prometió establecer el reino del Hijo de David... Cristo no es un rey terrena.. Jesús no fue la clase de rey que los judíos, o aun sus discípulos esperaban, un rey que iba a “restaurar otra vez el reino de Israel” (Hechos 1:6). Ante Pilatos Jesús dijo: “Mi reino no es de este mundo... pero mi reino no es de aquí” (Juan 18:36). Cristo no era un rey terrenal, rival de Herodes y de César; su reino no es como el de David y Salomón. Su reinado y su reino son mucho más grandes que el de cualquier potentado terrenal.

(Koehler. *Compendio de la doctrina cristiana*, pp. 143-144, 147, 149, 156)

PREGUNTAS

1. *¿Qué significa la palabra “encarnación” y qué verdad encierra? (Lectura 2)*
2. *¿Qué significa el hecho de que Jesús fue verdadero hombre? (L 2)*
3. *¿Qué enseña la Epístola de los Hebreos acerca de la manera en que Jesús nos salva? (L 2)*
4. *¿Qué cosas de su vida demuestran que Jesús es Dios? (L 3)*
5. *¿Cuáles son los tres oficios de Jesucristo? Explique lo que hace según cada oficio (L 4)*
6. *¿Qué diferencia hay entre Jesucristo y los demás profetas? (L 4)*

LECTURAS PARA LA LECCIÓN 6

LECTURA NO. 1

Se enseña que no podemos lograr el perdón del pecado y la justicia delante de Dios mediante nuestro mérito, obra y satisfacción, sino que obtenemos el perdón del pecado y llegamos a ser justos delante de Dios por gracia, por causa de Cristo mediante la fe, si creemos que Cristo padeció por nosotros y que por Su causa se nos perdona el pecado y se nos conceden la justicia y la vida eterna. Pues Dios ha de considerar e imputar esta fe como justicia delante de sí misma, como San Pablo dice a los romanos en los capítulos 3 y 4.

(Confesión de Augsburgo, Artículo IV)

Obtener remisión de pecados es ser justificados, de acuerdo con el texto (Salmo 32:1): “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada”. Por la sola fe en Cristo conseguimos remisión de pecados, no por medio del amor, ni por causa del amor ni por las obras, si bien el amor sigue a la fe. Por tanto, somos justificados por la fe sola, con entendimiento de que “justificación” es la transformación de un hombre injusto en un justo, es decir, ser regenerado.

(Apología de la Confesión de Augsburgo, Artículo IV)

LECTURA NO. 2

En la parábola del fariseo y el publicano, Jesús usó una palabra que es muy importante para la fe cristiana: justificación. La Biblia usa esta palabra para describir la relación entre los seres humanos y Dios. Los que viven en la relación debida con Dios son considerados “justificados” en los ojos de Dios...

La historia del pecado humano es la historia de nuestra rebelión contra Dios y contra el papel que nos ha dado. El recibir sus dones y practicar la misericordia y la justicia no nos satisface. Nos ponemos a nosotros mismos primero, antes que Dios.

El Nuevo Testamento confiesa que Dios ha actuado de manera decisiva a través de Jesucristo para establecer la justicia una vez más. En Cristo Dios establece una nueva relación con la gente, que es más profunda y más comprensiva que la relación que estableció con Israel, Jesús no hizo caso omiso de nuestro pecado o el juicio de Dios sobre ese pecado. Más bien, tomó tanto nuestro pecado como el juicio de Dios sobre sí mismo. De una manera que va más allá de nuestro entendimiento, Jesús estableció la justicia una vez más al convertirse en un sacrificio por el pecado humano, una vez por todas. En sus palabras y acciones, a través de la cruz y Su resurrección, Jesús hizo posible que todos los seres humanos entraran en una nueva y justa relación con Dios, esto es, ser “justificados”.

El apóstol San Pablo nos presenta de manera más detallada esta doctrina de la justificación en el Nuevo Testamento. Sus cartas a los romanos y los gálatas en particular son afirmaciones poderosas de este tema central del cristianismo.

La carta a los filipenses nos ayuda a entender el trasfondo de San Pablo en el judaísmo y su entendimiento de la justificación: “Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable” (Filipenses 3:4-6). Le habían enseñado a San Pablo que la justicia delante de Dios podía alcanzarse a través de la obediencia a la ley judía. Después de su encuentro con Cristo, llegó a ver que la conducta moral--no importaba qué tan buena era--no podía restablecer una relación rota con Dios. No es sólo el pecado exterior lo que nos separa de Dios también nos separa nuestro orgullo egoísta en nuestros propios logros...

El entendimiento de San Pablo de la justificación está basada en la gracia de Dios. La gracia es el amor inmerecido. Como seres humanos, no podemos restaurarnos a una relación debida con Dios a través de nuestras propias acciones. Dios mismo nos justifica, por gracia, por amor a Cristo, a través de la fe. La justificación es el don de Dios que no puede ser merecido, sino solamente recibido. Este es el “evangelio”, las buenas noticias.

La obra de Martín Lutero como reformador de la iglesia comenzó al experimentar él personalmente la gracia de Dios. Durante sus primeros años en un monasterio agustino, se sentía oprimido por la idea de Jesús como un juez justo que solamente quería condenarlo por sus pecados. Con el tiempo, a través de su estudio de las Escrituras, Lutero se dio cuenta de que la justicia de Dios no es sólo algo que Dios exige, sino también algo que Dios crea a través de la fe. Esta idea llegó a ser la base de todo lo que predicó, enseñó y escribió más tarde...

La distinción entre la justicia que Dios exige y la justicia que Dios crea nos permite entender los términos “ley” y “evangelio” que ocurren con tanta frecuencia en los escritos de Lutero. El enfoque de su teología era la distinción entre la ley (que revela nuestra naturaleza pecadora) y el Evangelio (las buenas nuevas que Dios ha cargado sobre sí mismo nuestro pecado en Cristo).

Para Lutero, el evangelio no era solamente algo que nos dice lo que Dios ha hecho; más bien, es la proclamación viva de lo que Dios ha hecho por nosotros. El evangelio es una palabra poderosa que destruye nuestra vieja naturaleza y nos crea de nuevo en la imagen de Cristo. Este Evangelio viene a nosotros primeramente a través de la predicación de la Palabra de Dios. Esa palabra proclamada crea fe en el oyente (Romanos 10:17). A través del Bautismo en Cristo somos unidos a él, “a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:4).

(Evangelical Catechism, pp. 203-209)

LECTURA NO. 3

El hombre no puede por su propia razón creer en Cristo. La razón es un don precioso de Dios, por medio del cual adquirimos conocimiento; sin embargo, ella no puede producir fe en nuestros corazones... Es simplemente imposible para el hombre natural recibir las verdades del evangelio con un corazón creyente y poner su confianza en ellas. “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14).

El hombre no puede creer en Cristo por Su propia fuerza... Los cristianos tampoco pueden creer en Cristo o venir a Él por Su propio esfuerzo, nuestra fe no es el producto de nuestro propio esfuerzo. La fe es el eco de nuestros corazones a la voz de Dios en el Evangelio... El hombre (tampoco) puede creer en Cristo por Su propia voluntad.

Sin embargo, esto no quiere decir que la conversión es forzada en el hombre contra su voluntad. La conversión es efectuada de esta manera: Dios, por medio de Su Palabra, produce tal influencia sobre el hombre que se opera un cambio en su intelecto, corazón y voluntad, de manera que él, que por naturaleza es terco e indispuesto, llega a estar dispuesto. Así como nosotros algunas veces producimos un cambio de opinión en los hombres por medio de la argumentación y la persuasión, así también Dios, por el poder de su palabra, persuade a hombres indispuestos de manera que voluntaria y alegren ente confien en Su gracia...

La conversión es obrada por el Espíritu Santo en el corazón del hombre. Aunque la conversión se manifiesta inevitablemente en la vida externa de una persona, sin embargo, ella realmente tiene lugar en el corazón y consiste en que el corazón, quebrantado y contrito por el pecado, confía en Cristo para la gracia y el perdón. Es esencialmente el otorgamiento de la fe. Para que este cambio se efectúe en el corazón, el Espíritu Santo obra arrepentimiento, ofrece la gracia y obra la fe...

Por la predicación de la ley Dios prepara el camino para la predicación del evangelio. Antes que un hombre pueda volverse a Cristo por gracia y perdón, debe primero conocer sus pecados y arrepentirse de ellos... Para convencer al hombre que está enfermo de muerte a causa de sus pecados, el Espíritu Santo usa la ley, la cual muestra al hombre sus pecados (Romanos 3:20), y la ira y maldición de Dios, lo cual el hombre mereció (Gálatas 3:10). Dondequiera que la predicación de la ley es efectiva, los hombres son convencidos en su conciencia de sus pecados, se dan cuenta de su condición perdida, son movidos a la tristeza y contrición, y son llevados a la desesperación... Ningún hombre querrá el perdón de los pecados si no se da cuenta primero que es un pecador o si no siente tristeza por las cosas malas que ha hecho...

Cuando la ley ha realizado su propósito obrando contrición de corazón, el Espíritu Santo tiene el evangelio, la alegre noticia de gracia de Dios en Cristo, predicada a los hombres... Por la predicación, Él llama e invita a los hombres que vengan a Cristo y les ofrece las bendiciones de su salvación...

Esta invitación es absolutamente gratuita no impone nuevas condiciones y obligaciones que deben ser cumplidas antes que pueda ser aceptada, sino que ofrece a cada alma enferma de pecado, la gracia y el perdón "sin dinero y sin precio" (Isaías 55:1). Esta invitación es universal, ya que está dirigida a todos los hombres sin excepción ni distinción...

El hecho de que la invitación evangélica no siempre es efectiva o no siempre produce en los corazones de todos los que la oyen el efecto deseado, no es en lo más mínimo debido a una falta de sinceridad de parte de Dios, quien llame., ni a una falta de poder en el evangelio, sino solamente a la perversa voluntad del hombre... De esta manera la conversión del hombre, la cual Dios quisiera efectuar por medio del evangelio, puede ser, y con frecuencia lo es, frustrada por el hombre porque influencias inhibitorias tales como el fariseísmo, amor al pecado, orgullo,

desesperación, etc., dominan su corazón, y no dejan que la palabra eche raíz...

En la ley Dios nos dice lo que debemos hacer o no podemos hacer... Ella demanda obediencia perfecta. El evangelio revela lo que Dios ha hecho y todavía está haciendo por nuestra salvación. No contiene mandatos, sino solamente promesas de gracia y perdón. El mandato del evangelio exigiendo la fe (1 Juan 3:23) no es un mandato legal, sino una invitación amorosa expresada en la forma más convincente, para aceptar las bendiciones ofrecidas.

La ley promete vida eterna bajo la condición de una obediencia perfecta. "Haz esto y vivirás" (Lucas 10:28). La promesa de la ley debe ser ganada guardando todos los mandamientos. La promesa del evangelio es libre, gratuita, incondicional... La fe no es una condición a la promesa en el sentido que por ella ganamos o llegamos a ser dignos del don prometido, sino solamente en el sentido de que por medio de ella aceptamos lo que la promesa ofrece...

Por la ley el hombre es traído al conocimiento de sus pecados, al pesar, la tristeza y al desesperación... La ley debe ser predicada a todos los hombres, pero especialmente a los pecadores impenitentes. El evangelio trae el mensaje de gracia, ofrece perdón de pecados, obra en el corazón la aceptación de esta oferta, y así convierte al hombre. El evangelio debe ser predicado a los pecadores que están con sus espíritus perturbados a causa de sus pecados.

Sin embargo, la ley debe ser usada también después de la conversión... El regenerado necesita la ley como un freno, como un espejo y como una guía.

(Koehler. *Compendio de la doctrina cristiana*, pp. 169-172, 243-246)

LECTURA NO. 4

Los resultados de la muerte de Jesús son descritos de diferentes maneras. Algunos hablan de cómo Jesús ha pagado por nuestros pecados a través de sus sufrimientos. Emplean palabras como sacrificio, redención y rescate. Cristo se sacrificó a sí mismo para pagar por nuestros pecados. Este cuadro aparentemente tiene su origen en la práctica del Antiguo Testamento de sacrificar a animales para pagar por los pecados del pueblo.

Jesús nos redimió, nos hizo volver de nuestra sujeción bajo el pecado y el mal. El precio que pagó fue su vida. Nos rescató de todas las fuerzas malignas que nos tenían cautivos.

Algunas veces usamos el ejemplo de un tribunal para ilustrar esto. Nosotros estamos parados delante de Dios, el juez. Él nos declara culpables por nuestros pecados y así tenemos que sufrir un castigo. Pero Jesús intercede por nosotros. Él asume el castigo que nosotros merecíamos, y así somos liberados.

Otra forma de describir lo que ha hecho es pensar en Jesús como quien ha ganado una victoria sobre las fuerzas del mal. El mal que está dentro y fuera de nosotros nos tiene cautivos. Jesús nos libera, no a través de un rescate, sino al destruir al diablo y sus aliados. Así somos liberados para vivir en un reino que Jesús establece.

(Aaseng. *Basic Christian Doctrines*, pp. 21-22)

LECTURA NO. 5

La fe es algo más que decir que aceptas algo como verdadero. Podrías decir, por ejemplo: “Creo que el mundo es redondo y no plano”, o “Creo que los aviones son más veloces que los automóviles”. Aceptas estos hechos por lo que otros te dicen, aunque nunca hayas medido el mundo o volado en avión.

Algunas personas creen que tienen fe en Dios porque aceptan el hecho de que hay un Dios. O creen que tienen fe en Cristo porque no niegan que Cristo vivió entre los hombres, fue crucificado y resucitó de entre los muertos. Decir que Dios existe y que Cristo vivió entre los hombres no significa realmente que tu vida esté relacionada con la de Él. Muy bien podrías creer que hay luz eléctrica y seguir alumbrándote en tu casa con una lámpara de petróleo.

Cuando confiesas tu fe en el credo, dices: “Creo en Dios Padre... creo en Jesucristo... creo en el Espíritu Santo”. “Creer” significa confianza, lealtad, dependencia, obediencia—eso es fe; significa no sólo que aceptas la verdad de Dios, sino que vas más allá y te entregas a Dios como Él se entregó por ti...

Por amor, Cristo se da a sí mismo por ti. Por fe, tú lo aceptas como tu Señor. Cuando repites sinceramente las palabras de Lutero: “Creo que Jesucristo es mi Señor”, te estás entregando a Cristo como un fiel seguidor suyo. La fe es una dedicación total de tu vida a Cristo. Por fe confías en Él; dependes de Él; vives con Él. Por fe, tu voluntad se entrega a Su voluntad y tus deseos reflejan los suyos.

(Anderson y Kloss. *Creo en Jesucristo*, pp. 143-144)

PREGUNTAS

1. *¿Cómo obtenemos el perdón de los pecados? (Lectura 1)*
2. *¿Qué significa ser “justificados”? (L 2)*
3. *¿Qué era el Evangelio para Lutero? (L 2)*
4. *¿Cómo se efectúa la conversión? (L 3)*
5. *¿Cuál es el papel de la ley en la conversión? (L 3)*
6. *¿De qué maneras se puede explicar la manera en que Cristo nos salva? (L 4)*
7. *¿Qué significa “creer” o “tener fe” en Jesús? (L 5)*

LECTURAS PARA LA LECCIÓN 7

LECTURA NO. 1

El Espíritu Santo es probablemente la persona más difícil de comprender de la Santísima Trinidad. La mayoría de personas pueden aceptar la idea de un Padre Creador que está encima de todos. Tenemos la descripción de la vida de Jesús en la tierra. Pero el Espíritu no está visible en forma corporal como Jesús, ni tampoco podemos ver evidencias concretas de su tarea en el universo creado. Sin embargo, la Biblia indica que Él es de vital importancia para nosotros.

Jesús les dijo a los discípulos que les enviaría el Espíritu al irse Él. “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad” (Juan 14:16). El Espíritu Santo debía tomar el lugar de Cristo en la tierra y continuar la obra que Jesús comenzó. Jesús indicó que el Espíritu era necesario para sus seguidores: “Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; más si me fuere, os lo enviaré” (Juan 16:7).

San Pablo también señaló la importancia del Espíritu al decir: “Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3). Lutero amplió esta misma idea en su Catecismo Menor con las palabras: “Creo que ni por mi propia razón, ni por mis propias fuerzas soy capaz de creer en Jesucristo, mi Señor, o venir a Él”. El Espíritu Santo hace esto por nosotros.

¿Qué hace el Espíritu? Jesús dijo que enseñaría, convencería de pecado y llevaría a la fe. “Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho... Él dará testimonio acerca de mí... Convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio... Él os guiará a toda la verdad”. Lutero resumió la obra del Espíritu Santo diciendo que llama, ilumina, santifica y conserva. Nos llama a creer en Cristo. Esto lo hace a través del Evangelio, las buenas nuevas. Primero nos muestra nuestro pecado y nuestra necesidad de un Salvador. Luego nos muestra al Salvador que Dios nos ha enviado. Al leer la Biblia o escuchar las palabras del amor de Dios, el Espíritu Santo usa esto como un medio—un “medio de gracia”—para crear la fe en nosotros. Nos da la capacidad de creer.

Cuando esta buena palabra echa raíces en nosotros, el Espíritu Santo nos congrega con los demás creyentes en Su iglesia. No nos abandona. Para nuestro propio bien y la extensión de Su trabajo en la tierra, une a los cristianos en la iglesia.

Su trabajo no termina cuando hemos llegado a creer. La fe de los creyentes se marchita si no va creciendo. El Espíritu nos enseña, dándonos nuevos entendimientos acerca de lo que es bueno y malo. Continúa mostrándonos nuestro pecado y nos conduce a Cristo para que seamos perdonados. Emplea lo que llamamos los “medios de gracia” para hacer esto: la Palabra y los sacramentos.

El Espíritu Santo guía, nuestras acciones; nos motiva a hacer las obras de servicio. Nos da sabiduría y valor para compartir las buenas nuevas con otros. Sin el Espíritu Santo la edificación de la iglesia nunca avanzaría...

Muchas veces se usa la palabra “santificación” para describir el trabajo del Espíritu Santo. Esto significa “hacer santo”—preparamos para vivir con Dios. Esto ocurre solamente de manera imperfecta en esta vida, porque el pecado sigue afligiéndonos. Pero el Espíritu nos guía a vivir como Dios quiere y abre nuestros ojos a oportunidades para el servicio. Nos hace santos en un sentido más completo al comunicamos la santidad de Cristo.

Finalmente, nos preserva. Nos guarda en la fe. Ha hecho todo lo necesario para que estemos convencidos de nuestra posición ante Él. “Nadie los arrebatará de mi mano”, dijo Jesús (Juan 10:28). Esto no significa que no podemos dejar a Dios por nuestra propia voluntad. Pero no obstante las fuerzas del mal que luchan contra nosotros, estamos seguros cuando el Espíritu Santo nos está cuidando.

El Espíritu Santo nos da dones. El primero de todos es el don de la fe. Pero este don lleva a otros. San Pablo menciona nueve frutos de la obra del Espíritu en nosotros: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza. Estas son características que Dios quiere ver en las vidas de los miembros de Su pueblo. El Espíritu Santo aumenta estas características en nuestras vidas al mantenernos en contacto con Cristo y Su Palabra.

El Espíritu también es la fuente de otros dones. Algunos son más espectaculares, como el sanar o hablar en lenguas extrañas. Tales dones son útiles cuando nos ayudan a servir a Dios de manera más completa. Ese es el propósito de los dones de Dios: permitimos hacer Su trabajo en el mundo. Deben ser usados, no para fines egoístas, sino para el bien de otros.

Algunos enfatizan algunos dones, como de lenguas, más que otros, haciéndolos parecer más importantes. Pero Dios da muchos dones diferentes a diferentes personas. Todos son importantes. Él hace que todos los dones estén presentes en la membresía de la iglesia que permitan que hagamos Su trabajo.

(Aaseng, *Basic Christian Teachings*, pp. 26-29)

LECTURA NO. 2

El título favorito de Cristo para el Espíritu Santo era el de “consejero”. El Espíritu Santo ofrece dirección y sabiduría a todo aquel que las quiere recibir. Un consejero aconseja a las personas—no las obliga. La decisión final está en las manos de la persona que recibe el consejo. Muchos buenos consejeros han trabajado en vano porque las personas a quienes dieron consejo no lo quisieron seguir.

Comparando al Espíritu Santo consigo mismo, Cristo lo llama “otro consejero”. Dios Espíritu Santo continúa instruyendo el corazón de los hombres a través de las edades como Cristo instruyó en Galilea. Además de eso, el Espíritu Santo recuerda al hombre los dichos y hechos de Cristo. Esto es la base de la vida para el cristiano. El Espíritu Santo y Cristo tienen un propósito en común: traer a todo corazón al conocimiento y amor de Dios, para fortalecer la relación de confianza mutua entre Dios y cada persona.

Otro nombre que Cristo emplea es el de “Espíritu de verdad”. Hay en el mundo tanto error, tanta

mentira y tantas verdades a medias, que a menudo se nos hace difícil precisar dónde está el error y dónde la verdad en una situación particular. Aún los cristianos de mucha experiencia a veces quedan perplejos. Necesitarlos dirección segura; no se puede ir a tientas. Es aquí donde entra el Espíritu Santo con Su certera dirección y Su verdad exacta. No podemos equivocarnos si seguimos Su dirección.

“El Espíritu Santo me ha llamado mediante el Evangelio”, sigue diciendo el Catecismo Menor. Esto significa que el cristiano puede decir; Dios tocó las profundidades de mi corazón y yo respondí porque el Espíritu me dio fe y poder para aceptar los dones de Dios. Comienzo a ver a Cristo como mi Señor y mi Dios. Mi primera respuesta positiva a la llamada de Dios me fue dada por el Espíritu. Procedió del conocimiento del gran amor de Dios por mí revelado por Jesús. No podría decir exactamente cómo sucedió. Con toda probabilidad varias personas contribuyeron a ello; mis padres leyéndome relatos bíblicos en el hogar cuando era niño, mis maestros de Escuela Dominical, mi pastor y otros amigos y consejeros cristianos. El Espíritu trabajó por medio de todos ellos para llamarme a la fe en el Dios que me ama.

Luego ese mismo Espíritu “me ha iluminado con sus dones”. Cuando me fue dada la fe por primera vez, yo me encontraba en una especie de kindergarten espiritual. Es tanto lo que hay que aprender acerca del amor y la voluntad de Dios. El Espíritu Santo me llevó a un conocimiento más claro de Dios mediante mi uso personal de la Biblia, las clases a que asistí y los sermones que escuché. Mientras más aprendía acerca de Dios, mejor me percataba de que quedaba mucho más por aprender. El Espíritu Santo continúa otorgándome pacientemente sus dones de sabiduría, discernimiento y crecimiento espiritual. A medida que me acerco a Su luz, van quedando atrás las sombras de la ignorancia en cuanto a Dios.

Pero aun esto no basta. El Espíritu Santo “me santifica”. A medida que voy conociendo mejor a Dios, me voy dando cuenta de que en mi vida hacen falta cambios. Tengo muchas cosas malas, cosas que no están de acuerdo con lo que Dios espera de mí. El Espíritu me mueve a deplorar hondamente esas cosas y me ayuda a cambiar mi manera de ser. “Santificar” significa “hacer santo”.

(Creo en el Espíritu Santo y la Iglesia, pp. 10-11, 23-24)

LECTURA NO. 3

El trabajo del Espíritu es tan amplio como el poder y la actividad de Dios. El Espíritu es el poder creativo, redentor y sustentador de Dios obrando a través de toda la creación. El Espíritu de Dios está activo en las vidas de individuos, comunidades y naciones, y también en la naturaleza. El Espíritu es Dios en acción. El Espíritu trabaja por medio del Evangelio, llamando a la gente a la fe en Jesucristo. Tanto la capacidad de creer como la capacidad de amar son dones del Espíritu Santo. El Espíritu desea transformar las vidas humanas y las estructuras de la vida comunitaria, renovar cada aspecto de la creación.

El proceso de ser transformado por el Espíritu de Dios es algo dinámico, desafiando nuestros poderes y nuestra voluntad. Sin embargo, el cambio que se lleva a cabo en sí es un don. Tratamos de mantenernos abiertos a la actividad del Espíritu, pero sabemos que hasta ese deseo de estar “abiertos” es obra del Espíritu...

Dios obra a través del Espíritu para reconciliar al mundo consigo mismo. Esto lo realiza a través del Evangelio de Jesucristo. Palabras como vida, amor, libertad, poder, unidad y comunión señalan la relación tan íntima entre la obra del Espíritu y los efectos del Evangelio. El Espíritu trabaja en relaciones humanas, efectuando la armonía de voluntad y propósito que Dios desea para todo el mundo...

Dios está activo por medio del Espíritu de muchísimas maneras: en el gozo que proviene de la relación de un individuo con el Creador; en las relaciones de afecto, consuelo y apoyo entre amigos y miembros de la misma familia; en la realización del perdón entre individuos que eran enemigos entre sí; en la disposición de una persona orgullosa a confesar su falta a otro; y en todas las manifestaciones de libertad, integridad, compasión, justicia, reconciliación y gozo. El Espíritu Santo es Dios en acción en todas las cosas, efectuando su voluntad.

(Evangelical Catechism, pp. 221-224)

LECTURA NO. 4

Para responder a la afirmación que Dios ha restaurado todos los dones carismáticos, cabe hacer las siguientes observaciones:

- La Iglesia ya posee y emplea los medios de gracia, y por lo tanto, ya está completamente capacitado para llevar a cabo su tarea [esto es, no hacen falta otros dones] (Mateo 28:19-20; Romanos 10:17; 1 Corintios 11:26; Lucas 16:29).
- El espíritu de “entusiasmo”, que rechaza la Palabra externa como algo sin valor, solamente asume otra forma cuando declara que la Palabra y los sacramentos por sí solos son incapaces de construir la iglesia.
- La Escritura nos advierte en contra de darle demasiada importancia a los milagros (Juan 4:48; 1 Corintios 1:22, 12:31).
- No nos corresponde a nosotros decirle a Dios cuándo y a qué grado tiene que conceder sus dones (1 Corintios 12:11).
- Las distintas señales fueron dadas para la confirmación del Evangelio puro; las señales hechas por los que estaban en un error eran obras de Satanás (Deuteronomio 13:1-3; Marcos 24:24; 2 Tesalonicenses 2:9ss).
- Las iglesias que alegan que han sido restaurados los dones extraordinarios y milagrosos de la era apostólica tienen que demostrar que tienen todos esos dones, incluyendo el poder tomar veneno sin sufrir daño (Marcos 16:18) y el resucitar a los muertos (Mateo 10:8).

Marcos 16:17-20 enseña que, habiendo recibido la plenitud del Espíritu Santo el día de Pentecostés, los creyentes también tienen el poder de hacer milagros. Cuando surja la necesidad, según el parecer de Dios, Él realizará milagros per medio de cualquier creyente. La necesidad existía al principio de la predicación del Evangelio, y por eso Dios dio una abundancia de carismas en la iglesia. Pero el texto no dice que dondequiera que haya creyentes, en todas las edades, y en todas las comunidades, habrá manifestaciones de poderes milagrosos. Los que entienden el pasaje en un sentido absoluto tendrían que aplicarlo a cada uno de “los que creen”. Pero ni siquiera en la era apostólica hablaban todos los creyentes en nuevas lenguas, etc.

Además, si Jesús hubiera prometido que habría carismas extraordinarios en cada época de la iglesia, hubiera pronunciado una profecía que no se ha cumplido. El versículo 20 no dice que el Señor “confirmará” la Palabra con señales en cada época de la iglesia. Más bien, dice que el Señor “confirmó” la Palabra con señales. La confirmó para el beneficio de la primera época y de épocas posteriores.

(F. E. Mayer. *The Religious Bodies of América*. St. Louis: Concordia Publishing House, 1961, p. 318)

PREGUNTAS

1. *¿Cuáles son algunas de las cosas que hace el Espíritu Santo? (Lectura 1)*
2. *¿En qué consiste la santificación? (L 1)*
3. *¿Cuál era el título favorito de Jesucristo para el Espíritu Santo? (L 2)*
4. *¿Cómo llegamos a tener fe? (L 2)*
5. *¿De qué maneras está Dios activo por medio del Espíritu Santo? (L 3)*
6. *Mencione algunos de los argumentos para contrarrestar la idea de que todos los creyentes*
7. *deben manifestar dones carismáticos y milagros. (L 4)*

LECTURAS PARA LA LECCIÓN 8

LECTURA NO. 1

En el centro del cristianismo hay dos actos, sencillos pero profundos, que muestran la actividad de Dios en nuestra vida. Son diferentes de todo otro acto y constituyen señales distintivas de la iglesia cristiana. Uno de los dos ocurre hacia los comienzos de la vida del individuo y no se repite nunca. El otro ocurre después de la niñez y se repite a menudo. El primero de dichos actos es el bautismo; el segundo es la Cena del Señor.

El cristianismo no depende solamente de palabras; hay también en él, actos de hondo significado. Por dichos actos nos llega la Palabra de Dios, así como Su promesa y Su amor.

El propósito de los actos de bautismo y comunión es el de mantener a las personas en buena relación con Dios. No hay nada en el mundo más importante que eso. El bautismo te da esa relación. La Cena del Señor reanuda esa relación cuando tú la rompes con tus pecados. De modo que en ambos actos está envuelta tu relación personal con Dios. Hay otras personas envueltas en ambos actos, naturalmente, ya que ambos se realizan en la iglesia, pero, por su propia naturaleza, el bautismo y la comunión colocan al individuo y a Dios frente a frente en una relación que es la vida misma.

Estos dos actos son conocidos como sacramentos. Un sacramento es una promesa sagrada. Es una solemne promesa de Dios cumplida de una manera específica. El movimiento del sacramento es directamente de Dios hacia el hombre. Lejos de ser algo que nosotros merecemos o nos hemos ganado, un sacramento es un don de Dios para aquellos que no lo merecen.

Cristo usó elementos materiales en los sacramentos, agua en el bautismo y pan y vino en la comunión. Esto proporciona a la gente algo que puedan ver y tocar mientras se administra el sacramento. De ese modo el don invisible de Dios parece más real. De aquí que a menudo se habla de los sacramentos como “Palabra visible de Dios”. Los materiales envueltos son tan corrientes y poco costosos que hasta las congregaciones más pobres del mundo pueden conseguirlos para su uso.

Estas características—el mandato de Cristo, el don de Dios y el uso de materiales terrenales—distinguen a los sacramentos de todo otro acto de la iglesia. También nos dan la mejor definición de un sacramento, a saber: un acto de la iglesia instituido por Cristo para todos sus seguidores, que contiene una promesa especial de Dios y envuelve a los materiales terrenales que Cristo ordenara.

Todos los aspectos principales del bautismo y la Santa Comunión están basados en la autoridad de las Sagradas Escrituras. Ambos sacramentos proceden directamente de la revelación de Dios en Jesucristo según la encontramos en el Nuevo Testamento. Cristo instituyó estos dos actos para todos sus seguidores; Dios prometió ciertos dones preciosos por medio de ambos actos. Cristo empleó en ellos sustancias terrenales específicas. Tienen por tanto autoridad bíblica y revisten una importancia que sobrepasa la de cualquier otra ceremonia de la iglesia. Son únicos.

La nueva relación con Dios brota del hecho de que Dios emplea el bautismo como medio de proclamar que la persona bautizada es su hijo o hija. Mediante este acto nuestro Padre Celestial nos promete Su amor, Su cuidado y Su perdón toda nuestra vida. Dios nunca faltará a Su promesa. Tenemos esa relación como consuelo y fortaleza todos nuestros días. Es éste el mayor don que Dios puede darnos, el don de sí mismo, con todo Su cuidado y ayuda.

El bautismo también crea una nueva relación entre la persona y la iglesia. Por medio de este sacramento nos convertimos automáticamente en miembros de la iglesia cristiana y del reino de Dios. La lista básica de la matrícula de una congregación está integrada por sus miembros bautizados. Esto incluye niños y adultos. El bautismo es, de hecho, la única manera en que uno puede hacerse miembro de la iglesia. Es por eso que algunas iglesias colocan la fuente bautismal junta a la puerta de entrada. El bautismo es la puerta de la iglesia.

Al hacernos Dios hijos suyos por medio del bautismo, surge para nosotros una relación especial con las demás personas que han parado a ser hijos suyos también por medio del bautismo--o sea la iglesia cristiana. Al entrar en esa relación con Dios, automáticamente entramos en relación unos con otros. Al convertimos en hijos de Dios estamos ingresando en la familia de Dios, que es la iglesia. No podemos gozar de una relación sin gozar de la otra.

La iglesia luterana cree que el bautismo es un don de Dios que aun los infantes pueden recibir. Nadie es demasiado joven para ser acopiado como hijo de Dios en la familia de Dios que es la iglesia. Un niño puede ser criado dentro de esa relación sin que pueda recordar cuando estuvo fuera de ella. Es algo parecido a la adopción de un niño en una familia humana. El padre no espera hasta que se pueda consultar al niño si desea la relación de adopción. Los trámites se hacen lo más temprano posible en la vida del niño, y el padre lo recibe como miembro de la familia, prometiendo amarlo y cuidarlo. El niño va creciendo en el seno de la familia sin que pueda recordar el tiempo en que no perteneció a ella. Es tan de la familia como si hubiese nacido en ella.

Algunas iglesias cristianas insisten en sumergir completamente bajo el agua a las personas al bautizarlas. Esta práctica se conoce como "inmersión". Hay otras denominaciones que dicen que se necesita agua corriente [como de un río] para el bautismo. Aun otras derraman el agua sobre la cabeza de la persona que se bautiza. La práctica luterana actual es aplicar agua con la mano a la cabeza del que se bautiza. Jesús nunca dio instrucciones específicas en cuanto a la cantidad de agua o la manera de aplicarla. Se puede usar cualquier cantidad de agua, aplicada de manera razonable. Con la insistencia en una manera particular de aplicar el agua en el bautismo se corre el peligro de dar demasiada ignorancia al aspecto de la aplicación del agua en sí. Y el elemento principal del sacramento del bautismo no es la cantidad de agua que se use, ni la manera como se aplique, sino la promesa de Dios.

La iglesia auspicia la práctica de poner padrinos a un infante que se bautiza. Los padrinos, dos por lo regular, son cristianos adultos bautizados, miembros activos de la iglesia, escogidos por los padres e instruidos por el pastor para que se hagan cargo de determinadas responsabilidades, para el bien espiritual del niño. Se les encomienda solemnemente la obligación de ayudar al niño a adquirir una educación cristiana a su tiempo y de lograr que asista a la iglesia regularmente. Cuando el niño haya aprendido a leer, los padrinos le regalarán una Biblia. Los padrinos

estimularán al niño para que sea fiel en su relación con Dios y con la iglesia.

La práctica del bautismo de adultos no es tan corriente en la iglesia luterana como la del bautismo de párvulos porque en su mayoría los luteranos se bautizan siendo niños. Sin embargo, la iglesia luterana está siempre dispuesta a ofrecer el bautismo a cualquiera que sinceramente lo desee, sin reparar en su edad.

La iglesia luterana y algunas otras iglesias protestantes no están de acuerdo con la enseñanza católicorromana ni con la reformada, en lo que toca al Sacramento del Altar, porque entienden que dichas enseñanzas no expresan el verdadero sentido de lo que Jesús quiso expresar. La interpretación católicorromana de las palabras de Jesús es tan literal que el comulgante cree que está realmente comiendo la carne de Cristo. Y la interpretación de las iglesias que siguen la enseñanza de Zuinglio es tan simbólica que realmente cambia el significado de las palabras de Jesús para que en vez de decir “Esto es mi cuerpo”, digan “Esto representa mi cuerpo”. Lutero admitía que en uno de sus aspectos el sacramento tiene carácter memorial. No hay duda de que recordamos todo lo que Jesús hizo por nosotros por medio de sus sufrimientos y muerte. Pero el sacramento es mucho más que un acto conmemorativo.

Por lo que encerró Lutero en un círculo con tiza en la mesa en Marburgo las palabras exactas del Señor en el Aposento Alto - “Esto es mi cuerpo” - insistió en que para ser aceptable, la enseñanza en tomo al sacramento tiene que ser perfectamente fiel a esas palabras. No es sólo la historia lo que está envuelto, sino también la presencia viviente de Cristo.

La iglesia luterana enseña que el pan y el vino permanecen como pan y vino a todo lo largo del sacramento, aun después de la consagración. Sin embargo, creemos que, conforme a la promesa de Cristo, Él se asocia con el pan y el vino en una forma especial que no se puede explicar, y viene a nosotros personalmente de un modo muy real cuando comemos el pan y bebemos el vino. En el sacramento recibimos la total presencia de nuestro Señor. Esto hace que el Sacramento del Altar sea mucho más que un mero símbolo.

Nuestra fe, nuestra obediente aceptación de la presencia de Cristo, es lo que permite a esa presencia ser eficaz en nuestra vida después que la hemos recibido. El pan sigue siendo pan; el vino sigue siendo vino; pero de alguna manera el Señor Jesucristo en Su misericordia y majestad invisible viene a nosotros con el pan y el vino.

(Creo en el Espíritu Santo y la iglesia, pp. 22-33, 36-38, 39-40, 41, 52-53)

LECTURA NO. 2

La tarea de bautizar va mano en mano con la tarea de proclamar el evangelio. El Nuevo Testamento enseña que el sacramento de Bautismo efectúa muchas cosas, incluyendo:
 la adopción de Dios para formar parte de la familia de Dios
 el perdón de los pecados
 la recepción del Espíritu Santo
 la incorporación a la iglesia

El elemento más visible en la celebración de un bautismo es el elemento humano. Muchos están

involucrados: un pastor, el bautizando, los padres, los padrinos, y toda la congregación. Sin embargo, según el Nuevo Testamento, Dios mismo es el que bautiza. Dios obra a través de los seres humanos que participan en el sacramento para llevar a cabo Su plan salvador.

El agua es un buen símbolo para lo que Dios hace en el bautismo porque comunica las ideas de lavar y de ahogar. El bautismo nos lava de nuestro pecado y ahoga nuestra vieja naturaleza. No es el agua en sí lo que hace esto, sino la Palabra de Dios.

El bautismo no es un fin en sí mismo, como algunos lo consideran. Es un evento único en la vida, pero también es el comienzo de un proceso. Es el primer capítulo de nuestra historia de fe. Nuestra fe puede crecer o disminuir; podemos experimentar momentos de crisis y momentos de fortaleza. Pero el bautismo nos ofrece un firme fundamento, al cual podemos siempre volver con fe.

El bautismo nos une con la muerte y la resurrección de Cristo. Somos bautizados en Su muerte para que muramos al pecado. Somos resucitados con Él a la vida para que podamos andar en vida nueva (Romanos 6:3-8). El bautismo nos trae comunión con Cristo, una vida y un futuro con Dios, y la unión con otros cristianos.

Algunas denominaciones rechazan la práctica de bautizar a niños pequeños porque no son lo suficientemente grandes para hablar por sí mismos. Es difícil determinar del Nuevo Testamento cuál fue la práctica cristiana primitiva en esta área. El libro de Hechos menciona el bautismo de familias enteras (Hechos 16:15, 33), pero la primera mención específica del bautismo infantil data después del año 200 d.C. Una cuestión más importante que la práctica de la iglesia primitiva es si el bautismo infantil concuerda con la perspectiva del Nuevo Testamento. La teología de San Pablo no nos da ninguna razón para oponernos a esta práctica. San Pablo consideraba el bautismo como un acto de Dios que se recibe como un don. Además, el bautismo siempre se lleva a cabo dentro del contexto de una comunidad cristiana.

No cabe duda de que a veces ha habido abusos en la práctica del bautismo infantil. Demasiadas personas han sido bautizadas sin ningún compromiso de parte de sus padres o padrinos para criarlas dentro de la comunidad cristiana. Por otra parte, el bautismo infantil es una señal maravillosa de la gracia de Dios.

(Evangelical Catechism, pp. 241-243)

LECTURA NO. 3

Se ofrece el sacramento [del Altar] para que [la palabra del perdón divino] sea personal, y para damos certeza. Porque la Santa Cena nos recuerda lo que Jesús ha hecho. Realmente ha dado Su vida, Su cuerpo y Su sangre, por nosotros. El efecto de este acto suyo es perdonamos los pecados y traemos a Su reino.

Comunión significa hermandad. Cuando recibimos la Santa Comunión realmente recibimos los elementos dentro de nosotros. Estamos unidos a Cristo de una manera muy especial. La palabra comunión nos ayuda a recordar este aspecto de la fe. Llegamos a formar parte de Cristo; Él vive en nosotros, dirige nuestras vidas, nos protege y nos guía. Vivimos en él; nuestra vida, nuestra

voluntad y aun nuestra mente están de acuerdo con lo que Él desea.

El término comunión también nos ayuda a recordar la necesidad y la bendición de convivir con otros cristianos. Al tener unión con Cristo en el sacramento, también tenemos unión con nuestros hermanos cristianos. Tenemos participación con ellos, unidos en comunión con Cristo. Al ser fortalecidos por Cristo, podemos fortalecer los unos a los otros.

Otro término para este sacramento es eucaristía. Esto sugiere un aspecto de la experiencia que muchas veces es olvidado. Muchos piensan en la Santa Comunión solamente como un rito solemne y hasta sombrío. Por supuesto, el recordar los sufrimientos de Cristo y nuestra parte en esos sufrimientos es motivo de sentirse así. Pero también es un momento de gran gozo y agradecimiento por la victoria y el perdón que la muerte de Cristo realizó. El término eucaristía significa agradecimiento y nos lleva a participar con gozo.

Algunos dudan acerca de su participación en la Santa Comunión. Sienten que no son dignos de recibir el cuerpo de Cristo. Por supuesto que no lo son. ¿Quién podría ser digno de ello? Ya que no podemos salvarnos a nosotros mismos, Cristo lo ha hecho por nosotros. Lo hizo precisamente para los que no son dignos. De eso se trata la Santa Comunión. Nos asegura que Jesús murió por nosotros y resucitó para perdonarnos nuestros pecados, no importa cuán indignos seamos.

Otros dudan en participar porque no logran comprender lo que sucede. Pero, ¿quién lo puede comprender? ¿Cómo puede una hostia o un pedazo de pan ser al mismo tiempo el cuerpo de Cristo, sin sufrir ningún cambio? Esto está más allá del entendimiento humano. A través de los siglos, los esfuerzos por explicar lo inexplicable han llevado a fricciones innecesarias y hasta divisiones muy serias entre las iglesias. Por supuesto que no lo podemos comprender.

Una vez un teólogo dijo: “No sé exactamente qué sucede en la Santa Comunión. No siento nada muy especial o singular. Pero creo que gano algo, porque Cristo nos ha mandado hacer esto, y Él nunca manda nada que no sea para nuestro provecho”.

Podemos sentirnos muy inseguros de muchas cosas. Pero cuando recibimos la Santa Comunión podemos estar seguros de que Jesús ha hecho algo por nosotros. Es evidencia de Su amor y un medio para fortalecernos en nuestra fe.

(Aaseng, *Basic Christian Doctrines*, pp. 89-91)

PREGUNTAS

1. *¿Cuál es el propósito de los actos de bautismo y el sacramento del altar? (Lectura 1)*
2. *¿Qué es lo que distingue a los sacramentos de otros actos realizados en la iglesia? (L 1)*
3. *¿Qué ocurre en el bautismo? (L 1)*
4. *¿En qué es distinta la enseñanza luterana con respecto a la Santa Comunión de la enseñanza Católica y Reformada? (L 1)*
5. *Mencione 4 cosas que efectúa el Santo Bautismo. (L 2)*
6. *¿Qué cosas comunica la palabra “comunión”? (L 3)*
7. *Mencione algunas razones por las cuales algunas personas dudan en participar de la Santa Comunión, y cómo respondemos a esas razones. (L 4)*

LECTURAS PARA LA LECCIÓN 9

LECTURA NO. 1

Según la Biblia, es la intención de Dios establecer un pueblo fiel. Los individuos cuentan con el apoyo de la comunidad de creyentes. Cualquier cristiano puede caer en el desánimo y la duda, en problemas y en la tentación. Los cristianos oran los unos por los otros, se consuelan, se aceptan y se apoyan mutuamente. El propósito de la iglesia es ser una comunidad de amor que extiende el amor de Dios al mundo. La iglesia, como comunidad de fe, es la obra del Espíritu.

El Nuevo Testamento emplea muchas imágenes para describir a la iglesia (ver, por ejemplo, 1 Corintios 3:9; Efesios 2:21-22, 5:25-27; 1 Timoteo 3:15; 1 Pedro 2:5; Apocalipsis 19:7). En 1 Corintios 12, San Pablo habla de la iglesia como un cuerpo con muchos miembros. La iglesia es parecida a un cuerpo, porque cada miembro necesita de los otros. Sin embargo, la iglesia también es un cuerpo. Es el cuerpo de Cristo. Todos los cristianos están unidos en el único cuerpo del Cristo resucitado (1 Corintios 10:16-17). Los creyentes viven con Cristo en una comunión real y personal, establecida por medio del Evangelio.

El Nuevo Testamento también habla de la iglesia como el pueblo de Dios. La iglesia es una continuación del pueblo de Israel y vive bajo el Nuevo Pacto (Romanos 11:12-24; 2 Corintios 3:6). Como Israel, la iglesia:

- ha sido elegida y llamada por Dios.
- no fue elegida como un fin en sí mismo, sino para ser un instrumento de la voluntad de Dios en el mundo.
- vive en la historia y todavía no ha llegado a la perfección.
- recibe su unidad como un don de Dios.

El Credo Apostólico [en su versión original] afirma, “Creo en el Espíritu Santo, la santa iglesia católica...”. La iglesia es la creación del Espíritu Santo. Es “santa” y “católica”. Según la Biblia, todo lo que le pertenece a Dios es santo. La iglesia es santa porque pertenece a Dios y vive bajo Su perdón. Al mismo tiempo, los cristianos son imperfectos y pecadores. Son a la vez santos y pecadores.

Las contradicciones entre la conducta de los cristianos y el mensaje que proclaman ha sido un problema para la iglesia casi desde su inicio. Ha habido numerosos esfuerzos por excluir a los pecadores más notorios de la comunidad de creyentes para formar una comunidad que merezca el calificativo “santa”. Sin embargo, el pecado va más allá del comportamiento externo. Todos los esfuerzos por crear una iglesia completamente “pura” han fracasado. Sólo Dios tiene el poder de hacer esto, y la perfección de la iglesia está en sus manos. La iglesia es un lugar donde Dios tiene comunión con los pecadores, al mismo tiempo que los va transformando en la imagen de Su Hijo.

Ya que los cristianos creen en un mismo Señor, la iglesia es por naturaleza una, o católica. La palabra católica se deriva de un vocablo griego que significa “relacionada con la totalidad”. Expresa la verdad que la iglesia es universal. El pueblo de Dios supera barreras de

nacionalidades, razas y clases sociales. El evangelio es para todos y une a todos en un mismo cuerpo.

La unidad espiritual de la iglesia existe a [tesar de las divisiones en la iglesia. Esta unidad busca formas visibles de expresión. D unidad de la iglesia no exige una sola organización exterior, pero sí implica la comunión en la proclamación del evangelio, en la celebración de los sacramentos, y en la tarea misionera de Jesucristo. No estamos obligados a crear la unidad de la iglesia. La iglesia ya es una y no puede ser dividida (1 Corintios 1:10-13). Sin embargo, sí es nuestra carea realizar cada vez más la unidad que ya es un hecho en Cristo.

El factor más importante, por el que es necesario hacer todos los esfuerzos posibles por expresar plenamente la unidad, es la misión de la iglesia en el mundo. Jesús, al orar no solo por sus discípulos, sino también por nosotros, dijo, “Nías no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (Juan 17:20-21).

Aunque la iglesia no es de este mundo, todavía vive y trabaja en este mundo. Comparte el pecado y la imperfección del mundo. La separación, la desunión, la disensión y la división son amenazas constantes que tienen que ser superadas. El separatismo dentro de la iglesia es un pecado. Donde existe esto, a los cristianos no les queda otra opción que confesar su culpa y arrepentirse...

La complejidad de los problemas que dividen a la iglesia no debe impedir que busquemos una solución. El Señor resucitado llamó a sus discípulos de diferentes trasfondos y los envió juntos al mundo. La tarea de predicar el evangelio en diferentes tiempos y lugares les impidió siempre expresar las buenas nuevas de la misma manera. Debido a la misión de la iglesia, los cristianos son llamados a expresar tanto su unidad como la verdad del evangelio.

El movimiento ecuménico en este siglo ha hecho mucho para abrir las puertas a una expresión más grande de unidad entre el pueblo de Dios. Cuerpos eclesiásticos que durante siglos vivieron aislados los unos de los otros ahora se han juntado con la intención de establecer y profundizar su compañerismo mutuo.

En el movimiento ecuménico, los cristianes han aprendido que la unidad no requiere de la uniformidad, sino que se puede lograr a través de una comunión en la que es posible la diversidad. Todos los esfuerzos por lograr la uniformidad están destinados al fracaso, debido a la diversidad que existe en el mundo. La unidad de la iglesia debe permitir diferentes maneras de proclamar el evangelio y adorar, y también diferentes teologías y métodos de organización. Al mismo tiempo, estas diferencias contribuyen a la comunicación del evangelio en un mundo pluralista, y un entendimiento común del evangelio debe unir las.

(Evangelical Catechism, pp. 223, 225-230)

LECTURA NO. 2

La iglesia es invisible. La fe, por la cual los nombres llegan a ser miembros de la iglesia, es invisible a los ojos humanos, por lo tanto, la iglesia misma es invisible al hombre. “El reino de Dios no vendrá con advertencia [con exhibiciones exteriores]; ni dirán: He lo aquí, o he lo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros” (Lucas 17:20-21). Así como no podemos decir con absoluta certeza: “Este hombre tiene verdadera fe y el reino de Dios está en su corazón”, tampoco podemos decir con absoluta certeza: “Esta gente constituye la iglesia”. Elías no sabía de los siete mil hombres en Israel que no habían doblado la rodilla ante Baal (Romanos 11:2-4; 1 Reyes 19:8-18). Pero, mientras la iglesia es invisible al hombre, es definitivamente conocida por Dios, pues Dios conoce a todos sus miembros. “Conoce el Señor a los que son suyos” (2 Timoteo 2:19). El cristiano sabe con certeza que es un creyente (2 Corintios 13:5; 2 Timoteo 1:12); por eso también sabe que pertenece a la comunión de los santos, que es la iglesia de Dios.

La iglesia es una. Ya que la iglesia incluye a tanto las personas en el mundo que verdaderamente creen en Cristo, es evidente que no puede haber más que una iglesia...

Cuando nosotros decimos que la Iglesia Luterana es la iglesia verdadera u ortodoxa, no queremos decir que es la única iglesia que salva, o que todos sus miembros son verdaderos cristianos y serán indefectiblemente salvos. Pertenecer a la Iglesia Luterana no es idéntico a pertenecer a la iglesia invisible. Pero sí queremos decir que todas sus enseñanzas oficiales están de acuerdo con la palabra de Dios, y son, en consecuencia, totalmente verdaderas, y que todas las doctrinas que difieren de ellas son heterodoxas y falsas.

Cuando decimos que otras iglesias son falsas, de ninguna manera queremos insinuar que no hay cristianos en tales iglesias, o que es imposible para alguien ser salvo en ellas. Nuestro juicio no se basa en la fe personal de sus miembros, tildándolos de hipócritas o paganos, sino solamente en aquellas doctrinas públicas que no están de acuerdo con la palabra de Dios...

La forma de gobierno en la iglesia es, por un lado, una monarquía, y por el otro, una democracia. La iglesia es una monarquía porque Cristo es la sola cabeza y el gobernante absoluto de la iglesia (Efesios 1:22-23; Colosenses 1:18). En materias espirituales, doctrinas de fe y reglas de vida, los cristianos no están sujetos a ninguna otra autoridad sino la de Cristo. “Uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos” (Mateo 23:8; vea también Efesios 5:24; Mateo 28:20). Su palabra debe ser aceptada sin preguntas ni reservas. Él nos ha comprado; somos suyos; por lo tanto no debemos convertirnos otra vez en esclavos de los hombres (1 Corintios 7:23).

La iglesia es una democracia porque en ella “todos vosotros sois hermanos”. Cualquiera que sea la condición social, económica, política o eclesiástica del individuo miembro de una congregación, en la iglesia no hay distinción y deferencia de rango de autoridad o superioridad. No hay ni judío ni gentil, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer; porque todos son uno en Cristo Jesús (Gálatas 3:28); ninguno es mayor que su prójimo (Lucas 22:24-26)...

Aunque la autoridad para escoger, llamar y ordenar pastores fue dada por Cristo a Su iglesia, una congregación no está en libertad de elegir y llamar para este oficio a cualquiera que ella quiera

sino solamente aquellos que son aptos y competentes para realizar sus obligaciones (1 Timoteo 3:2-7; Tito 2:7-8). La congregación, por lo tanto, tiene el derecho de investigar las cualidades personales y profesionales para este oficio, y es recomendable consultar hombres competentes en este asunto.

El oficio de pastor no debe ser encomendado a mujeres. “Vuestras mujeres callen en las congregaciones; porque no les es permitido hablar, sino que estén sujetas...” (1 Corintios 14:34-35; vea también, 1 Timoteo 2:11-14). Lutero: “El Espíritu Santo ha excluido a las mujeres del pastorado público”.

El clero no constituye una “orden” o “sacerdocio” santo, dotado de poderes espirituales y de santidad superiores. Los pastores no son mediadores entre el hombre y Dios, como si la salvación de los laicos dependiera de ellos. El poder de salvar no reside en la persona ni en el oficio, sino en los medios de gracia (Romanos 1:16). Ellos ciertamente son obispos del rebaño (Hechos 20:28), pero fueron hechos tales por Dios por medio de la congregación. Por lo tanto, la iglesia está sobre el pastor...

Los cristianos ciertamente deben estimar altamente a sus pastores por amor a la obra que realizan (1 Tesalonicenses 5:12-13); la diferencia entre los laxos y los clérigos no es de orden, sino de oficio; fuera del oficio, es pastor es un laico... D misma naturaleza del oficio ministerial muestra que por derecho divino ningún pastor tiene un rango más alto ni posee un poder o autoridad mayor que otro... El propósito de este oficio no es que el pastor como sacerdote reconcilie al pueblo con Dios—esto ya lo hizo Cristo—sino que él, como un profeta y embajador de Dios, proclame a los hombres la redención y reconciliación consumadas, y que les suplique y persuada a aceptar, por medio de la fe, lo que Dios les ofrece (2 Corintios 5:19-20).

(Koehler. *Compendio de la doctrina cristiana*, pp. 293, 302, 307, 327-329)

LECTURA NO. 3

¿Qué es, exactamente, la iglesia?... El artículo VII de la Confesión de Augsburgo, habla de “una santa iglesia cristiana” como “la asamblea de todos los creyentes entre los cuales el evangelio es predicado en su pureza y los santos sacramentos son administrados de acuerdo con el evangelio”. Examinemos cuidadosamente esta declaración. Cada frase tiene su importancia.

La frase “asamblea de todos los creyentes” indica que la iglesia se compone de gente. Básicamente, por tanto, la iglesia es algo más que las doctrinas, las vestimentas, el clero o la rotulación denominacional. La iglesia es, en real dad, la gente, pero gente de determinado tipo, a saber, creyentes en el Dios de la Santísima Trinidad, gente que cree en Dios Padre mediante Dios Hijo, Jesucristo, por el poder de Dios Espíritu Santo. El templo puede quemarse. El pastor puede aceptar la llamada de otra congregación y puede marcharse. El nombre de la iglesia puede cambiarse. Pero ninguno de esos factores afecta la naturaleza básica de la iglesia. La iglesia es la gente que tiene fe en Dios y quiere vivir con Él.

La iglesia es, además, la “asamblea” de esos creyentes. Se reúnen para la adoración, el estudio y el servicio. En realidad les corresponde estar juntos, pues su fe en Dios por medio de Cristo es un lazo que los une. La iglesia es la asamblea de “todos” esos creyentes—jóvenes y viejos, negros,

blancos y amarillos, americanos y rusos, orientales y occidentales. Lo único que importa básicamente en la iglesia es la obediente confianza en Cristo.

Ciertas cosas tienen que ocurrir en medio de la asamblea de los creyentes si es que ésta ha de constituir la verdadera iglesia. De acuerdo con la Confesión de Augsburgo, en ella “el evangelio es predicado en su pureza y los santos sacramentos son administrados de acuerdo con el evangelio”. El evangelio, claro está, es la buena noticia de que Dios, por amor de Cristo, perdona y recibe a los pecadores arrepentidos. La iglesia, por tanto, no es en primer término un grupo de gente que se reúne para celebrar reuniones de comités, tomar café, cantar canciones populares o almorzar juntos. La iglesia es la gente que se reúne para escuchar cómo les habla el evangelio y para recibir los sacramentos.

(Creo en el Espíritu Santo y la Iglesia, pp. 119-120).

PREGUNTAS

1. *¿Por qué estableció Dios la iglesia? (Lectura 1)*
2. *¿Qué significa la palabra “católica”? (L 1)*
3. *¿Qué se ha aprendido del movimiento ecuménico? (L 1)*
4. *¿En qué sentido es la iglesia “invisible”? (L 2)*
5. *¿Qué se quiere afirmar al decir que la Iglesia Luterana es la iglesia visible verdadera, y que las demás son “falsas”? (L 2)*
6. *¿Por qué es la iglesia tanto una monarquía como una democracia? (L 2)*
7. *¿Cómo define la Confesión de Augsburgo a la iglesia? (L 3)*

LECTURAS PARA LA LECCIÓN 10

LECTURA NO. 1

El cuerpo material se pudre y regresa a la tierra, el polvo al polvo (Génesis 3:19; Eclesiastés 3:20). En ese estado continúa hasta la resurrección en el Último Día (Job 19:25-27; Juan 11:24). Una metamorfosis tiene lugar naturalmente con respecto a las cosas materiales; podemos decir que constantemente está ocurriendo una composición y descomposición química; esto se aplica también a la materia de nuestros cuerpos. El alma desencamada, una esencia inmaterial, espiritual, no se disuelve y desvanece en el aire, ni es absorbida en la esencia de Dios, llegando a ser parte de él; sino que siendo un espíritu creado, dotado de inmortalidad por Dios, continúa existiendo como una entidad personal distinguible. Al malhechor Jesús dijo: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). La historia del hombre rico y Lázaro muestra que la identidad personal no es destruida (Lucas 16:22, 23). Pablo desea estar con Cristo (Filipenses 1:23). Esta existencia separada del alma continúa hasta que sea reunida con su cuerpo en el Día Final (1 Reyes 17:22; Juan 5:28-29, 11:24).

En el momento de la muerte las almas de los creyentes entran al gozo del cielo. Jesús dijo al malhechor: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). Esteban dijo en la hora de la muerte: “Señor Jesús, recibe mi espíritu” (Hechos 7:59). Cualquiera que muere en el Señor es bienaventurado “de aquí en adelante” (Apocalipsis 14:13). Pablo desea “estar con Cristo”, y agrega que esto es “muchísimo mejor” para él que continuar en la carne (Filipenses 1:23-24). Por esta razón nosotros rogamos que finalmente, cuando nuestra última hora ha llegado, Dios nos conceda un bienaventurado fin, y amorosamente nos lleve de este valle de lágrimas con Él al cielo. Los espíritus de los incrédulos están “en prisión” (1 Pedro 3:19-20). Judas fue a “su lugar” (Hechos 1:25). La historia del rico y Lázaro, aunque es una parábola, nos enseña claramente que la condición de los malos, después de la muerte, es de tormento (Lucas 16:23). Las almas de los muertos permanecen en el cielo o en el infierno hasta el Día del Juicio, cuando se reunirán con sus propios cuerpos. Los creyentes, en su carne, verán a Dios (Job 19:26), y los incrédulos serán consignados en cuerpo y alma al tormento eterno (Mateo 10:28)...

Ahora Cristo viene a nosotros invisiblemente, espiritualmente, por medio de Su Palabra y los Sacramentos (Juan 14:23); pero citando venga al final del tiempo, Su venida será visible. “Y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con gran poder y gran gloria” (Mateo 24:30; Hechos 1:11). Cristo no se aparecerá a un pueblo después de otro sucesivamente, sino que como el resplandor del relámpago en el cielo, así será la venida del Hijo del Hombre (Lucas 17:24), y “como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de la tierra” (Lucas 21:35). No nos toca a nosotros preguntar cómo es esto posible; Cristo nos dice que todas las tribus sobre la tierra lo verán...

Aunque no hay tal cosa como un Milenio, es necesario discutirlo, porque hay muchos que lo esperan ansiosamente. En la Confesión de Augsburgo, la Iglesia Luterana dice: “Asimismo se rechazan algunas doctrinas judaicas, y que actualmente aparecen, las cuales enseñan que, antes de la resurrección de los muertos, sólo los santos y piadosos ocuparán un reino mundano y aniquilarán a todos los impíos” (CA, Art. XVII). Con estas palabras la Iglesia Luterana rechaza

el quiliastro, el cual enseña que antes de la venida de Cristo para el juicio, Él establecerá un milenio en la tierra. Sin embargo, los milenarios no están de acuerdo entre ellos mismos en cuanto al carácter general y los numerosos detalles de este reino milenial. En términos generales, pueden estar divididos en premilenarios y postmilenarios.

Los premilenarios enseñan que Cristo vendrá visiblemente a esta tierra antes, o a principios del Milenio. Entonces los santos se levantarán (primera resurrección) y reinarán con Cristo en la tierra por mil años. Durante este tiempo Satanás será confinado, la iniquidad será reprimida y la justicia y la paz prevalecerán sobre la tierra, “todo Israel y muchos otros retomarán al Señor. Después que los mil años hayan pasado, Satanás será desatado por un corto tiempo y hará una cruel guerra contra el campamento de los santos. Pero pronto el Señor aparecerá para juzgar al mundo. En este tiempo los otros muertos se levantarán (segunda resurrección), y Satanás, sus ángeles y todos los malos serán arrojados al lago de fuego y azufre. La tierra será renovada y será la morada de los redimidos.

Los postmilenarios sostienen que ciertamente habrá un Milenio, pero que Cristo regresará visiblemente, no antes, sino después del Milenio. Ellos creen que por mil años o por un período largo indefinido de tiempo la iglesia se encontrará en una posición de prosperidad y dominio. El evangelio gradualmente penetrará el mundo entero por medio de agencias cristianas, y llegará a ser más efectivo que en la actualidad en la vida social, comercial, política e internacional. Todo Israel será convertido, y grandes números se unirán a la iglesia. Después de este período de aceptación universal del evangelio habrá una apostasía de la fe y las fuerzas del mal intentarán destruir la ciudad amada. Sin embargo, no tendrán éxito, porque el Señor vendrá de repente a juzgar a los vivos y a los muertos.

La Biblia no enseña el Milenio. Los textos del Antiguo Testamento citados en apoyo del Milenio son mal entendidos y mal aplicados. Ellos no hablan ni de un reino de Cristo visible y terrenal ni de un crecimiento externo y una condición floreciente de la iglesia, sino que en lenguaje figurado describen la naturaleza y condición espiritual de la iglesia del Nuevo Testamento...

Apocalipsis 20 es generalmente considerado como la principal prueba del Milenio. Pero este capítulo también está lleno de lenguaje figurado, como lo muestra plenamente el primer versículo. No hay la más mínima indicación de que los mártires y los santos reinarán con Cristo en la tierra por mil años (v. 4), pues sus almas reinan con Cristo y esas almas están en el cielo... Los “mil años” representan un largo período en oposición a “un poco de tiempo” (v. 3). El encierro de Satanás (v. 2) denota el período de la dispensación del Nuevo Testamento... La batalla de Satanás, Gog y Magog, contra la ciudad amada (Apocalipsis 20:8-9) no es una batalla física con todos los implementos devastadores de la guerra moderna, sino que es de naturaleza espiritual, y consiste en esto: que Satanás ordenará a todas sus fuerzas, dentro y fuera de la iglesia visible, a atacar y corromper las doctrinas del evangelio, y así destruir en los corazones de los hombres esa única fe por la cual ellos son y siguen siendo ciudadanos en el reino de gracia de Cristo, y herederos de la salvación...

(Koehler. *Compendio de la doctrina cristiana*, pp. 355-362)

LECTURA NO. 2

Sí alguien te dice que el fin del mundo va a llegar en cierta fecha, puedes estar seguro de una cosa: no sucederá en esa fecha. Jesús dijo de manera enfática que nadie conoce el día ni la hora. El fin, dice la Biblia, vendrá sorpresivamente, como un ladrón en la noche, cuando la gente menos lo espere.

El mundo como lo conocemos dejará de existir. Esto es claro de la Biblia. Cuándo o cómo sucederá esto, no lo sabemos.

Por supuesto, si el mundo termina mañana o dentro de mil años realmente no nos importa mucho. Personalmente, el fin viene cuando morimos, no importa cuánto tiempo siga existiendo el mundo. Nuestro fin podría venir en cualquier momento.

La muerte es nuestro enemigo—el último enemigo, como escribe Pablo. Destruye algo que Dios ha creado. Por eso, no es correcto decir que cuando muere alguien, particularmente una persona joven, que Dios quiso que sucediera, o que necesitaba de esta persona en el cielo. A Dios le sobra tiempo para llevar a cabo sus intenciones en el cielo. Él quiere que vivamos; por eso nos puso sobre esta tierra. El hecho de que morimos muestra el poder aún presente del pecado.

Los cristianos—como todo el mundo—viven conscientes de que cada minuto puede ser el último para ellos. Aunque sin duda la muerte no es algo que anticipamos con gusto, el reconocer esta posibilidad no debe llevarnos a sentir miedo o a intentos desesperados por hacernos dignos de entrar al cielo. Para los que creen en Dios, el reconocer que la muerte es inevitable se convierte en una ocasión para recordar que Dios nos cuidará.

El enemigo, la muerte, ha sido derrotado por la resurrección de Cristo. Como consecuencia, la muerte no es el fin de todo. Es el principio de una nueva vida que Dios ha preparado para nosotros. Por más fuerte que sea la muerte, no es tan fuerte como Dios...

¿Qué sucede entre el tiempo en que morimos y el fin del mundo? Nadie tiene una respuesta definitiva. La Biblia sugiere que posiblemente no estamos conscientes de lo que sigue ocurriendo—durmiendo—basta que Cristo nos resucite al postrer día. Por otra parte, también sugiere que iremos inmediatamente a la presencia de Dios. Tal vez las dos cosas son verdad. Si abandonamos los límites del tiempo al morir, puede ser que el fin del mundo ocurre inmediatamente—sin importar cuánto tiempo continúe existiendo el mundo—y entramos inmediatamente en el gozo de vivir con Dios.

Dios no quiere que sepamos cuándo vendrá el fin. Esto es para nuestro propio bien. Si supiéramos cuando el mundo va a terminar, sería como vivir bajo una sentencia de muerte. Eso no sería muy agradable...

Dios tiene trabajo para nosotros y quiere que sigamos haciéndolo. Una vez alguien le preguntó a Martín Lutero qué haría si supiera que el mundo ya iba a terminar. Respondió: “Seguiría trabajando en mi jardín”. La mejor preparación para el fin del mundo es continuar cumpliendo con las responsabilidades que Dios nos ha asignado...

Por otra parte, Dios quiere que sigamos viviendo conscientes de que viene el fin, y que podría llegar en cualquier momento. “Vigilad y orad, para que no entréis en tentaciones”, dijo Jesús en varias ocasiones.

Para mantenernos alerta, la Biblia nos da algunas señales que indicarán la llegada del fin del mundo. Sin embargo, son difíciles de interpretar. Parece que muchas de ellas ya se han cumplido: guerras y tumores de guerras, odio y fricción, desastres naturales, eclipses y la caída de meteoritos, e inclusive La proclamación del evangelio hasta los confines de la tierra.

Los que dicen que el fin podría venir en cualquier momento tienen razón en base a las señales bíblicas. Hasta donde sepamos, todas las señales predichas ya han sido cumplidas al menos parcialmente. Pero tal vez necesitan un cumplimiento más definitivo. El mundo también podría seguir durante muchas generaciones más. Dios determinará cuándo sea el tiempo indicado para cumplir con sus propósitos...

Algunos cristianos creen en lo que se llama el milenio—la enseñanza de que habrá un periodo de mil años durante el cual la justicia triunfará sobre la tierra... Estas enseñanzas se derivan de un pasaje en el libro del Apocalipsis. El Apocalipsis emplea números en un sentido simbólico. Los cristianos no están de acuerdo en el significado preciso de la referencia a mil años. El resto de la Biblia dice claramente que el reino de Dios no es de este mundo, pero que habrá un nuevo cielo y una nueva tierra en la cual prevalecerá la justicia.

Ya que no es un asunto que afecte a nuestra salvación, ¿importa lo que cree uno con respecto a un milenio? Tal vez no, mientras uno no insista que una creencia particular al respecto es señal definitiva de un cristiano... Jesús nos llama, no a reinar, sino a servir. Se nos advierte que la victoria no es nuestra, sino de Dios, y que viene después de las pruebas de esta vida.

(Aaseng, *Basic Christian Doctrines*, pp. 105-110)

LECTURA NO. 3

Cuando pienses en el cielo, piensa que es un sitio donde estarás con Jesús y con todos los que lo han seguido. No te preocupes porque no puedas señalarlo en el mapa ni describirlo en detalle, Jesús, con toda intención, nos dijo muy poco acerca del cielo. No quería Él que nuestro deseo de disfrutar de la perfección del cielo fuera tan grande que despreciáramos el gozo y la dicha que se pueden obtener en esta vida imperfecta que ahora vivimos.

Muchos han tratado de describir el cielo con palabras. Durante las terribles persecuciones de la iglesia cristiana primitiva a manos de los romanos, un hombre llamado Juan escribió un mensaje dando ánimo a aquellos que sufrían torturas y martirio. Conocemos ese mensaje como “Revelación” o “Apocalipsis” y es el último libro de la Biblia. Desde la isla de Patmos, hacia fines del primer siglo de la era cristiana, Juan exhorta a sus lectores a permanecer fieles en el Señor, no importa las consecuencias. Juan pinta el cielo vívidamente para que los fieles vean que, aunque pierdan la vida por causa de la fe, les aguarda una vida más rica en la presencia de Dios. En el capítulo 21 de Revelación Juan describe el cielo—llamándolo “la nueva Jerusalén”—como una ciudad con muros de jaspe, un mineral precioso. Cada una de las doce puertas de la

ciudad está hecha de una sola perla y hay un ángel en ella. Juan describe la ciudad como hecha de oro puro, edificada sobre doce fundamentos adornados con piedras preciosas, llevando los nombres de los doce apóstoles en los fundamentos...

Realmente la única descripción acertada que podemos hacer del cielo es decir que hay gran belleza en él. No hay allí dolor ni sufrimiento, ni fealdad ni maldad, porque allí está Dios. ¿Qué más queremos saber?

El hecho de que Jesús vendrá otra vez es una indicación más de lo importante que eres tú para Él. No se conforma con lo que ya ha hecho por ti al hacer posible el perdón de tus pecados y al preparar el camino para que tú llegues a la vida eterna. Vendrá otra vez para escoltarte personalmente a la presencia del Padre.

(Anderson y Kloss. *Creo en Jesucristo*, pp. 139-140)

PREGUNTAS

1. *¿Qué sucede con el cuerpo y el alma al morir el creyente? (L 1)*
2. *¿Qué creen algunos otros cristianos con respecto al Milenio? (L 1)*
3. *¿Cómo interpretamos nosotros los pasajes que hablan del Milenio? (L 1)*
4. *¿Por qué no es tan importante saber exactamente cuándo regresará Jesucristo? (L 2)*
5. *¿Cuál es la mejor forma de prepararse para el fin del mundo? (L 2)*
6. *¿Cuál es la mejor forma de describir el cielo? (L 3)*

LECTURAS PARA LA LECCIÓN 11

LECTURA NO. 1

El poder del estado y el de la iglesia son ambos ordenados por Dios; sin embargo, ellos difieren radicalmente el uno del otro respecto a los campos en que ellos se aplican, en cuanto a los medios y métodos empleados, y respecto a las metas y objetivos que procuran lograr. El estado ejerce autoridad sobre todo lo que vive dentro de sus fronteras políticas sin hacer caso de sus convicciones religiosas ni de sus afiliaciones eclesiásticas; la iglesia ejerce control solamente sobre aquellos que voluntariamente se unen a su comunión. El estado gobierna con sus propias leyes y exige obediencia, si es necesario, por medio de penas; el esgrime la espada. La iglesia gobierna por medio de la Palabra de Dios, ella busca convencer y persuadir a los hombres a aceptar sus enseñanzas y a observar sus preceptos; ella tiene el ministerio de la palabra. El estado preserva la paz externa en la comunidad y asegura para todos los ciudadanos el gozo de sus libertades civiles y religiosas; la iglesia ofrece bendiciones espirituales y trae la paz de Dios a almas atribuladas...

Por estas diferencias, estos dos poderes deben mantenerse separados según la declaración axiomática de Jesús: “Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Mateo 22:21).

El estado simplemente protege a los cristianos y a las iglesias en el ejercicio libre de sus libertades civiles y religiosas; pero no debe involucrarse en los asuntos de la iglesia... Más allá de tal protección, la iglesia no debe esperar ni pedir asistencia del estado en su obra de salvar almas...

“Los cristianos, sin incurrir en pecado, pueden tomar parte en el gobierno” (Confesión de Augsburgo, Art. XVI). Sin embargo, ellos no reciben la autoridad de este oficio de la iglesia. Nunca, en ninguna medida el poder de la palabra fue dado al estado, ni el poder de la espada fue dado a la iglesia, no obstante las pretensiones de los papas. La iglesia como tal no tiene derecho a gobernar tierras ni pueblos, decretar y ejecutar leyes, y hacer cualquier otra cosa que propiamente pertenece al dominio del gobierno político...

Los príncipes y los presidentes no reciben su autoridad de los sacerdotes y predicadores, sino de Dios, por medio del pueblo (Romanos 13:1) (votos, nombramientos, etc.) Por tanto, la iglesia no tiene ningún derecho para poner y deponer reyes y gobiernos, establecer, ocupar o transferir los reinos de la tierra...

Cualquier usurpación de poder, sea de la iglesia o del estado, en el dominio del otro, tiene por resultado el desorden y la tiranía, y es destructiva a la libertad religiosa y civil, como la historia ampliamente lo prueba. La estricta separación de estado e iglesia conduce al bienestar de ambos. Cuando el estado fiel y efectivamente atiende a sus propios negocios, es un ministro de Dios para bien de la iglesia; sus miembros pueden entonces vivir quieta y reposadamente en roda piedad y honestidad (1 Timoteo 2:1-3), y dar culto a Dios conforme a los dictados de sus conciencias.

Cuando la iglesia se ocupa fielmente en sus propios negocios, enseñará a sus miembros a honrar y obedecer a los magistrados, sostener al gobierno con sus oraciones, impuestos y servicio, y los

entrenará así para ser ciudadano:; leales y observantes de la ley.

(Koehler. *Compendio de la doctrina cristiana*, pp. 341-344)

LECTURA NO. 2

La justicia y la observancia de los derechos humanos son partes importantes de la intención de Dios para la vida. Una y otra vez, las Escrituras relacionan la justicia con la paz, la paz con la justicia, y la justicia con el reconocimiento de los derechos, las libertades y las responsabilidades del individuo.

El gobierno tiene un papel importante que jugar en la preservación de la justicia y los derechos humanos. El gobierno es una parte esencial de toda la sociedad humana que debe proteger a las personas de la opresión y la manipulación por parte de otros. Aunque el gobierno no puede establecer plenamente el reino de Dios, Dios quiere que sea un instrumento de la justicia en el mundo. ¿Cómo deben los cristianos relacionarse con el gobierno? ¿Cómo deben trabajar por los derechos humanos?

Los cristianos han vivido bajo muchas formas diferentes de gobierno. Ya que la función debida del estado es la preservación de la vida, normalmente los cristianos deben obedecer a los que están en autoridad, “no sólo para evitar la ira de Dios, sino también a causa de la conciencia” (Romanos 13:15). Por eso Pablo dijo: “Que cada persona sea sujeta a las autoridades gobernantes” (Romanos 13:1).

Sin embargo, la autoridad del estado no es absoluta. Cuando el gobierno trata de forzar a la gente a desobedecer a Dios, los cristianos tienen que desobedecer al gobierno. El libro de los Hechos dice que Pedro y los demás apóstoles fueron acusados de seguir proclamando el Evangelio aun cuando se les había prohibido estrictamente. Les dijeron a las autoridades: Tenemos que obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29). El Nuevo Testamento reconoce que el estado a veces puede asumir un poder excesivo y convertirse en un instrumento del mal. El libro del Apocalipsis presenta un cuadro dramático de la iglesia sufriendo bajo ese tipo de gobierno y describe la victoria definitiva de Dios sobre todo el poder y la arrogancia humana.

El Primer Mandamiento no permite que los cristianos den autoridad suprema al gobierno. Tal autoridad sólo le pertenece a Dios. Sin embargo, los cristianos reconocen la necesidad de orden en la sociedad y así respetan la función del gobierno de promover el bienestar de la gente...

(*Evangelical Catechism*, pp. 339-340)

LECTURA NO. 3

En su sentido original, la palabra empleada por el Nuevo Testamento para “servicio” (*diakonia*) significaba servir a las mesas (ver Lucas 17:8). Pero en la iglesia primitiva, “servicio” asumió un significado más amplio: atender las necesidades de otros en el nombre de Jesús (Marcos 10:42-45; 1 Pedro 4:8-11). Jesús dijo: “Vosotros me llamáis Maestro, y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros

también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió” (Juan 13:13-16).

Como cristianos, el mismo Señor Jesucristo nos ha dado el ejemplo de servicio. El pueblo de Dios lleva a cabo esta tarea en todos los aspectos de la vida. El mundo está lleno de personas con necesidades: los pobres, los hambrientos, los refugiados, los prisioneros, los desempleados, los adictos, las víctimas de violencia y opresión, los solitarios. Algunas de estas necesidades son muy evidentes, pues las vemos en las noticias y en la televisión. Otras necesidades no son tan evidentes, y muchos sufren en la soledad.

Los cristianos tratan de satisfacer las necesidades del mundo en diversos niveles y de muchas maneras distintas. Dentro de nuestra propia esfera de influencia, hay algunas cosas que podemos hacer inmediatamente como individuo? Hay otras necesidades que requieren de un esfuerzo en conjunto de muchas personas que trabajan juntos abogando por cambio en gran escala. En todos los niveles y de muchas maneras distintas, se necesita el servicio.

Uno de los ámbitos a los cuales los cristianos prestan mucha atención es las relaciones familiares, con padres, hijos, hermanos y hermanas. La familia es el entorno principal en el cual se puede expresar el amor de Dios. Muchos problemas relacionados con la vida familiar deben ocupar la atención de la iglesia y la sociedad, tales como la falta de respeto por la vida, el comportamiento sexual irresponsable, el abuso de niños, los problemas matrimoniales y los niños huérfanos o abandonados.

Nuestra vida con otros en la sociedad nos ofrece amplias oportunidades para involucramos en el mejoramiento de estructuras y relaciones. Algunas de las preocupaciones principales son el ministerio hacia personas solitarias, los encarcelados, los enfermos mentales, los adictos, la concientización y el apoyo para los incapacitados el mejoramiento del cuidado médico, la ayuda a los refugiados, la educación, y el apoyo para víctimas de violencia, abuso y explotación.

Dios ha dado muchos dones en la creación, los cuales deben ser usados para el beneficio de todos. Los cristianos buscan mejor ética en los negocios, la igualdad de oportunidades para todas las personas, una distribución más justa de los recursos, asistencia para los que están en extrema pobreza, y la eliminación de estructuras que perpetúan la pobreza.

En la vida pública, los cristianos presionan al gobierno a respetar los derechos humanos más básicos, y desean que los que ocupan puestos públicos sean más honestos y responsables; también abogan por leyes que protejan a lo indefensos y limiten el poder de los fuertes...

A nivel mundial, los cristianos se unen para abogar por aquellas cosas que expresen mejor la voluntad de Dios para la creación y para todo el mundo, incluyendo el cuidado del medio ambiente, el desarrollo económico, la distribución justa de alimentos y otros recursos, la asistencia en momentos de desastre, la búsqueda de fuentes de energía que sean seguras y abundantes, y por una verdadera paz basada en el respeto y la justicia entre todas las naciones.

El servicio al mundo no es opcional para los cristianos; es una parte esencial de ser discípulos de Jesús. Las parábolas acerca del juicio final y el buen samaritano enfatizan esto (Mateo 25:31-35;

Lucas 10:25-27). Los que han recibido el amor de Dios en Jesucristo no pueden guardarlo para sí mismos. Lo comparten con otros, cuando su fe se hace activa en el amor (Gálatas 5:6).

(*Evangelical Catechism*, pp. 257-262).

LECTURA NO. 4

Cuando aprendes a amar, has aprendido el secreto de la libertad. Una nación libre se enorgullece de serlo, y sin embargo, hay muchas leyes que obedecer. Los hombres que hacen las leyes saben que son necesarias para conservar la libertad del hombre. Un hombre es verdaderamente libre, no cuando no tiene leyes y reglas que obedecer, sino cuando acepta y obedece voluntariamente las leyes que protegen la libertad de los demás.

Nos dice San Pablo que cuando aceptamos el evangelio del amor de Dios, que Jesucristo nos declaró, quedamos libres de la carga de la ley de Dios. Podría parecer como si eso significara que no tenemos que obedecer los Diez Mandamientos desde el momento en que nos hacemos cristianos, pero eso no es lo que San Pablo quiere decirnos.

Lo que quiere decirnos es que, para el creyente, la obediencia no es una carga. Cuando vivimos con el corazón lleno de amor, las leyes de Dios no son cadenas pesadas que hay que cargar. Es sólo cuando pecamos, cuando nos olvidamos de amar, que las leyes de Dios se convierten en mazo que nos obliga a hacer lo que la necesidad de los demás requiere que hagamos. Como discípulos de Cristo, obedecemos sus leyes y seguimos gustosamente su dirección porque el amor de Dios ha dado sentido a nuestra vida. Amor con amor se paga.

El amor es contagioso. Eso es lo que San Juan quiere decir cuando escribe: “Nosotros le amamos a Él, porque Él nos amó primero” (1 Juan 4:19). Lo más notable del amor de Dios es que Él nos ama a pesar de nuestras faltas y pecado. Cuando nos mira, busca en nosotros las cosas buenas que podemos hacer, las excelentes personas que podríamos llegar a ser. Sólo un necio daría la espalda a un amor como éste.

En Jesús podemos ver perfectamente el amor de Dios en acción. Hemos hablado de esto anteriormente, pero es bueno repetirlo. Cuando lees en el evangelio cómo Jesús convertía el amor en buenas obras—desde curar a una niña enferma hasta perdonar a sus enemigos desde la cruz- comienzas a darte cuenta del poder de ese amor.

(Anderson y Kloss. *Crea en Jesucristo*, pp. 179-180)

LECTURA NO. 5

Nosotros no debemos servir de tropiezo a ninguna persona (1 Corintios 10:32); especialmente a los niños, los cuales son fácilmente influenciados por lo que ven y oyen que otros hacen y dicen (Mateo 18:6), ni a aquellos que son débiles en la fe (Romanos 14:13), ni al mundo (Romanos 2:23-24). Por sus efectos el tropiezo es asesinato del alma. Por lo tanto: ¡Ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo! Por otro lado, nosotros no debemos tropezar. El mundo, siendo como es, necesita que el tropiezo venga. Pero esto no es una excusa para nosotros tropezar en nuestra fe y caer en pecado. Ser tentado a pecar no es una excusa para ceder a tal tentación...

Al hablar de pecados, es necesario hablar también de aquellas cosas que Dios ni las ha mandado ni las ha prohibido, las cuales en sí mismas son indiferentes... Hay muchas de ellas en nuestras vidas diarias, más hay otras respecto a las cuales hay controversias en la iglesia. Tales cosas son la comida de ciertas carnes (Hechos 10:11-14; Romanos 14:14), la observación de ciertos días, particularmente del sábado (Romanos 14:5-6; Colosenses 2:16-17), la manera de bautizar, si por derramamiento o por inmersión (Marcos 7:14), y muchas otras. Aunque bajo la ley estamos en libertad de hacer como queramos en estas cosas, pecamos si por un inconsiderado uso de nuestra libertad conducimos a un hermano débil en la fe a actuar en contra de su conciencia errada (Romanos 14:15, 20; 1 Corintios 8:8-9).

Sin embargo, si una persona insiste en que nos abstengamos de cosas que Dios ha permitido y observemos como obligatorio lo que Él no ha mandado, si ella exige que con nuestra condescendencia reconozcamos y apoyemos sus erróneos puntos de vista como si ellos fueran demandas divinas, entonces no debemos ceder. Pablo no circuncidó a Tito cuando algunos hermanos falsos insistían en que debía hacerlo (Gálatas 2:3-5), cuando, en otras circunstancias, él circuncidó a Timoteo (Hechos 16:3). Por amor a un hermano débil debemos estar listos a abstenemos del uso de nuestra libertad (Romanos 14:15; 1 Corintios 8:9); pero si está envuelta la confesión de la verdad, entonces debemos mantenernos en la libertad que Cristo nos ha dado y no ser otra vez sometidos al yugo de la esclavitud (Gálatas 5:1), ni dejar que nuestra libertad sea juzgada por la conciencia de otro hombre (1 Corintios 10:29).

(Koehler. *Compendio de la doctrina cristiana*, pp. 109-110)

PREGUNTAS

1. *¿Qué cosas le corresponden al estado? ¿Qué cosas le corresponden a la iglesia? (L 1)*
2. *¿Cuál es el resultado cuando el estado interfiere en asuntos de la iglesia, o la iglesia en asuntos del estado? (L 1)*
3. *¿Cuándo debe el creyente desobedecer al estado? (L 2)*
4. *¿Efe qué manera deben los cristianos servir en el mundo? (L 3)*
5. *¿Cuál es la relación del creyente con la ley? (L 4)*
6. *¿Qué límites debemos poner a nuestra libertad como cristianos? (L 5)*

LECTURAS PARA LA LECCIÓN 12

LECTURA NO. 1

El matrimonio es una estructura de la vida humana que Dios el Creador hizo parte de la creación, al hacernos hombres y mujeres. Las diferencias sexuales son resultado de las buenas intenciones de Dios, y deben traer gozo y enriquecimiento a la vida humana, así como servir para la procreación. La esencia del matrimonio es que dos personas llegan a ser “una carne” en todo aspecto de su relación (Génesis 2:24)...

Un matrimonio existe cuando un hombre y una mujer acuerdan vivir el resto de sus vidas juntos y se confirma públicamente su decisión. Después de una ceremonia legal, las dos personas ya no están unidas solamente por el afecto, sino también por votos legales. Estos dan un sentido de seguridad a su unión, dan protección a los hijos que después puedan tener, y refuerza el compromiso de cada uno a su matrimonio. A estos votos y la fuerza de la ley, la comunidad cristiana agrega, en sus celebraciones de matrimonio, las bendiciones de Dios, las oraciones de los cristianos, y las promesas de familia, amigos y la iglesia de apoyar su relación...

No se espera que todos los cristianos se sientan llamados a vivir en la estructura del matrimonio. Para algunos, la soltería puede ser la mejor manera de servir a Dios y a su prójimo. Seamos casados o solteros, nuestra fe en Dios nos libera de la necesidad de conformarnos a las presiones de la sociedad. De cualquier forma, dedicamos nuestras vidas al servicio de Dios...

Es normal que haya problemas en un matrimonio. Los problemas y conflictos pueden ser canalizados de una manera constructiva para mejorar la comunicación y la mutua comprensión, o pueden llegar a destruir la relación de amor entre marido y mujer. Cuando la gente experimenta dificultades matrimoniales, tanto el pastor, los parientes y los amigos de la pareja deben preocuparse por ofrecer ayuda y comprensión para superar los conflictos, con el fin de fortalecer y preservar el matrimonio.

Por su misma naturaleza, el matrimonio es un compromiso de toda la vida. Los costos de la terminación de un matrimonio son muy altos, no sólo para los cónyuges, sino también para sus hijos y otras personas a su alrededor. Los matrimonios fracasados debilitan a la familia, la congregación y la comunidad. Por eso, es importante ayudar a las parejas que experimentan dificultades a recibir aconsejamiento y orientación antes de que su matrimonio esté en peligro de disolverse.

El divorcio nunca es la intención de Dios. El fracaso de una relación matrimonial es la consecuencia del pecado humano... Es necesario ver el divorcio de manera realista como el rompimiento de una relación establecida por Dios; el reconocimiento público y legal de un matrimonio ya roto; y la culminación de un proceso de separación y distanciamiento.

El divorcio, según Jesús, es una concesión al hecho y la realidad del pecado en nuestro mundo caído. Por ser amigo de los pecadores, Jesús no condenó ni rechazó a las personas divorciadas. Ni tampoco aprobó el divorcio. Más bien, declaró: “Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Marcos 10:9). No pronunció ninguna palabra por la cual un hombre o una mujer pudiera

justificar el divorcio como algo bueno. Sin embargo, explicó que el divorcio resulta de la dureza del corazón humano (Mateo 19:8; Marcos 10:5). El divorcio surge del egoísmo y otros obstáculos que una pareja no puede o no quiere superar.

Los que contemplan el divorcio lo hacen con un sentido de la seriedad de su decisión, y frecuentemente con un sentido de gran angustia. Los cónyuges cristianos harán todo lo que sea dentro de su poder para restaurar su matrimonio. Seguramente, antes de optar por el divorcio tomarán el tiempo y la oportunidad para evaluar el precio total de la posible terminación de su matrimonio, tanto para ellos mismos como para sus familias y otras personas.

Si después de considerar bien todo esto, se determina que la relación matrimonial es imposible de restaurar, y los efectos de continuar el matrimonio parecen ser más destructivos para el bienestar de las personas que el divorcio, se puede reconocer que la decisión de divorciarse es una opción responsable, el menor de varios males en un mundo caído. Se puede optar por el divorcio confiando en la gracia de Dios, reconociendo que cada uno de los cónyuges comparten la responsabilidad por el fracaso de su matrimonio.

La iglesia ha sido llamada a enfrentar los problemas del divorcio y de personas divorciadas con una actitud de amor y no legalista. Los cristianos necesitan mostrar amor y el mismo espíritu de perdón de Cristo hacia los divorciados. Estas personas no deben ser objeto de chismes, exclusión de la comunidad ni atención indebida. Tal vez más que nunca, necesitan los lazos de amistad y comunión con el resto del pueblo de Dios. Continúan siendo miembros bautizados de la iglesia de Cristo, miembros de su cuerpo que se reúnen en su nombre.

(Evangelical Catechism, pp. 292-300)

LECTURA. NO. 2

Cuando se forma el embrión humano, ya existe un nuevo ser. Por esto, el aborto debe y tiene que ser siempre considerado como un crimen contra la vida humana. La destrucción de esa vida en el vientre de la madre, no importa la etapa en que ésta se encuentra, constituye un homicidio... Después de un aborto provocado, muchas mujeres, además del sufrimiento físico, padecen el sufrimiento emocional y espiritual. Al enfrentarse al remordimiento sienten un peso que las deja emocionalmente agotadas. El remordimiento puede convertirse en una sombra en sus vidas y esa sombra seguirá apareciendo en el futuro.

Hay diversas situaciones emocionales relacionadas con el aborto que dejan a la persona con sentimientos constantes de remordimiento. Una de las razones más corrientes que causa ese remordimiento, especialmente cuando se trata de embarazos inesperados durante la juventud, es que la mujer puede sentir que la han empujado, o incluso obligado, a practicarse el aborto.

Las mujeres que se encuentran en estas situaciones tienen que enfrentarse con algo más que el remordimiento. Tienen que luchar con sus sentimientos de amargura y el no poder perdonarse a sí mismas por lo que hicieron. Su inquietud no desaparecerá a menos que cese la ira que ellas sienten en su interior. El sentido de culpabilidad es algo que está íntimamente ligado con el aborto...

Pero las Sagradas Escrituras enfatizan el amor incondicional de Dios y la plenitud de su perdón. Cuando Él perdona, permite que la persona se perdone a sí misma, rompiendo las cadenas que la atan con el pasado, lo que permite seguir adelante...

A veces la única opción que tiene una mujer es entregar a su hijo para que sea adoptado. Las mujeres que se encuentran en esta situación se preguntan: ¿Qué dirá Dios de una mujer que está dispuesta a entregar a su bebé? Normalmente las madres naturales entregan a sus bebés en adopción porque están pensando en el bienestar de la criatura, colocando primeramente las necesidades de ese ser y dejando a un lado sus propios sentimientos. Dios se siente complacido cuando, conforme al amor, optamos por no hacer nada indebido ni egoísta.

(*El aborto*, folleto publicado por “Cristo para todas las naciones”, Caracas, Venezuela, 1991, pp. 12-14)

LECTURA NO. 3

Al discutir el tema de la homosexualidad, uno podría simplemente detenerse en el hecho de que la Escritura categóricamente la condena tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (Levítico 22:24, 20:13; 1 Corintios 6:9-10; 1 Timoteo 1:9-10). San Pablo escribe en Romanos de las “pasiones desvergonzadas” a las cuales Dios ha entregado a los que adoran a las criaturas antes que a Dios, y dice: “Aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres” (Romanos 1:26-27)...

Al discutir los pecados que son el resultado de negarse el hombre a reconocer a Dios como Creador de todo (Romanos 1:26-32), el apóstol Pablo hace mención especial de los pecados del comportamiento homosexual. Tal comportamiento cae bajo el juicio de Dios, no por ser más grave que los 21 vicios mencionados en Romanos 1:29-31, sino porque ilustra la rebelión del hombre en contra de su Creador...

Sin embargo, la condenación del apóstol no tiene el fin de privar a los que son culpables de estos pecados la ayuda que Dios quisiera extenderles. Aun cuando no debe tomar a la ligera la amenaza de la ira de Dios contra todas las formas de esclavitud al pecado, la iglesia necesita reconocer sus esfuerzos para ayudar al homosexual que todas las personas nacen con la necesidad de ser salvadas de los efectos del pecado en sus vidas. Al tener esto en mente, es importante recordar que hay quienes tienen una predisposición hacia la homosexualidad y no tienen ningún deseo de entrar en una relación con una persona del sexo opuesto, sin haber ellos elegido ser así. Para ofrecer a tales personas la ayuda que necesitan, la iglesia, después de condenar la actividad homosexual, necesita estar dispuesta a ofrecer su ayuda a los que buscan superar las tentaciones que experimentan y que desean mantenerse castos ante Dios a pesar de su orientación homosexual.

El consejo cristiano para el homosexual es que busque controlar su orientación sexual al menos en el sentido de que se abstenga de la actividad homosexual... Hay que comunicarle a la persona de orientación homosexual que la comunión en la iglesia y una participación en la esperanza del reino celestial también se le ofrece por medio de la fe en Cristo, cuya muerte ha pagado por todos los pecados.

(The Church and Homosexuality, Lutheran Witness, July 1992, pp. 4-6)

PREGUNTAS

1. *¿Qué constituye un matrimonio? (Lectura 1)*
2. *¿Qué creemos los luteranos con respecto al divorcio? (L 1)*
3. *¿Qué enseña la Iglesia Luterana con respecto al aborto? (L 2)*
4. *¿Cuál es una de las opciones en lugar de practicarse un aborto? (L 2)*
5. *¿Cuál debe ser nuestra actitud ante la homosexualidad? (L 3)*

LECTURAS PARA LA LECCION 13

LECTURA NO. 1

Las cosas materiales que adquirimos son dones de Dios. Dios nos provee con los recursos necesarios para satisfacer nuestras necesidades a través de nuestro trabajo. La posesión de bienes nos otorga cierta independencia. El Séptimo Mandamiento (Éxodo 20:15) tiene que ver principalmente con la protección de los recursos básicos de cada persona.

Las posesiones pueden liberarnos de la necesidad, pero también pueden restringirnos. Las cosas que contribuyen a la vida cuando se usan de manera responsable también pueden llegar a ser auto-destructivas cuando se abusa de ellas--esto es, cuando ya no se considera las necesidades de otros, la gente fácilmente cae en la esclavitud a las riquezas. Si confiamos en las riquezas para darnos libertad y seguridad, sólo nos sentiremos más restringidos y limitados. Vivimos en una sociedad que valora el egoísmo. Lo que tenemos y podemos comprar determina nuestro valor y prestigio. El peligro que enfrentamos no proviene tanto de los mismos bienes materiales, sino más bien de que no quedamos satisfechos con lo que tenemos.

El mandato de Dios de dominar o administrar la tierra significa que nosotros no creamos el mundo, pero debemos cuidarlo. Dios ha puesto la tierra bajo nuestro cuidado, y debemos administrarla de manera responsable. Debemos tener en mente no sólo nuestros deseos inmediatos, sino la intención del Creador.

No podemos existir sin alimento, vestimenta, hogar y herramientas. Necesitamos reconocer que necesitamos estas cosas básicas, y también tomar precauciones contra los deseos egoístas por cosas que no necesitamos. La historia de la torre de Babel nos enseña cómo muchas veces se realiza el trabajo, no por obediencia a los mandamientos e intenciones de Dios, sino por una obsesión con el prestigio y el poder (Génesis 11:1-9). El egoísmo humano lleva a la explotación de la tierra y la opresión de los demás seres humanos (Lucas 12:16-21).

Según la Biblia, a Dios le interesa ver qué hacemos con los bienes materiales que hemos recibido de Él. Todo lo que tenemos nos ha sido prestado por Dios: “La tierra es del Señor, y todo lo que en ella hay” (Salmo 24:1). Todo le pertenece a Dios, y debemos administrar lo que Él nos ha prestado de acuerdo con su voluntad.

Al ser administradores y no dueños de nuestras posesiones, reconocemos que éstas no sólo deben ser para nuestro propio beneficio, sino también para el beneficio de otros. Dios nos llama a satisfacer las necesidades de todo el mundo usando los abundantes recursos que nos ha dado. Nuestro mundo incluye cientos de millones de personas que no tienen ni siquiera las cosas más necesarias de la vida. Su pobreza presenta un fuerte contraste con las riquezas y los lujos de los países más desarrollados. Esta situación injusta necesita ser reconocida y corregida...

(Evangelical Catechism, pp. 324-327)

LECTURA NO. 2

La gente encuentra diversas razones para orar. De tiempo en tiempo tú también tendrás diferentes razones. Si te encuentras en aprietos—como los soldados en las zorreras o los pasajeros de un avión en medio de una tormenta—probablemente ores pidiendo ayuda. Si te sientes especialmente agradecido sentirás el deseo de orar. Si tienes que tomar una decisión difícil probablemente ores pidiendo paz o pidiendo una solución a tu problema. Tu necesidad determina tu oración.

Uno espera que la oración produzca resultados. Tennyson, el poeta, dijo: “Hay más cosas forjadas por la oración que lo que este mundo sospecha”. Un aviso en el camino dice que “la oración cambia las cosas” o que “la familia que ora junta permanece junta”. Las personas de edad a menudo hablan de que la oración cambia su tono de vista, restaura el espíritu quebrantado y trae paz. Todas estas opiniones pueden ser verdaderas. ¿Pero no equivale esto a querer usar la oración como una palanca para obtener de Dios; ciertas cosas—como paz mental, por ejemplo? La oración pierde su valor si es egoísta. No es sino cuando oras sólo por hablar con Dios, que esos otros rebultados pueden venir.

La clave del “¿por qué orar?” está en la idea de Dios que tengas. Si Dios es para ti sólo una especie de “Santa Claus celestial”, tu interés estará en los regalos que trae en el saco, y la oración será una manera de meter la mano en el saco. Si piensas que Dios es un juez severo, con tu oración tratarás de que afloje la mano contigo. Pero si piensas que Dios es “Padre”, orarle es como hablar con tu padre terrenal.

A veces, sin embargo, tu padre terrenal puede no ser para ti más que una billetera con pantalones. Aunque suena mejor que no le mencionaras tal idea; podría pensar que no lo quieres o no lo estimas como persona. De hecho, tu aprecio por él, va realmente mucho más lejos. Es más probable que cuando estás con él no se te vaya todo el tiempo en pedirle cosas. Porque lo quieres, hablas con él de asuntos interesantes—el resultado de los partidos de pelota, lo que sucedió en la escuela y en la iglesia, las noticias del día y otras cosas. (Por pura curiosidad, mira si puedes llevar cuenta de los diferentes asuntos de que hablas con tus padres y verás que no siempre les estás pidiendo que te den esto o aquello.)

Así es la oración—una conversación completamente natural, no meramente un pedir con la mano estirada. Esto no significa que sea malo pedir. A tu propio padre en tu casa le pides cosas que él bien sabe necesitas; a él le gusta que se las pidas. Pero antes que las cosas, tú quieres el calor de su afecto, la firmeza de los lazos de familia. La oración ayuda a fortalecer tu lazo de unión con el Padre celestial.

Quizás al llegar a este punto estés pensando: todo eso está muy bonito, pero cuando yo hablo con papá es diálogo y no monólogo. Papá no es una esfinge que se sienta en silencio en un trono y deja a uno en duda en cuanto a lo que piensa... De hecho, a veces tu papá puede hablar más que tú. ¿Cómo, pues, puede la oración ser como el diálogo con él? ¿Quién oye a Dios contestar?

Esta ha sido siempre una de las dificultades de la oración—la gente habla y habla pero no se detiene a escuchar. Orar es también escuchar. Escuchar a Dios primero, y aguardar su

contestación No estás hablando solo cuando oras; Dios mismo te está ayudando a orar—poniendo pensamiento en tu mente y palabras en tu boca. Esa clase de Dios es.

La única manera de aprender a orar es—orando. Es como nadar. Puedes leer un libro de natación donde te expliquen los mejores estilos, pero con ello no saldrás nadando. Primero tienes que meterte al agua .. También para el desarrollo de tu actividad de oración hay reglas de actitud, palabras, posición y contenido que pueden ayudarte. Pero siempre tendrás que orar para aprender a orar. La oración no es cosa de conocimientos especiales ni de dirección por un experto.

Los discípulos de Jesús eran hombres de oración; sin embargo, le piden a Jesús que les “enseñe a orar”. Quizás pensaban que Jesús tenía una clave secreta para abrir los oídos de los cielos y querían aprender la clave. O más probablemente, habían observado en la manera de orar de Jesús algo que a ellos les faltaba. No se trataba de palabras especiales, sino del espíritu y la naturalidad con que Jesús oraba. Veían ellos el poder de la oración en la vida de Jesús.

Todos tropezamos y tartamudeamos al orar. Las palabras correctas no aparecen; la gramática se nos enreda; se nos agotan los pensamientos. Las palabras no alcanzan a expresar lo que sentimos y quisiéramos decir. Pero Dios contesta directamente al corazón y seguimos orando en la confianza de que Dios nos comprende aún cuando no nos comprendamos nosotros mismos.

(Holt. *Creo en Dios Padre*, pp. 75-76)

LECTURA NO. 3

“Sabrán que somos cristianos al ver nuestro amor”, es el refrán de un canto muy popular entre cristianos (en inglés). ¿Es verdad esto? ¿Se puede identificar al creyente cristiano por su comportamiento? Con demasiada frecuencia, observadores pueden decir: “No es posible distinguir entre un creyente y los demás”.

El refrán de esa canción debe ser cierto. El haber sido objetos del amor de Dios, debemos sin duda responder con amor. Se decía de los primeros cristianos: “Miren cómo se aman”. Hoy en día, lo que recibe más prensa son los pecados; y los desacuerdos entre cristianos.

Tal vez si examináramos más de cerca la situación, descubriríamos que los cristianos sí siguen amando hoy. Por lo menos, aman más de lo que amarían sin Cristo. Por supuesto, no son perfectos. Pero el hecho de que es noticia cuando un cristiano cae en pecado indica que se espera generalmente que los cristianos sean diferentes.

De hecho, Santiago escribió que si no se puede identificar a los cristianos por medio de las buenas obras que hacen, su fe no vale mucho. Escribe: “Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras... fe sin obras está muerta” (Santiago 2:18, 26). Otras partes de la Biblia también indican que la vida cristiana debe estar caracterizada por el amor. Dios nos ha salvado, se nos dice, para que hagamos buenas obras.

Es claro, entonces, que el hacer bien es una parte significativa de la vida cristiana. Sin embargo, algunos predicadores temen darle énfasis a este punto porque temen que sus oyentes entiendan mal esto, y lleguen a la conclusión de que tales actos son necesarios para ganar o merecer el

amor de Dios. Nuestra naturaleza humana siempre nos dice que debemos esperar recibir crédito por el bien que hagamos.

Entendamos bien esto: Nada de lo que tenemos contribuye a nuestra salvación. El hecho de que somos salvos es completamente obra de Dios. Aunque fuéramos perfectos, sólo podríamos decir: “Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos” (Lucas 17:10).

Sin embargo, debemos reconocer que hay una forma de vida que es apropiada para los cristianos, hay que esperar que las vidas de los que creen en Cristo tengan ciertas características y que sean adornadas por acciones que tienen su raíz en el amor. ¿Cuáles son estas características? ¿Qué tipo de acciones deben estar presentes en la vida de uno que ha recibido el amor de Dios? Podríamos usar dos términos para caracterizar la vida del creyente.

El primero es adoración. Cuando empezamos a comprender aunque sea un poco de cómo es Dios y lo que ha hecho por nosotros, apenas podemos contener nuestra admiración de que nos haya tratado de manera tan grandiosa. En esto consiste la adoración-en declarar la gloria de Dios.

Toda la vida del cristiano debe exhibir un espíritu de adoración. Todo lo que hace debe tener como meta darle honor a Dios. Esto le da un propósito a nuestra vida, la cual se hace evidente en nuestras actitudes y acciones. Nuestra preocupación primordial no es enriquecernos o glorificarnos a nosotros mismos; queremos que Dios sea glorificado. Nuestra actitud, entonces, es una de gratitud y no una de querer obtener cosas para nosotros mismos. Nos esforzamos por hacer lo que Dios desea y evitar acciones que puedan hacerlo enojar o avergonzarse de nosotros.

Los cristianos vivimos conscientemente en la presencia de Dios, no en temor, sino regocijándonos al saber que no importa lo que nos suceda, Dios está con nosotros. Él usa Su poder para nuestro bien; por eso, podemos ser optimistas y tener confianza en cualquier situación.

La adoración también tiene que ver con el ofrecimiento de nosotros mismos a Dios. Le ofrecemos todo lo que tenemos como un sacrificio u ofrenda. Lo que hemos recibido es tanto que no podemos de ninguna manera recompensársele-. Pero, en gratitud, nos ofrecemos a nosotros mismos junto con lo que tenemos para que Dios lo use conforme a sus propósitos. No le ofrecemos sólo una parte de nosotros mismos, sino todo.

¿Cómo podemos hacer esto? Dios lo tiene rodo. Sin duda, no necesita de nuestras ofrendas. Primero, le damos nuestra fidelidad y nuestro amor. Nos comprometemos a seguir su voluntad. Pero esto tiene una aplicación específica en nuestro comportamiento.

La segunda manera de resumir las acciones que caracterizan la vida de un cristiano es en términos de mayordomía. Esto significa que tratamos de usar todo lo que nos ha dado Dios de la manera en que Él quiere que lo usemos. Esto incluye nuestros dones personales, como inteligencia, habilidades, oportunidades, capacitación, salud, y también los dones que están a la disposición de todo el mundo, como los recursos naturales.

Dios quiere que todos estos dones sean para el beneficio de todas sus criaturas. Si le seguimos,

tratamos de hacer lo que Él quiere. Usamos nuestros dones para servir a los demás. Después de todo, esta es la única manera en que podemos servir a Dios.

Cristo nos ha llamado cuerpo suyo. Lo que esto implica es obvio. Como miembros de su cuerpo, debemos hacer lo que Él dirige, como cabeza. Debemos llevar a cabo la obra que Él desea ver hecha. Debemos continuar la obra que Él inició en la tierra.

Así, practicamos el amor con todos--como Él hizo y sigue haciendo. Perdonamos, como hemos sido perdonados. Usamos lo que Dios nos ha dado para servir a todos. La Biblia dice que la codicia es idolatría. Si somos egoístas y tratamos de guardar para nosotros mismos lo que Dios ha querido que sea para el beneficio de todos, estamos poniendo otra cosa en el lugar de su voluntad. Estamos sirviendo a otro dios.

Esto tiene muchas implicaciones. Casi cualquier ocupación o vocación es aceptable como una manera de servir a Dios. Lo único que hay que preguntar es: "¿Ayuda a satisfacer las necesidades de otros?" Si somos fieles en este nuestro trabajo, estamos sirviendo a Dios. El trabajo es un privilegio, no una maldición. Es una manera de compartir la actividad de Dios, pues Dios siempre está trabajando en su creación, haciendo cosas buenas.

La meta del cristiano en su carrera, trabajo o empresa no es tener éxito, ni ganar mucho dinero, ni obtener poder y popularidad. El propósito del trabajo es que un cristiano sirva a otros y así también a Dios. Esto nos quita la compulsión de enriquecernos o dominar a otros.

Este propósito también tiene que ver con la adoración. En todo lo que hacemos, buscamos glorificar a Dios, y eso es precisamente la adoración. Los demás verán lo que hacemos y el espíritu con el cual lo hacemos, y así darán honor a Dios. Esa es la meta de un cristiano en la vida.

Una parte de servir las necesidades de otros es traerles las buenas nuevas del Evangelio. Por eso Cristo vino a la tierra: para hablarnos del amor de Dios. Si llevamos a cabo su misma tarea, también queremos compartir su mensaje con los demás.

No tiene sentido discutir si debemos proclamar el evangelio a otros antes de tratar de satisfacer sus necesidades básicas. El cristiano que está comprometido a servir las necesidades de otros tiene ambas responsabilidades. Placemos las dos cosas, al presentársenos la posibilidad. Pero bajo ninguna circunstancia debemos dejar de hablar del amor de Jesús con las personas con quienes nos encontramos en la vida, así como tampoco podemos negarnos a tratar de satisfacer sus necesidades físicas.

(Aaseng. *Basic Christian Doctrines*, pp. 93-98)

PREGUNTAS

1. *¿Cuál es el uso debido de los bienes materiales? (Lectura 1)*
2. *¿Qué peligros existen con respecto a las posesiones materiales? (L 1)*
3. *¿Cuándo puede la oración convertirse en egoísmo? (L 2)*
4. *¿Cómo se aprende a orar? (L 2)*
5. *¿Podemos ganar el favor de Dios por la manera en que vivimos? (L 3)*
6. *¿Cuál debe ser la meta de todo lo que hace el creyente? (L 3)*
7. *¿Cuál debe ser el propósito de nuestro trabajo? (L 3)*

ESTO CREEMOS Y CONFESAMOS - Curso de doctrina Cristiana
EXAMEN 1 (Lecciones 1-4)

Nombre completo _____ Fecha _____

Para cada pregunta, escoja la mejor respuesta y escriba la letra correspondiente en el espacio:

1. Para hablar de lo que Dios nos ha comunicado acerca de sí mismo, usamos la palabra: _____
 - a. a gracia.
 - b. revelación.
 - c. justificación.
 - d. santificación.

2. ¿Cuál de las siguientes frases se refiere tanto a la Biblia como a Jesucristo? _____
 - a. Santo Consolador
 - b. Unigénito del Padre
 - c. Palabra de Dios
 - d. Verbo encarnado

3. ¿Cuál de las siguientes frases es correcta? _____
 - a. Creemos en Dios y en Jesucristo porque creemos en la Biblia.
 - b. Creemos en la Biblia porque creemos en Dios y en Jesucristo.
 - c. Creemos en la inspiración de la Biblia porque creemos en la justificación.
 - d. Creemos en la justificación porque creemos en la santificación.

4. Los luteranos creemos que las Confesiones Luteranas: _____
 - a. fueron inspiradas por Dios, y por lo tanto, no tienen errores.
 - b. son la base de nuestra fe.
 - c. son tan inspiradas como las mismas Escrituras.
 - d. son una exposición fiel y clara de las enseñanzas bíblicas.

5. Los luteranos consideramos a la Biblia como: _____
 - a. medio de nuestra fe.
 - b. objeto de nuestra fe.
 - c. origen de nuestra fe.
 - d. manifestación de nuestra fe.

6. Un “atributo” es una palabra que describe algo de: _____
 - a. la naturaleza de Dios.
 - b. el origen de las Escrituras.
 - c. las doctrinas básicas de nuestra fe.
 - d. las verdades del Evangelio.

7. Decir que Dios es “omnisciente” significa que: _____
 - a. todo lo puede hacer.
 - b. todo lo sabe.
 - c. está presente en todas partes.

- d. Dios es eterno e infinito.
8. La palabra que usa el Nuevo Testamento para hablar de la relación de Jesucristo con Su Padre es: _____
- congénito.
 - engendrado.
 - inspirado.
 - consustancial.
9. Todos los siguientes nombres se refieren a Dios. Sin embargo, sólo uno ha sido usado por todos los cristianos desde tiempos antiguos. ¿Cuál es? _____
- Jehová.
 - Señor.
 - Yahvé.
 - Edonay.
10. Un antropomorfismo: _____
- describe el cielo en términos humanos.
 - describe al hombre en términos; divinos.
 - describe a Dios en términos celestiales.
 - describe a Dios en términos humanos.
11. Según este curso, el propósito de Dios al crear nuestro mundo fue: _____
- a poblar la tierra.
 - tener con quienes compartir su amor.
 - revelar Su gloria y Su poder.
 - tener a personas que le servirían y harían Su voluntad.
12. La enseñanza que afirma que Dios eligió a los redimidos antes de la creación del mundo se llama: _____
- la presciencia.
 - la prevaricación.
 - la predestinación.
 - la preeminencia.
13. Los que afirman que es necesario entender la Biblia literalmente generalmente enseñan que la edad de la tierra es de aproximadamente: _____
- a 6,000 años.
 - 60,000 años.
 - 600,000 años.
 - 6,000,000 años.
14. La palabra que usamos para afirmar que Dios Padre sigue activo en nuestro mundo es: _____
- conservación.
 - preservación.
 - procreación.

- d. alimentación.
15. Todos los mandamientos de Dios se resumen con la palabra: _____
- obediencia.
 - fidelidad.
 - gracia.
 - amor.
16. Según el curso, la mejor definición de “pecado” es: _____
- la falta de amor.
 - la falta de obediencia.
 - el desprecio hacia los demás.
 - el desprecio hacia Dios.
17. En la enseñanza luterana, el “pecado originar se refiere a: _____
- la inclinación o tendencia a pecar que hay en todos nosotros.
 - las relaciones sexuales.
 - cualquier desobediencia hacia Dios.
 - la injusticia de unos hombres para con otros.
18. La consecuencia, o “paga” del pecado, es: _____
- la infidelidad.
 - la maldad.
 - la muerte.
 - la injusticia.
19. Los luteranos llamamos “cosas indiferentes” a: _____
- las cosas que debemos hacer, pero no tenemos que hacer.
 - las cosas que Dios no manda, sino solamente recomienda.
 - las cosas que Dios ni prohíbe ni manda.
 - las cosas que Dios no nos ha revelado directamente.
20. Según el curso, podemos definir la muerte como: _____
- el fin de la existencia humana.
 - la separación de Dios.
 - el mayor castigo de Dios.
 - la ausencia del amor.

ESTO CREEMOS Y CONFESAMOS - Curso de doctrina Cristiana
EXAMEN 2 (Lecciones 5-8)

Nombre completo _____ Fecha _____

Para cada pregunta, escoja la mejor respuesta y escriba la letra correspondiente en el espacio:

1. Creemos que Jesús fue: _____
 - a. 50% Dios y 50% hombre.
 - b. 100% Dios y 100% hombre.
 - c. primero sólo 100% hombre, y luego sólo 100% Dios.
 - d. primero sólo 100% Dios, y luego sólo 100% hombre.

2. Según Juan 5:18, al llamar a Jesús “Hijo de Dios”, la Biblia quiere afirmar que: _____
 - a. Jesús es igual a Dios Padre.
 - b. Jesús es menor que Dios Padre.
 - c. Jesús no es Dios, sino solamente Su hijo.
 - d. Jesús es hijo de Dios igual que todos somos hijos de Dios.

3. Después de Su resurrección, Jesús: _____
 - a. sólo es Dios, y ya no es un ser humano.
 - b. sigue siendo Dios y hombre.
 - c. es un espíritu, y ya no es un hombre.
 - d. dejó atrás Su humanidad para convertirse en el Hijo de Dios.

4. La diferencia entre Cristo y los demás profetas es: _____
 - a. todas las profecías de Cristo se han cumplido ya, pero las profecías de los demás profetas todavía no se han cumplido.
 - b. los otros profetas hablaron por inspiración del Espíritu Santo, pero Jesús habló por cuenta propia.
 - c. los demás profetas no profetizaron tanto tiempo como Jesús.
 - d. Jesús no escribió sus profecías, pero todos los demás profetas sí escribieron las profecías suyas.

5. Los tres oficios de Jesucristo son: _____
 - a. Profeta, Rey y Salvador.
 - b. Rey, Salvador y Redentor.
 - c. Sacerdote, Redentor y Creador.
 - d. Profeta, Sacerdote y Rey.

6. En la Iglesia Luterana, consideramos que la doctrina central de la fe cristiana es: _____
 - a. la santificación por el Espíritu Santo.
 - b. la justificación por la gracia mediante la fe en Jesucristo.
 - c. la creación del universo por Dios el Padre.
 - d. la muerte de Jesucristo en la cruz.

7. Llegamos a ser justos delante de Dios: _____
- cuando vivimos de una manera más justa.
 - cuando obedecemos sus mandamientos.
 - cuando creemos en Jesucristo como nuestro Salvador
 - cuando hacemos nuestro mejor intento para no pecar.
8. Nuestra salvación: _____
- depende únicamente de nosotros.
 - depende únicamente de Dios.
 - depende tanto de Dios como de nosotros.
 - depende mayormente de Dios, y sólo un poco de nosotros.
9. La diferencia entre la Ley y el Evangelio es que: _____
- la Ley exige y manda, mientras el Evangelio sólo ofrece la gracia de Dios.
 - la Ley se encuentra únicamente en el Antiguo Testamento, mientras el Evangelio se encuentra únicamente en el Nuevo Testamento.
 - la Ley siempre condena, pero el Evangelio nos dice que podemos salvarnos de esa condenación si somos obedientes.
 - la Ley exige obediencia, pero el Evangelio sólo exige amor.
10. “Redimir” significa: _____
- hacer paz con otro.
 - liberar de la esclavitud.
 - declarar justo a alguien.
 - limpiar y purificar al pecador.
11. Según el curso, la tarea principal del Espíritu Santo es: _____
- producir en nosotros la obediencia a la ley de Dios.
 - ayudamos a vencer nuestras tentaciones y dudas.
 - consolamos en momentos difíciles.
 - unimos a Dios y a los demás en comunión.
12. La palabra “Paraclete” (o “Paráclito”) se refiere a: _____
- uno que pronuncia palabras de perdón a otro.
 - uno que acompaña a otro para consolarlo, fortalecerlo y defenderlo.
 - uno que ayuda a otro a tener fe en Dios.
 - uno que redime a otro de la esclavitud.
13. San Pablo dice que: _____
- todos los cristianos han recibido dones del Espíritu Santo.
 - la mayoría de cristianos han recibido dones del Espíritu Santo.
 - solamente algunos (como los pastores) han recibido dones del Espíritu Santo.
 - es necesario ser obedientes para recibir dones del Espíritu Santo.

14. Los luteranos creemos que la única prueba segura de la presencia del Espíritu Santo en nosotros es: _____
- el hablar en lenguas y obrar dones milagrosos.
 - sentir gozo y paz en todo momento.
 - la fe que obra por el amor.
 - la paciencia y la fortaleza interior.
15. Las dos imágenes más frecuentes en el Nuevo Testamento para hablar de lo que ocurre en el Santo Bautismo son: _____
- redención y salvación.
 - lavamiento y regeneración (nuevo nacimiento).
 - purificación y santificación.
 - perdón y redención.
16. El bautismo de párvulos (niños): _____
- es ordenado por Dios en el Nuevo Testamento.
 - es prohibido por Dios en el Nuevo Testamento.
 - no es recomendable, ya que el niño todavía no tiene fe
 - comunica la verdad de que los niños también necesitan ser incorporados al cuerpo de Cristo.
17. Para que un bautismo sea válido en la Iglesia Luterana, debe: _____
- hacerse con agua, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
 - hacerse con agua, en el nombre de Jesús.
 - hacerse en la iglesia, con la participación de padrinos.
 - ser realizado por un pastor ordenado, con agua.
18. La Iglesia Luterana enseña que Jesucristo: _____
- está presente en el pan y el vino de la Santa Comunión, pero sólo de una manera espiritual.
 - está presente en el pan y el vino simbólicamente.
 - está presente en el pan y el vino según Su naturaleza humana.
 - está verdaderamente presente en, bajo y con el pan y el vino.
19. Según el Nuevo Testamento, los primeros cristianos celebraban la Santa Comunión: _____
- todos los días.
 - todos los domingos.
 - una vez al mes.
 - sólo en ocasiones especiales.
20. El propósito principal de la Santa Comunión es: _____
- inspirarnos a hacer buenas obras.
 - ayudarnos a ser más obedientes a los mandatos de Dios.
 - comunicarnos el perdón de Dios y mantenemos en la debida relación con Él.
 - salvarnos del juicio divino.

ESTO CREEMOS Y CONFESAMOS - Curso de doctrina Cristiana
EXAMEN 3 (Lecciones 9-13)

Nombre completo _____ Fecha _____

Para cada pregunta, escoja la mejor respuesta y escriba la letra correspondiente en el espacio:

1. La frase “iglesia invisible” se refiere a: _____
 - a. los redimidos en el cielo.
 - b. los verdaderos creyentes en la tierra, a quienes sólo Dios conoce.
 - c. los creyentes que por las persecuciones tienen que reunirse a escondidas.
 - d. los niños pequeños que tienen fe.

2. En la Iglesia Luterana, usamos a palabra “secta” para referirnos a grupos que afirman ser cristianos, pero: _____
 - a. niegan la existencia del infierno.
 - b. usan métodos muy agresivos de evangelización y proselitismo.
 - c. niegan las doctrinas de la Trinidad y las dos naturalezas de Cristo.
 - d. creen en otros libros inspirados , aparte de la Sagrada Biblia.

3. El “llamado exterior” al ministerio se refiere a: _____
 - a. a la convicción interior del individuo de que Dios quiere que sirva en el ministerio.
 - b. el llamado que hace una congregación a un individuo para que sea su pastor.
 - c. la ordenación al ministerio pastoral.
 - d. la aprobación del Sínodo dada a un individuo para que sea pastor.

4. Según la Confesión de Augsburgo, la iglesia visible está presente donde: _____
 - a. haya un pastor ordenado que predique la Palabra de Dios.
 - b. se congreguen dos o tres personas para adorar a Dios.
 - c. haya verdadera fe en Dios.
 - d. se predique el Evangelio en su pureza y se administren debidamente los Santos Sacramentos.

5. La Biblia enseña que cuando venga Jesucristo en gloria: _____
 - a. sólo los cuerpos de los creyentes resucitarán.
 - b. los cuerpos de todos los seres humanos fallecidos resucitarán.
 - c. las almas de los incrédulos no serán reunidas con sus cuerpos.
 - d. los cuerpos de todos, creyentes e incrédulos, serán purificados.

6. Una de las doctrinas sostenidas por algunos cristianos evangélicos (particularmente pentecostales) con la cual los luteranos no estamos de acuerdo, es: _____
 - a. el milenio.
 - b. la venida visible de Jesucristo en gloria.
 - c. la venida visible del Espíritu Santo.
 - d. la condenación de todos los judíos que vivieron después de Jesucristo.

7. El libro de la Biblia que ha creado mayor polémica en cuanto a cuestiones relacionadas con el tema del fin del mundo es: _____
- Ezequiel.
 - Éxodo.
 - el Evangelio según San Mateo.
 - el Apocalipsis de San Juan.
8. A diferencia de muchas otras Iglesias Evangélicas, los luteranos tratamos de evitar: _____
- la administración.
 - el legalismo.
 - la política.
 - la ayuda social.
9. Los luteranos tradicionalmente hemos enseñado que para el cristiano, el servicio militar: _____
- es aceptable.
 - no es aceptable.
 - es aceptable sólo cuando el creyente se niegue a matar a otros.
 - es aceptable sólo cuando es para defensa propia.
10. Los luteranos consideramos que la participación del creyente en la política: _____
- está prohibida por la Biblia.
 - es obligatoria.
 - es permisible, pero no es obligatoria.
 - es permisible, pero no es aconsejable.
11. Los luteranos creemos que el mundo, creado por Dios: _____
- es bueno, aunque ha caído bajo el poder de las fuerzas del mal.
 - era bueno, pero ahora es malo
 - ahora está bajo la maldición de Dios.
 - es bueno para los creyentes, pero malo para los incrédulos.
12. Según las enseñanzas luteranas, el estado secular: _____
- debe estar sujeto a la iglesia.
 - debe sujetar a la iglesia.
 - debe servir a los intereses de la iglesia.
 - no debe inmiscuirse en los asuntos internos de la iglesia.
13. La Iglesia Luterana enseña que el divorcio: _____
- no es un pecado.
 - no es permisible.
 - es pecado, pero a veces es inevitable en nuestro mundo caído.
 - es pecado sólo cuando es causado por el adulterio.

14. Frente a los problemas matrimoniales, la Iglesia Luterana trata de asumir una actitud: _____
- legalista.
 - permisiva.
 - condenatoria.
 - pastoral.
15. Muchos luteranos se oponen al aborto porque creen que: _____
- varios pasajes bíblicos mencionan el aborto y dicen que es un pecado.
 - las Confesiones Luteranas condenan la práctica del aborto.
 - el feto es un ser humano, y abortarlo es matarlo.
 - la madre no debe rechazar a sus hijos.
16. Los luteranos creemos que el matrimonio: _____
- es un Sacramento, y por eso no debe terminar.
 - no es un Sacramento, y por eso puede terminar en el divorcio.
 - debe durar mientras todavía haya amor entre los cónyuges.
 - debe durar hasta que uno de los cónyuges fallezca.
17. Al recordar nuestro bautismo cada día, ante todo debemos recordar: _____
- que nuestro bautismo es válido
 - que nuestra vieja naturaleza fue ahogada, y ha surgido en nosotros una nueva naturaleza.
 - que la Biblia considera el bautismo como requisito para la salvación.
 - que el agua sólo es un símbolo.
18. Para ser perdonados, lo único que Dios nos pide es: _____
- vivir mejor.
 - hacer el mayor esfuerzo posible por vivir mejor.
 - confiar en Su gracia y misericordia.
 - confiar en nuestra justicia.
19. Tener dudas en cuanto a nuestra fe: _____
- es normal en algunos momentos de la vida.
 - es pecado, porque no debemos dudar de Dios.
 - es algo que debemos ocultar de otros.
 - pone en peligro nuestra salvación.
20. Según las lecturas, uno de los peligros más grandes en el cual muchos creyentes caen al orar es: _____
- pedir por cosas materiales que necesitan.
 - pedirle perdón a Dios sin creer plenamente en Él.
 - pedir sólo por uno mismo y los suyos, de manera egoísta.
 - pedir todo en el nombre de Jesucristo, olvidándose del Espíritu Santo.